MARÍA ELENA MÓDICA



SIETE ROSTROS PARA UNA MUJER

emporio
ediciones

Índice de contenido

Siete rostros para una mujer

Legales

ANABEL. La mujer

- I. Lunes
- II. Propuesta indecente
- III Juicio arbitrario
- IV. Ni siquiera puede ser buena
- V. La llamada que no debió realizar
- VI. Matar a Dios
- VII. ¿Dios ha muerto?
- VIII. El ojo de la tormenta
- IX. Vivir entre el absurdo y el vacío
- X. El acuerdo

MARIANA. La solterona

- I. Inmovilidad de cuerpo y alma
- II. Ironías de la puta vida
- III. Vahídos de la conciencia
- IV. Don Cosme
- V. El pequeño salvavidas
- VI. Metamorfosis

FAVIANA. La prostituta

I. Aprieto
II. Tigre: temido salvador
III. Bajo el control de Tigre
IV. Sopores de alta fiebre
V. La realidad del sueño
VI. Pesadilla
VII. Feliz locura
VIII. Buscando verdad
IX. Artesana de su propia realidad
CONSTANZA. La amante
I. ¡Carácter! ¿Eh?
II. Un discurso insufrible
III. El valor de sus conquistas
IV. Lo más doloroso del posoperatorio
V. El muy «hijo de puta»
VI. La doncella y el dragón
VII. La disciplina de Rafael
VIII. La atractiva locura
IX. La verdadera salud
ALEJANDRA. La trepadora
I. La víctima
II. El pintor detrás de la vidriera
III. Naufragio
IV. El retrato
V. Un Gabriel García que no puede ser Gabriel García
VI. Señora de García

VII. Despunta una asesina

MARTA. La resentida

I. Todo por unos mugrosos cien pesos

II. Oscuridad crónica

III. Visiones sin sentido

IV. Una insólita chispa de luz

RETORNO A ANABEL

VISITACIÓN. La observante religiosa

ROXANA. La suicida

ANABEL. Definitivamente Anabel


MARÍA ELENA MÓDICA
SIETE ROSTROS PARA UNA MUJER
emporio
ediciones

Índice de contenido

Siete rostros para una mujer
Legales
ANABEL. La mujer

I. Lunes
II. Propuesta indecente
III Juicio arbitrario
IV. Ni siquiera puede ser buena
V. La llamada que no debió realizar
VI. Matar a Dios
VII. ¿Dios ha muerto?
VIII. El ojo de la tormenta
IX. Vivir entre el absurdo y el vacío
X. El acuerdo

MARIANA. La solterona

I. Inmovilidad de cuerpo y alma
II. Ironías de la puta vida
III. Vahídos de la conciencia
IV. Don Cosme
V. El pequeño salvavidas
VI. Metamorfosis

FAVIANA. La prostituta

I. Aprieto
II. Tigre: temido salvador
III. Bajo el control de Tigre

IV. Sopores de alta fiebre
V. La realidad del sueño
VI. Pesadilla
VII. Feliz locura
VIII. Buscando verdad
IX. Artesana de su propia realidad
CONSTANZA. La amante

I. ¡Carácter! ¿Eh?
II. Un discurso insufrible
III. El valor de sus conquistas
IV. Lo más doloroso del posoperatorio
V. El muy «hijo de puta»
VI. La doncella y el dragón
VII. La disciplina de Rafael
VIII. La atractiva locura
IX. La verdadera salud
ALEJANDRA. La trepadora

I. La víctima
II. El pintor detrás de la vidriera
III. Naufragio
IV. El retrato
V. Un Gabriel García que no puede ser Gabriel García
VI. Señora de García
VII. Despunta una asesina
MARTA. La resentida

I. Todo por unos mugrosos cien pesos
II. Oscuridad crónica
III. Visiones sin sentido
IV. Una insólita chispa de luz

RETORNO A ANABEL
VISITACIÓN. La observante religiosa
ROXANA. La suicida
ANABEL. Definitivamente Anabel

María Elena Módica

Siete rostros para una mujer

emporio
ediciones

Módica, María Elena
Siete rostros para una mujer / María Elena Módica. - 1ª ed. - Córdoba: El Emporio Ediciones, 2025.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-789-366-3
1. Novelas de la Vida. 2. Filosofía Contemporánea. 3. Reflexiones. I. Título.
CDD A860

© María Elena Módica, 2026
Edición en formato digital: febrero de 2026
© El Emporio Libros S.A., 2026
9 de Julio 182 - 5000 - Córdoba
Tel.: (351) 4253468 / 4245591
E-mail: editorial@emporiolibros.com.ar
Sitio web: https://www.elemporiolibros.com.ar
Instagram: @elemporioedicionescba
Facebook: El Emporio Ediciones

Hecho el depósito que marca la Ley 11723
ISBN 978-987-789-366-3

Conversión a formato digital: Danila Belintende
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso previo por escrito del editor.

ANABEL. La mujer

I. Lunes

Si dijéramos martes, miércoles… ¡o sábado!, seguramente no convocaríamos los mismos sentires que al articular el vocablo «lunes». Lunes no es día, no es tiempo, no es un espacio medido de veinticuatro horas entre el domingo y el martes: ¡es simplemente una fobia!

Sí, un lastre, una maldición, una condena…, especialmente para quienes arrastran sobre su pellejo el miserable destino de permanecer manipulados por un trabajo insípido o absurdo.

Esa mañana despertaba fría y silenciosa, como corresponde a un avanzado agosto en la ciudad de Córdoba. A través de los cristales empañados del ómnibus, Anabel miraba con infinita nostalgia el mecánico movimiento de la terminal.

¡Todo era tan gris! Centenares de seres humanos se desplazaban ágilmente desde o hacia los ululantes coches que ora arribaban, ora salían del lugar.

La vida de esta mujer también era gris. ¿Se trataba acaso de un sentimiento natural hacia la existencia misma? En tanto Anabel se dirigía hacia la larga fila de los candidatos a pasajeros de taxi, se detuvo a contemplar las humanas expresiones en ese mar indiferenciado de somnolientos perfiles. ¿Es que existía la felicidad —

cupo el interrogante—, o aquella tan vapuleada palabra significaba apenas un sueño dorado de la adolescencia, una utopía nunca alcanzable, una romántica idea popular capaz de rellenar variopintos espacios mentales sedientos de sentido?

Llevaba treinta y tres años buscando el tan ansiado néctar de la existencia y, al parecer, la figura concreta de la felicidad se le evaporaba como un vahído. O como un espejismo. ¿Debía resignarse a la vida gris? ¿O debía continuar buscando? ¿Había errado en la definición de su proyecto de vida? ¿Tendría que trocarlo? Y, en caso afirmativo, ¿cambiar… hacia qué otros lares?

Había conquistado un lugar definido dentro de la sociedad, lo cual no es un logro a menoscabar. Gris y todo, era alguien, asumía ante los otros un rol, una definición. Ese rol le abría algunas puertas y le cerraba otras, pero era un rol al fin: tenía una familia de pertenencia, trabajo asegurado hasta los últimos días de su vida, todas sus necesidades básicas satisfechas a perpetuidad; tenía incluso un ambiente propicio en el cual desplegar sus numerosas cualidades humanas, ambiente que, por cierto, la reconocía como una mujer talentosa e inteligente.

Entonces…, con perdón de la palabra —ninguna otra lo expresaría mejor—, ¡¿qué mierda le faltaba?! Algo le debía faltar. Y sí, algo le faltaba. Era obvio. Lo que no le resultaba para nada obvio era saber… ¡de qué cosa se trataba!

De pronto, se encontró en medio de un diálogo ameno con el taxista. A pesar de sus dolorosos sentires, era capaz de transmitir, a través de su conversación, un cierto sentimiento positivo hacia los demás. «Don de gente», le suelen llamar…

Ese don constituía una de sus características más destacadas. La persona de Anabel con facilidad despertaba simpatía, aun cuando ella misma se cuestionara, en su fuero interno, si su actitud amable procedía realmente de una generosidad sincera o si era, más bien, fruto de conductas muy aprendidas, más lindantes con la «sonrisa comercial» que con el afecto.

De todos modos, despertaba mucho cariño…, demasiado.

Apenas se dio cuenta cuando el auto llegó al destino. Pagó y, con un suspiro donde pretendió deshacerse de su lúgubre sensación, entró por la señorial puerta del Colegio San Jorge, lugar donde no solo trabajaba como rectora del nivel secundario, sino donde también residía.

En su cuarto paso se encontró en el diminuto despacho de la portera.

—Buen día, Marta —le dijo—. Por favor, tome mi bolso y llévelo adentro.

La mujer rondaba los sesenta años con facilidad y los ciento veinte kilos con mayor certeza aún. Su sarmentosa mano morena tomó, no sin fastidio, el bolso, mientras algo murmuraba entre dientes. Luego, con voz más firme, preguntó si «adentro» había alguien a esa hora, a lo que Anabel respondió que probablemente Carina se encontrara aún desayunando.

Anabel suponía el motivo del mal humor de Marta. ¿Por qué ella, la portera, debía portar el bolso de la rectora para adentro, si la rectora, más joven y fuerte, podía hacerlo por sí misma? Lo que la portera no sabía era que la rectora, muy lejos de querer dar órdenes por el puro gusto de sentirse una patrona, estaba evitando a toda

costa el «adentro». No quería ir adentro. Odiaba el colegio, pero al adentro lo odiaba mucho más.

Cruzó en diagonal el patio donde, dentro de unos minutos, cuatro centenares de jovencitas, pulcramente uniformadas y en fila, contemplarían anodinas la lenta marcha de la bandera nacional hacia la punta del mástil.

Comenzaría otra mañana de otro lunes, de otro mes, de otro año… Y, como tantas mañanas de tantos lunes de tantos meses de tantos años…, simplemente pasaría.

Como una rueda que gira en falso.

Pasa. O la maraña de actividades, desafíos, problemas, ventajas, oportunidades, personas y personajes que representa un día es la que «pasa» por una sucesión irreal de tiempo, sucesión que produce en el alma la impresión de que el hombre es un finito transeúnte del calendario. Y que es eso. Solo eso. Una rueda que gira en falso. No importa qué fuerza se le imprima al movimiento, si lenta o muy agitada…, lo mismo no llega a ningún lado.

¿Cuál era entonces la cárcel que determinaba el gris en la vida de Anabel? ¿El colegio o ese «adentro»? ¿El trabajo o su vida? ¿Los fracasos o su rutina? ¿Aquellas actividades vanas que devoraban lo mejor de su juventud? ¿O aquella serie de creencias —nunca dudadas, nunca confirmadas— que la definían por el todo y por cada una de las partes que componían su cotidianeidad?

Esas creencias, que tal vez no eran muchas, dirigían absolutamente todos sus pasos: desde sus decisiones sobre dónde y cómo habitar, trabajar y descansar, hasta la disposición de su tiempo y el modo de vestir.

Sin embargo, esas creencias eran su tesoro.

Hacía mucho que no dormía bien, a pesar del cansancio acumulado. Cuando vio su rostro lavado en agua helada reflejarse en la superficie oval del espejo, admiró la fortaleza de su cuerpo. «Me voy a morir andando», pensó, «aunque, a este ritmo, eso puede ocurrir mañana mismo. No estaría nada mal…».

Recordó la entrevista de las diez y sus palmas comenzaron a sudar a pesar del frío ambiente invernal. Quizás su rutina —o la creencia que la organizaba— constituía su cárcel y, en ese caso, tenía en sus manos las llaves para abrir la puerta de la celda. Podía cambiar de vida, podía hacer otra cosa, pues poseía la posibilidad de girarlo todo ciento ochenta grados en cuestión de días. Mas… tampoco estaba tan desquiciada como para que la desesperación le dictaminara dejar un puerto seguro —ciertamente viejo, desgastado, sucio y feo— para lanzarse con un bote incierto al corazón del mar.

Algo tenía que cambiar…, el problema era que no sabía bien qué.

II. Propuesta indecente

En ese día le costaba hasta conducirse con su habitual buen humor. Por ello, cuando pasó a su despacho, trató de esquivar la mayor cantidad de gente posible. Se sentó en su acolchada silla giratoria y comenzó con las famosas entrevistas que le llenaban casi toda la rutina laboral. Mas su mente estaba a la expectativa de las diez. Eran, por entonces, las ocho y cincuenta.

Anunciándose, ingresó a su despacho una hierática mujer de probablemente unos cincuenta años.

—Buen día, hermana —saludó, con estudiado modismo, la recién llegada—. ¿O debo decirle madre?

—Hermana.

Hermana. Madre. La rectora del Colegio San Jorge era monja.

—Soy la hermana Anabel. Buen día, señora… —consultó el nombre en su agenda de trabajo— Mariana.

—¡Señorita!

Las expresiones de «la señorita» parecían esculpidas en hielo seco: rostro oval, diminuto como su figura entera, tez blanca, ojos oscuros de pupilas fijas e impávidas, labios gruesos y cortos, cabello cano y duro, casi al ras del cuero cabelludo. El conjunto de aquella persona confirmaba plenamente lo de «señorita».

La mujer acudía a la entrevista laboral como candidata para el puesto vacante de profesora de Lengua Castellana. También era maestra y docente de música. Anabel se imaginó semejante momia al frente de un grupo de adolescentes y supo que el cargo no podría ser ocupado por ella. No obstante, desarrolló la entrevista con normalidad.

Nueve y diez.

—En su currículum dice que usted ya trabaja en una escuela rural.

—Así es, me desempeño como maestra y directora de dicha escuela. Lo que sucede es que tanto viaje me está ocasionando muchos trastornos. Mi medio de transporte es una moto y el tránsito por la zona donde tengo que ir se está haciendo peligroso. Por eso necesito cambiar de trabajo, algo que esté en la misma ciudad.

—¿Y se desempeñó como profesora? ¿Tiene experiencia en el manejo de grupos de adolescentes?

—Antes de asumir la dirección en la escuela 203, hará cosa de cinco años, yo trabajaba en varios colegios secundarios. Luego se me dio la posibilidad de la dirección de la escuela rural y acepté como un desafío a mi vocación docente. Me va muy bien en la escuela, nada más que las distancias me están incomodando mucho. Gran favor me haría si yo recibiera el cargo.

«Ni en el peor estado de ebriedad le daría la cátedra a esta esfinge a la soltería», se dijo la rectora.

—Soy una mujer de sólida formación cristiana —continuó la docente, con ese discurso que la rectora oía de sobra en idénticas circunstancias—. Tengo muy presente la importancia de enseñar conductas morales sólidas y rectas.

De solidez, esa cara estaba rebosante. Tanto así que, con un poco de flexibilidad, hasta habría parecido humana. La rectora del colegio continuó la entrevista por acto reflejo.

Nueve y media.

—Muy bien… Acá tengo sus datos —dio el cierre la hermana—. Son cinco las personas que se han presentado por el cargo. Luego de que evaluemos todas las entrevistas, veremos quién tomará las horas de Lengua. Si usted llega a ser seleccionada, en la semana siguiente nos estaremos comunicando.

La condujo gentilmente a la puerta. En medio de los saludos formales, la profesora preguntó, como al pasar:

—¿Quién es la última responsable del colegio?

—La madre superiora —contestó Anabel con lo que después se reprocharía como una absoluta ingenuidad—. Se llama Visitación. Madre Visitación.

—¡Ah! Claro, ustedes deben obediencia a sus superiores. Es una buena disciplina.

—Claro —comentó radicalmente en contra de su convicción.

Nueve y treinta y cinco minutos.

Cuando la maestra del campo la hubo dejado definitivamente desocupada, tomó el teléfono para comunicarse con su secretaria.

—Elvira, ¿cómo te va? Una pregunta, ¿la alumna Roxana Palacios vino hoy al colegio?

—Sí, hermana…, pero, como siempre, está muy descompuesta. ¡Qué chica que nos da trabajo! Tengo entendido que sus padres están citados por usted a las diez.

—Sí, a las diez. Seguro que, como siempre, viene el papá solamente. Al parecer, la madre no aporta…

Diez menos diez.

Acudió al baño.

Diez menos cinco.

El corazón le bramaba furioso. Suplicó a su autocontrol ser lo suficientemente firme como para no transparentar nerviosismo alguno.

La suerte —o el problema, depende del punto de vista— era que ella, Anabel Juncos, la hermana Anabel Juncos, la monja rectora del Colegio San Jorge, Anabel Juncos, no estaba realmente enamorada del padre de Roxana Palacios. Y eso lo tenía relativamente claro, porque los sentimientos que —y eso sí era un problema— le despertaba Emmanuel Arédez, el padre Emmanuel Arédez, el cura párroco Emmanuel Arédez, eran diversos.

De todos modos, ni Alfredo ni el sacerdote eran los artífices de su dolorosa sensación. Simplemente —¡vaya simpleza!— representaban

el fermento de toda esa pesarosa masa que arrastraba en el común de sus días.

Ella suponía que a su vida le estaba faltando ese salado sabor de sentirse enamorada, pero a la vez dudaba de si aquel era el hilo primordial de su malestar difuso. En otras palabras, algo le hacía dudar de que toda su vida se resolviera al encontrar un hombre que la quisiera, o al que querer… Que la quiera: Alfredo. Que querer: Emmanuel. ¿Habría que esperar un tercero que reuniera ambas condiciones? Y si ese tercero existiera, ¿qué hacer con su vocación?

Diez.

—Permiso —escuchó la temida y ansiada voz masculina, con una puntualidad envidiable.

Era mayor que ella por una decena de años. Sus cabellos renegridos, orlados de alguna que otra hebra blanca; sus ojos también oscuros, reposando en su madura vigorosidad; y su rostro semicuadrangular, que enmarcaba a una nariz recta y a un par de labios excesivamente delgados, le daban una apuesta apariencia capaz de conmover las entrañas de cualquier mujer. Pero Anabel no era cualquier mujer.

—Me sorprendió que me citaras —afirmó él, estando aún de pie frente al escritorio.

—No pienses lo que no es —advirtió la monja—. Es una cuestión escolar la que debemos tratar. ¿La madre de Roxana viene también?

—Alejandra vive en su mundo. Como siempre, el que tiene que cargar con todo soy yo. —Desvió la mirada hacia las rejas negras que protegían la ventana de la oficina—. Aun cuando haya venido sin la madre de Roxana, ¿me puedo sentar?

—Por cierto.

Roxana, la rebelde alumna de quinto año, tenía la culpa de todo esto. A causa de sus reiterados malos comportamientos, la rectora se había visto forzada a citar frecuentemente a sus padres. La madre solo había acudido una vez. Desde entonces, siempre trataba con el padre solo. A solas.

Y este, a partir del drama de su hija, había comenzado a manifestar los profundos dolores por un matrimonio desarticulado, y el recuento de sus íntimas soledades que lo hacían soñar vivamente con «una mujer diferente», «una mujer que lo llenara», «una mujer profunda, compañera, tierna, sensible, espiritual». Una mujer… ¡como Anabel!

Con buen tacto, el doctor se había abstenido de realizar los avances físicos característicos de la ocasión, pues intuía que para el caso le resultarían contraproducentes. Simplemente usaba las palabras… y pocas…

Anabel, por su parte, con sus treinta y tres años a cuestas, no era precisamente una adolescente. Demostraba una seguridad imbatible, aunque muy en su interior no la sintiera tan así.

—Se te ve cansada, Anabel.

«Es el único que lo nota», pensó ella.

—Acabo de llegar de Buenos Aires —contestó—. Me muero por dormir un poco.

—¿Y por qué no? Roxana no va a ser ni mejor ni peor si esta entrevista la tenemos mañana.

—Lo sé. No es eso…, es que mi deber es estar aquí.

—Tu deber es cuidarte. ¿Y quién cuida de ti?

—Alfredo —encaró sin vueltas—. No te pases de la raya. El tema es tu hija. Concentrémonos en ella. La hemos tenido que amonestar

por llevar una botella de bebida blanca al retiro espiritual.

—¿Y cuál es el problema? ¿Era una bebida de baja calidad?

—¡Alfredo! —increpó notablemente molesta por la broma—. Tu hija es un desastre. Tiene dos intentos de suicidio.

«Cuatro», corrigió internamente el padre de la chica.

—Vive más borracha que sobria —continuó detallando la rectora —. Si vuelve a ingresar bebida alcohólica en el colegio o en cualquier actividad escolar que realicemos, la vamos a tener que expulsar.

—Anabel, discúlpame que haya sido tan inoportuno con el comentario. Lo que sucede es que ¡no sé qué hacer! Para ti es fácil, un problema más y te la sacas de encima. Yo, como padre, no tengo esa alternativa. ¿Crees que no me doy cuenta de que anda mal? Me preocupa, aunque no veo la cosa tan grave como tú. Hay que tener en cuenta su edad, y que esas transgresiones a la ley son propias de la juventud. Ella está en tratamiento psicológico, y la especialista me dice que todas estas cosas son llamadas de atención. Mucho tiene que ver la casi nula relación que mantiene con su madre.

—¿Ustedes están juntos?

—Tenemos una separación, de hecho. Vivimos bajo el mismo techo por los hijos, pero no convivimos. Dormimos en cuartos separados, para que entiendas claramente.

—El detalle de si duermes o no con tu esposa no me interesa en absoluto. La pregunta que hago es para ver cómo funcionan ustedes como padres de Roxana.

—Es simple: ¡no funcionamos! Continuar viviendo en la misma casa tampoco resulta. Los chicos no se sienten mejor por vernos juntos. La convivencia se me está haciendo insoportable, así que, en estos días, me voy a vivir solo a un departamento.

—¿Y ella queda al cuidado de los hijos?

—¡Y bueno! Lamentablemente, es la madre. Alejandra debería acompañar a su hija a terapia, pero se niega rotundamente. Tiene repartido su tiempo entre las innumerables estupideces con las que llena su agenda. Nunca la vas a encontrar por ningún lado. Tarde me di cuenta de que ella se había casado conmigo por interés. Y bueno…, así resultó de inútil para madre.

En esta frase final, aprovechó el silencio que ella ofrecía para mirarla, centrando su objetivo.

—En cambio, a ti te imagino tan buena madre… —disparó esa bala con precisión—. ¿Por qué no eres madre?

Y la bala surtió el efecto deseado. Encaramelada en el sutil halago, Anabel permitió que el diálogo cambiara de dirección, dejando a la pobre Roxana de lado con sus tantos intentos de suicidio.

—De algún modo, soy madre.

—Mentira… —Y cuidó que la entonación de la palabra no entrañase ofensa alguna—. ¿Madre de quién? ¿De tus alumnas? Las puedes querer mucho, pero no creo que sea lo mismo. No las has llevado en tu vientre, no has tenido la sensación de amamantarlas, de abrigarlas en la noche, de cuidarlas cuando tenían fiebre, de arroparlas en tu cuerpo, de escucharlas llamarte mamá. Ese «de algún modo» intenta ser una autosugestión que pretende ocultar una larvada frustración. Estás en la plenitud de tu edad. Ya en tus años el tiempo es oro, Anabel. Tienes el cuerpo fuerte, la madurez apropiada y el encanto necesario como para conseguirlo.

Ella abrió los ojos, buscando un modo de detenerlo, pero el disparo le había dado en un centro muy delicado de su intimidad, en

ese lugar de dolores oscuros e inconfesos que tapizan el subconsciente. Permaneció muda, a su pesar.

Alfredo percibió la ventaja.

—Mira, querida mía…, estoy harto de que la gente que quiero no me escuche. Al menos, escúchame tú. Escúchame, solo escúchame.

—Por favor…, no estoy en condiciones…

—¿A qué le tienes miedo? No me detengas, te hablo sinceramente, con el corazón en la mano, por tu propio bien. Esta vida que llevas no es vida. Tienes un mundo de posibilidades por delante, ¿qué te detiene? Eres inteligente, linda, culta, sensible, tierna… ¡Una joya! ¿Por qué te empecinas en enterrarte viva?

—¿Qué te hace pensar que mi vida es tan mala? Yo soy feliz.

—Mentira… —replicó suavemente, como un arrullo—. Está bien. Si me dijeras que no aceptas mi propuesta porque no me amas, porque tienes miedo al cambio o porque sientes que Dios te va a condenar…, lo entendería —y su voz volvió a arrullar—, pero no me digas esa mentira. No eres feliz, no puedes ser feliz.

—Es verdad que no estoy atravesando un buen momento en mi vida. Demasiado trabajo y demasiada responsabilidad, pero eso es todo, Alfredo. Son cosas que pasan.

—Que no te suceda lo que a mí. En los primeros años de matrimonio, ya tenía señales más que claras de que el asunto no iba a funcionar. Esperé, aposté al futuro, dejé que vinieran los hijos, concedí oportunidades. Esperé casi veinte años a que Alejandra cambiara… y lo único que conseguí fue perder tiempo, tiempo que solo sirvió para acumular malos ratos, heridas y pesares.

Después, Alfredo retornó al susurro:

—Anabel, yo te amo de verdad. Todo lo que te pase me preocupa mucho. Si supiera que tú realmente estás bien así, nada intentaría contigo, pero está a la vista que sufres, y mucho. Me muero de deseos de darte de beber el agua de la que tienes sed. ¿Qué es lo que se interpone? No lo comprendo. Si me dejaras amarte, seríamos felices los dos… ¿Qué te traba?

El mundo interno de la pobre religiosa se sentía profundamente conmovido. Las sólidas paredes de sus convicciones se desgranaban como médanos de arena sueltos al torbellino.

Se encontró perdida en un océano de palabras que no supo pronunciar, por lo que tuvo que ceder a la peligrosa espontaneidad de las reacciones.

—Alfredo, no sé dónde estoy parada. Sé lo que quise cuando elegí esto; no lo encuentro, pero no sé si es porque no está o porque todavía no lo descubrí. En estos momentos soy solo un manojo de incertidumbres. En este estado, no puedo elegir nada.

—De acuerdo, ¿qué necesitas para decidirte? ¿Lugar para poder tomar distancia de esto? ¿Dinero? ¿Viajes? No tienes más que pedírmelo. Yo todo te lo doy sin compromiso. —La miró profundamente, como preparándola para decirle algo íntimo—. Te voy a hacer una propuesta, de todo corazón, aun sabiendo que te lo vas a tomar a mal. Pero yo soy sincero y me arriesgo. Me arriesgo a que jamás quieras volver a verme. Sé que me vas a decir que no. Sin embargo, quiero escuchar tus razones…

Preámbulos. Ella intuyó el asunto… y deseó que surgiera.

—Dame un tiempo para amarte. Prueba. Decide, pero luego de conocer de qué se trata. Un tiempo, el que quieras, y déjame

demostrarte lo que te pierdes… Sé que tu respuesta es no, pero ahora dime claramente por qué.

—Porque es jugar con fuego.

—¿A qué tienes miedo? ¿A enamorarte de mí, acaso? —Y lo dijo en voz tan íntima que Anabel casi lo tuvo que adivinar.

—Tengo miedo a quedar aún más confundida. Además, no me sentiría bien. Va contra mi conciencia.

—Ya entiendo: lo que te propongo es pecado, pues está prohibido. En tu universo, el amor está prohibido.

—¿Es amor o placer?

—Las dos cosas. Pero claro, en… tu universo —y subrayó enfáticamente ambos vocablos— el amor es una cuestión etérea, inmaterial, idílica. Ustedes «aman» con la cabeza, aman trabajando, aman realizando tareas para rostros que no ven y para cuerpos que no abrazan. Aman con heroísmo…, pero sin cariño.

—¡Basta! ¡Deja de hostigarme!

—Dame razones.

—Tú no entiendes porque no tienes fe.

—¿Y de qué te sirve a ti la fe? Hasta donde puedo llegar a saber, te sirve para masacrarte la conciencia.

—No, Alfredo, no es así. Tú no lo entiendes porque para ti se puede vivir sin ley, al puro capricho.

—No es para tanto, no me considero un inmoral. Pero la moral tiene un límite. ¿Por qué estás tan segura de que lo que la Iglesia dice que es malo realmente lo es? ¿Quién la auspicia, quién la avala?

—Dios.

—¿Y de dónde sabe eso la Iglesia? ¿En qué se basa ella para decir lo que es bueno y lo que es malo?

—En la naturaleza. Lo bueno y lo malo está escrito dentro del corazón del hombre.

—Pero según tu naturaleza de mujer, tú deberías amar a un hombre y formar familia con él.

—La naturaleza de la mujer no se realiza solo teniendo sexo. Muchas, incluso teniéndolo, tampoco se sienten realizadas como personas. Cada mujer se realiza de un modo diferente.

—Bien. A ver, explícame ¿Y cómo realizas tú tu femineidad?

—La entrego a Dios.

—¿Y Dios cómo la toma? ¿Dios te satisface?

—Sí —replicó, a pesar de que el verbo empleado por Alfredo le resultó un poco violento, excesivamente erótico para aplicarlo a su realidad de relación espiritual con Dios.

—Y si te satisface, ¿por qué adoleces de tanta sed?

—Porque siempre hay algo de sacrificio en el amor.

—¿Eso no es masoquismo?

—No, porque no es la búsqueda del dolor por sí mismo. Es el sacrificio propio de cada elección.

—¿Y qué hace tolerable ese «sacrificio», si no es un masoquismo?

—El amor.

—O sea que mides tu amor a Dios por la cuota de sacrificio que le ofreces.

—Algo así.

—El tuyo, discúlpame que te lo diga, es un amor ingenuo, tonto. O, en el mejor de los casos, altruista, heroico. Lo que no entiendo bien, entonces, es el amor de Dios para contigo. ¿Por qué habría de querer que sufras si te ama? ¡Es sádico, entonces!

—¡No! —El océano de palabras se le confundía—. Es que tú no entiendes. El amor de Dios vale la pena, vale los sacrificios, vale las renuncias.

—Si eso fuera cierto, no habría penas.

—Tienes un modo muy egoísta de ver la vida. Para ti, lo que no te satisface no vale.

—Y tú, un modo muy infantil. Crees en lo que otros te dicen y, a su vez, repites a los demás lo que te han repetido y lo que vienen repitiendo desde antes. ¿Y si las cosas no fueran así? ¿Y si tu mundo espiritual no existiera?

—Esa es nuestra gran diferencia: yo tengo fe.

—Anabel… —Alfredo retornó a la técnica del susurro—. No quiero ofenderte: para mí, eres una mujer exquisita, y quizás tu forma espiritual te haya tallado tan hermosa por dentro y por fuera. Pero, al mismo tiempo, te convierte en una belleza inaccesible, una belleza pura para contemplar detrás de una vitrina. Eres realmente hermosa, pero si tu femineidad queda encerrada en tu cuerpo, no eres diferente a un maniquí de exposición. Sigo sin entender el papel de la fe en tu vida.

—¿El sexo es lo único que tienes en la cabeza? ¿Ves? Para ti, si no hay satisfacción no vale.

—Soy médico. Y, por lo que sé, el cuerpo vivo manifiesta sus necesidades como displacer, tensión e insatisfacción. Esa tensión lleva al individuo hacia el objeto preciado, y la satisfacción de esa necesidad produce placer. No comprendo por qué te parece mal la búsqueda de algo tan natural como el placer.

—El cuerpo y la materia no son lo único que existe. Justamente, mi modo de vivir es un testimonio de ello. Si no me casé y si no

tengo hijos propios, si renuncio al placer sexual, es para mostrar que hay algo más, que la vida es más profunda, que existe Dios y que es capaz de entrar en relación con el ser humano para colmarlo.

—¡Abre los ojos, querida mía! Tu vida no da precisamente esa impresión. Para la sociedad en general, que en ti no ve a Anabel, sino a una monjita dulce y simpática, no eres más que una antigüedad: agradable o desagradable, pero antigüedad al fin. Para unos cuantos «santulones», que aún sobreviven en este tiempo, eres la expiación de sus pecados personales: «Rece por mí, hermanita, que usted está más cerca de Dios». Y para quienes, detrás del hábito, descubrimos a tu persona humana, vemos un excelente tesoro prisionero de un Dios narcisista y cruel que, por pura complacencia suya, ¡la declara intocable! «¡Solo para mí! Esta es mi muñeca, nadie juegue con ella». Y la deja triste y sola detrás de una vidriera celestial. Te hace mujer para convertirte en un ángel. No me parece muy coherente.

—¡No es así! —exclamó Anabel, visiblemente alterada—. No me siento en una vitrina. No soy ninguna muñeca. Dios no es sádico. Él sabe lo que hace y siempre quiere nuestro bien. Fuera de su voluntad, nadie es feliz. ¿Tú acaso lo eres?

—No sé. Hay cosas que no me han salido bien, pero intento disfrutar día a día de lo que puedo. La vida es muy puta y, cada dos por tres, te juega en contra. Por eso —se encogió de hombros— simplemente vivo del mejor modo posible. ¿Qué tiene de malo? Tú no eres feliz y no puedes disfrutar del poco dulce que arroja la existencia.

—Yo sigo creyendo…

—¿En qué? Cuando apenas me recibí, también tenía un montón de frases altruistas en la cabeza. Después de todo, iba a dedicarme a salvar vidas… Pero ¿sabes qué? La muerte siempre gana. ¡Siempre! Tarde o temprano. Curas al enfermo de una cosa y se muere a la larga de otra. Hay que acomodarse lo mejor que se puede a esta realidad. Nadie salva al mundo, Anabel, el mundo no necesita ser salvado: ¡es como es! Lo único que nos queda es buscar para nosotros el mejor espacio posible. Y si no lo haces, nadie lo hará por ti. Admiro tu generosidad, tu capacidad de pensar en los demás, tus deseos de ayudar al prójimo, pero el precio que pagas es exagerado.

Por fin calló. Ella mantenía bajos sus enrojecidos ojos cafés, intentando vanamente frenar el acceso de lágrimas. Se sentía literalmente quebrada, vencida.

—¿He sido muy duro contigo? —preguntó Alfredo, en su característico tono confidencial—. No quiero verte sufrir. No quiero ver empequeñecida tu hermosa vida. —Cubrió con sus cálidas manos la de Anabel, la cual se hallaban a mitad del escritorio—. Lo que tú quieras, puedo dártelo. Simplemente: prueba.

La monja se sentía un fragmentado caos forrado de piel. Instintivamente, alzó los ojos suplicantes de auxilio. Lo vio más cerca, casi levantado de su silla. Nunca se sintió tan próxima a un beso.

—Sal, Alfredo, por favor.

Sin embargo, el pedido era muy débil.

—Solo un beso…

—No. —La conciencia reñía con el deseo—. Me haces mucho daño. Ahora no tengo las respuestas que me pides, pero las hay.

—No es así: no tienes las respuestas porque no las hay. Déjame amarte.

La noche sin dormir ejercía presión sobre la voluntad ya debilitada de la joven. Y el gris. Y la monotonía. Y el vacío. Y el sinsentido. Y los ideales muertos. Y una promesa de felicidad nunca cumplida. Y una propuesta de amor prohibido.

Vio el masculino rostro acercarse lentamente. No era cuestión de firmeza, pues esos labios la invitaban, simplemente, a que lo dejara suceder. Sintió la respiración ahí, muy cerca.

Cansada, atormentada por sus propios cuestionamientos, insegura, solitaria, desvalida… No estaba bien, pero solo era cuestión de «dejar hacer». Después de todo, estaba interiormente adormecida. Cerró los ojos, intuyendo la inmediatez del roce húmedo.

—¡No! —Y los abrió. Firme y sin levantar la voz, agregó—: No quiero que me beses.

A pesar de sentirse contrariado, él obedeció. Luego, sin dejar de sonreír, se incorporó como para despedirse.

—Eres una mujer fuerte y fiel, no cabe duda —le dijo—, también inteligente. Por eso confío en que pienses en todo lo que hablamos.

Ella recuperó por completo el control de sí misma. Se incorporó con normalidad y, mientras lo acompañaba a la puerta, le expresó con voz clara.

—Con respecto a Roxana, estás en sobre aviso.

—Con respecto a tu vida, tú también estás en sobre aviso. Mi oferta sigue en pie. —Inclinándose hacia su oído, musitó—: Te amo.

Giró y desapareció lentamente de los disgregados ojos de la pobre monja.

III Juicio arbitrario

Luego de la cita de las diez, Anabel quedó literalmente desensamblada. Deseaba con vehemencia encender un cigarrillo y fumarlo, pero no solo no tenía ninguno, sino que jamás en su vida había probado cosa parecida.

Unos cuantos golpes suaves en la puerta de su oficina la pusieron nuevamente en alerta. Se trataba de otra monja, de pocos años más que la mayoría de edad, cuya espontaneidad de pajarillo no sabía Anabel si admirar o envidiar. Su nombre era Carina.

—¡Hola! ¿Qué tal te ha ido por Buenos Aires? —Luego de observar el demudado rostro de su interlocutora, Carina mutó de expresión, asumiendo una voz perpleja y preocupada—. ¿Por qué tienes esa cara?

—Necesito dormir, Carina. El curso me ha cansado mucho.

—¿Y por qué pasaste de largo? Te habría venido bien descansar por lo menos dos horas antes de presentarte al colegio.

—La otra vez hice eso y ya sabes el escándalo que me hizo Visitación.

—Bueno, pero ¿es solo cansancio lo que tienes? Si hasta parece que hubieras llorado.

—A parte de los problemas del colegio…, las cosas no siempre salen bien.

—¿Te pasó algo? ¿Necesitas ayuda?

—Sí que necesito ayuda. Pero no sé de quién.

—Si es asunto del colegio, podrías consultar con las otras hermanas que son rectoras, o con las que ya lo fueron en el colegio. Hay mucha gente con experiencia.

—Sí. Bueno, en realidad no es solo el colegio. Hay cosas en las que no doy más. A Visitación cada vez la aguanto menos y… no sé. Quisiera tomar distancia de todo esto y pensar con claridad.

—¿Por qué no vas a conversar con el padre Emmanuel? A mí me ayuda mucho como director espiritual.

—Sí. Justo a él…

—¿Por qué lo dices así? ¿No te gusta?

«Me gusta demasiado», pensó la rectora.

La conversación continuó. Carina observaba atentamente los gestos del rostro de su amiga e intuyó algo grave. Y su alarma creció cuando, sin anunciarse, entró Visitación como un torbellino.

—¡Ah! Conque acá estás, Carina —dijo sin saludar, mirándola con exclusividad—. Te estaba buscando en todas partes. ¡Anabel! —Y volteó la vista hacia la rectora, que aún permanecía sentada en su sitio—. Si no fuera por el bolso que la portera dejó en nuestra casa, ni me entero que llegaste.

La aludida pocas veces en su vida había experimentado la sensación de «salirse de sí». Su carácter normal era suave, por ello, los conflictos debían llegar al paroxismo para que demostrara alteración.

La presencia de Visitación en aquel preciso momento, en aquella precisa mañana y en aquel preciso estadio de su alma, hizo aflorar un paroxismo.

—¡Madre superiora! —respondió en un agresivo tono militar, levantándose violentamente de su silla—. Llegué exactamente a las siete y veinticuatro minutos. —Carina le hacía, en vano, señas para que se contuviera—. Conduje el izamiento de bandera y luego comencé a realizar la tarea que tengo a mi cargo. La hermana

Carina ha entrado a este lugar hará cosa de… —consultó su reloj— exactamente siete minutos. ¿También quiere saber lo que conversamos?

—Tú siempre tan insolente y maleducada —replicó su autoridad en tono áspero, el cual no necesitaba de ningún paroxismo para manifestarse de ese modo—. Yo tengo la conciencia tranquila. Dios sabe que no soy ni mandona ni curiosa. Simplemente cumplo con el deber que él me ha impuesto.

—Visitación —intervino Carina, con un nerviosismo que apenas lograba dominar en su modo de hablar—, me buscabas para algo ¿Qué será lo que quieres que haga?

—Hay que llevar a la hermana Olivia al médico. Tiene turno hoy a las tres de la tarde. Ahora, déjame a solas con Anabel.

Carina cerró los ojos, temiendo lo peor. Visitación y Anabel nunca se llevaron bien; la primera era realmente autoritaria en el ejercicio de su función, y la segunda entendía que su rol de súbdita no le significaba la sumisión, por lo que no perdía oportunidad para echarle en cara lo que, para ella, representaba un abuso de poder.

Sin más remedio, Carina salió de allí, encomendando la situación a la cantidad de santos que contuviera el cielo.

Visitación se acomodó frente a la rectora. Anabel, por su parte, apenas se inmutó, no tanto por despecho —nunca antes había sido tan irónica—, sino por su endeble situación interna. Situación que la superiora desconocía por completo, por lo tanto, juzgó la reacción entera de su súbdita como un grado intolerable de insensatez.

En un tenso minuto de silencio, ambas se sentaron, realizando lentamente los movimientos corporales casi al unísono.

—Te pasaste de insolente. De ti ya estaba dudando demasiado, aun así, no te creí capaz de semejante barbaridad.

No hacía menos de una hora, el personaje que había calentado la misma silla donde ahora reposaba el trasero de Visitación la había perlado de otro tipo de adjetivos: generosa, hermosa por dentro y por fuera, espiritual, inteligente…

—Desubicada. Agresiva. Infantil. No podemos seguir así. ¿No te enseñaron que tienes que obedecer y respetar a tus superioras? Te falta mucha humildad. Tú directamente no soportas que otra te mande. Realmente no sé cómo estas cosas no las vieron antes de que hicieras tus votos.

Anabel escuchaba en simultáneo, mezclando el oído sensitivo con el oído del recuerdo, un cacofónico ensamble entre las palabras de la superiora y las de Alfredo. Mantuvo un ensimismamiento que erizó los pelos de su contrincante.

—Haces las cosas muy difíciles —continuó Visitación.

«Nadie salva al mundo, Anabel, el mundo no necesita ser salvado: es como es».

—¿Ese es el testimonio que das como religiosa a tus hermanas y alumnas?

«Eres una mujer fuerte y fiel».

—¿Crees que yo mando por diversión? Simplemente cumplo con mi tarea, y no me sería tan grave si cada una hiciera bien lo que le corresponde hacer. Mi deber es velar para que hagas lo que te corresponde. ¡Y siempre tengo problemas contigo!

«¿Puedes tomar distancia de esto? Te doy lo que necesites».

—Sin ir más lejos: tu viaje a Buenos Aires para asistir al Curso de Rectores. ¿Desde hace cuánto tiempo te vengo diciendo que saques

el pasaje para conseguir los más baratos? ¡Pero no! La nena caprichosa dejó pasar el tiempo y tuvo que pagar más caro. Faltas a la obediencia y a la pobreza. No cumples con tus votos.

«Tú no eres feliz y no puedes disfrutar del poco dulce que arroja la existencia».

—Y te voy avisando que la madre Gabriela ya está enterada de todo esto.

«Déjame amarte. Prueba».

Ajena al monólogo de la superiora, Anabel entrecerró los ojos y, dentro de sí, representó el rostro de Alfredo a milímetros de un beso. Su «no» categórico lo había detenido, pero ese «no» era… revocable. Recordó con detalle la sensación de la masculina cercanía. Nuevamente, era solo cuestión de dejarse llevar, dejar que sucediera. Con una llamada de teléfono, el «no» podía devenir en un «quizás», y hasta en un «sí».

—¿Me estás escuchando? —aulló Visitación.

Verdad que no se sentía enamorada del doctor Alfredo Palacios, pero verdad también que ese beso le hubiese resultado, por leguas, mucho más agradable que tener que escuchar la cadenciosa y vitriólica voz de su superiora.

Era cuestión de tomar el teléfono.

IV. Ni siquiera puede ser buena

Martes. Por fuera, la cáscara de Anabel continuaba manejando sus asuntos con apacible seguridad, aunque también estaba demasiado pendiente del teléfono y del reloj.

El teléfono: ayer había hecho la llamada que no debió hacer, pero la hizo. Y el reloj: dentro de ocho horas…, ¡apenas ocho horas! Ocho horas que podrían cambiarlo todo.

Mientras tanto, sentada en su oficina, continuaba atendiendo sus asuntos. En ese momento sonó el teléfono interno.

—Hermana Anabel —llamó la portera—, está la señora Faviana Rodríguez, que tiene entrevista con usted.

—Que pase.

El nombre no le sonó a nada en particular, pero cuando vio a esa diminuta mujer salvajemente vestida recordó, aun con el dejo de conciencia que portaba en su interior, el caso.

Jean ajustadísimo, pulóver rojo furioso sujeto a la cintura con un cinto ancho negro, enormes botas de tacón de aguja, que intentaban paliar el efecto de su corta estatura, cabello largo y grueso, teñido de un amarillo patito desagradable, el rostro demacrado, malamente lavado de un maquillaje pegajoso… Ella era la madre de una pequeña del jardín que se había demorado en el pago de las cuotas.

La había citado por eso, pero, en realidad, aquel no era el problema. El problema era que las otras madres del jardín habían presentado una nota a la responsable del colegio —que, en último término, era Visitación, y Visitación ya había dado su veredicto—, pidiendo que la pobre niña no continuase en la institución por la dudosa reputación de su madre.

Como trocar la duda en certeza era un camino demasiado engorroso para ese grupo de monjas, se apuraría a la pobre mujer con el asunto económico. Tal era el odioso cometido que debía realizar la rectora. Y muy a su pesar.

Recordando algunos pasajes del Evangelio, supuestamente la carta magna de su vida, la decisión le pareció irresponsable, contradictoria y descomprometida. Sin embargo, aquel sentimiento era apenas una intuición que casi no podía fundamentar, por lo que no pudo pelear la situación frente al poder de Visitación.

A pesar de su tremendo malestar, este suceso logró concentrarla un poco. Con amabilidad, aun sabiendo el veredicto, Anabel le ofreció asiento frente a ella.

—Hermana, yo sé que debo tres cuotas. Es que estuve enferma y no pude trabajar. Pero dentro de un plazo ya va a ver que se lo pago todo —dijo la mujer, con un habla que, para Anabel, era informal y típica de una persona poco letrada.

Sin embargo, la sentencia ya estaba firmada.

—Quizás tenga que pensar en otro colegio para su hija.

—¿Por qué? Si yo le voy a pagar todo, ¿por qué razón no aceptaría a mi hija nuevamente en esta escuela?

—Porque… —Como una tonta infante, empezó a tartamudear—. Sea sincera, su trabajo no presta para mandarla a una escuela como esta.

—¿Y qué sabe de mi trabajo? —le replicó en un tono notablemente agresivo.

Anabel era muy diplomática, pero incapaz de mentir. Por eso, pese a todas las previsiones, la verdad se le escurrió por la boca.

—Que no es empleada de comercio, como figura en los papeles.

—Entonces el problema no es la plata, sino mi trabajo.

—Bueno… sí —reconoció ruborizada, como si la prostituta fuera ella misma.

—Yo tuve la ilusión de que podría pasar desapercibida. Por eso siempre venía la Rosa, salvo aquella reunión de padres en que estuvo enferma. Eso bastó para que las otras anduvieran cuenteando. ¡Qué idiota que soy! ¡Como si toda mi vida no me alcanzara para saber que a una puta se la echa de todos los lados que pretendan ser «limpios»! Está bien, son las reglas del juego y las acepto, pero ¡écheme a mí y no a Jenny! Yo quiero para ella una educación distinta.

—¿Y realmente cree que acá lo va a conseguir? Sus compañeritas la dejan sola, la segregan.

—¿Y no es deber de ustedes enseñar que todos somos hijos de Dios?

—Bueno…, pero…, aun así, es poco lo que podemos hacer. Los niños aprenden principalmente de lo que reciben en sus casas.

—Pues, para desgracia de Jenny, todo lo que tiene lo recibe de mí. Yo le doy cariño, intento cuidarla y salvarla de los peligros que corre. Si yo trabajo en lo que trabajo no es por gusto, es por plata. Y necesito la plata para criarla.

—Sucede que… su trabajo no es honrado.

A la diminuta mujer le ardieron los ojos de furia. Por su parte, la rectora sentía cada vez más fuerte el reclamo de su conciencia, una conciencia que, por motivos coyunturales, no podía satisfacer.

—No puedo hacer otra cosa —replicó Faviana, condensando la violencia que sentía en un susurro.

—El que quiere puede. —Anabel se sintió tan estúpida que se odió por aquellas palabras.

Nuevamente, un silencioso absceso de furia se hizo presente en las débiles pupilas de la damnificada.

—Dígame, hermana. ¿Qué daño hago yo al colegio? ¿Acaso reparto panfletos promocionando mi trabajo a las niñas?

—No es al colegio, es a su hija. La anotó en una escuela católica, donde va a recibir una educación según nuestros principios, pero su propia madre no vive de acuerdo a ellos.

—¡Porque no puedo! Usted cree que yo disfruto haciendo lo que hago. Es un trabajo y me da de comer. Me guste o no, eso es lo que soy desde los diez años.

—¡Diez años!

—Para que vea. Yo no quiero ese futuro para Jenny.

—Entiendo, pero… no es tan sencillo.

Como si le faltasen ingredientes al maremoto interno de la monja, su conciencia batía furiosa sus oleajes intrépidos contra el duro murallón de sus posibilidades. Sabía que la mujer tenía razón, pero también sabía que no era capaz de contener la situación con respecto a la institución y a la presión de los otros padres.

—Claro que no —replicó Faviana—. ¿Cree que yo no me doy cuenta? Usted me quiere alejar de acá por el comentario de los padres ricachones de las compañeritas de Jenny. Ellos presionan porque quieren que sus hijitas no se contaminen con la mugre que hay en la sociedad. Para que lo sepa, querida hermana, muchos de esos padres que aparecen en sus reuniones y tragan hostias en sus misas… son nuestros clientes más habituales. Quizás tengan un «trabajo honesto», como usted lo llama, pero le aseguro que más de uno de esos santurrones se tiran varias canitas al aire con nosotras. ¡Y hay que ver lo cerdos que son! Puritanos a la luz, endiablados en la oscuridad. Pero como todo es cuestión de apariencias, yo llevo las de perder.

Anabel, impotente, suspiró. Era tal el agobio íntimo que sintió que perdía la noción de la realidad. Se encontró respondiéndole algo, no supo qué, y de pronto la despidió de su despacho, no supo cómo.

Ser monja no le servía ni para ser buena.

A los pocos minutos de encontrarse sola en la rectoría, su secretaria Elvira entró portando un fardo de papeles duros y profusamente escritos.

—Hermana Anabel, acá le traigo estos documentos para que los firme.

—Sí…, gracias. —Automáticamente, sacó el bolígrafo de su bolsillo—. ¿De qué se trata?

—Del nombramiento de la profesora de lengua.

—¿Nombramiento? —repitió sin entender—. ¡Pero si todavía no he nombrado a nadie! Recién estoy en las entrevistas.

—¡Ah! —Elvira dibujó un gesto en su rostro, indicando que, tras las palabras de Anabel, recién podía comprender algo hasta entonces escurridizo al entendimiento—. Es la madre Visitación. Entró con la mujer ayer a la secretaría, unas dos horas después de que habló con usted, y ordenó que le hiciéramos los papeles del alta.

—¿Qué? —Como un rayo, Anabel recordó la última pregunta de la entrevista con «la momia»—. ¡No me digas que Visitación contrató a esa directora del campo!

—El nombre de la profesora es Mariana Martínez.

—¡Mira si será taimada! Me preguntó por el último responsable del colegio, intuyendo que yo jamás le daría las horas cátedra a ella.

—Pues… me pareció raro. Usted tiene mejor ojo para elegir al personal. Por eso, cuando la madre me mandó lo de los papeles, no podía entender cómo usted pudo darle el cargo a esa señorita. No creo que se lleve bien con las alumnas, parece muy inflexible.

—Le debe haber llenado la cabeza a Visitación con la conducta moral.

—¿Va a firmar?

La sangre de la rectora bramaba como volcán erupcionando. Intentó trazar las letras de su firma, pero el maldito bolígrafo se le detuvo impotente en el primer punto.

—Vieja de mierda. —No supo si lo decía solo interiormente—. Autoritaria y mandona. ¿Para qué me nombra rectora si después no va a respetar el desempeño de mi rol? ¡Podría haberme preguntado, al menos, mi parecer! ¡Es que es una vieja de mierda!

Dicho adjetivo no era únicamente una sucesión de letras —tres consonantes unidas a tres vocales—, era más bien el vehículo idiomático por donde tanta carga agresiva interna podía encontrar un canal de expresión.

Cuando cobró conciencia de los ojos desmesuradamente abiertos que pertenecían a la respetable secretaria, se dio cuenta de que su discurso interno había sido exteriorizado sin que ella misma se percatase. Se arrepintió con creces.

—Elvira…, por favor, no repitas lo que acabas de escuchar. Lo que pasa es que estoy saturada. No estuvo bien de mi parte hacer ese comentario.

—Es lo que todos pensamos acá —respondió ella, encogiéndose ligeramente de hombros—. Nada más que nadie lo puede decir. No solo es la superiora de ustedes, también es nuestra patronal. Rezo a

Jesús para que nos mande una persona más accesible, con la que se pueda trabajar tranquilo. ¿Cree usted que Dios podría concedernos eso?

—No. —Anabel terminó de firmar como a quien le embargan el alma—. Para mí nada de esto tiene solución. Todo es presión, trabas e impotencia. No tengo esperanzas de hallar la salida, me conformo solo con entender el nudo del problema: ¿en qué momento se empezó a complicar la cosa y en qué cruce de caminos se desvió la institución de su objetivo?

—Sería muy valiente de su parte intentar saberlo, hermana —replicó la secretaria, como filosofando.

—Eso es lo peor. Yo no soy valiente, no tengo cuero de heroína.

V. La llamada que no debió realizar

Un crudo dolor de estómago la acompañó durante el trayecto hacia su tan ansiada y temida cita. Era, sencilla y literalmente, una locura, y no había modo de sacar nada bueno de ella. Sin embargo, impulsada por ese «algo» ciego, constitutivo de su ser —algo de naturaleza incognoscible—, hacia allí se dirigía, donde él la esperaba. Para eso. «Eso» que, en realidad, no sabía bien lo que era. Tal vez un impulso inútil. Tal vez un último manotazo de ahogado. Tal vez solo, y ni siquiera, otra cosa más que una supina estupidez.

Ocultando sus nervios, se presentó en el despacho.

—¿El padre Emmanuel la espera? —inquirió la secretaria parroquial, escudriñándola detrás de sus anteojos alargados y gruesos.

—Sí. Me citó a las seis.

—Ya lo llamo, entonces. —Marcó un número en su teléfono—. ¿Padre Emmanuel? Aquí lo busca una religiosa… Bueno… Gracias. —Colgó—. Espérelo aquí, ya viene.

La recelosa secretaria arribaba con facilidad a los cincuenta y tantos años, probablemente sesenta. Durante el tiempo de espera de la pobre monja, se detuvo a estudiarla sin disimulo, desde los pies a la cabeza. Arqueó levemente las cejas, en las cuales escondió dos afirmaciones: la primera, Anabel era muy bonita para ser monja; la segunda, estaba demasiado nerviosa para ser una simple penitente.

Por suerte, el clérigo no demoró demasiado en acudir.

—¡Anabel! —le dijo al verla—. ¡Qué gusto! ¿Cómo estás?

No era precisamente muy buen mozo, que digamos. Demasiado payo, nariz filosa, labios delgados… Pero sus ojos verdes y luminosos, unidos a ese galante aire cortés al hablar, al modo abierto y paternal en el trato y al robusto porte masculino, le otorgaban una presencia solemne y atractiva.

—Hola, Emmanuel —respondió al saludo, intentando sin éxito ser espontánea.

Él la condujo hasta su despacho por un corredor añejo, atestado de imágenes piadosas. Luego la invitó a sentarse en una silla frente a su escritorio. Cuando Anabel lo hizo, apoyó los codos en la mesa y llevó sus manos a las sienes, en un intento inútil de frenar el acelerado galope de su pulso.

—Me quiero ir. Me salgo —dijo sin rodeos.

El pobre cura no había alcanzado a asentar su humanidad en la silla correspondiente. Turbado, guardó silencio durante algunos

minutos, en los cuales su mente pretendió asimilar el mensaje de la religiosa.

—¿Cómo que te sales? ¿Qué es lo que quieres decir?

—No va más. No soy feliz y no quiero vivir toda mi vida infeliz. ¿Es eso pecado?

—Claro que no… Pero tienes que analizar seriamente tu situación. Imagínate que a cualquier mujer casada con hijos un buen día se le ocurriera decir: «¡No va más!». ¿Puede dejar a sus hijos en banda?

—Yo no tengo hijos.

—Pero tienes un compromiso que vale tanto como eso. Las decisiones apresuradas nunca son buenas. Supongo que no serás tan ingenua como para desconocer que los momentos de crisis son normales en cualquier estado de vida.

—Momentos… Ese es el punto. No se trata de un momento. Esto lo vengo resistiendo casi desde siempre. Año a año aguanto, esperando la solución. La solución no aparece. ¿Y si esto que siento es signo de que debo cambiar de vida? Aún más, me pregunto si el problema no es la vida religiosa misma, porque esta crisis no es solo mía. A diario escuchamos casos de curas y de monjas que abandonan el ministerio y los votos… ¿No será que la vida religiosa está en crisis y que ya no responde a nuestras propias aspiraciones?

—Separa los tantos. Una cosa es que tú estés en crisis, y otra muy distinta que cuestiones un modo de vida propuesto por Jesús y aprobado por la Iglesia. Muchos motivos hay para que un matrimonio entre en crisis, pero eso no significa que el matrimonio como institución no sirva.

—Emmanuel… No solo yo no soy feliz. Hay muchos religiosos, varones y mujeres, que quizás no se autodeclaren en crisis y, sin embargo, se les nota sumamente infelices. No solo los que se van me hacen dudar; también, y quizás fundamentalmente, dudo por los que se quedan. Tenemos abundancia de viejos cascarrabias, jóvenes con los afectos mustios, personas maduras resentidas…

—También hay santos.

—¿Y cómo lo sabes? Para decir que una persona es santa, es necesario que se muera antes, si no, nunca sabes del todo.

—Anabel, en nuestra vida la fe es básica. Ni la Iglesia, ni tu congregación, ni la misma vida religiosa son perfectas. No es dentro de ellas mismas, ni por sí mismas, donde vas a encontrar el fundamento de tu vida. Ellas son mediaciones. El fundamento te lo da la fe.

—¿Tú crees que mi problema es la fe?

—Entre otros…

—¡Mi problema es que no soy feliz! Con o sin fe, no aguanto a Visitación; con o sin fe, no resisto la monotonía de los días; con o sin fe, me siento sola, solterona e infecunda; con o sin fe, los años se me pasan. Y si me equivoqué de elección, a estas alturas de mi vida el tiempo es oro para tomar otro rumbo. Se me pasa la juventud, se me pasan los años de fertilidad, se me pasa la flexibilidad para cambiar…

—Anabel… Tú, en tu trabajo, en el colegio o en la calle, ¿nunca escuchaste la amargura de mujeres con matrimonios deshechos, que tienen que luchar con hijos que son un desastre y que deben realizar un trabajo rutinario y exigente? ¿Crees que solo tú sufres? Sal de tu

mundo y mira la realidad. ¿Quién tiene todo lo que quiere? ¿O pretendes que Dios te haga la vida más fácil?

—Yo no hablo ni de fácil ni de difícil. Hablo de sentido. Ya sé que hay muchas mujeres que tienen que pelear duro por la vida, pero ellas saben por lo que pelean. Y si no lo saben, se dejan morir. Pelear por una familia, por un hijo… tiene sentido. Pero yo, ¿por qué peleo?

—Por Dios, por los hombres, por el mundo.

—Ahí está la cosa. ¿Qué ganan Dios, los hombres y el mundo con mi estilo de vida? ¿Qué ganan con que yo sea virgen? ¿Qué ganan con que soporte el poder de Visitación y sea sumisa a las directivas de una institución? ¿Qué ganan con que vista este hábito, rece estas oraciones, vaya a misa todos los días y cumpla este horario? ¿Qué ganan con que dé clases que nadie quiere escuchar o que dirija un colegio que ni siquiera puede cumplir con su misión evangelizadora? Y, aun suponiendo que mis clases sean magistrales y que el colegio pueda funcionar como debe, ¿por qué no hacerlo como una mujer cualquiera, por qué no viviendo la vida de todos? Hace poco, un hombre me dijo que yo no representaba para la sociedad otra cosa más que una antigüedad, y que él veía a través de mí a un Dios narcisista y cruel. ¿Ves? Se supone que mi opción de vida es para que los demás piensen bien de Dios y, al final, la propia imagen de Dios es la que queda mal con mi voto de castidad.

—Quizás porque tu forma de vivir la consagración irradia esa apariencia. Por lo visto, no se nota a través de ti mucha plenitud de vida.

—¡Claro que no! Te lo he dicho un millón de veces: no soy feliz.

—Pero tienes que distinguir si aquello se debe a que te equivocaste de elección o a que no estás viviendo tu vocación como Dios quiere. No es bueno que cambies de decisión antes de diferenciar esto.

—¿Y cómo encuentro la respuesta?

—Empecemos por la base. ¿Cómo anda tu vida de relación con Dios?

—Qué sé yo. Lo busco, pero no lo encuentro.

—¿Te tomas tiempo para rezar?

—A veces. Pero por más que me esfuerzo, no saco nada de la oración.

—¿Te sientes esposa de Jesús?

—¿Esposa? Hace mucho que renuncié a autodenominarme así. Jesús no duerme conmigo, no se levanta conmigo, no me acaricia… Como comparación, no sirve.

—Pero más allá de la presencia física…, ¿te sientes enamorada de él?

—¿Enamorada? ¡De Jesús!

—Sí, enamorada, atraída…, con deseos de unirte a él.

—No. Por Jesús no siento eso.

Ante esta confesión, por demás sincera, las pupilas del sacerdote se dilataron, demostrando cierto gozo triunfal ante la certidumbre —según él— de haber hallado la clave de bóveda del problema planteado por Anabel.

—¿Acaso… —por el timbre suave de voz, Anabel intuyó lo que le iba a preguntar— te enamoraste de un hombre?

—Bueno… —se sintió desnuda, confusa y avergonzada—, hay alguien. —Intentó frenar un eminente enrojecimiento de sus mejillas

—. Alguien me propone…, bueno…, eso. —Se sintió estúpida al no definir la palabra—. Quiero decir: amor.

—Entonces esto es muy, pero muy delicado. Es decir, no solo te has enamorado, sino que incluso tienes una propuesta firme de relación. Si la cosa ha llegado a esa instancia, creo que tienes que tomar distancia de todo. Hay demasiadas cosas en tu contra como para elegir convenientemente. Estás afrontando una crisis de fe profunda, problemas de relación, cargas institucionales, la etapa de maduración como mujer, soledad intensa. Deberías hablar con tu superiora provincial para que te permita alejarte de aquí. Estás muy oscura y débil y, en este estado, puedes llegar a hacer cualquier tontería.

—Que yo me sienta enamorada no es la causa de mi infelicidad como religiosa. Es al revés: porque no me siento satisfecha, la otra opción me moviliza. Todo lo que hace a mis votos me resulta árido y penoso. No así cuando pienso en él: me da ilusión, ganas de estar a su lado, deseos de hacer algo mejor de mi vida.

—Y si lo tienes tan claro como dices, ¿por qué viniste a hablar conmigo? Es simple: anda con él. Acepta su oferta.

«El problema es que él no es él…, él eres tú…».

—Es que, evidentemente, no lo tengo todo tan claro. Mi razón me dice que esta vida mía no tiene sentido; la fantasía me reclama lo que dejé como mejor de lo que ahora tengo; mis afectos están demasiado desordenados como para siquiera saber si realmente estoy enamorada o no; mis deseos solo quieren cambio sin proponerme nada en particular; mi alma está cargada de insatisfacciones, incertidumbres, dudas y tristezas. Soy monja por un pelo y, sin embargo…

—¿Qué?

—No quiero cortar ese pelo. No lo entiendo, con todo en contra…, no sé qué me mantiene. Un pelo maldito.

Cuando calló la confesión amarga de su realidad, Anabel concentró sus pupilas en las de él, pero esta vez buscando al cura. Él era demasiado seguro de sí mismo como para reconocer que su comprensión del problema no había llegado ni al último orbital del agujero negro que representaba el interior de Anabel. No obstante, ella lo perdonó, pues ni ella misma lograba entenderse.

Resultado de la entrevista: permaneció igual de oscura que antes.

Debía resolverlo sola. Quizás hacer la «otra llamada», sin más… Cortar el maldito pelo, aunque doliera.

—Reza mucho —le escuchó decir al sacerdote—. Pide un tiempo para alejarte de aquí. Mientras tanto, no vuelvas a verlo. Estas crisis las pasamos todos.

Fingió cara de filial acatamiento y, con amabilidad, lo más rápido que pudo, se despidió de él.

De soslayo, y vaya a saber pensando qué, la secretaria los vio salir.

VI. Matar a Dios

—Anabel.

Su nombre tronó, a la bendita hora del desayuno, como azote acústico barajado por la cavernosa voz de Visitación.

Había culminado su taza de café semiamargo y negro como tinta. Carina, lidiando a brazo partido contra su somnolencia, revolvía el té sentada a su lado, ambas frente al áspero porte de Visitación.

—La portera me quiere hablar para pedirme un adelanto del sueldo —continuó la superiora—. Dile que no. Y contrólala mejor, porque esa mujer se la pasa mirando revistas, descuidando su tarea.

Y como siempre debía ser dueña de la última palabra, la madre recogió su pocillo y se dirigió a la cocina, dando por finalizado el asunto tras la orden.

En otra circunstancia, a la rectora se le hubiesen crispado los filamentos del estómago ante la perspectiva de tener que dar una respuesta dura y contraria a su parecer. Mas, en esa ocasión, todo le daba igual. Permanecía impasible, quizás enajenada. Luego de recibir la orden, se dirigió al colegio, muda como un ente.

Después del izamiento de bandera, se encaminó hacia la portería, donde largó una frase a quemarropa sin registrar siquiera las personas que se encontraban allí:

—Marta, la superiora le niega el adelanto.

En otra situación, Anabel se la hubiese rebuscado para no ser tan cruda. Pero, por entonces, actuaba como un autómata.

—¡Hermana! —Sintió que la portera le respondía articulando dificultosamente las sílabas—. Pero…, pero…, yo lo necesito. Mañana me cortan la luz.

Marta era portera desde hacía años. Ineficiente y resentida, vivía criticando a sus patronas a causa de las «muchas riquezas» que poseían: el auto nuevo azul perlado, los electrodomésticos de última generación, los celulares, las computadoras, los viajes en avión y el

uso de taxis "para ir a la esquina". «¡Y eso que tienen votos de pobreza!», decía.

—¿Cuánto necesita?

—Cincuenta y tres pesos con treinta centavos.

—Los voy a conseguir de todos modos.

Anabel se fue tan de repente como cuando apareció, viendo sin ver, oyendo sin oír, hablando sin saber qué decía.

Y es que había tomado por fin una decisión: iba a cortar el pelo que la sujetaba allí. Se sentía liberada, suelta, eufórica… y, a la vez, oscura, angustiada y triste. Supuso que eso era así por la tensión que todo cambio genera.

Cuando se sentó en su oficina, repasó el plan: cerca de las cinco de la tarde llamaría por teléfono a la madre Gabriela, la provincial (superiora de rango jerárquico mayor al de Visitación) para despedirse; tomaría un taxi al aeropuerto, donde la esperaría Alfredo con su boleto de avión rumbo a Brasil, donde él le había reservado un chalet para una temporada. En principio, iría sola: necesitaba tomar distancia de todo para reacomodar su vida. No estaba en sus planes, precisamente, irse con él.

Irse… simplemente… era toda la consigna.

Cortar el pelo, al precio de lo que sea.

Su salida era brusca e inusual. Casi una huida. Su esperanza no estaba tan centrada en el futuro como en la liberación de su presente amargo. No tenía muy bien elaborado lo que vendría, sino que simplemente concentraba su decisión en lo que quería dejar. El horizonte se desdibujaba en las brumas de lo incierto.

La mañana parecía fría y serena, como esos vacíos templados que preanuncian una catástrofe. Tomó su teléfono.

—¿Margarita? —Era la tesorera—. Prepara un sobre con cien pesos y entrégaselo de mi parte a Marta, la portera.

Si no fuera porque aquella noche de invierno no la encontraría pernoctando bajo el mismo techo que Visitación, no se le hubiese ocurrido jamás contrariar tan alevosamente una orden suya, expresa y clara.

El tiempo parecía haberse quedado suspendido en el abismo. A su alma acudían intuiciones desestabilizantes.

Ante un nuevo sonido del teléfono, saltó crispada en nervios.

—Hermana Anabel —era Marta, con una voz liberada—, gracias por el adelanto. Cuando cobre, se lo devuelvo.

—No va a ser necesario.

—Le paso una llamada para usted. Es el padre de la alumna Palacios.

El corazón se le subió a la garganta, retorciéndose en estertores de angustia.

—¿Anabel? —percibió nombrarse en la voz masculina—. ¿Me escuchas?

Supo que algo no andaba bien.

—Alfredo, ¿acaso te has arrepentido? Todo lo que quiero es irme de acá. Nada más —se apresuró a contestar.

—Anabel —repitió en medio de lo que ella supuso un llorisqueo —. Roxana ha entrado en coma. —Efectivamente, una clara congoja le partía las palabras—. La imbécil de su psicóloga nos había dicho que los intentos de suicidio eran solo para llamar la atención. —El llanto le quemaba el habla—. Pero hoy la encontramos así. Ven, por favor.

—Sí. Claro. Voy. ¿Dónde están?

—Clínica del Norte, entre Corrientes y Maipú. Unidad de Cuidados Intensivos.

Como bombero presto a acudir al fuego, en cuestión de veinte minutos se encontró en la clínica preguntando por la terapia intensiva.

El corredor era largo, indefinidamente surcado por rombos blancos y negros que despedían un penetrante olor a brillo y lavandina. Al final, a la izquierda del cartel que indicaba Cuidados Intensivos, divisó un rostro macilento y espectral que le resultó lejanamente conocido. Anabel lo identificó como el de Alejandra, madre de Roxana.

Alfredo no estaba por allí.

Sin saber qué decir o qué hacer, saboreando una amarga sensación de inutilidad, la religiosa se acercó con cautela.

—Usted es… la madre de Roxana Palacios, ¿verdad?

—Hermana rectora, ¿cómo se enteró?

La mujer, bella y pálida como una momia, no reaccionaba con normalidad. Sus ojos, enrojecidos por el estupor, delataban a un alma ausente dentro de un cuerpo presente.

—Su… Su marido me llamó. ¿Cómo está ella?

Por toda respuesta, Alejandra bajó sus bellos ojos secos de desesperación y perdió la vista en los ilimitados rombos del piso.

—¿Usted también me va a echar la culpa? —musitó al fin—. Estoy harta. —Su suspiro fue un resoplido preñado de cansancio y pesadumbre—. ¡Harta! ¿Sabe? Le parecerá que soy dura como una piedra, pero lo único que quiero es que se acabe. Como sea, pero que acabe.

En ese segundo, a la fragmentada mente de Anabel acudió toda la información que tenía sobre esa hierática mujer.

—¿Podré entrar a verla? —preguntó.

Por toda respuesta, la madre encogió los hombros. No era dura ni de piedra, simplemente no parecía humana.

Por su parte, Anabel se decidió a entrar. Una enfermera estuvo a punto de aventarla del lugar, pero, ante la insistencia de la religiosa y su promesa de que solo serían dos minutos, la dejó llegar al lado de la cama, donde una joven delgada y transparente adormecía severamente su consciente.

En la amarillenta piel de Roxana, Anabel apenas podía reconocer a aquella alumna embromada que continuamente ponía en jaque la apacibilidad de los días escolares. Debatiéndose en ese delgado límite comatoso entre la vida y la muerte, la muchacha ya no respiraba más que gracias al aparato que conectaba artificialmente el aire atmosférico a sus pulmones.

La monja la miraba con solemnidad. Cualquiera diría que rezaba por la chica, pero, a decir verdad, Anabel no rezaba; tan solo prestaba cuerpo a estas circunstancias, como por oficio.

Al transcurrir el minuto y medio, unos fuertes gritos la sacudieron de su estúpido letargo. Sin embargo, siguió en el lugar, exactamente medio minuto más conforme a su promesa. Al salir, los gritos engrosaron su volumen y, para su sorpresa, la religiosa se encontró con un cuadro que, de haberse producido en otra situación, resultaría cómico en grado sumo.

Alejandra había abandonado su estática posición para debatirse a carterazos, insultos y de los pelos con otra mujer que era fina como

un espárrago, cuyos cabellos enmarañados anunciaban una suerte de derrota inminente en la mujeril batalla.

En el centro, mediando o intentando separarlas, se hallaba Alfredo.

Dos enfermeros se aprontaban para acudir al ring. El escándalo crecía. En eso, se desprendió del hombro de la desconocida su bolso, que fue a dar a los pies de Anabel. Esta lo tomó y recogió un sobre de madera que había sido eyectado del mismo.

Los enfermeros, por fin, arribaron al lugar y consiguieron lo que el pobre doctor Palacios no había podido: separarlas.

—Está muy nerviosa. Disculpen ustedes —dijo Alfredo, pletórico de pavura, a los mismos—. Ya me la llevo.

—Venga, señora —le insistían a Alejandra, mientras esta lloraba con exasperación—. Le vamos a dar un calmante. La llevamos a la guardia, doctor Palacios.

Los enfermeros se marcharon, llevando casi a rastras a la pobre mujer desquiciada. La otra, triunfante de algún modo, comenzó a acomodarse los cabellos y la ropa.

—Perdona todo esto, Anabel. Ella es Constanza, mi secretaria. Constanza, esta es la rectora del colegio donde va Roxana —las presentó Alfredo mutuamente.

—Mucho gusto —replicó automáticamente Anabel mientras le tendía el bolso.

Por su parte, la secretaria no se tomó la molestia de mirarla ni de devolverle el saludo. Casi arrebató el bolso de las manos de la monja.

No solo era espárrago, sino también de baja estatura, en suma —o en resta— alguien que no debía pesar más de cuarenta kilos. Su

cabello era largo hasta la cintura, delicadamente cuidado y teñido en un rojizo oscuro que ocultaba su verdadero color. Sus ajustadísimos pantalones y su jersey, aún más ceñido, revelaban un cuerpo de escaso espesor y profundamente curvilíneo.

—Esa tipa está muy mal de la cabeza —se quejó, mientras auscultaba su bolso descosido en una de sus manijas—. Voy a hacer la denuncia a la policía. Esto no va a quedar así, a mí no me va a tratar mal. ¡Qué será capaz de hacer ahora que vivimos juntos!

Alfredo, que estaba con la mirada perdida en la nada, pareció no escucharla. En cambio, Anabel escuchó perfectamente y entendió todo más perfectamente aún.

«La vida es muy puta. Claro que sí, muy puta. Y para todos», pensó.

—¡El sobre! —increpó Constanza.

Era mucha, y muy dura, la información que debía ser procesada ágilmente en las neuronas de la religiosa, por ello no supo siquiera a qué se refería la diminuta mujer sino hasta después de sentir arrebatado este papel que continuaba sujeto por entre sus dedos.

El yo quebrado, desgajado, oscuro, débil, vencido, desposeído, moribundo, desorbitado y quebrantado de la religiosa… recibió una luz clarividente.

Muda, emprendió una retirada con fuerte sabor a huida. Caminó sin equilibrio por el extenso corredor, notando cómo las imágenes del entorno se le licuaban en fragmentos informes e inconexos. Cerca de la puerta de salida, algo cálido le tomó la muñeca: era Alfredo.

—Anabel…, por favor, espera. Lo tuyo ya está arreglado.

—Alfredo, tu hija se está muriendo. Deja de jugar conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Soy monja, pero no tonta. Esa tipa y tú son amantes.

—No. Es mi secretaria. Siempre atiende todos mis asuntos. Ella me hace los trámites del hospital. —Se llevó la mano a la frente—. Por favor, espera que todo esto pase y volverá a ser como antes.

—Estás viviendo con ella. ¡Si ella misma lo dijo!

—No. La verdad es que mi secretaria quiere eso, pero no es lo que sucede. Yo estoy viviendo solo.

—Ya no te creo, Alfredo. Adiós.

* * *

Cuando Anabel se encontró en su casa, el añejo reloj campana tocó tres golpes agudos y prolongados. Habría sido la salvación de la joven si aquel toque hubiera representado la última hora antes del fin del mundo. Pero el mundo amenazaba con continuar.

El convento mostraba, a esa hora, el desierto propio de la siesta.

«Dios me ha castigado con Alfredo», pensó. Y cierto, Dios estaba en todo su derecho de hacerlo, porque, después de todo, ella estaba faltando gravemente a sus votos. ¿Acaso podía pedirle piadosamente ayuda para el buen éxito de su plan de fuga con el doctor Palacios? Dios era un marido ofendido. Ofendido y poderoso. Muy poderoso.

La calefacción reinaba en aquellos ambientes pulcramente cerrados, aislando plácidamente a la clausura del frío invierno. Anabel se quitó el abrigo y, con una rabia inusitada, lo modeló como un bollo de tela, tan compacto como permitieron sus fuerzas.

Con los nervios colmados de desesperación, entró al comedor mudo de soledad. Luego se dirigió a la capillita, luego al baño, luego

a la pieza… En la casa se respiraba un aire de siesta en el que parecía que hasta los mismos muebles dormían, soñando tibieza de madera.

En cambio, la rectora del colegio vagaba como alma en pena. No sabía qué hacer ni dónde estar. Con su bollo de abrigo en las manos, se desplazaba buscando un reparo inexistente a su milenaria angustia.

En eso, se topó de frente con un extenso cuadro antiguo colgado en la pared de la galería, cerca de su habitación. Se trataba de un majestuoso Sagrado Corazón, que parecía sonreírle tiernamente.

Anabel percibió esa mirada como una irónica burla divina. Reconoció que Alfredo tenía razón en algo: Jesús era narcisista y cruel. Decididamente, la estaba castigando. Su conciencia se envalentonó hasta tal punto que, a su pecho, subió rabia —mucha rabia—, pero ya no contra Visitación, ni contra la institución, ni contra el colegio, ni contra Alfredo y su amante secretaria, sino contra Dios mismo.

Al fin de cuentas, él tenía la culpa de todo. Él la había elegido para vivir esa vida miserable. La había condenado a ser virgen perpetuamente y le impidió el placentero goce de sentirse amada. Él le pedía que se subordinara a la autoridad insostenible de Visitación y, encima de todo, quería que soportara ese suplicio con alegría. Sonriente. Feliz. «Dios te ama». ¡Y Anabel debía convencer a todo el mundo de que Dios es amor!

¡No! Demasiado. Intolerable. Ese Dios ya se había pasado de la raya. Si él tenía derecho a pedir lo que fuera, es decir, si estaba en todo su derecho dar vida consciente a un ser y luego masacrarlo para que sufriera «por amor a él», ella, dada su razón y libertad,

aun jugándose el destino eterno, se iba a tomar el atrevimiento de decir lo que sentía. ¡Claro que sí!

Dejó que por todo el entramado de su ser afluyera la bronca real que ocultaba desde hacía mucho tiempo con el propio Dios y, con inusitada fuerza, le lanzó violentamente el abrigo hecho pelota en el centro de su divina frente.

—¡Hijo de puta! —añadió a su sacrilegio, tamaña herejía, sabiendo que en eso contradecía cuanto dogma ella misma se dedicara a enseñar por muchos años.

Para su sorpresa, su conciencia moral no presintió la inminencia del fuego eterno. Al contrario —y sin que ella pudiera entenderlo mucho—, se sintió notoriamente aliviada, como si un enorme peso se desprendiera de su pecho.

VII. ¿Dios ha muerto?

Por fin en su cuarto, Anabel se sintió un poco más segura. Inevitablemente rompió a llorar, desmoronándose sobre el lecho con un llanto tan amargo como inútil, pues nada aportaba luz sobre cómo hacer frente a lo que se le vendría.

Deseó ser abrazada, contenida, mimada, comprendida.

Pero estaba sola. Sola, ínfima e insignificante. Como un gusano. Como una lombriz. Y lo peor no era justamente la soledad que recubría su existencia, sino el vacío, ese vacío de intuir la total ausencia de un «yo» definido dentro del cuerpo sufriente condenado a vivir.

Unos cuantos golpes livianos repercutieron en sus fibras, sacudiéndola con vehemencia. Tuvieron que repetirse hasta lograr que Anabel comprendiera su naturaleza: alguien tocaba por la ventana.

Casi por instinto, la abrió.

A través del cristal húmedo de sus lágrimas, logró distinguir al jardinero, cuyo rostro rozagante contrastaba diametralmente con el suyo.

Envuelto en un simpático mono azul, teñido de tierra y con la pala de jardín en una mano, el hombre la observó profundamente, tardando algunos segundos antes de comenzar a hablar.

—Hermanita. —Su timbre sonó compasivo—. Menos mal que no duerme. Le quería avisar que probablemente entre un poco de agua por su ventana. Es que estoy arreglando sus pensamientos.

—¿Mis pensamientos?

—Sí. Sus pensamientos. La verdad es que me están dando mucho trabajo… Están casi muertos y no parecen ser de buena semilla. ¿Dónde la compró?

—¿A qué?

—A la semilla de sus pensamientos.

El diálogo sangraba su coherencia interna como si se tratara de dos personas hablando idiomas diferentes. Anabel tenía por entonces la mente en un blanco mortal, y el jardinero en nada disimulaba su atención hacia los henchidos ojos de la religiosa. No obstante, siguió insistiendo:

—Mire sus pensamientos, están moribundos. Desde hace mucho tiempo intento darles vida, pero, en realidad, no sé si vale la pena: son oscuros y mustios.

Y le señaló un blanco macetero rectangular que descansaba bajo su ventana. La tierra estaba removida, pero de ella brotaban a duras penas unas raquíticas matas de hojas pálidas, cuya flor no era más que un conjunto de cinco pétalos oscuros.

—Yo no he comprado ninguna semilla, y ni siquiera sabía de este macetero.

—Es que usted nunca viene al jardín. Hace mal, es un lugar muy bonito.

—Mire —y no hizo ningún esfuerzo de ser amable—, por mí, si se mueren estas plantas no me importa. Tengo problemas más graves que la vida de estos pensamientos.

—¡Es que en los pensamientos está todo! Tu vida está como están tus pensamientos —escuchó cuando estaba por cerrar la ventana.

La voz del hombre había adquirido una densidad diferente. Y el inesperado uso del «tu» efectuó en sus oídos como una bala. Se estremeció al sentirse, confusamente, interpelada por alguien que parecía conocer al dedillo su situación. Supuso que el profundo estado de estrés le estaba jugando una mala pasada al alterarle tan dramáticamente la percepción de la realidad. No obstante, ante el sorpresivo giro del diálogo, volvió a abrir la ventana de par a par.

—¿Cómo es eso de los pensamientos? —preguntó Anabel.

—Los pensamientos son los que permiten gozar o sufrir, amar u odiar, reír o llorar, vivir o morir… Los pensamientos determinan nuestra existencia —sentenció el presunto jardinero.

—¿De qué me hablas? Los pensamientos no son más que ideas, las ideas que uno se hace de la realidad.

—Y ahí está la clave de la vida: en la idea que uno se hace de la realidad. ¡A diario escuchas tantos problemas de la gente!… ¿y no te diste cuenta de esto?

—No. La gente que sufre tiene sus motivos. La vida no es fácil para nadie.

—¿Por qué sufre Roxana, tu alumna?

—No tengo idea. Es una chica caprichosa.

—¿Por qué sufre Alejandra, su madre?

—No sufre. Es una piedra. Tiene merecido lo que le pasa.

—¿Por qué sufre Marta, la portera?

—Porque es una resentida. No le gusta trabajar. No sabe administrar su sueldo.

—¿Por qué sufre Faviana, la prostituta que atendiste ayer?

—Porque su hija no va a poder seguir estudiando acá mientras ella no cambie de ocupación.

—¿Por qué sufre Mariana, la profesora de lengua?

—No sé. Es una solterona amargada y arpía.

—¿Por qué sufre Constanza, la amante de Alfredo?

—¡Esa no sufre! La pasa bien. Se acuesta con un tonto con plata y lo tiene todo.

—¿Por qué sufre Visitación?

—¡Qué mierda va a sufrir esa! —La rabia le salió tan espontánea como el parpadeo—. Esa se encarga de hacer sufrir.

—La verdad está al alcance de tu mano, todos los días, en cada minuto, ¿y no te das cuenta? ¿Y tú? ¿Por qué sufres?

—¡No sé! ¡Realmente no lo sé! Yo elegí esto para mí, estoy metida en medio de este sistema, y aunque parezca muy fácil salir de aquí, no sé por qué no puedo. Estoy enredada. No sé lo que falla.

¡Si por lo menos estuviera decididamente enamorada! Tendría una razón clara para elegir otra cosa. ¡Pero ni eso! Es como si Dios mismo me hubiera fallado. Yo quise encontrar en mis ideales la felicidad… y lo único que encuentro es vacío y dolor.

—Es que tu vida «religiosa» no tiene buenas semillas, no tiene buenos pensamientos que te permitan vivir con plenitud. De Dios no sabes absolutamente nada. Entonces, no puedes lograr entender el significado profundo de tus votos.

—¿Cómo que no? Castidad, pobreza, obediencia… Es claro. Sin marido, sin plata, sin libertad.

—¿Y realmente pretendes ser feliz así? No conoces a Dios, no sabes nada de él. Realmente, no sabes si tus votos tienen significado o no. Dios nunca pediría nada que trunque la naturaleza humana; al contrario, Dios ama el ser de cada uno, Dios quiere la plenitud de tu ser.

—¿Esa plenitud no llega con la vida eterna? ¿No es el premio que Dios da a los santos?

—Si no aprendes a ser feliz en este mundo, no vas a saber disfrutar la eternidad. El vacío es siempre ausencia de Dios.

—¿Este sufrimiento no es una prueba de Dios?

—Dios no prueba. No necesita probar nada. Si alguien toma en serio y respeta a ultranza la palabra humana, ese alguien es el propio Dios. Lo que sucede es que la vida del hombre es una búsqueda, y búsqueda dinámica, en permanente cambio. Muchas veces, ese hombre toma atajos oscuros que, aun cuando quiera encontrar a Dios, en el fondo lo alejan. Y eso no está mal, porque de esas oscuridades se aprende. Oscuridad e infelicidad son sinónimas.

Vacío y lejanía de Dios, también. Cuando hay vacío, es señal de que se ha errado el camino. Hay que cambiar.

—Entonces, ¿tengo que dejar de ser monja?

—Tal vez. Pero, en realidad, lo importante es cambiar… los pensamientos.

—¡Otra vez con lo mismo! ¿Y qué pensamiento tengo que cambiar?

—Empecemos por la base: de Dios no sabes nada.

—O sea que tengo que admitir que soy ignorante de lo que creo saber.

—Exactamente. Y no solo reconocerte ignorante de lo que crees saber, sino incluso aprendiz de aquellas personas respecto de las cuales te sientes «mejor» que ellas.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Por ejemplo: para saber si tiene sentido o no tu voto de castidad, deberías ponerte de alumna de… Faviana. También mucho te podría enseñar… Mariana. Y, para doctorarte, el último toque podría dártelo… la amante de Alfredo.

—¿Qué?

—Con respecto al tema de la pobreza… ¿Alejandra? Sí, Alejandra y Marta, la portera resentida. ¿Qué nos falta?

—No lo entiendo… ¿Qué tienen que ver estas mujeres con los valores evangélicos que profeso?

—¿Qué nos queda?

—Lo más difícil. ¡La obediencia! O, al menos, es lo que menos aguanto: el poder de Visitación, o sea, de una superiora que me mande.

—Sí, claro. Y, sin embargo, aquí está la clave. Para esto, bien te puede venir la experiencia de Dios, tanto de… ¡Roxana! Como de… Visitación.

—¡Esto es una locura! ¿Qué tienen esas personas para enseñarme?

—Sus heridas.

—¿Y cómo haría para que me enseñen «sus heridas»?

—Desde tu posición de espectadora de la vida de los demás, es literalmente imposible. Pero he conseguido, de parte de Dios, un permiso especial para ti.

—¿Un permiso especial? ¿De qué se trata?

—Es único. Dios te va a conceder el don de tener la experiencia psicológica de vivir un trazo de la biografía de esas mujeres desde dentro de ellas mismas. Es decir, en un momento dado te despertarás como una de ellas y vivirás en tu carne lo que ellas viven. Sentirás, como tuyos, sus dolores, sus miedos, sus expectativas y sus luchas por la supervivencia. Amarás lo que ellas aman y odiarás lo que ellas odian. Tendrás sus pensamientos en tu mente y sus deseos en tu corazón. ¿Qué me dices?

—Es que… no sé. Es difícil de entender. ¿Voy a vivir la vida de esas mujeres?

—Así es. Un trazo de esa vida, tratando, en todo caso, de darte cuenta cuál es la instancia salvadora en la que Dios se hace presente.

—Pero ¿en qué sentido voy a estar dentro de ellas?

—Más bien, ellas van a estar dentro de ti. Como te dije, se trata de una experiencia psicológica. Cada una de ellas continúa por sí

misma su vida. Pero, de sus historias, puedes aprender todo lo que estás necesitando para resolver el problema de tu vida.

VIII. El ojo de la tormenta

Unos lejanos golpes sonaron tan extranjeros a sus oídos como si fuesen selenitas. Algo la llamaba, tal vez repitiendo su nombre.

—¡Anabel! —casi aulló cuando la puerta se abrió— ¿Qué hiciste? ¿Te volviste loca? Se te viene un lío impresionante.

—¿Por qué? —preguntó estúpidamente, sabiendo que sobraban los motivos para vehiculizar una debacle.

—¡La plata! —insistía la amiga, apoyada en el marco de la puerta de su habitación—. Desautorizaste a Visitación. A pesar de lo que te mandó, diste la plata a Marta. ¡Pero si serás tonta! Sabiendo que nuestra querida superiora revisa hasta el aire que respiramos… ¿Cómo pudiste quedar tan expuesta?

—No me interesó que se enterara.

—¡Anabel! —Esa inesperada calma en el habla de la rectora exasperó aún más a Carina—. Visitación te ha acusado a la provincial.

—¿Y qué puede llegar a pasar? —comentó la cuestionada con displicencia—. En la cárcel no me pueden meter. No creo que me peguen o me flagelen. Ni siquiera creo que me encierren o me priven de comer. Después de todo, ¿no crees que esa vieja de mierda, avara y soberbia de poder, comete un pecado más grande que el mío?

—Bueno, sí…, pero ya sabes cómo funciona acá la cosa. Si hubieses querido luchar por lo que considerabas justo, debiste decirle tu opinión a Visitación, y en caso de no conseguir lo que querías, hubieses podido hablar tú con la provincial. Pero así, como lo hiciste, te va a ir mal.

—De todas formas, darle el dinero a Marta no es lo peor que pude hacer hoy. Si lo hice fue porque no pensaba dormir en esta casa. Se me frustró el plan de escapar con un hombre. Pero tal vez me vaya, de todos modos, a algún lado… No sé ni me importa.

—¡Anabel! Te creía más inteligente —exclamó Carina en el colmo de la perplejidad—. Ya sé que estás atravesando un mal momento, pero ¿cómo vas a tirar trece años de tu vida por la borda? Y, por otro lado, si sabes que nadie te tiene en esto por la fuerza, ¿cómo es eso de escapar? ¡Y con un hombre, encima! Estás realmente desquiciada.

Por si faltaba algún ingrediente al desastre, a la presencia de ambas en la entrada de la pieza se sumó la majestuosa figura de la propia Visitación. Si Carina hubiese visto al propio diablo, no se habría asustado tanto.

—¡Anabel! —le gruñó en tono grave, lindando con lo viril—. Te estás pasando de la raya. Me desautorizaste. Te dije claramente que a Marta no se le dé el adelanto, y si esto te mandé, es porque tengo mis razones. Pero como eres irresponsable y te gusta quedar bien con todo el mundo, me desobedeciste. ¡Y encima desapareciste sin decirme dónde estabas hasta la tarde! ¿Qué tienes en la cabeza? La provincial mañana va a estar acá para arreglar este asunto.

—Visitación, no te hagas problemas, que al asunto lo voy a arreglar yo muy fácil.

—Sí, claro, seguramente vas a hablar mal de mí, como siempre haces.

—No. Voy a hacer algo más productivo que eso: me voy.

—¿De qué estás hablando?

—¡Anabel! —terció Carina, deshecha en súplica—. Cálmate. Cálmense las dos… ¡Un entretiempo! Por favor, dense un entretiempo.

—¿Por qué? —ladró la superiora, insensible a las súplicas cuasiletánicas de Carina—. ¡Qué es eso de entretiempo! Yo veo claro todo este asunto.

—Yo también lo veo claro —replicó Anabel—. Quiero liberarme de este yugo. No lo resisto más, pero el problema no es que no lo resista, sino que no le veo sentido llevarlo. Y, para tu información, querida superiora mía, si le di el dinero a Marta es porque no pensaba estar aquí esta noche. Me iba a largar. Con un tipo. ¿Te quedó claro?

Por la sorpresa, por la gravedad, por lo inesperado… o por un milagro…, la dura corteza de Visitación cedió en su destilación de hiel. Enmudeció repentinamente, y en sus ojos desorbitados, que navegaban en falso de izquierda a derecha, podía leerse su terrible incapacidad para hacer frente a la situación planteada.

La tensión logró su cenit, y la imposibilidad de reacción dominó el ánimo de las tres, por lo que no les quedó más que una sola salida: huir.

Carina siguió de largo por el corredor, Visitación giró hacia el comedor y Anabel ingresó nuevamente a su reducto.

—Mañana no vayas al colegio —sentenció, de espaldas, la superiora.

Esa noche, la habitación de Anabel devino en un tenso símbolo de la incertidumbre. La casa entera condensó su muda atención dentro de esos escasos metros cúbicos. Incluso el tiempo transcurría, por el pasillo temeroso, en puntitas de pie.

Muchos pensamientos oscuros. Demasiados.

IX. Vivir entre el absurdo y el vacío

Sus ojos pintaban el rosa del cielo raso como si la materia de su habitación y la materia de su cuerpo no perteneciesen al mismo plano de realidad.

«Lo hice todo muy difícil», pensaba. «Se enredó demasiado. Tal vez hubiese sido mejor llamar a la provincial y decirle mis deseos de dejar los hábitos. Aunque, si vamos al caso, no sé si esos son realmente mis deseos… Pero así no puedo seguir. ¡Es que no me entiendo! Es como si quisiera continuar y, a la vez, no. No soy feliz, pero no sé cómo hacer para serlo. Estuve a punto de cometer una estupidez; Alfredo era una salida de desesperación, casi un castigo a la congregación. ¿Y qué hubiese ganado? El tipo no vale ni mierda. Escapar de la sartén para entrar en el fuego…».

Sus oídos asumían el latido del tiempo encarnado en el reloj despertador, como si el agudo tictac y sus sensibles tímpanos no pertenecieran al mismo plano de realidad. El murmullo de la comunidad en oración le llegaba como olas virtuales, emanadas de una película de suspenso.

«¿Y lo del jardinero? ¿Habrá sido realidad o no? ¿Será que me estoy volviendo loca? Quizás la situación límite me haya quebrado la

frontera entre la cordura y la demencia…».

—¿Anabel?

«No tengo sitio en el mundo. Nada me contiene. Tengo sed de algo que no existe. Deseo lo imposible. La religión me pareció el mejor lugar donde desplegar esas apetencias profundas de mi ser. Y en realidad no encontré otra cosa que no sea un modo uniforme de vida, un nido seguro y castrador que, a la vez que te resuelve los problemas básicos de la vida, te adormece el alma…».

—¿Anabel? ¿Me escuchas?

«¿Y lo que dijo el jardinero? En los pensamientos está todo. Tengo malas semillas. Las semillas las saco de la experiencia… Experimentar la vida de otros para obtener buenas semillas. Aprender, de una prostituta, lo que es la castidad; de una resentida, la pobreza; de una suicida, la obediencia. ¡Aprender de las heridas de los otros! ¿No se supone que ellos deben aprender de mí? ¿Lo habré soñado? Sin duda, es demasiado absurdo».

—¿Anabel? ¿Estás despierta?

Recién en ese momento su cerebro conectó el rumor a su nombre, y la voz con la de la madre Gabriela, es decir, la provincial.

—Sí —contestó—. Ya te abro.

Echó al hombro su abrigo, calzó las celestes chinelas y acudió a la puerta. Una mujer de robusto porte, con serenos cincuenta años en sus célebres facciones, le sonreía con un dejo de preocupación sinceramente maternal.

Gabriela era una mujer dulce, de diálogo agradable, solícita con las necesidades de sus hermanas a cargo y sensible a las situaciones de dolor. Su estilo de gobierno difería tanto del de Visitación como una brisa acariciante de un devastador huracán.

—Gabriela, gracias por venir —la saludó Anabel, rodeándola con sus brazos.

—¿Qué te anda pasando, chiquita linda?

—¡Ah! Si yo lo supiera… ya tendría mi problema arreglado.

—¿Estás bien? —preguntó, luego de observarle los oscuros semicírculos negros debajo de sus ojos—. ¿Comes bien? ¿Duermes bien?

—No.

—¿Quieres descansar un poco más y luego hablamos?

—Por mí, no. Pero sé que viajaste toda la noche; tal vez te convendría dormir un poco.

—Me siento bien. En el viaje dormí de maravilla. Mientras te vistes, ¿quieres que te traiga el desayuno, así empezamos a charlar?

—Bueno, gracias.

Antes de cambiarse, Anabel hizo lugar en su escritorio y acomodó dos sillas a cada lado de él. Luego de vestirse, abrió de par en par la ventana: tenía la manía de hacer circular aire fresco en los ambientes cerrados. El corazón le resopló al notar la presencia del trabajador de las plantas, inclinado sobre un espinudo rosal. Secretamente, la religiosa esperó algún gesto de reconocimiento de su parte, pero en vano: para aquel hombrecito de mono azul no existía en el universo otra cosa más que su preciada planta.

—¡Uy! ¿No te hace frío? —dijo a sus espaldas la provincial.

—Quería ventilar un poco el ambiente.

Antes de cerrar, observó los pensamientos dentro del macetero: allí estaban, resignados al frío, ralos, tristes y oscuros, a un paso de la muerte.

Gabriela acomodó la bandeja con el desayuno sobre el escritorio. No había omitido nada: una generosa taza de café negro y dulce, unas cuantas tostadas, un trozo de manteca y mermelada de naranjas.

Anabel quería mucho a Gabriela, la admiraba de algún modo. Su cercana presencia le otorgaba un hálito de bálsamo sobre su océano de dolor. Tenía ganas de hablar, pero no sabía por dónde comenzar.

—Se te enfría el café. Ven, siéntate.

La rectora obedeció con cierta vergüenza.

—Visitación te habrá contado que ayer le dije que… casi me voy con un tipo.

—Me lo dijo, pero sé que ella es un poco exagerada, como también sé que tú eres capaz de decir cualquier cosa con tal de escandalizar a las monjas que consideras muy esquemáticas. Siempre lanzas dardos con tus palabras. Así que… espero que me digas lo que realmente te está sucediendo. ¿Es cierto eso?

—¿Que lanzo dardos? Sí. ¿Que Visitación es exagerada? También. Que le dije que me iba a ir con un hombre, también… Que tenía la idea de irme, y que un hombre me había conseguido un hotel para estar, también. Aunque la idea no era exactamente irme para estar con él.

—Anabel, ¿cómo se te ocurrió semejante cosa? Esto no es una cárcel, ¿por qué pensaste en huir así?

—Para acabar con todo rápido. Ya sé que esto no es una cárcel, pero lo que me sujeta acá es algo mío que no comprendo y que quiero arrancar de cuajo.

—Pero te pudiste hacer daño. A las decisiones hay que pensarlas, sobre todo las que implican un cambio de vida.

—Sí. Sí que pude hacerme mucho daño. El tipo es un sinvergüenza.

—¿Estás enamorada de él?

—No. De él no. Creo que estoy enamorada…, pero, por ridículo que parezca, ni siquiera eso lo tengo claro. En realidad, todas estas cosas solo me hacen caer más en la cuenta del estado de frustración que siento. No me siento mujer, no me siento una persona normal, no me siento libre. Creo que lo que hago no sirve de nada. No estoy conforme con mi vida.

—¿Desde cuándo te sientes así?

—Creo que desde mis primeros años en la congregación. Nada más que… Bueno, los años pasaban y siempre había alguna novedad: un cambio, alguna tarea que me distrajera, algún nombramiento que me diera más jerarquía. Yo iba tirando. Pero ahora tengo treinta y tres y el tiempo vale oro. No quiero desperdiciar mi vida en algo que tal vez no es para mí.

—¿Tú crees que esto no es para ti?

—Si me pongo a analizar lo que siento, diría que no. Pero, si la vocación realmente viene de Dios, quisiera saber lo que él piensa al respecto. Solo que Dios parece estar demasiado mudo. Lo siento distante, como una realidad que deseo y, a la vez, no puedo poseer. Creo que mi problema es que no encuentro sentido a lo nuestro.

—¿Qué es lo nuestro?

—Los votos, por ejemplo.

—La razón de los votos es Dios, y como tú misma dices, tu vida está lejos de Dios.

—¡Ahí está la cosa! Renuncié a tener pareja, hijos propios, es decir, a tener mi propia familia. Renuncié a mis proyectos de vida, a

desarrollar todas las aptitudes que Dios mismo me ha dado. Renuncié al nivel de vida en que me criaron. Y son renuncias que, con el tiempo, van engrosando su pesadez. Renuncié para agradar a Dios, para ser su consagrada, es decir, de su «uso exclusivo», porque me sentí enamorada de él y nada fuera de él me importaba. ¿Y qué es lo que viene a suceder? No conseguí estar más cerca de Dios. Él no ha premiado mi sacrificio. Entonces, ¿de qué me sirve continuar así?

—¿Qué es lo que te pesa tanto de los votos?

—El sinsentido. La verdad, creo que puedo continuar viviendo sin hombre y sin hijos. No es que no pueda, que sienta la «debilidad de la carne». Es algo peor que eso: no encuentro motivo para hacerlo. No he conseguido nada bueno, ni siquiera ser mejor persona.

—¿No crees que ser la esposa de Cristo es un buen motivo?

—Es una idea absurda. Cristo está en el cielo, no me habla, no me abraza, no me mima…

—Pero, de algún modo, Dios te da muestras de su amor. Solo hay que saber ver.

—¿Cuáles?

—La vida, por ejemplo.

—Dios le ha dado la vida a todo el mundo. Esas muestras de amor son muy genéricas, no bastan como amor de pareja.

—No sé qué decirte… Es como si, para ti, la fórmula te fallara, y no sé por qué. Yo (y no lo digo por ponerme de ejemplo, sino porque intento compartirte mi experiencia por si te sirve) siento a Jesús muy cerca de mí, y su amor llena los espacios vacíos de mi alma. De algún modo, siento que me abraza, me mima, me hace sentir su esposa.

—Es lo que les he dicho a todos una infinidad de veces cuando me preguntaban por qué soy monja. Miles de veces habré dicho que el amor de Dios vale todos los sacrificios, que solo él me llena la vida. Sin embargo, en la radical realidad de mi corazón, todo eso no pasa de ser más que bonitas frases para tarjetas piadosas. La verdad es que no tengo ni un hombre, ni una profesión, ni un lugar destacado en el tejido social, ni siquiera en la Iglesia, ni a Dios. No tengo nada, absolutamente nada.

—¿No será que estás demasiado encerrada en ti misma? ¿No será que tu planteo es demasiado egoísta y solo estás pensando en el modo en que todo te resulte más gratificante? Recuerda que los votos, como toda nuestra vida, solo tienen sentido desde el amor al prójimo…

—¡Gabriela! Vivimos en un mundo plagado de frases hechas. Saturamos nuestros ambientes con dichos de santos: todos altruistas, generosos, admirables. Pero nuestra vida concreta está impregnada de mezquindades. ¿Realmente queremos a los niños, a los necesitados, a las personas que se nos encomiendan, como a hijos salidos del propio vientre? ¿Nos queremos como hermanas que comparten una misma sangre? ¿Son nuestros vínculos afectivos tan reales como para llegar al compromiso sincero con la gente? Hemos renunciado a construir una familia en donde sus miembros se vinculan por la consanguinidad para mostrar que todos somos parte de la familia de Dios, más allá de los límites de la sangre. Pero, en realidad, tanta universalidad diluye lo concreto y luego, sutilmente, nos convertimos en solterones maniáticos bien acomodaditos en nuestros propios nidos. ¿De eso se trata?

—¡Pero para ti nada lo hacemos bien! Sí hay compromiso con la gente, sí hay obras de bien, sí hay hermanas totalmente dedicadas a servir, no todas están «acomodadas en sus niditos», como tú denuncias. ¿No ves nada bueno?

—No es que no lo vea, pero no es suficiente; por lo menos, no tanto como para justificar una vida célibe.

—¿Y cómo quieres vivir?

Ese era el nervio vivo del problema: Anabel no tenía dicha respuesta.

Gabriela la escuchaba con atención, intentando mitigar sus sólidos deseos de defender su ego. A su vez, la pobre Anabel no podía definir más que lo que ya había definido. El diálogo había llegado a un punto muerto.

—Gabriela, supongo que necesito un tiempo para pensar en esto. Visitación no me hace las cosas fáciles y, en este entorno, no tengo apoyo suficiente.

—Yo también creo que lo necesitas. Pero, a la vez, tienes que hablar con alguien, quizás un sacerdote que sepa del tema. Tus afectos y tus pensamientos te han enredado por completo.

—Sí… — Emanó la afirmación de manera demasiado insípida como para que Gabriela se quedara tranquila con ella.

—No sé qué más decirte. Todavía no entiendo bien tu problema.

«Yo tampoco», pensó su interlocutora. No obstante, se limitó a sonreírle, intentando aliviar la sensación de impotencia de la buena provincial. Terminaron el diálogo en modo casi repentino, sin haber logrado, a pesar de la inmejorable disposición de ambas, entenderse la una a la otra.

Anabel la despidió de su cuarto y le dijo que intentaría dormir un poco.

En lugar de eso, por puro impulso instintivo, a la sazón ciego e irracional, abrió la ventana.

X. El acuerdo

Por suerte, el misterioso jardinero estaba allí, esperándola detrás de la ventana en su modo místico.

—¿Quién eres, realmente?

—Eso importa poco. Si mis palabras te dan la clave para encontrar tus respuestas, entiéndeme como alguien ofrecido por Dios. Llámame como quieras. Soy el encargado de darle vida a tus pensamientos.

—¿Vida a mis pensamientos?

—Ya te lo dije: en los pensamientos está la clave de la vida.

—La vida es una condena. ¡Es tan difícil lograr lo que uno quiere!

—Y más difícil es saber lo que uno quiere. Ese es el nudo de tu problema, ¿verdad? Quieres y no quieres seguir siendo monja, quieres y no quieres dejar de serlo. Te encanta y, a la vez, lo odias; lo deseas con igual fuerza que a su contrario. Estás en una trampa.

—¿Y se puede saber por qué me pasa esto?

—Porque descubres en tu conciencia un cierto atractivo por los valores de la vida religiosa y, al mismo tiempo, percibes que, en el modo en que estás encarando tu forma de ser «religiosa», no solo no vives esos mismos valores, sino que ni siquiera puedes vivirlos. Hay algo que se niega a sí mismo, un principio de autodestrucción.

—¿Y qué produce esta contradicción?

—Justamente, ese es el desafío de tu experiencia: encontrar la raíz de la contradicción. Ese es el encargo de Dios para ti.

—¡Lo dudo! Dudo mucho que Dios se ocupe de encargarme algo. Estoy demasiado mal, en crisis, demasiado lejos de él como para serle útil. —Como pensando en voz alta, agregó—: Casi me doy un beso con un hombre. Casi me salgo de monja. Me siento enamorada de… otro hombre. Vivo peleando con mi superiora. Soy un desastre como rectora de colegio. ¿Te parece que estoy en posición de recibir alguna encomienda de parte de Dios? No estoy, precisamente, como para que Dios me felicite.

—Y, sin embargo, Dios te felicita. Dios te felicita —repitió, enfatizándolo aún más—. Te felicita por animarte a sentir con valor toda tu realidad. Por eso te anima a salir de la encrucijada.

—¿Y el beso? ¿No es pecado? Lo deseé realmente.

—Mucho te conviene superar esa mentalidad que divide a todo lo humano en pecado o en virtud. El actuar humano es muy complejo. La «religión» que Jesús propone no se basa en conductas ascéticas ni en moralismos, sino en el encuentro: el encuentro de Dios con el hombre, con cualquier hombre, con todo hombre que acepte su invitación. De quitar el pecado de encima se encarga Dios mismo. Tú no estás lejos de Dios por el beso, aun cuando se hubiera concretado; estás lejos porque no sabes quién es él y, encima de todo, crees que lo sabes.

—Eso ya me lo dijiste… y sigo insistiendo en que es una afirmación muy dura. Se supone que me mantengo virgen para agradarle.

—¿Y por qué supones que a él le agrada tu virginidad? ¿Por qué supones que el contacto con un hombre te resta capacidad para encontrarte con Dios?

—No, no es que suponga eso. Pero descubrí que él me pedía permanecer virgen de por vida. Eso es vocación.

—¿Y Dios ha confirmado tu descubrimiento?

—¿Y cómo se supone que lo debería confirmar? ¿De qué modo debería leer esa confirmación?

—Todo lo que Dios quiere de cada uno es que sea completamente sí mismo, es decir, una persona en plenitud. Tú eres mujer, y la confirmación de que Dios te «quiere» virgen es que ese sea tu modo de ser plenamente mujer. Si no te sientes mujer, si tu yo femenino está encerrado dentro de ti, Dios está confirmando tu error. Algo anda mal. No te puedes quedar tranquila dentro de esas afirmaciones abstractas que no tienen asidero con la realidad. Tienes que buscar el nudo del problema. Por eso, para este asunto, te dije que mucho te ayudará la vida de Mariana, de Faviana y de Constanza.

—Eso es lo que no entiendo. Admito que no sé lo que debería saber… pero ¿tener por maestras a mujeres que han hecho un desastre de sus vidas? ¿De qué modo me puede una prostituta enseñar sobre la virginidad? ¿O una solterona amargada? ¿No soy yo, más bien, la que les tengo que enseñar a ellas?

—Cuando las «encarnes», te darás cuenta por qué no tienes criterios claros para enseñar nada. Todo lo que tienes en tu mente es una teoría que hasta tu propia vida desmiente. Ellas no fueron elegidas para ti como modelos a seguir, sino como personas heridas por sus condicionamientos internos y externos. Las heridas marcan

el camino hacia la redención. Y ese es el camino que debes transitar en la psiquis de ellas. Ese camino te descubrirá el sentido profundo de esos ideales que tanto amas.

—Siento que estoy inmersa en un mar de contradicciones. Nada es lo que dice ser. No entiendo nada. Ni siquiera puedo diagnosticarme a mí misma. No entiendo nada. Nada, verdaderamente nada. Me siento tan ligada al absurdo total que cualquier cosa me da lo mismo. ¿Qué sé yo? Si estoy loca, no tengo motivo para estar cuerda. Todo me da igual. Sea como dices.

Suspiró. El aire frío y azul de la mañana se robó su aliento. Se sintió cansada, abatida, profundamente amodorrada.

—Ve a descansar un poco —le recomendó el jardinero.

Cerrando la ventana, Anabel obedeció. En cuestión de minutos, su inconsciente entró en actividad.

MARIANA. La solterona

I. Inmovilidad de cuerpo y alma

No sabía precisar acertadamente el porqué de su turbación: tal vez la adrenalina segregada a causa de los nervios que ocasionaba la entrevista laboral; tal vez el gesto de la monja, que no había demostrado gran simpatía hacia su persona; tal vez ese maldito esfuerzo interior que, a perpetuidad, y hasta que su parca existencia dejase de latir bajo este común cielo estrellado, debía realizar a fin de evitar que su preciado secreto saliera a la luz.

—Soy una mujer de sólida formación cristiana —le recalcó, una y otra vez—. Tengo muy presente la importancia de enseñar conductas morales firmes y rectas.

—Muy bien… Acá tengo sus datos. —Y la rectora del Colegio San Jorge amenazaba con levantarse de su sitio sin haberle asegurado el trabajo—. Son cinco las personas que se han presentado por el cargo.

Se sintió literalmente echada cuando la hermana la condujo hacia la puerta. Su azoramiento interno crecía hasta tal punto que, en un momento dado, tuvo la impresión del desmayo.

Sin embargo, no podía sucederle: necesitaba el puesto, debía concentrarse. No podía perder la oportunidad de, por fin, desasirse

de ese maldito trabajo del campo. ¡Qué mal su vida! Todo andaba muy mal.

¿Y sería aquella tonta monja la última responsable de todo? No. Seguramente no, pues era muy joven —e incompetente— como para ello. Sonreía mucho; eso era señal de una persona que quiere quedar bien con todos sin comprometerse con nadie. Mariana tenía por principio básico en su vida social desconfiar de cualquier persona que sonriera espontáneamente.

Se cercioró del límite de responsabilidad de la joven en el asunto y decidió intentar otra vía.

No obstante, lejos de cejar, su desorganización mental crecía. Las paredes del edificio se desplomaban a su paso mientras ella intentaba dirigirse hacia la salida.

No recordó el momento en que desenganchó su moto del poste al que la había sujetado ni el instante en que le dio arranque. En realidad, no pudo recordar nada de lo sucedido entre su salida del colegio y el punto en donde recobró la conciencia.

Para entonces, su situación había dado un giro vertiginoso de ciento ochenta grados: ya no le era necesario, ni mucho menos, el bendito cargo de profesora de lengua en el Colegio San Jorge.

Otras cosas —más importantes y fundamentales— le resultarían, por lejos, más necesarias que eso.

* * *

La emisión del sol le hería los ojos, aun cuando, en aquel invierno triste, no era más que un dorado frío e insípido. Por el pesado parpadeo, calculó que había estado llorando. El soma

comenzó a enviar información de sí al cerebro: se hallaba tendida, con un agudo dolor de cuello y de columna, rígida, imposibilitada de moverse. La angustia por la inmovilidad quedó ampliamente superada cuando, en vano, intentó recordar quién era.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, no pudo distinguir otra cosa más que un cielo raso blanco sosteniendo un quieto ventilador de techo. Quiso girar la cabeza, pero, por algún motivo —hasta el momento desconocido—, no lo pudo hacer. Oyó un gemido, que luego lo supuso propio.

—Está despertando la maestra, mamá.

—Avisa a las enfermeras, Salvador.

Un rostro de niño moreno, quizás conocido, pero por entonces no reconocido, se asomó al rabillo de sus ojos.

—¿Cómo se siente, señorita? —interrogó el niño.

—¿Dónde estoy? —preguntó a su vez, suponiendo que a ella se dirigía el infante.

—En el Hospital del Sol.

—¿Y por qué?

—No sé. Se debe haber caído: está toda enyesada.

—¿Yo…?

Quiso preguntar por su nombre, pero decidió intentar nuevamente recordarlo por sí misma.

—Déjala que descanse, Salvi —dijo la otra voz de mujer—, anda a buscar a la enfermera.

Intentó por segunda vez girar la cabeza hacia la voz femenina, mas todo esfuerzo naufragó en el quietismo de su cuerpo. Tomó conciencia de que, en realidad, le estaba vedado realizar cualquier tipo de movimiento. En medio de su silencio hostil —un silencio que,

por cierto, le resultó harto familiar—, la accidentada continuaba con su denodada labor de recordar algo. Lo que fuere. La luminosidad… muy fuerte, repentina…, pero la esperaba. Un sonido estremecedor y el cuerpo arrancado de su sitio… Nada más…

—¿Qué me pasó? —volvió a preguntar al aire, confiando en esa otra voz que permanecía a su lado.

—La semana pasada, cuando salía de la ciudad, chocó con su moto en el cruce. La trajeron aquí.

—¿Y usted quién es?

Percibió un silencio misterioso, como si hubiese preguntado algo que no debía.

—Soy María Alonso, mamá de Salvador Alonso, su alumno de la escuela —se lo dijo muy lentamente, con cierto temor, como si alguna de aquellas palabras pudiese romper algo frágil.

—Estoy confundida… No recuerdo…

—De la escuela 203. —El arrastre sobre las sílabas continuaba—. Usted es… la directora —titubeó—. ¿Recuerda?

—¡Ah! —Algo así, de pronto, le resultó conocido.

Conocido, pero aún confuso. Lo que empezaba a retornar a su memoria, por el momento, eran apenas sensaciones, impresiones indefinidas, ráfagas de sentires variopintos… Como si fuesen amorfos destrozos de un naufragio existencial.

El nombre de la escuela le produjo un odio visceral. Nada recordaba de ella, solo su odio.

En ese momento llegó la enfermera. Mostró su regordeta cabeza en la estrecha área de visión de la convaleciente. El contacto visual con aquellos ojos celestes agua añadió una cuota de odio a su acopio de sentimientos.

—¿Cómo se siente?

—Mal. No me puedo mover.

—Va a precisar mucha paciencia, señorita Martínez. Al yeso lo va a llevar por mucho tiempo. La tuvieron que operar, pues tenía totalmente fracturados el cuello y la cadera. Agradezca a Dios estar viva.

La palabra «viva» aumentó su nivel de odio.

Le hicieron los controles de rutina. De pronto, su visión se nubló tanto como su mente… No supo más. Por lo menos, no supo otra cosa más que, aún sin nombre, su existencia estaba marcada por el odio. A quién, por qué, para qué, hasta cuándo y de quién… eran preguntas relativas. Al parecer, lo más real de todo era, pues, el odio.

Odio, maldito odio. Odiado odio.

* * *

Un masculino rostro, gringo y barbado, se asomaba a su conciencia. Era hermoso… y ella lo amaba. Sus labios, dulces como frutillas, destilaban esos besos imantados de los que dolía despegarse.

—José —dijo ella, alegrándose de reconocerlo—, ¡vamos a tener un hijo!

Pero en aquella ocasión, José, en lugar de besarla, se calzó el auricular en ambas orejas y comenzó a mover el estetoscopio a lo largo de su pecho. Era estudiante de medicina.

—¿Cuándo nos casamos? Antes de que se me note, por favor…, que mis padres me van a matar, si no…

—No hable, por favor.

—Sí… —obedeció, confiando en el hombre de sus sueños.

Permaneció mirándole con embobamiento, muda, hasta que él terminó de examinarla. Tampoco la besó luego de eso, sino que le tomó la muñeca, buscando su pulso.

—José, por favor, me prometiste que nos casaríamos. Estoy de tres meses, y si mis padres se enteran, me matan…

Como el fulano no realizaba otro movimiento más que el de atender a su reloj y contar las pulsaciones, la sensación de peligro se apoderó de ella. Empezó a lloriquear.

—José, por favor…

—Cálmese, señora. Ya le van a traer un tranquilizante.

—No, no me puedo calmar. El niño va a nacer en primavera. Yo te amo y me dijiste que tú también…

—Descanse, luego volveré a controlarla.

Y lo vio irse. Inútilmente le suplicó estremecida de llanto y desolación. Sin él, ya nada sería lo mismo. ¿Y el niño? ¿Qué haría con él? No, José dijo que la amaba. Tal vez había estudiado mucho… Se esforzaba por darle lo mejor: ya volvería, no tenía que preocuparse.

* * *

Los días pasaban en un pesar de plomo encendido. José no volvía. Ella no sabía dónde buscarlo, pues nunca había necesitado hacerlo, él siempre venía. Siempre… hasta el momento en que a ese maldito niño se le ocurrió entrar en su vientre. Él, él fue el causante

de todo. Lo sabía bien: si no fuese por ese condenado embarazo, José todavía estaría a su lado.

Y José era el gozo de su vida. Mejor dicho, era su vida misma. ¿Y cómo es que no volvía? ¿Cómo es que no tocaba a su puerta con el anillo de compromiso en sus manos?

¿Acaso… la había abandonado para siempre? Él le había propuesto deshacerse del bebé, pero ella, en ese momento, lo quería. Sí, en el fondo, lo quería. ¡Cómo no, si era su propia carne! Pero ahora que él la había abandonado… ¿Cómo quererlo?

¿Cómo no quererlo? El gravoso mundo se le venía en contra: sus padres no le perdonarían jamás la deshonra. Mejor era ir con la comadre Luisa, que resolvía todas estas situaciones…

Pero era su hijo… Pequeñito, indefenso… Todavía no podía respirar su propio aire ni digerir su propio alimento. Ella, la mamá, era su nido interno. Era su todo. ¿Cómo deshacerse de él?

Pero don Martínez, su padre, la azotaría hasta sangrar. Y su propia madre, aun siendo más piadosa, nada podría hacer contra la fuerza del marido. ¿Y si se iba de la casa? ¿Si huía? ¡¿A dónde?! No tenía más que dieciséis años.

Pero aquella vida latía en sus entrañas. Lo amaba y lo odiaba a la vez, y no tenía culpa de nada. De nada. En todo caso, era tan víctima de José como ella misma.

Pero solo ella estaba con el pequeño, y su presencia, aunque diminuta, representaba una responsabilidad superior a las fuerzas de la joven Mariana, sobre todo si se encontraba literalmente sola.

Pero… era una vida inocente. Aunque no tanto, si se tenía en cuenta que, por su culpa, José se había ido para siempre.

Inocente o culpable, era el lado más delgado del hilo, lo que en situaciones extremas se suele cortar.

Cuando la comadre terminó, Mariana supo que ya no sería la misma.

Nadie lo supo. Nadie supo nunca por qué la hermosa Mariana, alegre y canora como un pajarillo en primavera, se convirtió de pronto en una solterona amargada de hostil carácter.

Nadie lo supo. Salvo el niño… que estaba muerto. Y también podría haberlo sabido José, pero él nunca más apareció en su vida.

II. Ironías de la puta vida

El agudo dolor iba y venía junto con sus espacios de conciencia. Logró recordarlo todo, separando presente de pasado. Lo que siempre se mantuvo invariable —porque, en realidad, permanecía invariable en su vida misma— era la infame sensación de un odio tan enraizado en su ser que hasta parecía constitutivo e inherente al mismo.

Aunque a esta hierática mujer poco le importase algo del universo ofrecido más allá de su propia piel, en unos cuantos días de convalecencia —que amenazaba con ser larguísima— supo quiénes eran los que la rodeaban.

Al pequeño lo reconocía. Era alumno de cuarto grado de su escuela. A sus padres los había visto una que otra vez, a pesar de vivir cerca de la escuela. Salvador se destacaba por ser un alumno prolijo y sociable, de natural buen humor y con un encanto más pronunciado que el resto de los niños. La madre, María Alonso, se

encontraba internada justo a su lado, aquejada de algo verdaderamente grave. Don Cosme, el marido, hombre visiblemente mayor que su señora, repartía atenciones hacia ella y el niño. Cada tanto intentaba —en vano, por supuesto— entablar un minúsculo diálogo humano con Mariana.

María lucía un rostro tostado por la acumulación de varios soles campesinos, a la vez que transparente por la caprichosa enfermedad que le estaba consumiendo las energías del cuerpo. De ver la serenidad de su expresión, podría pensarse que se trataba de un resfriado mal curado, pero el rostro de Cosme era mucho más revelador. Apenas podía ocultar las lágrimas cuando su mujer se hallaba lívida en su lecho.

—Te vas a poner bien, María —solía decirle (decirse, más propiamente), tomando la mano trémula de la convaleciente.

—Cosme —casi susurraba, esforzándose en demasía—, no. Enfrenta la verdad, amorcito… Me estoy muriendo. Tienes que prepararte, como hay que ir preparando a Salvador.

—¡No quiero que te vayas! ¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Qué va a ser de Salvador? —El hombre intentaba frenar el acceso de llanto.

Mariana, que dada su enyesada posición no podía divisarlos, los escuchaba muy a su pesar. Y, también muy a su pesar, aquellas palabras le producían una suerte de conmociones informes y absurdas.

Odio. Envidia. Soledad. Odiaba a Cosme, lo odiaba sin conocerlo, y lo odiaba por lo único que sabía de él: era hombre. Suficiente motivo; no era necesario nada más. Envidiaba a María, la envidiaba sin conocerla, y la envidiaba por lo único que sabía de ella: era

llorada —por lo tanto, amada— por un hombre. Suficiente motivo; no era necesario nada más.

En efecto, no era necesario nada más para comprobar —como si le faltasen datos para hacerlo— que ella estaba terrible, desesperada, inevitable y angustiosamente sola. ¡Sola!

—La vida continúa… —oyó la voz que moría en la garganta de la esposa de Cosme.

—No. Sin ti, no.

—La vida continúa, Cosme —repitió la mujer, incrementando la tortura de la maestra enyesada—. Quizás viví poco, pero fui feliz a tu lado. Quiero que Salvador recuerde lo bueno, todo lo bueno que hemos vivido, a pesar de lo duro que fue para nosotros. Que tenga más conciencia de que su mamá vivió con él sus primeros diez años, que del hecho de mi muerte. Y tú, querido mío, seguramente encontrarás otra mujer para hacer feliz y para ser feliz tú.

El constreñido llanto seco de Cosme le llegaba como un arrorró de brisa. Le impactó tanto como una película de cine. En definitiva, fuera lo que fuera, sus problemas eran mucho más graves y su carga, más dolorosa. Al fin de cuentas, Cosme y María se separarían por la muerte, pero no por el desamor, que en realidad es la auténtica separación.

Prefería ella estar en lugar de María, a punto de morir, llevándose en la memoria el grato recuerdo de una vida familiar, como Dios manda.

En cambio, si ella se hubiese ido… ¿Qué llevaría? ¿Quién la lloraría? ¿Quién le diría: «Me has hecho feliz»? ¿Quién la necesitaría? ¿Quién le pediría que, por favor, no se muriera?

A pesar de sus deseos, se encontraba nuevamente respirando el aire material en el mundo material. La habían rescatado de la muerte, pero no había sido nadie en concreto, sino el bendito sistema social que acude en todas las emergencias.

¡Qué situación tan irónica! La otra mujer tenía más que motivos de sobra para seguir viviendo y debía resignarse a las parcas; Mariana, en cambio, no tenía más que motivos para morir, y su cuerpo respondía a la vida como si quisiera llevarle la contra. Si no fuera porque la muerte diferenciaba muy bien a sus víctimas, se habría ofrecido con todo gusto a acudir a su llamado por esa otra mujer.

La visión del pequeño Salvador le producía un desagrado atroz cada vez que él se asomaba para saludarla. No resultará novedoso especificar que Mariana odiaba también a los niños. Había estudiado para maestra no por vocación, sino por necesidad, pues no había otra oferta de estudio cerca de su zona.

Cuando se llevaban a la moribunda mujer para hacerle algún estudio, el chico solía realizar sus vanos intentos de diálogo con la directora. Mariana respondía casi por instinto, con esa cerrazón característica suya que el chiquillo inocente no dimensionaba como una agresión hacia su excelente personita, sino que aceptaba la situación como algo dado, natural, por decirlo de otro modo.

Por lo tanto, no se sentía intimidado por las respuestas monosilábicas, las ásperas interjecciones, los silencios prolongados ni los sonidos guturales que salían del pecho de la señorita Martínez. Su voz infantil, serena y melodiosa, continuaba pertinazmente insistiendo en el diálogo, y tanto como para lograr que esta dura mujer le concediera un poco de su atención.

—Señorita, ¿por qué mi mamá se tiene que morir?

Por supuesto, Mariana no tuvo respuesta para él. En cambio, su corazón logró producir, por un breve instante —tan ínfimo como un chispazo—, una sensación diferente al odio. No recordaba haberla sentido, al menos no recientemente… Sería por ello que le resultaba arduo otorgarle un nombre. Casi podría llamársele… ¿compasión?

En los lapsos de conciencia que la medicación dejaba libre a María, esta también hacía el intento de conversar con Mariana:

—Lo mío es una enfermedad que traigo desde el vientre de mi madre. Cuando nací, los médicos no daban ni cinco por mí… ¡Y mire! Llevo treinta y tres años. Tuve familia, tuve un hijo… Ya cumplí mi ciclo, al parecer. Me quedo tranquilita donde Diosito me manda. Me toca irme, doña. Y, si le digo la verdad, le diría que me voy bien, porque, a la par que sufrí, también la pasé bien. Las cosas son como uno quiera verlas: si negro, son negras; si blanco, todo es blanco. Es como quien juega a las cartas con el destino. Mire, el destino da cosas: buenas y malas, alegres y dolorosas, y cada uno arma la jugada como mejor puede. Para bien o para mal.

—No, señora. No es cuestión de perspectivas. Mi vida, se la mire como se la mire, es una miseria.

Era como pensar en alta voz.

—No diga eso, maestra. Uno siempre puede hacer que las cosas mejoren…

—No.

Y esa fue la sílaba con la que terminó el diálogo más extenso y profundo que jamás tuvo lugar en la biografía de Mariana hasta ese momento.

* * *

Al siguiente día, enviaron a María a cuidados intensivos a raíz de un agravamiento de su estado de salud. El pequeño Salvador permaneció sentado a la espera de cualquier novedad que le indicara dónde debía acudir para estar con su mamá, con la cabeza baja, casi pegada al pecho, en la silla que enfrentaba ambas camas. Desde su inerte posición, Mariana podía verlo con claridad. Era flaco y largo como un yuyo, cabello oscuro, tupido y rizado —desordenado en esa ocasión—, ojos oblicuos marrones oscuros y tez trigueña, ligeramente más blanca que la de su madre. Parecido, muy parecido a don Cosme, pero con los gestos afables característicos de María.

La maestra intentó no concentrarse en él. Es decir, normalmente no se fijaba en nada que no fuera ella misma y su agudo dolor biográfico. Pero en aquella oportunidad se sorprendió a sí misma fijando en él la vista y percibiendo, esta vez con mayor vehemencia y duración, sensaciones «raras» en su pecho. Sensaciones que el común de la gente llama pesar, pena, compasión. Se dio cuenta de que el pequeño lloraba en el más angustioso silencio.

Cosme, el robusto cincuentón de cabello blanquecino, ingresó al cuarto y rodeó con sus férreos brazos, preñados de duros trabajos, al tierno infante. El llanto del hombre sonó desesperado y amargo. Padre e hijo se estrecharon más fuerte. No medió palabra alguna; no fue necesario.

Los tres supieron que María ya se había ido.

III. Vahídos de la conciencia

¡Ojalá le hubiesen entablillado la mente! Pero no, esa máquina de fabricar estupideces deambulaba suelta sin saber de la cuasiinfranqueable valla del tiempo, del espacio y de lo real. En los vapores del calmante, abría y cerraba los ojos sin poder dominar nada de lo que, desde el oscuro inconsciente, fluía hacia su percepción, ebria de analgésicos.

Abría y cerraba los ojos. Con ese pestañeo pagaba el pasaje para volar hacia cualquiera de esos paisajes internos, lindantes con sueños dulces y venenosos, de aquellos que jamás su alma se había atrevido a desterrar porque, de hacerlo, habría sucumbido en el más putrefacto fango de la muerte psicológica.

Abría y cerraba los ojos.

Estaba él. Algunas canas perlaban su cabellera algo más tenue que la de antaño, sin embargo, sus almendrados ojos no habían perdido la brillantez de su juventud.

Estaba él, con la mirada baja de vergüenza, observando tímidamente su café.

—Tuve miedo, Mariana —le decía con su característico timbre, envolvente como papel de regalo—. Pero no dejé de pensar en ti ni un día. Te estuve buscando… y por fin te encontré. Quiero que me perdones.

Eran las terapéuticas palabras que curarían su alma herida de amor. Palabras que devolverían la risa y el canto a sus labios, el color y la belleza a su vista, la pasión y la alegría a su pecho.

—He sufrido mucho en este tiempo —replicábale ella, pasándose la mano por su recortado cabello estilo militar—. Cuando te fuiste,

me quedé sin corazón. Te había entregado todo… todo.

Esa bendita confesión del amante. Todo. Todo. Todo. «¿Te das cuenta, amor de mi vida, lo que significa "todo"? Es no tener más vida que la que se vive a tu lado. Es depender del aire que respiras. Es alimentarse del sonido de tus labios y del roce de tu piel. Es abrigarse de tu presencia y beber de tu atención. Sin ti, no soy nada».

—Fui un tonto, muy tonto —reconoció él—. ¿Cómo puedo devolverte estos años de tu espera? No supe entender todo lo que me dabas. En su momento, no lo valoré. Por eso te pido de rodillas, si es necesario, perdón. Prometo amarte por un siglo entero, o mejor, por toda la eternidad. Te lo ruego: perdóname. Quiero que seas mi mujer.

Estaba él, suplicándole la reconciliación. Estaba él, rodeándola con sus brazos. Estaba él, buscándola con sus labios de fuego. Estaba él. Dulce sueño, soñado durante treinta y cuatro años, invariablemente igual de dulce, igual de amargo.

El sedante continuaba su acción.

Abría y cerraba los ojos.

Estaba él. Mozuelo de treinta y cuatro veranos. El rostro amasado entre los rasgos de él y de ella: las almendras de José, los labios de ella; el cabello de José, la nariz de ella; el cuerpo de José y los gestos de ella… Sin embargo, la figura resultaba difusa, pues se trataba de una pura combinación de fantasía: él no era nadie en realidad. Él no existía.

Mas ella lo vislumbraba en la penumbra de su conciencia. Siempre lo veía odiándola, vengando su aborto. Sin embargo, en ese

momento —quizás fuese por la compleja acción farmacológica—, se le presentó sonriente e iluminado.

—Te perdono, mamá —escuchaba de sus labios.

—No. No es posible. Yo no tengo perdón.

—Tienes mi perdón. Tienes el perdón de Dios. —Escuchaba su voz difusa—. Falta el tuyo.

—¿Cómo puedes perdonarme? Te he negado la vida.

—Pero yo te comprendo. Estabas sola, indefensa. Deja de atormentarte, empieza de nuevo. El amor siempre es más grande. Abre tu corazón nuevamente al amor.

—¡Pequeño! ¡Pequeño mío! El amor no existe.

—¡Existe! ¡El amor es el principio fundante de todo! Que papá no te haya amado no significa que no seas una mujer digna de amar. Deja el pasado a tu espalda, cambia la mirada hacia el futuro y ábrete a nuevos horizontes. Vuelve a empezar.

Algo pegajoso, brotado de los oscuros corredores de sus venas, se le estaba atorando en la garganta. De pronto, como magma furioso por su milenaria represión, estalló un llanto herrumbrado en reproches y recuerdos añejados.

Abría y cerraba los ojos. Al parecer, el llanto le pertenecía efectivamente.

Allí estaban él y él: padre e hijo. Abrazados como dos piezas de ensamble en una unidad perfecta y total. El sueño… El hermoso sueño de una familia. El sueño inconfeso. Ese sueño imposible para ella, siempre visto como esas mercaderías apetecibles que, detrás de una vidriera, solo alcanzan para desearlas y suspirar su ausencia.

Él y él: padre e hijo, abrazados.

Y el llanto continuaba. El de ella y el de ellos…

Abrió y cerró los ojos, y supo que «ellos», lejos de desvanecerse, cobraban corpórea realidad, solo que no eran José y su hijo despreciado: eran Cosme y Salvador.

Ambos, los tres —digámoslo más propiamente— lloraban.

Su mente recobró pacientemente la claridad. Ni José le había pedido perdón, ni su retoño se lo había ofrecido. Todo estaba igual. «La vida es muy puta…».

Sí, justamente ese era el pensamiento que flotaba en su mente cuando, en el cruce de la ruta, vio venir al auto rojo a toda velocidad: «Ni siquiera vale la pena el nuevo trabajo que he conseguido». Y con esa frase, su conciencia murió, envuelta entre la bocina y las ruedas que intentaron frenar.

No había esperado continuar, quebrada en mil pedazos, respirando en aquella «puta vida».

IV. Don Cosme

Cuando vio a Cosme recoger, en medio del más doloroso de los silencios, las cosas de su extinta mujer, Mariana quiso decir algo, pero no se le ocurrió qué. Al ver las espaldas de padre e hijo salir de allí, se sintió desesperadamente sola.

Los días sucedían como eternidades de infierno en el alma flagelada de la maestra. Los únicos rostros humanos que veía le resultaban tan familiares como los selenitas o los duendes. No recordaba cuándo había sido la última vez que utilizó la voz para comunicarse con alguien.

Una tarde, de aquellas que le resultaban muertas, tuvo una aparición. Fue tan vívida que temió que fuera real. Una figura masculina, erguida y robusta, propia de aquellos hombres que no se le achican a la vida, entró por la puerta con un ramo de flores en las manos y se sentó en la silla que estaba al lado de ella. Era su visita. Y el hombre le resultó conocido.

—Quería saber cómo anda, doñita. —Era don Cosme, con su típico acento serrano.

—Como siempre: mal. ¿Y usted?

—Todavía muy averiado por la partida de la patrona. Es un hueco terrible, pero ella nos preparó bien. Con Salvi intentamos continuar la vida. —Hizo un silencio reflexivo—. Pero ¡ay! ¡Cómo se me hace de dura la cosa sin ella! Salvador es un changuito excelente, no hace macanas… Pero ¡Dios! Se me hace cuesta arriba sin ella.

—¿Y Salvador? ¿Cómo lo ha tomado?

—Y… anda muy deprimido, ¿vio? El pobrecito se esfuerza por estudiar, pero parece que su cabecita anda en otros lados. Él me dice, llorando, que no entiende nada. ¿Y yo qué sé? Ni siquiera puedo ayudarlo a hacer los deberes porque vea, doña, no soy estudiado, no sé más que leer, escribir mi nombre y sumar un poco. —Suspiró largamente—. ¡Bue! Perdone usted, no quise venir a tirar mis cuitas, sino a saber cómo le va. ¿Tiene noticias de cuándo la pueden llevar para su pago?

—El médico estaba diciendo algo así como que la semana que viene me van a sacar parte del yeso. Se supone que ya podría caminar un poco.

Tardó nutridos minutos —y requirió que Cosme se lo repitiera, con diversas palabras y aclarando su buena intención en todos los

casos— en entender que el serrano le estaba ofreciendo su casa para cuidar de ella durante su convalecencia.

—¡A su casa! —le habría exclamado un millón de veces.

—No me malinterprete. No soy hombre de andar jugando con las mujeres. Lo digo sinceramente. Usted no puede todavía moverse sola, y puede ayudarlo a mi niño a estudiar un poco mejor. ¿No le parece buena idea?

No, claro que no era buena idea. Ella era una momia agria y espinosa, desagradable al contacto humano, alguien de quien más valía rehuir… ¿Y cómo era que este ser tan ingenuo pretendía tenerla en su propio hogar? Además, con el odio que ella arrastraba hacia los niños… Ya era suficiente que debiera trabajar con ellos todos los días, pero ¡vivir con uno! ¡Encima ayudarlo de cerca! Casi como… si fuera su propia madre… No. No era buena idea.

Al parecer, algo de ello dijo en alta voz, pues, por momentos incontables, don Cosme permaneció mudo como estatua, sin poder dar crédito a sus oídos.

—Doña, acepte venir a mi casa que, aunque es pobre, va a tener lo que necesita. Como dice el dicho: «La casa es chica, el corazón es grande». Y corazón tenemos, nomás…

La cincuentona maestra se sentía francamente desorbitada, como fragata intentando navegar el Tíbet. Nadie resistía su mal humor, su falta de educación en el trato y su acritud. ¿Qué le estaba pasando a ese fulano don Cosme? Lo que sucedía le resultaba tan poco creíble que hasta contestaba por inercia. En medio de esa peligrosa inercia, sus labios susurraron como hedores de aliento:

—Yo no creo en eso del corazón. No creo en el amor.

—Doña Mariana… —Mas el sonido murió impotente en su garganta.

Doña Mariana también permaneció mustia, llorando a su pesar esas lágrimas que, por más tiempo que transcurriera llorando, nunca lograban lavar su profundo dolor.

V. El pequeño salvavidas

Con el brazo derecho plegado y encerrado en el yeso, y el cuello rodeado por un frío aparato que lo mantenía erguido y perennemente inmóvil, Mariana Martínez fue dada de alta. Don Cosme la había ido a buscar y había pedido prestada una vetusta camioneta para desplazarla hacia su rancho. Mariana, luego de considerar sus posibilidades, finalmente había accedido a la propuesta del serrano.

Cosme la trataba tan bien como podía. Acomodó su paso al de ella, le ofreció el hombro para que se apoyara y la ayudó a sentarse en la alta camioneta. Luego, comenzó a andar.

—Salvador, en estos momentos, está en la escuela. Por las mañanas no está. Y, como en muchas de ellas yo tampoco puedo estar porque tengo que trabajar, le encargué a la Beatriz que la atendiera cuando usted estuviera sola.

—Intentaré dar el menos trabajo posible.

—No tenga cuidado. Para ayudarnos entre nosotros es que hemos nacido.

—Usted me admira, don Cosme. Me admira su modo de ver las cosas.

—Si no fuera por verlas así, ya estaría desesperado por la muerte de mi mujer.

—¿Y no le enoja que ahora ella no esté con usted?

—Me duele. Mucho. Mucho. Pero así es la cosa, nomás. ¿Qué sentido tiene despotricar contra lo hecho? La vida continúa.

—¿Y para qué continuar si la persona que quiere no está junto a usted?

—¡Porque el mundo está lleno de personas! Está Salvador. La vida continúa. Rechazar y embroncarse con la cosa no sirve de nada. ¡Uno se frena! ¿Vio? Aceptar las cosas, aun cuando duelen, hace que al menos tengamos fuerza para seguir adelante y creer que, al final, todo va a resultar bueno.

—Yo no tengo esa fe, don Cosme, nada bueno me pasó en la vida como para creer que al final todo resultará bueno.

El paisaje externo se fue tornando cada vez más ralo en construcciones humanas: del asfalto y de las ininterrumpidas hileras de casas pasó al ripio y al entretejido de baldíos con ranchos, luego a tierra y villa de emergencias, hasta fundirse finalmente en una ruta apenas transitable por la cantidad de baches y un cuadro desolado de hectáreas cultivadas.

El silencio doblegó al diálogo y, en cuestión de cincuenta y cinco mustios minutos, la camioneta frenó frente una precaria casa de material, inserta en medio del ondulante relieve serrano.

Volver a encontrarse con ese paisaje del cual quiso huir con la muerte la sumió en una especie de melancolía infinita. Cosme la acomodó en la mejor silla que poseía en el cuarto que debería compartir con el pequeño Salvador.

«Vida puta, puta vida», se decía para sus adentros. Rumiando la amargura de su fracaso existencial, entrecerró los ojos y quedó suspendida en el tiempo. Volvió en sí cuando sintió que sus piernas inmovilizadas recibían un leve peso tibio y suave.

—Seño…

Eran las manecillas marrones de Salvador. El niño estaba visiblemente demacrado y alicaído, quizás resistiendo un peso superior a sus infantiles fuerzas. Sus ojos hinchados parecían llover con frecuencia o ser acuciados por un sueño mal dormido.

—Seño, a mamá le gustaba que fuera buen alumno, pero ahora… no puedo.

La repulsión ante la proximidad infantil se hizo presente por toda la extensión de su piel. Sin embargo, con algo de decencia, dejó que el pequeño continuara allí. Y este, con toda la espontaneidad característica de las edades leves, soltó un sonoro llanto que no pudo menos que ingresar en el umbral de la conciencia de la solterona.

—Me saqué un «no satisfactorio» en matemáticas. No entiendo los problemas. ¿Soy «burro»? ¡Extraño a mamá! ¿Por qué se fue? ¿Yo no fui bueno con ella?

—Salvador…

Se sintió incapaz de responder palabra alguna ante los existenciales interrogantes del nene. Y, como si él supiera aquello, recostó su cara húmeda en el regazo de la mujer, quien realizó un imperceptible ademán por liberarse de él, en una reacción instintiva. Los mocos del niño le producían repugnancia.

Pero… la tibieza de su cuerpo, la debilidad demandándole atención, el dolor reclamando su consuelo… Respiró hondo y, casi

sin atreverse, posó su arrugada mano sobre los cabellos de Salvador. Aquel gesto distaba de ser una caricia, pero era un avance importante en la inexpresividad de Mariana.

«Tal vez hubiese sido buena madre», pensó. «No me di la oportunidad de saberlo. No tuve alternativa».

—No eres burro, Salvador. Eres bueno, muy bueno, y mamá desde el cielo entiende lo que te pasa. Pero quiere que sigas adelante. Yo te voy a ayudar con los problemas.

Algo agregó el pequeño, en sílabas tan entremezcladas con sollozos que la maestra no pudo distinguir la frase. Sin embargo, poco importaba, pues el lenguaje corporal de los gestos valía mucho más para la ocasión. Salvador, en su desesperación, llamaba a las puertas de su alienada maternidad. ¿Volvería a fallarle a otro débil niño? ¿Volvería a cortar el hilo por lo más débil? Por primera vez, Mariana comprendió la importancia de la calidez de su cuerpo, la importancia de ese algo inmaterial que imanta la materia de dos cuerpos complementarios, la importancia de su ser femenino desnudo de caretas y roles.

Ella era dura, fría, insípida e impasible. Pero no alevosamente egoísta. La situación ofrecida ante sí no pudo dejar de conmover sus fibras heladas tras tantos años de bloqueo voluntario. Si continuaba castigándose, castigaría nuevamente a otro inocente; esta vez no a su propio hijo, pero sí a otro retoño débil que gemía bajo el yugo de un dolor incomprensible.

—Salvador, no llores más. Mamá te quiere y te quiere ver contento. Por ser un niño muy bueno, mamá cuida de ti como si fuera tu ángel.

Cuando Cosme regresó, bien al caer de la tarde, encontró a su hijo leyéndole un cuento a doña Mariana. Su alma también recibió un haz de consuelo.

VI. Metamorfosis

Una canción antigua rondaba por el ambiente. Era cantada con una voz de mujer madura. A duras penas, Mariana se dio cuenta de que la melodía estaba fluyendo de sus labios.

Había decidido desistir de su propósito de cambiar su trabajo, y no solo eso, sino que su plan era trasladar su domicilio allí, al lado de esos niños marginales que precisaban mucho de su competencia como directora de escuela.

Cosme, con un gusto acentuado en demasía, le estaba construyendo una pequeña casa al lado de la suya.

—Cuando venda mi propiedad, don Cosme, le pago lo que usted está gastando ahora.

Y el hombre se encogía los hombros, en señal evidente de que no era esa, justamente, la retribución que buscaba.

Al cabo de dos meses, la edificación tenía lo imprescindible como para que la señorita Martínez pudiese habitarla. Por otro lado, sus movimientos corporales tenían una libertad suficiente como para poder cuidar de sí misma, por lo que, con nostalgia inconfesa, se trasladó a su novel casa, lindante a la de los Alonso.

Salvador se había acostumbrado tanto a su presencia que prácticamente vivía donde ella. Don Cosme también la visitaba seguido, por lo menos una vez al día para buscar a su hijo.

Últimamente, había estado aceptado la oferta de la mujer de almorzar allí los tres.

Un mediodía de domingo, en la que la cercanía de la primavera había suavizado el rigor del frío invierno, Cosme apareció más temprano de lo acostumbrado.

—Salvador está jugando con el vecino —le dijo la mujer, ciertamente sorprendida—. Ya lo busco, don Cosme. Y para el almuerzo, no me ha dejado tiempo a que se lo prepare, recién le termino de dar el desayuno a su hijo.

—Pierda cuidado, doña Mariana. Vine temprano a propósito porque quiero hablar con usted.

—¿Qué se le ofrece?

—Mire…, doña… No sé cómo decírselo.

—Tome asiento, hombre, y comience nomás.

—Es que… desde que murió María, me ando sintiendo muy solo. Ella misma me dijo que no soy hombre para andar sin mujer.

—¡Ah! Eso es. ¿Se quiere casar, don Cosme? —Y sintió un agudo dolor al pensar que otra mujer ocuparía el tiempo que Cosme, hasta el momento, le dedicaba a ella.

—Eso es.

El corazón de Mariana se estremeció de angustia. Por fin había conseguido desbloquear el duro hielo que constreñía sus entrañas de madre, para encariñarse con el niño, y la sola idea de que esa otra mujer, requerida por Cosme, conquistara el lugar de madre sustituta del infante, le hizo asomar una lágrima imprudente y delatora.

—¿Qué le pasa, doña?

—Es que me encariñé mucho con Salvador. Nunca sentí nada así por un niño. Me va a costar despegarme de él.

—¡Pero no se trata de eso, doña! Justamente, no tiene que despegarse de él.

—No será lo mismo. La mujer que viva en su casa se va a ocupar de cocinarle, de lavarle la ropa, de vestirlo, de peinarlo y de hacerle los deberes.

—¡No, mujer! ¡No sufra al vicio! No se trata de otra mujer.

—¿Cómo? —replicó, seriamente confundida.

—¡Se trata de usted! Sí, de usted. Yo le quiero proponer que nos casemos.

Mariana no tenía dominio ni del turco ni del chino, y al parecer tampoco de la lengua en que esas palabras habían sido pronunciadas. Pestañeó anonadada, sin caber en sí de asombro.

—¿Usted? ¿Usted me está haciendo una broma?

—¿Cómo cree? Yo nunca juego con los sentimientos.

—Don Cosme… ¿Me está hablando en serio?

—Por supuesto. Ya sé que no tengo mucho. Usted es estudiada y yo no. No tengo casa bonita ni un futuro asegurado. Pero no soy hombre de andar gastando la plata en vicios ni soy mal llevado. María fue feliz a mi lado.

—Don Cosme… Casarse significa… ¡casarse! Vivir juntos. Dormir juntos.

—¡Claro, pues!

—Lo que quiero decir es que… la cosa va más allá de hacerle un plato de comida.

—Más vale. Por eso le propongo casamiento.

—Pero… yo no soy mujer que despierte… bueno, ya sabe. Soy vieja y fea.

—A mí no me lo parece. Doña Mariana, si le propongo casamiento, es porque tengo ganas de casarme con usted. Si no fuera así, no se lo pediría.

—Lo que pasa es que… ningún hombre me ha deseado.

Ningún hombre. En realidad, bastó con uno solo que la hubiera despreciado para que se sintiera literalmente incapaz de ser requerida como pareja.

—Lo que pasa es que yo no… —intentó justificar la mujer.

—No siente nada por mí —se adelantó el pretendiente con voz entrecortada—. Es eso. Está bien, doñita, sobre los sentimientos no se obliga…

—No. Don Cosme, no es eso. —Observó como él volvía a recuperar sus esperanzas—. Lo que quiero decirle es que no he estado con un hombre…

—¡Y caray! —se apresuró a interrumpirla—. Si la quiero así y no puta.

Lo que quería decirle es que ella se sentía sexualmente incapaz. Había tenido una mala experiencia que le había partido el alma en mil fragmentos y no quería volver a repetir la desilusión. Esto significaba que, en su fuero interno, había matado desde entonces ese tipo de ilusión que hace a la vida y al amor.

Algo así, sin recordar sus palabras exactas, le dijo a Cosme, quien, por toda respuesta, se encogió de hombros y le sugirió que, si ella voluntariamente había matado esa fibra femenina de su corazón, voluntariamente también podría resucitarla. Él era hombre de paciencia, y podía esperar hasta que la psiquis de Mariana permitiese a ese cuerpo cincuentón reverdecer en aquellas sensaciones sexuales concomitantes al amor.

Estaban cerca, tanto que a ambas narices les faltaba poco para rozarse. Mas lo que se rozaron fueron los labios, con timidez al comienzo, como pidiéndose permiso para adentrarse más en la intimidad.

Las sensaciones de su interior corroboraron para Mariana las palabras de Cosme: era mujer, y la superación de su momificado estado solo requería dejar que, de su interior, fluyeran los sentimientos naturales en todo ser humano.

Y ella era ser humano. No solo ser humano, sino mujer también.

Mujer. Bendita palabra. Mujer cuyas entrañas físicas y psíquicas estaban orientadas a la vida y al amor.

Cuando Salvador retornó de su juego con el vecino, Mariana lo abrazó tan tiernamente como pudo y sintió que las fibras de su útero maltrecho, aun menopáusica, se contraían en una dulce sensación, como de dar a luz sin dolor.

Y esa era su mayor riqueza como mujer. No importaba la edad, la belleza física ni la artificiosa sensualidad de un cuerpo esculpido para el placer puro, irreal y acrobático, sino la disposición de su alma, desde donde emergía la verdadera maternidad. Toda ella se sentía lista para albergar, cuidar y alimentar la vida, la vida del pequeño Salvador, encomendado, por las circunstancias, a su cuidado.

—Papá tiene algo para decirte —le explicó al niño—. Se trata de él y de mí…

El hijo de Cosme no entendió por qué tanta ceremonia para comunicarle algo que en su mismo corazón había intuido. No solo intuido, sino incluso propiamente deseado. Y ese deseo se lo había referido a Dios en la intimidad de su oración de la noche. La vida sonreía para todos. Especialmente para Mariana Martínez.

FAVIANA. La prostituta

I. Aprieto

Lo intentó, pero de algún modo esa monja boba lo sabía. Intentó esconderlo: se calzó un *jean* azul, un pulóver rojo, el más sobrio que encontró, unas apáticas botas negras; se lavó el maquillaje de la cara, montó unos anteojos oscuros y se ató el cabello. Caminaba intentando no contornearse y hablaba solo lo justo y necesario.

Demasiado esfuerzo para nada: la monja lo sabía. Después de todo, ¿a qué puta se le ocurre mandar a su pequeña a un colegio de monjas? ¡A ella! ¡Solo a ella! Pensó que podía pagarlo, pero, en los últimos meses, se le hizo cuesta arriba por esas malditas semanas que no pudo trabajar culpa de aquel degenerado. Ahora la monja la citaba, seguramente para exigirle el pago.

Sabía que la beca era posible, sabía incluso de planes de pago, pero también sabía que las madres de las otras niñas andaban comentando de su «trabajo dudoso», del ambiente poco propicio en el que vivía la pequeña Jenny, su hija, y de lo inconveniente que era, para el resto, tener una compañerita «así».

—¿Y qué sabe de mi trabajo? —le replicó en un tono notablemente agresivo.

—Que no es empleada de comercio, como figura en los papeles.

—Entonces, todo el problema no es la plata, sino mi trabajo.

—Bueno… sí.

—Hermana… Yo sé que debo tres cuotas. Es que estuve enferma y no pude trabajar. Pero dentro de un plazo ya va a ver que se lo pago todo.

—Quizás tenga que pensar en otro colegio para su hija.

—¿Por qué? Si yo le voy a pagar todo, ¿por qué razón no aceptaría a mi hija nuevamente en esta escuela?

—Porque… —dudó—. Sea sincera, su trabajo no presta para mandarla a una escuela como esta.

Lo sabía, claro que lo sabía. Es algo que no se puede ocultar.

—No dé tantas vueltas. El problema es ese, ¿verdad? No es cuestión de la plata, es por mi trabajo.

—Sucede que… su trabajo no es honrado.

¿Qué mierda sabía la monja de la vida? Solo el que vive en una cajita de cristal puede darse el lujo de juzgar a los demás. Faviana deseó ver a esa mujer vestida de gris lidiando con Tigre, y con esa cadena infinita de hombres que van a depositar en su cuerpo soledades, ardores, impotencias, frustraciones, degeneraciones y perversiones.

«Ya quisiera que la pobre tuviese que vivir mi vida, ahí va a saber lo que es honrado o no».

—No puedo hacer otra cosa —le susurró, intentando no enardecerse.

—El que quiere puede.

¿Qué mierda sabía la monja de la vida? En lo real, ese dicho era absurdo. Si ella quería cambiar, vivir de otro modo…, ¿qué pasaría con Tigre? ¿La soltaría, así nomás? ¿Y de qué trabajaría? Era prostituta desde los diez años: su «trabajo» le había tallado el

cuerpo y configurado la personalidad. No solo no sabía hacer otra cosa, sino que no sabía «ser» otra cosa.

Pero no quería el mismo destino para Jenny. Ella la cuidaría muy bien y, cuando llegara el momento, la alejaría de Tigre para darle una posibilidad diferente. Por eso hacía el enorme esfuerzo de mantenerla en ese colegio, a pesar de toda la corriente en su contra, y el esfuerzo no solo era monetario, sino, más bien, de amor propio. Le resultaba humillante tener que rozarse —y por mucho que lo evitara, debía hacerlo— con un círculo diverso al suyo, donde se sentía profundamente estigmatizada.

Había logrado inscribirla en el jardín de infantes del Colegio San Jorge a través de una vecina, Rosa, que era amiga de la portera. La vecina acudía al establecimiento las veces que fuera necesario. Así, Faviana esperaba pasar inadvertida. Pero hubo una reunión obligatoria a la que Rosa no pudo asistir y tuvo que hacerlo ella. Trató de no llamar la atención, pero los demás padres la vieron aparecer y supieron lo que era.

«¿Acaso tengo un cartel?». Era un estigma difícilmente ocultable.

—Yo la espero con el pago —dijo la monja sin convencimiento—, pero la decisión última no la tomo yo. Si le soy sincera, le diría que es cuestión de apariencias y que usted lleva las de perder.

«Al menos es franca», pensó Faviana. Luego de algunos segundos, preguntó:

—¿No me da alguna esperanza?

—La del milagro.

—Si creyera en los milagros, tendría la esperanza de cambiar de vida. Pero la vida me demostró que los milagros no existen.

La ventana de la rectoría estaba abierta, dejando al descubierto un sólido enrejado negro. En su congoja, Faviana no lo había notado sino hasta entonces, cuando una ráfaga de fragancias suaves la invadió a pesar del aire frío. Como por instinto, dirigió su mirada hacia la ventana, donde pendía hacia afuera, en el borde inferior, un blanco macetero lánguido y depresivo, sobre el que aparecían, endebles y raquíticas, algunas matas ralas florando una especie de trébol negro y grande.

—¿Qué planta es esa? —preguntó la prostituta sin saber por qué.

—Le llaman «pensamientos».

—Se están muriendo.

—Según el jardinero, en los pensamientos está todo: la clave de nuestra vida. Pensamientos oscuros, vida oscura. Pensamientos vivos, vida «viva».

—¡Ojalá! ¡Ojalá fuese así de fácil!

Por un instante, Faviana desbloqueó el menguado dique dulce de los sueños. Su mente dibujó aquella niña delgada al límite que, mientras su cuerpo sucumbía al vaivén de esos señores grandes y apestosos, cerraba los ojos, imaginándose extensas praderas —como en la tele—, hermosos vestidos vaporosos y blancos, muñecas peponas para jugar a la mamá, libros y cuadernos de olor virgen para estudiar. El recuerdo la hizo sonreír. ¡Si realmente fuese cierto que en los pensamientos está todo!

Ni las praderas, ni los vestidos, ni las muñecas, ni los libros se hicieron nunca realidad. Por el contrario, en la medida que su mente crecía, se daba cuenta de lo que significaba su «trabajo». Entonces, dejó de soñar.

Ese lapso de corriente agradable la sumergió en un estado de conciencia indefinido; como si, contemplando aquellos pensamientos mustios, se hubiese dormido sin dormir.

No vio al jardinero que hundía la pala en el interior del macetero.

II. Tigre: temido salvador

Dolía, más de lo habitual.

—¡Animal! ¡Detente! —le gritó al cerdo de ciento cincuenta kilos que tenía encima.

Por toda respuesta, él comenzó a tirarle los cabellos mientras jadeaba como un perro.

—¡Detente te digo! —insistió.

Al no obtener respuesta alguna, lo golpeó para desasirse.

Él la encaró con sus ojos inyectados de rabia primitiva. Sin ver cómo ni por dónde venía, ella sintió duros golpes en su rostro. Amortiguada por la impresión, de pronto se dio cuenta de que estaba bañada en sangre.

—¡Ay! Loco de mierda. Déjame, que yo no soy para sádicos.

—Eres una puta y con eso basta.

El pánico le daba fuerza, pero aun cuando doblase lo normal, no se podía liberar de aquel gordo bruto y degenerado.

—¡Tigre! —gritó la mujer con todo lo que tenía de potencia—. ¡Tigre! ¡Tigre! ¡Tigre! —aulló, hasta que una manaza de mármol le aprisionó sus labios.

Se debilitaba. En la lucha desigual, vio perfilarse el oscuro rostro de la muerte.

Una ráfaga de alivio brotó de su ser cuando sintió que le retiraban el pesado lastre de su cuerpo casi extinto. Confusamente, lidiando contra el desmayo, vio —a través de los manchones rojos de su propia sangre— a dos hombres intentando reducir al gordo. Al instante apareció un tercero, armado hasta los dientes.

—¡Chancho de mierda! A mis chicas no se les hace eso.

Y silbó un disparo que fue a dar en el hombro del degenerado.

Faviana, que siempre temía la presencia de Tigre, nunca sintió tanta alegría al verlo. Era robusto, de tez blanca, nariz prominente, ojos claros y frente pequeña. Cabellos rizados castaños y largos hasta la cintura, atados por la nuca.

Era su dueño y señor. Y ahora más, pues le debía la vida. Y él se la cobraría de un modo u otro.

—Llévenlo afuera y denle una lección! Lo que es de Tigre, Tigre lo cuida.

El tipo aullaba de dolor y de espanto. Clamando piedad como un imbécil, fue llevado a rastras hacia fuera.

—Ese hijo de puta tenía una navaja —comentó Tigre al observar el exánime cuerpo de Faviana—. Le van a quedar pocas ganas de usarla.

La mujer se sintió desfallecer y comenzó a gemir de dolor.

—No te preocupes, ya te traigo al médico.

Tigre tomó su celular y marcó un número. Habló algo y luego acudió hacia la cabecera de la cama, donde yacía la cada vez más pálida prostituta.

—Ya viene. Me debes la vida, putita. Sin mí, estarías muerta. Escúchame bien, putita, me perteneces para siempre. Que no se te olvide.

Se sentó cerca de la cabellera de la mujer. Sacó de sus bolsillos un pañuelo a pintas y, más como un gesto simbólico que efectivo, se lo aplicó a la sangrante nariz de la herida.

Faviana sentía que su existencia se le escurría del cuerpo en un fluido continuo de sangre. Sin oír los vocablos de Tigre, comprendía perfectamente la situación: si sobrevivía era gracias a él y, por lo tanto, mientras respirara en este mundo, debía sometérsele.

A cualquier alma normal se le habría partido el corazón ante la vista de aquel cuerpo raquítico, retorcido de dolor, desnudo y transparente, forrado de coágulos renegridos de sangre gruesa. Mas a Tigre, normal o anormal, la situación le endulzaba de placentera adrenalina su agrandado ego. Se regodeaba internamente de aquel inhumano paisaje, pues le daba a él la posibilidad de sentirse superior, de sentirse necesario, de sentirse Dios.

No siempre ocurrían cosas así, porque sus secuaces filtraban mucho la clientela de su séquito de putas. Y ahora, ellas seguramente sabrían lo de Faviana y le tendrían una veneración superior a Tigre, por lo que él podría exigirles más plata a cambio de su «protección». En medio de la bajeza humana más ignominiosa, él reinaba.

—¡Ja! ¡Ja! Tigre es tu salvador. ¡Ja! ¡Ja! Tu vida es de Tigre.

Pero esa vida no habría sido ni de Tigre ni de ella misma si no fuera por la pronta llegada del médico.

—Hola, Tigre —saludó al entrar—. ¿Qué ha pasado con la puta?

—Lo que ves, un sádico.

Él comenzó a revisarla rápidamente, en la misma medida que intentaba frenar las hemorragias.

—Los cortes en los brazos están hechos con una navaja. Abajo… ¡Uy! Por un tiempo, no podrá trabajar. Perdió mucha sangre, sería bueno una transfusión.

—Es imposible si hay que llevarla a algún hospital.

—Vivirá, pero le costará recuperarse. La sangre se la puedo administrar en su casa.

—Que sea así.

—Está inconsciente. Voy a empezar a suturarle los cortes.

Y comenzó su desagradable labor, consumiendo largo tiempo en hacerlo. Luego, Tigre tomó el cuerpo frágil como si fuera el de un bebé, salió del cuarto y se deslizó con precaución por el estrecho corredor, rumbo a la salida oculta del prostíbulo.

Tigre hacía honor a su apodo: sagaz, ambicioso, depredador, animal. Era una fiera en cuidar sus intereses, y las chicas estaban dentro de ese conjunto, por eso las amparaba, usando para ello cualquier recurso exótico. Así, por ejemplo, cada habitación tenía un sistema de cámaras de video para estar permanentemente vigilando que todo saliera de acuerdo a su voluntad. Las chicas, por supuesto, pagaban por su protección. Y pagaban mucho: no tanto en dinero, sino en dominio. Entre el sexo, la droga y las armas, Tigre manejaba un caudal de dinero imposible de precisar.

Con la mujer en brazos, Tigre por fin llegó a su destino. Allí lo esperaba el Ñato, su lugarteniente predilecto, con la puerta abierta de un auto brillante.

—Llévate a la puta a su casa —le ordenó, pasándole el cuerpo de la mujer—. ¿Qué hicieron con el tipo?

—Nunca más va a asomar la nariz por acá, jefe, eso se lo aseguro.

Sonrieron. Ñato ingresó a Faviana por la puerta trasera del vehículo. Luego, él hizo lo propio por la del conductor y, sin mucha solemnidad, se dirigió rumbo al precario hogar de la pobre mujer.

III. Bajo el control de Tigre

Cuando Faviana tornó a sí, percibió su cuerpo como un lejano manojo de huesos, piel y músculos triturados. Las vaciadas venas de su brazo estaban conectadas a un canuto traslúcido por donde circulaba sangre extra, almacenada en un sachet que pendía de un caño vertical. Con dificultad —porque su yo permanecía a una distancia considerable de su soma—, observó el lúgubre techo de zinc que pertenecía a su rancho.

—Jenny —musitó.

—Quédate tranquila, yo me estoy encargando de ella —le contestaron.

Intentó girar la cabeza hacia la voz y miles de estrellas de pirotecnia le estallaron dentro, impidiéndole culminar el movimiento. En lugar de eso, agudizó el oído y supo, entonces, que la voz pertenecía a Rosa, su comadre.

Efectivamente, la robusta vecina estaba allí.

—¿Y Jenny? —repitió casi exánime.

—En estos momentos está en el colegio. Dentro de dos horas la voy a buscar y te la traigo para que la veas. Hasta que te recuperes, es mejor que la tenga en mi casa.

—Sí, eso es lo mejor. Pero todavía no me la traigas, se va a impresionar, la pobre…

—Bueno. Pero quédate callada, no hables mucho y ahorra fuerzas. Todo va a andar bien. Todo está bajo control.

«Bajo el control de Tigre», pensó la convaleciente.

Rosa era una regordeta mujer de unos cuarenta años, pero su piel rugosa y escamada la hacía parecer de sesenta. El moreno de su semblante tiraba más al té con leche que al café, y sus ojos oscuros y oblicuos dibujaban una mirada bonachona. De baja talla, su figura parecía más circular que cilíndrica.

Vivía sola, en el rancho contiguo al de Faviana, aunque el suyo era un poco más precario. Considerando el entorno, cuya calle de tierra separaba dos hileras de viviendas disímiles e irregularmente ubicadas —algunas de material, otras de chapa—, a las residencias de Faviana y de Rosa se las podían considerar palacios de millonarios.

En ambos casos se trataba de construcciones de ladrillos —Faviana tenía incluso el frente pintado— con contrapiso de material, revoque y techo de zinc; luz y teléfono; ambientes diferenciados en cocina, pieza y comedor, baño dentro de la casa con sanitarios; camas con colchones, sábanas y frazadas: todo un lujo en la villa.

Económicamente, Faviana podría haberse mudado de ese lugar, pero allí estaba su hábitat natural. En ese círculo, ser puta era un verdadero oficio, tanto como albañil, changarín, cartonero, mucama, mendigo o ratero… En su profesión, ejercida desde los diez años, había escalado hasta una cierta jerarquía: de ser prostituta de la calle, cotizada a cinco pesos la hora, pasó —gracias al patrocinio de Tigre— a trabajar en un ambiente protegido, con «cobertura médica» y todo, en el interior de un prostíbulo. La nueva clientela, clase media alta, la obligó a refinarse un poco, a aprender nuevos

modales y un nivel diferente de relación con el cliente. Eso sí, en la cama, todos eran para ella igualmente cerdos. Con o sin refinamiento, de cinco a cincuenta y hasta cien pesos, con hedor a grasa y transpiración o perfume francés, con ropa sudada o de impecable traje ejecutivo; desnudos, eran lo mismo.

Ni siquiera habría pensado en cambiar algo de no ser por la presencia de la pequeña Jenny en su vida. La niña no era hija propia en realidad, sino que la llevaba criando desde que Florencia, una amiga suya y madre biológica de Jenny, había fallecido de septicemia cuando la menor apenas rozaba el año.

Criarla y ofrecerle un futuro mejor que el suyo era su inconsciente modo de redimir la propia historia. Para sí ni siquiera se arrojaba el lujo de soñar nada distinto, pero a Jenny la quería preservar de aquel mundo plagado de sombras y miseria. Así fue como, a través de Rosa, logró colocarla en el Colegio San Jorge, dándose un trabajo y una identidad falsas para evitar que descubrieran a la niña como una intrusa, perteneciente al ámbito opuesto al de sus compañeras. Rosa la llevaba y la traía, la tenía en su casa hasta que Faviana pareciera una honrada madre de familia.

Tigre aún no había tomado conciencia de la existencia de la pequeña, y Faviana deshacía las horas de su contradictorio sueño pensando en el modo de sacarla de allí. Unos años más y su hija adoptiva se daría cuenta de la verdad; y aún peor, Tigre se agazaparía sobre la tierna carne juvenil: una vez invadida por Tigre, el destino de Jenny estaría ya marcado.

IV. Sopores de alta fiebre

El cuerpo de Faviana se tomaba su tiempo en recuperarse. No era fácil reponer tanta sangre derramada. Por su lado, la mente desvariaba en una oscuridad de paisajes amorfos, sutiles y absurdos.

Había rostros: triste —aun cuando maquillado al paroxismo—, el de su madre; lóbrego e indiferente, el de sus hermanas; grotesco y lujurioso, el de su primer cliente; acongojado y moribundo, el de su amiga fallecida, madre de Jenny; sonriente, pletórico de luminosa bondad, el de Rosa; oscuro y poderoso, el de Tigre… Colorido, infantilmente feliz, ausente de toda la realidad de sinsabores, el de la propia Jenny.

Había frases: «Puta, ramera…». «¡Qué linda joda!». «Mamá…». «Vamos, puta». «Mamá…». «Eres de Tigre». «A cincuenta la hora, cien por eso». «Mamá…».

Sentimientos: aversión, asco a los hombres, desconfianza a las mujeres, odio a Tigre, resignación a su trabajo, ganas de morir, preocupación por Jenny, gratitud a Rosa, odio a la sociedad, envidia a los ricos, vergüenza de sí misma, lástima de su madre, odio a su padrastro, odio a sus hermanos, odio a su vecindario, odio a la vida.

Y soledad. ¡Tantos desfiles de cuerpos atravesando el suyo y ninguno realmente de su pertenencia! ¡Tantas caricias para desconocer la ternura! ¡Tantos besos para ignorar el erotismo! ¡Tanta pasión para no saber de deseo! ¡Tanta penetración para no tener ni la más remota idea de lo que significa la palabra «unión»! ¡Tanta gente para tanta soledad!

Rostros, palabras y sentimientos…

Cuando lo vio, incorporado sobre ella, no supo distinguir si ese hombre pertenecía a su subconsciente o a la realidad.

—No puedo… —musitó, por las dudas, casi rogando.

Quizás porque su cuerpo era un alfiletero de imaginarias hormigas sedantes, no sentía el típico peso sobre ella, ni el movimiento, ni…

Entonces, era un fantasma. Mas no se desvanecía. Cerró los ojos para esfumarlo y sintió el calor de ese otro cuerpo. No exactamente sobre ella, sino más bien a la altura de su cadera, como si estuviera sentado a su lado. Sin movimiento, más bien, relajado. Algo húmedo y tibio le rozó la frente, demasiado huesudo para ser lengua. Además, ese rostro no estaba tan cerca. Volvió a abrir los ojos: era una cara masculina, diáfana, y, cosa singular, mirada directa a sus ojos. Gesto sonriente.

Entonces era un sueño. Mas no se desvanecía.

—Ya te dije: ahora no puedo.

—¿No puedes qué?

—¡Joder!

—Yo tampoco. Estamos a mano.

—¿Quién eres y qué haces?

—Miguel Armendáriz. La señora Rosa vino a mí por agua bendita para esta casa. Decidí venir yo a bendecirla en persona y a bendecirte a ti. Eso es lo que estoy haciendo: la señal de la cruz con agua bendita en tu frente.

—¿De qué me estás hablando? No estoy para bromas. Si mi protector te encuentra, te mata.

—La señora Rosa dice que la niña está teniendo pesadillas en las que esta casa se quema, así que se llegó hasta mi parroquia para

pedirme que le bendijera el agua. En lugar de eso, vine en persona a ver lo que se necesita.

—¿Y quién eres tú?

—Miguel Armendáriz, párroco de San Juan Bautista.

—¿Párroco? ¿Qué es eso? ¿Tiene que ver con la Iglesia católica?

—Algo. Soy sacerdote.

—¿Sacerdote? —repetía, con una incredulidad que rozaba la estupidez.

—¡Cura!

—¿Cura…? ¿Cura de la iglesia? ¿Y qué hace aquí? ¿Qué quiere?

—Bendecirte la casa.

—No tienes nada que hacer acá. A no ser que quieras mi servicio. Pero no ahora. Tal vez la semana que viene… No aquí…, al prostíbulo. Tigre no quiere que atienda particular.

—¿Tigre?

—Tigre, mi protector.

—Tigre… —repitió como para sí—, con que Tigre…

—¿Lo conoces?

—Como la palma de mi mano. Su organización florece en la carroña. Son como los buitres. Comen donde hay mugre, muerte.

—Tiene una casa muy lujosa.

—No me refiero a eso. No me caben dudas de que le gusta el lujo. Me refiero a la «mugre humana». Los vicios, las esclavitudes que matan el alma. Tigre vive de la oscuridad, del desequilibrio, del desorden del hombre; pero su pasión es ensuciar la obra de Dios. Su arma es la mentira y su objetivo es ser un dios. Cuando entrampa a alguien en sus redes, le hace creer que es tan todopoderoso que nadie puede salvarse de él.

—Es todopoderoso. Tiene la policía y la política compradas. Nadie lo toca. Sus secuaces están en todo, lo ven todo, se enteran de todo. Si alguien intenta jugarle una mala pasada, aun cuando solo lo haya pensado, ya «pasa a la historia».

—¿Le tienes miedo?

—¡Le debo la vida!

—¿Qué vida?

—Con él tengo protección.

—Pero no puedes dejar de ser prostituta.

—Es lo que soy, ¿por qué querría otra cosa?

—No es lo que quieres para tu hija. Faviana, tú a mí no me conoces, pero yo a ti sí.

—¿Y cómo?

—Bueno, digamos que… mi organización también está en todas partes. También todo lo ve, todo lo sabe.

—¡Mentira! La Iglesia solo está presente en sí misma. Nada sabe de la realidad, de la calle, del mundo.

—Dios está presente en todos lados. Más allá de los límites visibles de una iglesia.

—¿Y con eso? Si a Dios le interesa algo de lo que pasa acá abajo, por lo visto no es muy poderoso. Los malos ganan. Tienen armas. Tu organización no debe ser ni la mitad de efectiva de lo que es la de Tigre. En cuanto a ti, no creo que en tu vida hayas disparado ni por juego.

—No necesito armas. Entiendo que no me creas, porque vivimos en el mismo mundo, pero nuestra forma de mirarlo hace que parezcamos de dos mundos diferentes. No pierdas el tiempo en

sondearme. Sé sincera, no te ocultes de mí. Tú quieres salvar a Jenny de Tigre.

A pesar de los vahídos de somnolencia, ella se sorprendió de la certeza con que ese personaje, emergido de la nada, hacía referencia a su propia situación.

—Con toda mi alma —respondió sin pensarlo mucho—. Si hay un Dios, no le pido perdón para mí, sé que estoy condenada. Pido que Jenny se salve de mi destino. No quiero que viva en la carroña.

—Sí: hay un Dios. Y Dios no quiere que nadie viva en la carroña. Nadie: ni Jenny, ni tú.

—Yo nací así y así moriré. Pero Jenny… ¿Qué puedes hacer por ella? ¿La puedes esconder?

—No es necesario. Encomiéndamela. Lo único que debes evitar es encargársela a Tigre, no importa cómo venga la mano ni lo que él diga. Ten en cuenta que este sujeto es muy mentiroso e inteligente, ambicioso y rapaz. Lo quiere todo. Él miente siempre.

—¿Y qué poder tienes tú? ¿Política? ¿Influencia? ¿Dinero?

—Mi poder es Dios. Amor, justicia, humildad.

—¡Bah! —exclamó con desdén y amargura—. Por un momento creí que me podrías ayudar realmente.

—Tigre te va a pedir la vida de tu hija. Por nada del mundo se la entregues. Invoca, con fe, la protección de Dios, y él no podrá tocarla. No es todopoderoso. Es más, no lo sería en absoluto si nadie le diera ese poder.

—¡Vaya solución!

—Cuando suceda, acepta y pide la protección de Dios con fe.

La convaleciente volvió a cerrar los ojos, esbozando una sonrisa irónica. Lo que sucedía no era un fantasma ni un sueño: ¡Era lisa y

llanamente un imposible!

Al abrir los ojos, se dio cuenta de que había dormido mucho.

V. La realidad del sueño

Rosa le insistía para que permaneciera en reposo, pero ella, obstinadamente, se levantó. Siquiera un ratito, por lo menos, para cebarle unos mates a su vecina mientras esta planchaba la ropa.

—Rosa, ¿fuiste a la iglesia a pedir agua bendita? —preguntó Faviana, mientras le convidaba el segundo mate.

—Fui ayer. Es que Jennita se despierta en la noche gritando, dice que sueña con que esta casa se quema. Ya iban como cuatro noches seguidas. ¿Y ves? Por las dudas, cuando dormías, eché agua bendita por todos lados.

—¿Tú la has echado?

—Sí, mientras rezaba un padrenuestro y tres avemarías.

—¿Has estado toda la tarde acá?

—Un rato. Traje a Jennita a verte y luego me la llevé a casa.

—¿No vino nadie?

—No.

—¿Dormí toda la tarde?

—Mientras estuvimos con la nena acá, sí.

—Entonces fue un sueño.

—¿Qué cosa?

—Nada. Tonterías mías.

Aunque… la pequeña coincidencia sobre el agua bendita… Algo la instaba a seguir preguntando.

—¿Y en la iglesia te atendió alguien?

—¡Claro!

—Quiero decir, ¿el cura?

—No sé quién era el que me atendió. La puerta estaba cerrada. Toqué en la casita de al lado y me atendió un hombre. A él le pedí el agua bendita y me la dio.

—Y el hombre, ¿estás segura de que no era el cura?

—Ya te dije: no sé si el cura o el ayudante. Me dijo que se llamaba Miguel.

—¡Miguel!

La sorpresa casi le hizo quemar la mano al sacudir, involuntariamente, la que tenía asida al mate recién cebado.

—Así me dijo. Era un hombre relativamente joven, entre blanco y morocho, ojos oscuros… ¡Y una mirada! Eso sí que me llamó la atención de él. ¿Ves que poca gente te mira a los ojos? Este tenía una mirada que parecía que te conocía desde siempre.

—¡Qué coincidencia!

—¿Con qué?

—Con nada… Quizás, en mi estado, la mente fabrica estupideces. Me deben faltar otros cuantos sachés de sangre.

Por miedo a que su investigación colmara aún más su asombro de detalles incoherentes, cambió de tema.

—¿Y cómo anda la Jenny en el colegio?

—¡Ay! No sé hasta cuándo te la van a recibir las monjas. Hiciste muy mal de ir a esa reunión.

—¿Qué? ¿Acaso crees que se dieron cuenta?

—¿Que si creo? ¡Estoy segura, mira! Ahora empezaron a joder con que presentemos el certificado de bautismo de la Jenny.

—Es que… no es bautizada. No se me pasó por la cabeza. Si llego a ir a pedir que me la bauticen, me van a sacar cagando de ahí.

—Ese hombre que me atendió tiene cara de bueno. No hacía demasiadas preguntas. Tal vez puedo preguntar a ver cómo arreglamos las cosas.

Otra vez el famoso hombre.

—¡Qué manera de complicarse todo! —comentó Faviana, tratando de no volver a entrar en el tema—. Encima este mes no lo voy a poder pagar. Hace tres semanas que no trabajo.

—Maldito el animal que te hizo eso. Ojalá lo hayan castrado.

—Seguro. Tigre no tiene compasión de nadie —suspiró—. ¡Ay, Rosa! Tengo miedo de no recuperarme jamás. ¿Con qué voy a comer entonces? Y también extraño mucho a Jenny. No veo la hora de estar bien para poder cuidarla en las tardes, como siempre. Aunque… ojalá yo fuera una madre normal y la pudiera tener conmigo todo el tiempo, como corresponde. Pero con mi trabajo no puedo dejarla sola en la noche. No sé lo que haría sin ti.

—Por algo me tienes acá. Aunque sería tan lindo que las cosas se dieran como tú las deseas…

El comentario enganchó de forma indefectible aquel bullicio que surgía en el alma de Faviana.

—¿Por qué no averiguas si ese señor Miguel es el cura? —se sorprendió diciendo, luego de sorber la bombilla del mate—. Ayer he soñado con que un cura venía aquí a bendecirme la casa.

—¡Eso sí que es soñar y no macana!

—Era un sueño lindo. Hacía mucho que no soñaba nada lindo.

—¿Lindo? ¿Cómo fue?

—Soñé que el hombre estaba a mi lado, sentado en mi cama, haciéndome la señal de la cruz en la frente. Tenía cara de bueno. Eso era lindo. No me miraba como los otros, pues, me miraba a los ojos y me trataba con respeto, como si yo fuera una señora. ¿Te das cuenta? ¡Qué lindo sueño!

En cuestión de hombres, Rosa no tenía una experiencia mejor que la de su vecina: casada a los diecisiete con un borracho que la doblaba en edad, solo sabía de golpes y de hijos. Desde hacía diez años, Dios la había bendecido con la viudez.

—Claro que ese era un sueño, m´hija. Los hombres son una mierda. Ahora, un cura… No sé. Nunca conocí uno.

—No. Yo tampoco. La cosa es que soñé que ese bendito Miguel venía a mi casa.

—¿Miguel?

—Se llamaba Miguel. Por eso me extrañó cuando lo nombraste. Me acuerdo patente del sueño: me dijo que se llamaba Miguel Armendáriz.

—¡Qué cosa! —exclamó, sinceramente sorprendida—. Tal vez lo nombré cuando volví de la iglesia y de ahí lo tomaste en el sueño.

—Tal vez. Pero ¿sabes qué fue lo mejor del sueño? Me decía que Tigre es un mentiroso y que no tiene tanto poder como él me hace creer. Y que podía proteger a Jenny… ¡Ay! Si al menos eso fuera realidad. Eso, nada más que eso: no pido otra cosa.

El mate circulaba frío y lavado: había llegado la hora de volver al lecho. Cuando los ojos de la prostituta barrieron el cielorraso de zinc, describieron inmaterialmente los rasgos de aquel rostro desconocido.

Un sueño. Un fantasma. Un imposible, por desgracia.

VI. Pesadilla

Tal vez fuera aquella noche, tal vez otra; tal vez todas las noches, tal vez ninguna. Con o sin fiebre, se despertó de golpe, sobresaltada. La oscuridad, más que densa, era pesada, y el aire, aunque frío, sofocante. Un miedo emergido del núcleo de cada una de sus débiles fibras encendió su cuerpo aún ingrávido.

Quiso incorporarse, y fue en vano. ¿Su debilidad extrema? Luego de un par de minutos, su cerebro distinguió, entre los fragmentados sonidos, una respiración típica frente a la suya… Cerca, muy cerca.

Quiso encender la luz, y fue en vano. ¿Su terror cada vez más excitado? El peso de unos férreos dedos le sujetaba ambas muñecas.

Quiso gritar, y fue en vano. ¿Su instinto de conservación se había extinguido? Algo húmedo se mezclaba en la humedad de sus labios.

¿Un espectro? ¿Una pesadilla? ¿Un imposible?

Por el sabor, cuya amargura casi la atragantaba, lo reconoció.

Empezó a gemir y a retorcerse, con angustia y suavidad, como quien quiere no desasirse.

Él comprendió que lo había reconocido —¿naturalmente?— y el perfume exhalado de ese sentimiento profundo de ella lo excitaba aún más. Le soltó la boca, porque quería oírla, y a cambio sus manos la empezaron a recorrer con precisión.

—Por favor, Tigre… —susurró, presa del horror—. Ahora no. No puedo, Tigre… Créeme… Todavía no puedo.

Inspirado por el aroma de adrenalina, él continuó profundizando su conquista.

—Tigre. Por lo que más quieras. Si lo haces ahora, ya no podré trabajar luego. Me duele mucho. Mucho. ¡Tigre! ¡Por Dios!

—Yo soy tu dios. Eres mía y te poseo. Mi propiedad, y hago contigo lo que se me plazca.

—Sí, sí. —El gemido se ahogaba en llanto—. Pero no puedo. Me lastimas.

—Aguanta. Te salvé la vida. ¿No crees que merezco todo lo que te pido?

—¡Claro! ¡Te lo mereces! Pero, por favor. Ahora no.

—Entonces… dame a tu hija.

El terror se le clavó como daga sucia al romero de su alma.

—¿Mi, mi… hija? Yo no…

Él, deteniendo la friega de su cuerpo, enfrentó sus ojos a los de ella.

—Vamos. Lo sé todo. Yo todo lo sé. Tiene seis años.

—Es nena todavía. No te sirve.

—Siempre me sirve. Tal vez ahora no. Dámela, y yo sabré cuándo.

—Es que…

—Puedo hacerla rica, poderosa, puedo hacer que triunfe. Solo dámela.

—Tigre…, por favor.

—Tigre no da favores. Tigre pide y se le tiene que dar —afirmó, acidulando en agresividad su voz.

—Yo soy tuya.

—Entonces, dámela.

La cólera pasó de la voz al cuerpo. Tigre se incorporó, sentándose a horcajadas sobre ella.

—¡Dámela! ¡Dámela! —comenzó a gritar, mientras le apretaba con sus férreas manos el cuello—. ¡Dámela o te arrepentirás!

«Encomiéndamela».

—¡Puta de mierda! ¡Dámela! ¡Te lo exijo! Te vas a arrepentir con creces.

«No importa lo que diga, no se la encargues a Tigre».

—¡Dámela! —Y la sacudía como trapo.

Nuevamente, la línea negra de la muerte cruzaba su miserable existencia. Esta vez Tigre no podría socorrerla, porque era justamente él el agresor. Esta vez no tenía salida.

En el medio infinito de la recta mortal, no más finita, una chispa ardió. En aquel instante, Faviana se sintió libre. Las manos, el sexo, el cuerpo y el alma de Tigre parecieron esfumarse a lo largo de esa recta, como si hubiesen sigo engullidos por el punto de luz.

Respiró una y otra vez. Un frío intenso le escurrió los huesos apenas sin carne. La angustia se fue disipando en el mismo momento que comprendió que estaba sola.

«Encomiéndamela».

Encendió la luz. No había rastros de Tigre.

—Una pesadilla —se dijo.

Mas, al cabo, comprobó que sus muñecas estaban amoratadas y el cuello resentido. Se miró al espejo que siempre tenía descansando sobre su mesa de luz.

—¡Dios mío!

Estaba efectivamente golpeada, hinchada y arañada.

—Me estoy volviendo loca. Si él estuvo, ¿qué lo hizo detenerse?

Entonces pensó en aquel rostro que, en el momento en que creyó que moriría en manos de Tigre, se dibujó en su atormentado

interior.

—¡Padre Miguel!

¿Un fantasma? ¿Un sueño? ¿Un imposible?

—Padre Miguel… Te encomiendo a mi hija… y mi vida también.

VII. Feliz locura

Las fronteras entre la realidad y el sueño se habían desleído. Aparentemente, tanto Tigre como Miguel habían sido fantasías emergidas del inconsciente, pero la realidad consciente aportaba datos de sorprendente coincidencia.

Si ella había sufrido un ataque de Tigre, ¿cómo fue que él entró y salió sin ser notado por nadie? Y, aun cuando lo hubiera conseguido, ¿a guisa de qué había cejado en su evidente propósito? ¿Qué pudo detenerlo? Y si fue un sueño —pesadilla, más bien—, ¿qué origen acusaban aquellas marcas de masacre sobre su cuerpo?

No obstante, Faviana se había acostumbrado a ser práctica. Necesitaba dinero, no explicaciones; necesitaba volver al trabajo, no filosofías; necesitaba a Tigre. Entonces le convenía creer que su ataque había sido una nada emergida de las turbias aguas de la fiebre.

Dos semanas después del suceso, sin que nada hubiera quebrado su rutina de convaleciente, se presentó a las siete de la tarde en las vetustas puertas del prostíbulo. Por la cara de espanto de sus compañeras, supuso que la daban por muerta. Cruzaron algunas palabras, y luego comenzó el desfile de clientes.

Alguien le tomó la muñeca.

—Vamos —le dijo ella, sin reparar demasiado, conduciéndolo al interior del edificio—. Vamos, papito. ¿Qué quieres que haga hoy?

Lo llevó por el corredor hasta la sala quince y lo hizo entrar.

—Dime… ¿Qué quieres?

—Te quiero a ti.

—Bueno, sí… Pero ¿cómo?

—Como eres.

—¿Quieres que elija yo?

Lo miró con un poco más de detenimiento, como para tratar de adivinarle la intención. Pensó en desnudarse por donde él dirigiera la mirada, pero él la estaba mirando a los ojos.

—Papito, no te enojes, pero no sé elegir. Mi trabajo es tu placer.

—Y mi trabajo es el tuyo. ¿De qué tienes ganas?

—Soy prostituta, no amante. Lo hago porque necesito la plata. No sé de lo que tengo ganas.

—¿Cuánto cobras?

—Por la cosa común, cien la hora. Lo extra es extra. Doscientos y más. Depende.

—Es muy probable que hagamos algo extra. Y tal vez te cueste mucho.

—No hay nada difícil para mí. —Amagó llevárselo a la cama, tomándolo de la chomba—. ¡A ver, papito! ¿De qué se trata? ¿De cuánto se trata?

—De qué y de cuánto. Sí que sabes hacer negocio. ¿De qué? Dame lo mejor que tienes. ¿De cuánto? De lo que necesites.

—¡Ah! Entonces un millón de dólares.

—Yo, en tu lugar, sería más ambicioso. Si me ofrecieran todo lo que necesito, no dejaría pasar la oportunidad de pensar en lo que

realmente necesito.

—¡Ya te dije! ¡Un millón de dólares! ¿O será poco?

—¿Y con eso vas a poder comprar tu libertad?

Faviana se sobresaltó. Instintivamente, miró en dirección a las cámaras ocultas.

—Yo soy libre —respondió, cambiando notablemente el modo de su voz.

—¿Tienes miedo de que Tigre te escuche? No escucha. Las cámaras no pueden captar lo que hablamos. Es más, Tigre ni siquiera sabe que estamos acá.

La mujer le miró detenidamente, con el latido congelado dentro de su corazón. Al reconocerlo, casi estalla de emociones encontradas.

—Cura Miguel. ¿Cómo es posible?

—Confía en mí. Ya ves que no te he mentido con respeto a tu pequeña.

—Pero nadie vino esa tarde… Yo dormía… Fue un sueño. ¿Estoy loca?

—Con la locura que sana y que salva.

—¿Estoy dormida?

—Supongamos que esto es un sueño. Disfrútalo. Tienes derecho a soñar.

—¿Y cuál es el sueño? ¿Que hay alguien más fuerte que Tigre? ¿Que un sacerdote venga a mí? ¿Que puedo ser libre? ¿Que Jenny está a salvo?

—Y todavía te quedas corta. Vamos. Tu sueño es mucho más ambicioso. Yo te doy la libertad si me muestras lo mejor que tienes.

—¿Mostrarte? ¿A ti? ¿Qué quieres ver?

—Lo mejor. ¿De qué te sientes orgullosa?

—¿Orgullosa de mí? —silabeó, entrecortada por el llanto—. Soy puta. Puta de mierda. Todo lo que siento es asco, rabia y odio.

—Eres madre.

—La niña no es mía. Tigre me hizo ligar las trompas. Nunca voy a tener hijos de mi panza.

—Pero Jenny es tu hija, la estás criando como tal. La amas como mamá.

—Y no puedo darle lo que quiero…

—¡Pero quieres! ¡Deseas! Tu corazón es bueno. Son las circunstancias las que no te acompañan.

—¿Bueno? ¿Hay algo bueno en mí?

—El corazón: lo mejor que tienes. Eso quiero de ti: el corazón. Corazón, Faviana. Amor.

—¿Amor? El amor no existe.

—¿Nunca te enamoraste? ¿Nunca tuviste deseos de ser querida?

—Desde mis diez años, los hombres me manosean. Mientras otras niñas saltaban, bailaban, jugaban y estudiaban, yo he tenido que empezar a trabajar con mi cuerpo. ¿De qué deseo me hablas? ¿Deseo de ser querida? A mí me quieren hasta que se descargan. Luego pagan y se van. Todo lo demás es mentira.

»¿Amor? ¿Amor de un hombre? Los hombres son animales. Acá vienen muchos que los lunes acuden a las oficinas y los sábados cenan con la esposa para ir el domingo a misa. Desnudos, son todos iguales: sucios. Y lo peor es que hacen lo suyo y luego te miran como si uno fuera basura. Les cumples el deseo oculto tras su traje y, cuando se lo vuelven a poner, te desprecian: «Puta de mierda». Y mientras ellos llevan a sus hijas en coche a sus escuelas privadas y

todo el mundo los saluda como grandes personajes, a mí, que solo intento sobrevivir, me desprecian, y lo peor: desprecian a mi hija. ¿No es muy puta la vida? Cargo con el pecado de muchos, y ellos pueden golpearse el pecho, besar a sus hijos, dar limosna a un mendigo. Yo ni siquiera puedo entrar a una iglesia. No puedo quitarme el pecado de encima. No puedo limpiar la mugre, la mugre de todos los que la descargan en mí. ¿No es muy puta la vida?

—¡Qué curioso! Ambos vivimos nuestra sexualidad en extremos contrarios. A ti, la sociedad te estigmatiza por ser trabajadora sexual; en cambio, más que a una persona con su nombre propio, a mí me ven como a un hombre que se precia de casto. Así como tu prostitución funciona como una cortina de vidrio que te separa del mundo, mi celibato actúa del mismo modo.

—¿Deseas estar con una mujer?

—Sí, soy un hombre normal.

—¿Y por qué no te sacas el deseo conmigo? Conmigo es simple, es siempre ocasional, no hago escándalos, no me embarazo ni hago problemas. Cien por ciento seguro y sin compromiso.

—¿Crees que sería honesto de mi parte?

Por toda respuesta, Faviana lanzó una fuerte risotada.

—¿Honesto? Ningún hombre es honesto. Eso es verso. Conmigo, como tienen que pagar, no es necesario que se manden el verso.

—¿Y qué pasa si yo soy el que no quiere que sea así, es decir, ocasional y sin compromiso? ¿Qué pasa si me enamoro de ti?

La risa continuó, pero con un sabor sensiblemente diverso. Ya no ironía, sino dolor. Puro dolor, rojizo dolor, agudo dolor.

—Eso pasa en la televisión, querido cura. Para ser hombre… no sé si eres honesto, pero que eres estúpido, de eso no me cabe duda.

—¿Por qué «estúpido»? No tengo mujer. Tú eres mujer. Y a un cuerpo femenino que he abrazado, besado, acariciado…, ¿cómo no se me grabaría en los ojos, en mi piel, en mi mente? Eres una persona con sentimientos, alma y corazón. Y yo también soy una persona con sentimientos, alma y corazón. ¿Cómo voy a entrar dentro de ti y dejarte algo de mí sin sentirme distinto, de algún modo fusionado contigo, con deseos de pertenecerte y de que me pertenezcas? No somos animales, no somos solo cuerpo. Somos cuerpo y alma. Si te traspaso en el cuerpo, ¿cómo haré para no sellarte el alma? Y si entro en tu alma, ¿cómo haré para salir de allí como si nada hubiera sucedido? El cuerpo da placer; el alma, satisfacción. El deseo del cuerpo viene y va, es tensión que se relaja, es un suspiro que no se puede aprisionar por más afrodisíacos que se tomen, por más excentricidades que se inventen, por más fantasías que perturben la mente.

»El alma da satisfacción: si viene, no se va; profundiza. No hay fatiga, porque siempre está de estreno. Siempre se puede más, y con la misma persona, porque se van integrando y complementando otras capas del ser.

—¿Ese es tu mundo? Es un cuento de hadas. Yo no sé de amor. Sé que los hombres joden y luego se van, y que mi trabajo es ese. Sé que, gracias a mi trabajo, comemos mi hija y yo. Si tú perteneces a otra raza, a otro tipo de hombre, te admiro; pero vete, porque de los que son como los otros son de los que yo necesito para ganar dinero.

—Ya te he dicho que puedo darte lo que necesitas: libertad.

—¡Cállate!

—¿Tienes miedo de que Tigre nos escuche? Ya te dije, en estos momentos somos invisibles para él.

—Eso es imposible.

—Cuando te dije que si me encomendabas a la niña él no podría hacerle daño, ¿acaso no ocurrió lo que te decía? Tu miedo alimenta su poder. Si no le tienes miedo, él se hace impotente. Por eso te lo repito: puedo darte libertad.

—Aun cuando pudieras vencer a Tigre, hay otra cosa: soy puta desde los diez años, ¿crees que eso se puede cambiar?, y si se pudiera, ¿para qué? Es lo que ustedes no entienden. ¡Claro! No pertenecemos al mismo mundo. Si ustedes son del aire, yo soy de la tierra, y si son de la tierra, yo soy del agua. No puedes pretender que vuele si nací serpiente, ni que camine si nací pez. ¡Este es mi mundo! No sé más de lo que toco, veo y huelo. Aunque no me guste, es lo único que conozco, es mi círculo, mi hábitat. Es de lo que sé. No puedo elegir la vida normal, no soy mujer para eso. Aunque exista aquello de lo que hablas, el amor; aunque para algunos realmente sea verdad que en el sexo pueden encontrar el amor, para mí no es así. A ningún hombre se le ocurriría amar a una mujer con mi historia. Doy asco.

—¿Asco? No es así, Faviana, tienes un corazón que vale oro. Eres, por lo tanto, una mujer muy digna, no importa lo que diga de ti la hipocresía de los demás.

—Incluso si fuera cierto lo que dices, para elegir salir de este mundo (mi mundo), tengo que hacer un acto de fe, pues, en definitiva, no entiendo cómo me puedes liberar de Tigre.

—Creer en el hombre es un instinto, tal como respirar. Es imposible no creer en nada. Hasta creer en uno mismo es un acto de

fe. Levantarte cada mañana es un acto de fe: crees que vas a tener aire, que las cosas van a estar donde las dejaste, que vas a vivir en ese día. Crees, depositas tu confianza, aunque no sea en las realidades que siempre te rodearon. Pues puede que esas realidades no sean las únicas o que tú las veas en una forma aparente. Ves a Tigre poderoso, por eso crees en él. Sin embargo, yo te aseguro que él no tiene más poder del que tú le das. Si dejas de tenerle miedo, no puede dominarte.

—Tigre no se alimenta del miedo que le tenemos. Se alimenta de sangre. Él mata lo que no le place.

—Lo mata todo. Su «protección» es siempre aparente. Tarde o temprano, destruye todo lo que tiene en sus manos. Y si es cuestión de alimentarse de sangre, algún día matará al hombre equivocado, y esa sangre terminará por eliminarlo a él.

Por un instante, Faviana entrecerró los ojos y pensó en ese mundo idílico sin Tigre. A pesar de todo, sonrió. Algo fundamental se movía dentro de ella y no podía medir su alcance, algo que quizás hacía mucho que estaba ahí, o tal vez nunca estuvo; o quizás pensó que estaba muerto, algo que llaman… alma.

Por lo menos, esa parte del alma que quiere ser «sí misma», que quiere reconocerse, que quiere integrar al ser, que quiere desplegarse, que quiere vivir. Que quiere ser feliz, en definitiva.

Algo, el alma, convulsionaba internamente su modo de afrontar la realidad.

¿Y por qué seguir siendo prostituta? ¿Por qué conformarse con ese modo de presentarse en la sociedad? ¿Era tan cierto que no tenía otras posibilidades? ¿Por qué seguir permitiendo que le

quitasen el derecho de ser feliz? ¿Tan impotente era como para, al menos, intentarlo?

Algo, tenuemente, como el vagido de un bebé somnoliento, le rondaba la mente.

Pero Tigre era invencible… ¿Y si no lo era tanto?

Pero ya era vieja para cambiar… ¿Vieja? ¿A los treinta?

Pero ya no podría trabajar en otra cosa… ¿Acaso lo había intentado?

Pero era prostituta desde los diez… ¿Y por qué no hasta los treinta?

Pero todo el mundo sabía que ella era prostituta… ¿Y qué?

El pasado estigmatiza en tanto, en cuanto y en el modo en que se lo dejemos hacer. El hoy tiene un poder maravilloso porque todo él es capacidad de cambio, todo él es cruce de decisiones, todo él es pura libertad. Es suficiente con que sepamos ser más poderosos que el pasado, el apremio, la rutina y la presión social, con tal de que sepamos ser lo que casi nadie es: dueños de nuestro propio yo.

Algo, determinante o no, se movía dentro de ella.

VIII. Buscando verdad

El recuerdo de aquel encuentro era tan vívido como el brillo del césped sazonado en rocío matinal. No obstante, por más esfuerzo que hiciera su pobre mente, Faviana no podía reproducir en su conciencia el momento en que Miguel se había ido de su lado y ella se encontró, a la mañana siguiente, levantándose de su lecho. ¡En su propia casa!

Volvió a temer la locura, y ahora había algo que le agravaba aún más esa sensación. Su imaginación reproducía una y otra vez la inmaterial imagen de ese rostro sereno, mirándola a los ojos como nadie. ¡Y ni siquiera sabía si era real!

Y no solo reproducía la imagen, sino que, incluso, era incapaz de dejar de reproducirla.

Por si esto fuera poco, a la representación interior de aquel único hombre que no se había sacado los pantalones frente a ella se le sumaba una efervescente sensación que deambulaba entre el corazón, la tráquea y la boca del estómago.

Y no solo sentía la efervescencia, sino que, encima, lo disfrutaba.

Para colmo de males, esta sensación no venía sola, sino que traía aparejado el deseo de cantar, de sonreír, ¡de respirar!

Y no experimentaba únicamente el deseo de cantar, sino que se escuchó haciéndolo efectivo.

¿Y todo esto por culpa de quién? De ese bendito ser cuya existencia, tan densa como la de un fantasma, le había devuelto la capacidad de soñar con algo mejor.

Sí, claro, aquí radicaba la libertad de su elección: entre ser una «realista» amargada o una soñadora feliz. ¿De qué sirve la realidad si no hace feliz? Y, por otro lado, ¿de qué sirven los sueños si no se encarnan en la realidad? ¿O de qué sirve la felicidad si no es real? ¿No es posible una combinación de ambas, de tal suerte que la felicidad sea real y la realidad haga feliz? ¿No se podría hacer, con alguna especie de arte mágico, que la amargura sea lo irreal y que solo la irrealidad engendre amargura?

Y, por último, ¿cómo definir el límite entre lo real y lo irreal?

Su sentido común —el menos común de los sentidos— le dictaba la imperiosa necesidad de corroborar la existencia física de ese sujeto que se había presentado como «el cura Miguel».

Se vistió sin prisa, eligiendo lo más discreto que encontró en su viejo aparador: un *jean* azul envejecido y una blusa suelta blanca con el dibujo de una flor naranja.

Pasó a tomar unos mates con su querida vecina y aprovechó la ocasión para informarse sobre la dirección de la parroquia, donde estaría el hipotético padre Miguel. Jenny estaba en el colegio.

Con paso despreocupado, casi flotando, se dirigió al destino. Las manos le sudaban y la lengua se le secaba a cada rato. ¿Qué le sucedería si corroborase que ese sujeto no existía?

Llegó al lugar, temiendo que los minutos duraran siglos. Al anunciarse con la secretaria, notó que esta, a su vez, la «había notado» a ella. Faviana preguntó como si tuviera certeza por el padre Miguel. Con sorpresa, comprobó que un cura de ese nombre existía realmente en la parroquia.

—El padre Miguel va a demorar —le dijo quedamente la secretaria—, ¿él la espera?

—Sí.

Faviana era el tipo de mujer audaz que no pierde oportunidad fácilmente.

—Ya lo llamo por el interno. —Tomó el tubo y preguntó, como al pasar—: Quizás, si me dice el motivo por el que lo busca, el padre recuerde quién es usted.

—Quiero que bendiga mi casa.

—Eso es difícil —comentó, mientras esperaba que la atendieran del otro lado del tubo—. Está muy ocupa… ¿Padre Miguel? Lo busca

una señora de nombre Faviana…

—Tal vez no me recuerde… —se apresuró a aclarar ella.

—Bueno, ya le digo. —Y colgó—. Sí, la estaba esperando. Dice que tome asiento y dentro de unos minutos estará con usted.

Extrañada, y temiendo que el asunto llegara más lejos de lo que pensaba, Faviana se sentó al lado de un par de veteranas entregadas al vicio más viejo de la tierra: el chisme.

—Será cosa de hablar con el obispo —sintió que una le decía a la otra.

Sus ademanes reproducían la actitud típica del chisme: una torcedura ligera de labios, el hilo de los ojos que fluctúan de izquierda a derecha, la sarcástica sonrisa livianamente disimulada. ¡Ah! ¡Qué morboso placer ese de hablar mal de alguien! Las almas se fusionan con altísima dificultad por amor, pero el chisme es capaz de cohesionar en segundos un grupo humano diverso, y hasta antagónico, con tal de que acuerden el nombre y domicilio de la víctima.

—Si ya se lo ve —replicaba la otra—. La fulanita, que antes no aparecía ni por equivocación en la iglesia, ahora no se pierde misa con el padre Miguel.

—¡Es una vergüenza! Si se dice que el hijo que espera la Cristina es de él.

—Seguro. Ya cuando nazca vamos a ver a quién se parece. Si al pobre marido de ella o al cura.

—Se comenta…, pero esto no sé si será así. Se comenta que las otras noches fue para un prostíbulo…

—Se comenta… Si se comenta, por algo es. Cuando el río suena, es porque agua trae.

El corazón de Faviana se desgajó en cuartos. Si él realmente había ido a «su» prostíbulo, el cura había sido absolutamente inocente, pues con ella no hizo otra cosa más que hablar. Temió que su presencia allí aumentara la mala fama del pobre ministro y se levantó para huir de aquel sitio.

Las comadres se conmovieron, interrumpiendo abruptamente su conversación. No fue por la parada de la prostituta, sino por la presencia del propio cura, que apareció en el lugar.

—Padre —se adelantó una de las señoras, con una sonrisa pintada en los labios—, necesitamos que nos atienda unos minutos por el asunto de la comisión.

Faviana no siguió al detalle la conversación del trío. Se detuvo, más bien, a observar al enigma. El rostro era efectivamente como el que ella había visto anteriormente. La voz, igual. Los ademanes, los movimientos de sus manos. La mirada…

Sintió un dejo de vergüenza al darse cuenta de que lo observaba sin disimulo. Cuando él se dirigió a ella, luego de despachar el asunto de las damas, Faviana bajó la vista.

—¿Cómo te va, Faviana? —la saludó con la cortesía entretejida en su firme voz, tanto que todo el mundo escuchó claramente.

La mujer notó las miradas hirientes, tanto de la secretaria parroquial como de las dos chismosas. Sintió culpa y recuperó con fuerza su deseo de irse de allí.

—Bien, gracias. Quería pedirle que bendiga mi casa, pero, como me dijeron que usted está muy ocupado, me conformo con que me de agua bendita.

—Por mis ocupaciones, no te aflijas; por mi fama, mucho menos. Prefiero quedar mal ante los otros que ser infiel a mi tarea. Lo que

tú quieres realmente es confesarte. Ven, te voy a atender.

—¿Confesarme?

Iba a preguntar qué sería eso, pero, de pronto, se vio conducida por un corredor interno a una pequeña salita de recibo, de cálido aspecto.

—Yo… no sé si esto es buena idea —balbuceó la prostituta.

—Esas dos mujeres me viven «pelando». La secretaria también. Me adjudican amantes, hijos, lo que venga. Si uno anda por la vida tratando de que piensen bien de uno, se entrampa. Hacer el bien siempre está primero, por encima de todo. Además, querida Faviana, cada quien escucha lo que quiere y le concede autoridad a lo que le conviene.

—¿Querida Faviana, ha dicho? ¿Usted me conoce? Le parecerá rara la pregunta, pero ¿usted y yo nos vimos alguna vez?

—Dos, que recuerde. Y por lo visto, este ambiente te amedrenta, pues siempre me has tuteado.

—Bueno… Sí, pero… ¿por qué no recuerdo el momento en que usted se va? ¿Por qué todo ocurre como si fuera un sueño? ¿Por qué luego me despierto sin saber en qué momento me dormí?

—Digamos que yo entré a tu vida, o más precisamente, que estoy siempre en tu vida, y en dos momentos precisos recién tuviste conciencia de mí. El encuentro fue interior, en el alma, como parte de tus pensamientos; por eso tú lo recuerdas como un sueño.

—¿Pero fue o no fue? No entiendo. Es que es confuso… Creerá que estoy loca, y tal vez lo esté. Usted viene y habla como si todo lo supiera de mí. Sabe lo que pienso, sabe lo que siento. Me promete otra vida…, pero, después, no sé cómo se concreta eso.

—¿Y por qué te parece tan importante saberlo? Yo existo, he hablado contigo, lo que te he dicho es la verdad y lo que te prometo se puede hacer realidad. ¿Qué importa si hemos hablado dentro o fuera de tu pensamiento? El modo es lo de menos. Tigre, por ejemplo, existe fuera de tu pensamiento. Sin embargo, te domina por lo que tú piensas de él. Su dominio está en tu pensamiento y tu pensamiento lo hace real. Las fronteras entre una cosa y la otra no son del todo tajantes. La realidad determina los pensamientos y, a la vez, los pensamientos determinan la realidad. Son como dos caras que se ensamblan, que deben ensamblarse. Se comunican de un modo misterioso. Descubrir ese modo es nuestra mejor arma para concretar nuestros sueños, liberarnos de nuestros dolores y hacernos señores de la creación. Hijos de Dios, adultos.

—Yo no creo eso. No puedo creerlo. Dejé de soñar porque mis circunstancias me impidieron siempre concretar mis sueños. La distancia entre una y otra es infinita, imposible de sortear. Por lo tanto, para mí, realismo significa el asesinato de mis deseos, de mis sueños. No hay forma de comunicar un mundo con el otro. Soñar es frustrarme.

—Y renunciar al sueño es condenarse a vivir perpetuamente frustrado. Es someterse a la tiranía de lo indeseable, a la tiranía de una vida que gira como una rueda sobre su eje. No va a ningún lado, no es creativa, no construye, solo espera que el tiempo pase. Un día tras otro: igual, amorfo, una larvada muerte en vida, el sepulcro viviente de un alma condenada a la inmovilidad.

—¿Para qué desear lo imposible?

—¿Y quién sabe lo que es imposible? Nadie ve la realidad sino desde su propia óptica, y esa óptica condiciona la forma de afrontar

su realidad, que, a su vez, implica la conformación de la propia realidad. Realidad y pensamiento se condicionan mutuamente, están necesariamente ligados en diálogo. Lo que sucede es que, normalmente, no atendemos a esa relación y, por lo tanto, no sabemos aprovechar este potencial a nuestro favor. Si tú, en tu mente, vences el poder de Tigre, realmente lo vas a vencer. Si piensas que eres una mujer tan digna de estima como cualquiera, tarde o temprano, las personas que te rodean terminarán tratándote así. Si tú crees que tu cuerpo tiene un valor de reflejo divino, podrás amar y ser amada a través de él.

—Para mí eso es como volver a nacer. ¿Por dónde empiezo? ¿Qué hago primero? Es muy lindo el discurso, pero ¿qué pasos concretos puedo dar, más allá del cambio de mente? ¿Dónde me escondo para que Tigre no me encuentre? ¿A qué casa me cambio para que mis vecinos no me digan «la puta de la esquina»? ¿Dónde busco trabajo para ganarme el pan de otro modo? ¿La necesidad no me va a empujar a lo mismo?

—Creo que ya hemos hablado de esto: nuestra principal arma es la fe. La fe es la llave que abre las fuerzas del universo a favor nuestro.

—Suena lindo, justamente por eso suena a verso. Es duro volver a soñar. Ya estoy acostumbrada a ser así.

—A mi juicio, ningún ser humano debería acostumbrarse a una vida insatisfactoria. Cuando el alma grita, hay que escucharla; cuando no hay felicidad, hay que revisar el norte hacia el cual estamos dirigiendo nuestros pasos y ver qué pasa. Las pastillas para aliviar el dolor del alma solo convertirán al hombre en un zombi de sí mismo. No tiene sentido dormir la conciencia cuando nuestra

capacidad de ser pasa justamente por la conciencia sobre nosotros mismos. Sé valiente, Faviana, afronta la conciencia de tu ser. Defínete distinta, vuelve a soñar. De acá a un tiempo, te lo agradecerás.

¿Conciencia de sí? ¿En qué mares navegaría esa frágil barcaza del yo de Faviana? ¿Sueños? ¿Dónde estaban? ¿En qué lares habían quedado entrampados?

Cuando la puerta de la oscura y húmeda celda existencial se abre, el haz de luz que resplandece hiere como una espada salvadora, y les cuesta a los pobres ojos distinguir las formas con coherencia. Sin embargo, el alma tiene un ritmo curioso con respecto al ritmo corporal, pues puede pasar años —a veces, toda la vida humana— sin avanzar, y peor aún, puede retroceder…, pero también puede comprenderlo todo en un instante.

Luego de la sacudida inicial, Faviana lo comprendió todo.

Comprendió que en ella había algo más sublime, por lo que, aunque pobre, ignorante y despreciada, tenía un poder superior: disponer de sí misma. Se le abría la oportunidad de creer en sí misma y de desear algo digno de ella. Comprendió que su ser femenino valía mucho, y ese valor aún estaba dentro, pues subyacía a pesar de su trabajo.

Se irguió de la silla con un cierto aire de decisión, y, sin comunicarle al sacerdote el fruto de su discurso interno, lo saludó con una mirada profunda a los ojos.

Él la acompañó desde el despacho hasta la secretaría, donde la despidió a vistas de todo el mundo.

«Todo el mundo» consistía en la sexagenaria secretaria, la sacristana y otra noble señora de modales suaves. Las tres se

miraron, conectando el mismo pensamiento con la velocidad de un rayo.

—Ya va a ser hora de la misa —aseveró el cura a la sacristana.

—Yo lo estoy esperando para confesarme —informó la tercera mujer.

—¡Cómo no! Vamos a la iglesia.

Cuando los tres salieron, Faviana se quedó a solas con la intrigante secretaria. Sin poder con el genio, se acercó a ella y le dijo en voz prudencialmente baja:

—Por Dios juro que te digo la verdad: con el cura no me acosté nunca, pero con tu marido, sí.

El efecto fue símil a una bomba implosiva que sacudió vehemente los órganos internos de la sesentona.

Mientras tanto, Faviana se alejó de allí con la altivez orgullosa de quien obtiene un merecido y esperado premio a su talento.

IX. Artesana de su propia realidad

Besó a su hija con dignidad. Revisó sus tareas infantiles, aunque poco de ellas entendiera; cerró el cuaderno y lo acomodó en la mochila escolar que simulaba un simpático osito de peluche. Despidió a la pequeña que se dirigía, de la mano de Rosa, a la escuela.

La noche anterior pernoctó en casa, junto a su hija. No tenía idea de cómo resolvería la cuestión de la supervivencia, solo tenía decidido pensarlo con calma.

Por primera vez —y esa sí que era una sensación gratamente extraña— se sentía desligada del pasado y despreocupada del futuro, con un sabor dulce del presente en donde parecía que nada más del ahora importaba realmente.

Tigre vendría, de eso estaba completamente segura. Ese desafío era una realidad más capital que el pasado y el futuro. El miedo había salido de su cuerpo como si se hubiera tratado de una gripe que la alta fiebre supo combatir.

Puso la pava al fuego con la intención de prepararse unos mates matutinos.

«Vida puta, puta vida». Nunca, hasta ahora, supo adjetivarla de otro modo; en ese momento, mirando a través de la ventana de madera carcomida, percibió ilusión en su alma, inexplicablemente inspirada en el paisaje —entre imponente y miserable— que se abría ante sus ojos. El sol cubría de dorado los escandalosos contornos de aquellas chozas infames. Incluso aquel olor putrefacto, mezcla de verdor y mierda de caballo, le resultó exquisito, pues era olor a libertad.

Nada es tan cierto como que las cosas dependen del color del cristal con que se las mira: una misma situación puede ser mala suerte absurda, una nada o un obstáculo a superar, según cómo se la encare.

Ninguna vida humana está condenada, de suyo, a la miseria. Lo que sucede es que el hombre muy poco sabe de sí mismo, muy poco se observa y, sobre todo, poco cultiva su facultad de asumir la «conciencia de sí». Más bien delega —por ignorancia, cobardía o comodidad— la responsabilidad de su autodefinición a otros: las circunstancias, la sociedad, el medio. Y, por cierto, el poder del

hombre radica justamente en esta «conciencia de sí». Ese poder, solo ese poder, lo hace libre.

Faviana no tenía más que el cuarto grado. Escribía apenas, leía casi nada, sumaba y restaba lo suficiente como para saber si le pagaban bien, si con eso llegaba a fin de mes y si estaba cubierto el «aporte mensual» con el que «gratificaba» los «servicios» de Tigre.

Sin embargo, había captado el mensaje del cura, quizás no por la comprensión conceptual de todos los términos, sino por la sintonía de experiencia. Él sabía cómo se sentía ella, y desde esa posición le mostró la puerta abierta a su liberación, por eso lo supo posible.

Mujer de mala vida, puta de mierda, como tantas veces se definió, conectó desde su ser al ser de Dios, aun cuando no supiese cómo. Sí, desde su ser: ese ser tejido, como todos en realidad, de miseria y grandeza.

Al cebarse el primer mate de yerba berreta, saboreó el momento hogareño como si fuese eterno.

Quebrando abruptamente su éxtasis, una mano huesuda y candente le oprimió los labios y la nariz, impidiéndole casi respirar. Ahí nomás percibió, de un pantallazo, la amenazadora presencia a su espalda y la punta del cuchillo apretando la delgada barrera de la dermis que cobijaba la yugular dentro de su cuello.

—¿Qué te pasa, puta de mierda? —zumbó la voz conocida—. ¿Acaso no sabes quién es Tigre? ¿Te ha faltado alguna prueba de mi poder? ¡Más vale que empieces a suplicar para que te mate pronto y no prolongue tu agonía!

Por una diminuta rendija que dejaban los rollizos dedos asesinos, entraba el aire al cuerpo de la víctima como por goteo. No obstante,

luego del primer impacto, se serenó, un sentimiento que impresionó vivamente al agresor.

—¿Acaso te has vuelto estúpida? ¡Ah! ¡Cómo me la vas a pagar!

Y la sacudía como un muñeco de trapo, profiriéndole las más despiadadas y abyectas amenazas. Por su lado, ella solo atinaba a encomendarse a Dios en su interior.

La violencia del agresor aumentaba al notar, furioso, que aquellos millones de poros femeninos, en lugar de exudar el dulce aroma del miedo, olían a libertad. Y ese hedor lo enloquecía, a tal punto que, para su mal, comenzó a perder el control de sí y no podía organizarse mentalmente como para empezar el macabro ritual destructor de su víctima. A tal punto era así que, a pesar de su fuerza, de su rabia y de su superioridad ofensiva, no podía siquiera rasgar la tierna carne con su cuchillo.

Su robusto cuerpo masculino empezó a sacudirse de fiebre, le costaba pensar y coordinar los movimientos. De algún modo, se sintió enceguecido y doblegado… ¡por una fuerza superior a la suya! ¿Es que existía?

Hizo un esfuerzo por clavar el cuchillo, pero un temblor le sacudió la mano y ni siquiera pudo continuar asiendo a la víctima.

Faviana, maravillada por lo vivido, se volvió para enfrentar a su antiguo amo, y lo que vio le pareció una escena deslumbrante, no supo si por lo inaudito, por lo patético o por lo majestuoso.

Tigre se arrastraba por el piso, arropado en sangre, reptando entre alaridos hacia la puerta de la calle como un gusano, un gusano moribundo, un gusano a punto de desintegrarse en la tierra. Y volvería a la tierra para —paradójicamente— fecundarla, porque así

como la naturaleza no desperdicia nada, Dios, en su sabiduría infinita, llega a instrumentar lo malo para hacerlo fuente de bien.

¿Y cómo fue que Tigre resultó herido? Allí estaba él, recostando débilmente su espalda contra la pared, jadeando también. Él: el padre Miguel. El cuchillo de Tigre estaba tirado cerca de su cuerpo. Cuando Faviana vio la sangre fluir de su costado izquierdo, supo que el herido era el propio cura.

Gritó desesperada y se abalanzó hacia él.

—Tú has dicho que Tigre se alimentaba de sangre. Le permití tomar la mía, pero parece que no le cayó bien —comentó con aliento entrecortado.

—¡No! —aulló de dolor la pobre mujer—. No es justo. No es justo que te mueras. No puedes morirte.

—No te preocupes, voy a estar bien. Ya eres libre. ¿Has visto, por fin, que hay un poder más grande que el de Tigre?

—No es justo, yo no valgo tu vida. No valgo un carajo como para esto.

—Vales, claro que vales. Tu libertad vale oro.

Faviana se deshacía en gritos y llanto, abrazando al cuerpo tenue en vida, sin atinar a otra cosa más que implorarle su supervivencia.

Lloró, lloró a gritos, y uno de esos logró despertarla.

Despertó. Era una mujer digna dentro de un cuerpo que comenzó a amar.

CONSTANZA. La amante

I. ¡Carácter! ¿Eh?

Se encontró de pronto en un absurdo blanco mental. Por fragmentos recordaba el hospital, los rombos, el olor penetrante a lavandina, los cinco pétalos oscuros de pensamientos…

Estaba sentada, sin poder reconocerse. Se miró las piernas y se sorprendió al descubrirlas tan espigadas y forradas de un cancán negro; su blusa era azul intenso y tampoco la recordaba como propia.

Estaba sentada frente a una mesa de bar, con un café negro a más no poder, semitomado, y vio un sobre de papel madera descansar al lado del diminuto pocillo. El blanco mental le impedía acordarse de quién era, pero intuía que ese sobre era altamente significativo para ella. También notó un cigarrillo encajado entre sus dedos.

Había dos más reducidos a cadáveres en el cenicero. Sintió que sus ojos estaban protegidos por unos anteojos oscuros que le hacían mucho peso sobre el puente de la nariz. Se dio cuenta, además, que estaba llorando, aunque en ese momento ignoraba el motivo.

Se concentró en el papel. Por algún extraño artificio del inconsciente, sabía que allí estaba la clave de todo. Y, por cierto, su

mente recibió algo de luz, dando paso a un estado de angustia larvada y acuciante.

Entonces recordó por qué había entrado al café, por qué estaba allí ese sobre de madera, por qué ni sus tres cigarrillos al hilo le bastaban para mitigar su tensión nerviosa, por qué lloraba, y, fundamentalmente, cuál era su nombre.

Un niño de carita sucia y atuendos roídos se le acercó para ofrecerle caramelos.

—Una cajita por un peso.

—No.

Casi ni se dio cuenta de que este hecho había sucedido. En realidad, casi nunca se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor, más que lo justo y necesario según su conveniencia. Su mundo íntimo era tan férreo y cerrado que se mantenía completamente ensimismada como actitud continua, y esa implacable clausura, con la que amurallaba su intimidad, era tan segura que nadie podía ingresar en su persona. Nadie. Ni siquiera ella misma.

Su vida era una sucesión de hechos ocasionales. Nunca se había planteado un objetivo más allá del universalmente conocido: sacar provecho de lo que se pueda.

De su niñez y adolescencia no recordaba gran cosa, salvo que ya era algo del pasado: cursó hasta tercer año de abogacía y abandonó detrás de la aventura de ser modelo, profesión en la cual no llegó a prosperar. Luego empezó a trabajar como secretaria y a salir con ricachones que, cada uno en su turno, le proveían el lujo suficiente como para que ella se sintiera, aunque efímeramente, una «mujer de clase».

Su última conquista —¡gran conquista!— se llamaba Alfredo Palacios, el doctor para quien trabajaba: un cincuentón incorregible de mujeriego al que ella había engolosinado de tal manera como para hacerlo divorciar de su mujer y convivir con ella.

Ese «niño viejo», bobo y goloso, disfrazado de «hombre de clase», le representaba una nutrida mamadera de la que podía extraer una insospechada cantidad de leche.

Y en esos momentos ella estaría disfrutando su conquista de no mediar ese maldito sobre de mierda que lo arruinaba todo.

Cinco años atrás había luchado contra un nódulo maligno en el pecho. Con la extirpación del mismo y la quimioterapia posterior, había logrado vencerlo. Por entonces contaba con la incalculable ayuda de su única hermana.

Días atrás había vuelto a notar un bulto. El médico le había dicho que, en esta oportunidad, el cuadro era no solo más grave que el anterior, sino muy grave. De seguro que le tendrían que extraer ambos pechos… en el mejor de los casos, si no hubiese ramificaciones en otros órganos vitales… y someterla a una agresiva quimioterapia, más potente y prolongada que aquella.

La posibilidad de la muerte no representaba para ella la causa de su angustia, pues sencillamente no pensaba en eso. El problema era otro: su hermana ya no estaba para socorrerla… ¿Quién la cuidaría? En cuanto a Alfredo Palacios, ni bien se enterara de que su juguete se había roto —y que, lejos de poderlo complacer, tendría él que cuidarlo—, sencillamente se «haría humo» de su vida.

La operación no podía postergarse mucho, pues la inmediatez para actuar sumaba posibilidades en una lucha que su doctor no se mostraba optimista en ganar.

Detrás de sus gafas negras, lloraba de soledad.

El niño vendedor, luego de recorrer todas las mesas, dejó un paquetito en la de Constanza.

—Pendejo de mierda, ¡te dije que no! —chilló exasperada.

—El señor que está detrás de usted leyendo el diario lo pagó y me dijo que se lo diera.

—¡Que se lo pierda por el culo!

Sin miramientos, tomó el paquetito y se lo arrojó al anciano que, tranquilamente, sorbía de su café. Sin comprender, el pobre hombre abrió desmesuradamente los ojos.

—Se equivocó —exclamó el que estaba a dos mesas a la derecha del agredido—. Soy yo.

—¡Qué mierda te metes conmigo!

Dejó dos monedas en la mesa con tal violencia que bien pudieron perforarla por la fuerza con que las «depositó». Recogió sus cosas y salió frenética del bar.

—Será una «hembra» espectacular —comentó el pobre anciano inocente al hombre que había pagado los caramelos—. ¡Pero es una loca de atar! Me parece que la suya no fue una buena idea.

—Solo quería que se endulzara un poco —respondió este—. Le hace falta bastante. ¿No cree, don?

Una universal sonrisa se dibujó en los labios de todos los presentes.

Al salir del café, Constanza Bustos no sabía por qué el cáncer se había apoderado de su cuerpo. Pero lo que sí se explicó fue el porqué estaba tan sola.

II. Un discurso insufrible

Faltaban tres días para la arriesgada operación. Todavía nada había expresado a su pareja. Seguía esperando en la sala del oncólogo con sus imperturbables anteojos oscuros. Otros cuatro pacientes, con ese característico rostro lánguido de quien lidia contra la muerte, permanecían sentados, mirando silenciosamente la nada.

Un quinto entró, desencajando desde el vamos al hacerlo, silbando una pegadiza tonada popular.

Tuvo la maldita idea de sentarse al lado de Constanza. Su aguda melodía retumbaba en el recinto. Dadas las circunstancias, parecía una ofensa a la gravedad del lugar.

—Me haría el gran favor de callarse —ordenó exasperada la secretaria del doctor Palacios, luego de contenerse por espacio de sendos minutos.

—¡Eh! ¡Doña! —le replicó, inusualmente de buen humor—. Con ese carácter no se va a casar nunca.

Su aspecto delataba a un hombre que apenas pasaba la línea de los cuarenta: alto, extremadamente delgado, cabello rubio ligeramente rizado y ojos cafés, casi a dos pinceladas de verde oscuro.

—¿Por qué no se mete en sus cosas? —volvió a embestir el genio de Constanza.

—Bueno… Entonces, silbo.

Y reanudó la melodía.

—¡Dígame! ¿Usted estudió para ser desubicado?

—En la misma universidad donde usted estudió buenos modales. Me parece que nos doctoramos juntos.

—¡A la mierda con los modales! Tengo un cáncer dentro de mí.

—Yo también. Como no estoy seguro de tener mañana, silbo hoy. No pierdo tiempo.

La somera referencia a la muerte le escurrió por las venas un intenso frío polar.

—Yo no voy a morir. Yo a esto lo voy a vencer.

—Y morirá de otra cosa. Ahora o después, lo mismo da… La lucha contra la muerte del cuerpo es una quimera, pues, necesariamente, perdemos. Más que morir propiamente, me preocupa vivir como un muerto.

—¡Con razón usted silba! ¡Es un loco de mierda!

—¿Y usted pelea con todo el mundo porque es cuerda? —Se rascó la cabeza con el dedo índice—. Después de todo, si el loco canta y silba, y el cuerdo pelea, ¿no le convendrá cambiarse de bando?

—Al comienzo, yo también pensé que le ganaría —terció una macilenta mujer, cuyas pronunciadas ojeras y el pañuelo cubriéndole la cabeza por entero denunciaban un cuerpo roído por la letal enfermedad—. Pero ya estoy cansada de luchar. Hace dos años que mi vida se circunscribe al hospital, a los médicos, a los análisis y a las drogas. ¡Y todo para nada! Lo único que logro es desgastar a los míos.

—Suerte que por lo menos tiene «míos» —confesó Constanza, para sorpresa de sí misma.

Ni siquiera sabía aún quién la acompañaría en la operación.

—En ese sentido —continuó la enferma—, mi marido y mis hijos son incondicionales. En realidad, yo peleo mi vida por ellos, pero ya quisiera descansar. ¿Usted no tiene familia?

—Sí… Pasa que todavía no he querido preocupar a mi pareja… —mintió.

—Es duro, pero es peor cuando se está sola. Cobre valor y dígaselo, entonces la podrá acompañar. Cuando uno está enfermo, todo el mundo se vuelve tan bueno que ya fastidia.

Constanza realmente no creía tener la experiencia de tal fastidio.

—De todas formas, a esto lo voy a vencer —afirmó Constanza—. Siempre consigo lo que quiero. No pienso morirme.

—¡Qué bien! La felicito, triunfadora —acotó el hombre del silbido —. Yo, en cambio, tengo otra actitud. Para mí, el asunto no es el tiempo: es la calidad, la calidad de vida. Es decir, no importa tanto hasta qué edad lleguemos, sino lo que hagamos, en el día a día, con nuestras vidas. Es más triste que morir joven, morir sin haber vivido, sin haber disfrutado de la familia, del amor, de los amigos. Morir sin dejar huellas.

—Ese idioma siempre me pareció muy estúpido. Los perdedores hablan así. Los pobres, los fracasados, los feos y los imbéciles fabrican ese discursito de los valores y de la calidad de vida.

—Los pobres, los fracasados, los feos… ¿y quiénes más, que ya no me acuerdo?

—¡Los imbéciles!

—¡Ah! Pero me parece que se olvidó de una categoría.

—¿Sí? ¿De quiénes?

—De los moribundos.

—¡Usted será un moribundo! Yo no.

—Es raro. Pues… salvo que usted no sea humana, salvo que sea una diosa encarnada o un robot programado, es necesariamente moribunda. ¡Todo ser humano, desde que nace, lo es! ¿O no?

Segundo a segundo, todos somos potenciales de muerte. Se nos puede caer este techo encima, y ya no tendremos que preocuparnos más del cáncer, de las quimios ni de los acompañantes en la sala de operaciones. Chau con todo.

—Dígame. Por curiosidad nomás, ¿usted siempre fue loco o le vino con la enfermedad?

—Gracias a mi locura estoy viviendo cinco años después de la muerte pronosticada por los especialistas.

—¡Gran hazaña! Y vive pensando en la muerte.

—Al contrario, pienso en la vida. ¡Y vivo! Solo que me doy cuenta de que morir es parte de la vida, por eso no le temo: la considero, y eso me ayuda a calibrar mejor mi día a día.

—Ya le dije lo que son para mí esos «filósofos» que piensan como usted.

—¡Claro! Como usted es rica, famosa, linda e inteligente, no se le ocurre mejor cosa que negar lo evidente.

—Bla, bla, bla. Yo soy una triunfadora. Siempre consigo lo que quiero. Si quiero curarme, me voy a curar. Quise plata y tengo plata, quise viajes y tengo viajes, quise un hombre que me adore y tengo un hombre que me adora… Por donde paso, causo envidia. Lo tengo todo, no necesito de su filosofía.

—¡Bien! ¡Triunfadora! Entonces debe ser una mujer sumamente feliz.

—¡Muy feliz! —Tanto que ni ella misma se lo creyó—. ¡Y voy a seguir disfrutando de todas esas cosas! Pero no se desanime… Hay muchos fracasados en este mundo que tienen suerte y que les va muy bien con ese discursito de los valores.

—Bueno, cada quien tiene la vida que construyó. Le deseo toda la suerte del mundo, campeona, y ya que no va a morir nunca, espero que el fin del mundo la encuentre joven, rica y famosa, como ahora.

Disolviendo una conversación que no daba para más, le tocó el turno a Constanza de ver al oncólogo.

—¡Qué mujer tan prepotente! —comentó aquella que, en el comienzo, había intervenido en el diálogo—. En fin, la negación es una reacción típica cuando uno se descubre enfermo… Sin embargo, me parece que está sola, y eso es peor que estar enfermo.

—La soledad es el cáncer del alma —replicó el hombre, en tono reflexivo—. Y el alma siempre duele infinitamente más que el cuerpo. Ahí no hay plata ni viajes que te salven del dolor.

III. El valor de sus conquistas

A la noche, Constanza, sin más remedio, se lo dijo a Alfredo. Él reaccionó estrictamente como un médico.

—¿Quién es el que te atiende?

—El doctor Muñoz.

—¿El hijo o el padre?

—El padre.

—¡Ah! Estás en buenas manos. Déjame ver los estudios.

Mientras él desplegaba a trasluz toda esa batería de placas y papeles rebosantes de datos, ella lo miró directamente al rostro: su frente arrugada, sus ojos que leían, ida y vuelta, los análisis en

silencio, sus labios haciendo involuntarias muecas… Decididamente, reaccionaba como un médico.

—Entonces…, ¿te van a extirpar los pechos?

—Y luego comenzarán con la quimioterapia.

—¿Cuándo te vas a operar?

—El lunes a las ocho de la mañana.

—Me voy a hacer una escapada para presenciar la operación. Confío plenamente en Muñoz.

Dejó los papeles en el sobre y se sentó en el sofá luego de servirse una copa. Ensimismado, mirando al infinito, exclamó:

—¡Mierda! ¡Qué vida tan puta!

Constanza sabía muy bien a lo que se refería.

—Para las quimioterapias, lo mejor será que tengas una enfermera contigo —continuó—, lo mismo que para el posoperatorio. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Antes de qué? ¿Antes de que te decidieras a venir a vivir conmigo? ¿Por qué? ¿Eso hubiera cambiado las cosas?

—Coty… Nosotros tenemos muchas cosas en común, por eso me resultó cómodo iniciar esta relación distinta de las otras. Nosotros no verseamos, entendemos que todo eso del «amor» no es más que una simbiosis. Estamos juntos porque nos hacemos un favor mutuo. Tú has logrado hacerme sentir vigoroso, joven, apasionado, y yo te he hecho sentir una dama de alcurnia. Cada uno invierte en la relación y saca de ella lo que necesita. Si yo hubiese sabido antes que estabas enferma y que, por lo tanto, la pasión y el vigor me irían a significar un prolongado ayuno, no hubiera venido a vivir contigo. Tampoco te hubiera dejado sola, te voy a acompañar en

esto, pero, si voluntariamente me has ocultado algo así, es una jugada muy sucia.

—¡No! No te lo oculté. Simplemente no lo sabía. Apenas diez días atrás me descubrí el bulto.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque podría no haber sido nada significativo.

Intentando disimular su desesperación, se sentó en el antebrazo del sofá donde se encontraba el médico.

—Alfredo…, es solo un tiempo. Si todo va bien, entre quimio y quimio nuestra vida va a ser como la planeamos. Te lo prometo. Esto ya va a pasar, estoy segura. Te lo prometo. Ya verás. De acá a unos meses ni nos vamos a acordar del tumor.

El doctor sorbió la última gota de su escocés, mientras ella, muy a pesar de sí misma —porque por dentro ardía de bronca—, comenzó a acariciarle encantadoramente la cabeza.

—¡Vamos, querido! Pasemos una noche que nos haga olvidar todo esto.

Mas cuando el tirano paso del tiempo denunció el albor, ninguno de los dos había olvidado nada. Alfredo sabía que la situación no era tan sencilla como quería describirla su secretaria, y, a su vez, esta recordaba, con lágrimas en los ojos, la estúpida afirmación refregada a los oídos del anónimo filósofo:

«¡Soy una triunfadora! Siempre consigo lo que quiero. ¡Soy feliz!».

IV. Lo más doloroso del posoperatorio

Frío. Apenas disipados los embriagantes vahos de la anestesia, Constanza se encontró en una sala atestada de aparatos, profundamente sola. Cuando su mente atisbaba la conciencia, las náuseas, un dolor imposible al respirar y el frío la atormentaron.

Entre los vapores del delirio, creyó ver, fugaz, el rostro de Alfredo que, junto a su médico, representaban los únicos rostros conocidos en medio de un desfile de enfermeras y especialistas.

Era un miércoles plomizo cuando la sacaron de la terapia. A su lado se encontraba Hortensia, una enfermera a sueldo contratada por Alfredo. Rayando al mediodía, su médico acudió a controlarla.

—¿Cómo te sientes?

—Como la mierda.

—Vas a necesitar mucha paciencia. La operación programada fue un éxito, pero…

—¡¿Pero qué?! Hable nomás, que estoy familiarizada con estas situaciones y puedo enfrentarlo.

—No pudimos limpiarlo todo. Hay una parte del pulmón afectada. No es mucho, pero… no lo esperábamos. Las sesiones de quimioterapia van a tener que ser más agresivas y frecuentes de lo calculado.

—La vez anterior…

—La vez anterior fue distinto.

—¡No! ¡Yo siempre consigo lo que quiero! Lo voy a vencer.

—Es una buena actitud. Sin embargo, me parece que no estás entendiendo bien lo que pasa. No es como la otra vez. El cáncer no está encapsulado, ha comprometido otros miembros, se está ramificando. Las quimioterapias retardan el paso, pero no curan…

Solo a causa de su extrema debilidad, la angustia se expresó tímidamente como un llanto suave y entrecortado.

—¿Me está diciendo que no me voy a curar?

—Prolongar el tiempo es muy importante. La ciencia médica avanza a pasos agigantados. En el camino, puede aparecer algo. Además, la reacción del organismo es siempre impredecible, varía notablemente de persona a persona. Uno de mis pacientes, que cuando le descubrimos el carcinoma en los vasos ya lo tenía ramificado por todos lados, empezó con las quimios y, contra nuestro pronóstico…

—¡Se curó!

—No, por cierto. Pero el proceso de la enfermedad se detuvo, y no nos explicamos cómo: sus órganos funcionan normalmente, con tumores y todo. Es como si el cuerpo se hubiese adaptado a la enfermedad y funcionara bien con ella. Ya no le hacemos quimioterapia, lo controlamos periódicamente y está viviendo su quinto año así.

—¡Cinco años!

—Tal cual. Volviendo a lo nuestro: ya te digo cómo son las cosas, técnicamente hablando. Lo que suceda, solo Dios lo sabe.

—No me hable de Dios. Suena a que ya no tengo remedio.

Y su mirada húmeda se clavó en el infinito cenit. Por algún motivo, recordó la insufrible conversación con el personaje que había conocido en la antesala de su médico. «Cada quien tiene la vida que construyó».

V. El muy «hijo de puta»

A partir del tercer día de la llegada a su departamento, pudo sentir una notable mejoría. La luz del demudado sol invernal se filtraba por el ventanal de su cuarto.

Hortensia, su enfermera, estaba allí, recostada sobre un sofá amplio cercano a su cama, con los ojos pegados en la lectura de un prominente libro.

—¡Quiero levantarme! —Orden que la hizo retornar a su acostumbrado modo de tratar a los semejantes.

—Muy bien, señora. —Dejó caer el ejemplar sobre el acolchonado asiento y acudió a la enferma—. Eso la hará sentir mejor.

—¿Y Alfredo?

—El doctor Palacios, para mayor comodidad de todos, se mudó a un departamento a pocas cuadras de aquí.

—¡Se mudó, el muy hijo de puta!

—Me llama dos veces al día para ver cómo está usted. También sé que está en contacto permanente con su médico de cabecera. Sigue su proceso con mucha dedicación. Esta mañana le mandó este ramo de rosas.

—¿Cuál?

—El que he puesto sobre el aparador. —Y se lo señaló.

Pero Constanza, lejos de animarse con las «atenciones» del hijo de puta, se sentía cada vez más enrabietada con él.

—¿Comodidad de todos? ¡Qué amable! —comentó irónicamente al observar las rosas—. ¡Qué gran basura de ser humano! ¡Me deja sola justo cuando más lo necesito!

El simple esfuerzo de levantarse, vestirse, acudir al baño y realizar la rutina típica de abandonar el lecho donde había pernoctado la dejó agotada, tendida sobre un sillón del living que Hortensia, con tanta diligencia, le había acomodado.

Normalizar la respiración y el ritmo cardíaco le llevó unos prolongados quince minutos.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora? —preguntó luego de un intenso silencio.

—Lo que guste —contestó la enfermera—: escuchar música, leer, ver televisión.

—¿Leer? ¿Tú qué estabas leyendo?

—Un libro buenísimo que me prestaron. Se llama *El diseño de una vida feliz*.

—No, paso. Prefiero la tele. Dame el control remoto.

Hortensia obedeció. Cuando la paciente estuvo pulsando indecisamente el cambiador, se dirigió a la pieza nuevamente. En menos de diez minutos, escuchó que la enferma la llamaba nuevamente.

—Alcánzame el teléfono.

Acató la orden. Cuando la convaleciente tuvo el inalámbrico en sus manos, marcó el número.

—Por favor, dame con el doctor Palacios —increpó cuando la atendieron.

—El doctor está operando, no puede… —escuchó del otro lado.

—Mira, pelotuda de mierda —chilló—. No sé quién eres, pero sé muy bien cuál es la rutina del doctor, y él, a esta hora, no opera.

—Señora, no le permito…

—¿Quién eres tú?

—¿Para qué quiere saberlo? Soy su secretaria y por eso sé si está disponible o no.

—Mira, putita de mierda. La secretaria del doctor Palacios soy yo. Que eso te quede claro. Dentro de unos días ya me voy a poder reintegrar y a ti te voy a dar una patada en el culo…

Su furia quedó coagulada en rabia ciega cuando su interlocutora-víctima resolvió cortar la comunicación. Ni lerda ni perezosa, con un temblor trastornado por la indignación, Constanza volvió a marcar el número.

—¡Y te lo advierto! —chilló apenas sintió que la atendían—. Si me entero de que te estás tirando con el doctor, te voy a arrancar todos los pelos que tengas, uno por uno.

—¡Constanza! —Escuchó una voz que no era la anterior—. Por favor, no pierdas la cabeza. Que estés enferma no te autoriza a acusar en falso a mi secretaria.

—Alfredo. ¡Qué bien! ¿No que estabas operando? ¿Ves? Ya mi reemplazante me quiere separar de ti.

—No seas tonta. Ella no sabía quién era la que hablaba. Por otro lado: esta chica dice lo mismo que tenías que decir tú cuando yo estaba ocupado. Nada más que, como es nueva, se asustó y me avisó del llamado. Por favor, no te hagas pasar por loca.

—¡Qué loca ni loca! —reclamó, juntando con sus escasas fuerzas un nutrido llanto amargo de lágrima y quejidos—. ¿Por qué te fuiste? ¡Justo ahora que te necesito! ¿No te das cuenta que estoy…? —Y la última palabra resultó una mezcla de alarido y vocales que Alfredo no supo definir.

—Después del consultorio, paso por allá.

El cuerpo físico no le pudo aportar más energía para expresar su crisis de histerismo. Por eso, quedó tendida, con su cabeza inclinada hacia la derecha, el brazo tieso sobre la apoyatura del sillón y su mano aferrada al teléfono, sin desconectar la comunicación.

Cuando Hortensia le retiró el teléfono para colocarlo en su sitio, comprobó que la paciente estaba aún despierta, pues de ella emanaban imperceptibles gemidos de dolor.

En esa incómoda posición permaneció durante casi dos horas. En vano fue que la enfermera reiterara con insistencia el ofrecimiento de un desayuno benéfico a su condición.

—Quiero agua —contestó por fin.

Cuando Constanza levantó la vista para acercar sus labios al sorbete que le ofrecía Hortensia, sus ojos, por casualidad, dieron con la tapa del libro de esta, que por entonces reposaba en la mesa del *living* que se hallaba frente a ella.

—M… —Sin poder articular la palabra a causa de su ingestión, lo señaló con el dedo índice.

La joven entendió y, cuando retiró el vaso de agua, le puso el libro en la falda. Más de cerca, Constanza reconoció el rostro sonriente de la tapa.

—Es él. Idéntico a él.

Leyó la solapa, donde se encontraban los datos biográficos del autor. Su nombre era Rafael Campos: argentino, nacido en Santa Fe, doctor en Psicología y profesor de la Universidad Nacional de Córdoba. Cuatro publicaciones anteriores. Cuarenta y tres años de edad.

Tornó al rostro. Sí, era él. Releyó el título y terminó por confirmarlo.

—Bueno. Uno que tuvo suerte de hacer plata con sus boludeces.

Dejó caer el libro sobre su falda, pero tuvo mala suerte y fue a dar al piso.

Hortensia, por trigésima quinta vez, le sugería que tomara algo distinto del agua.

—Un jugo de naranjas —estaba diciendo en el momento que se inclinó para levantar el libro.

—No. Estoy asqueada.

—Solo intente.

El timbre, con su agudeza metálica, interrumpió la inútil conversación. Era Alfredo.

—¿Cómo están las cosas?

—Se levantó sin problemas —contestó Hortensia luego de abrirle la puerta—. Hace ocho horas que le administré el calmante y hasta ahora no volvió a necesitarlo. Pero no quiere alimentarse, dice que no lo tolerará.

—Comuníquese con el doctor Muñoz e infórmele. Tal vez sea de la idea de continuar vía suero.

—¿Podrías hablar directamente conmigo? —terció Constanza, que seguía con gesto receloso la conversación «profesional» entre médico y enfermera—. Según creo, no soy una paciente tuya de hospital.

Cuando Hortensia salió de allí, seguramente para cumplir su encargo, Alfredo se paró frente a la mujer y la observó atentamente. Estaba amarilla, con los labios secos, los ojos hundidos y circunscriptos por un negro cadavérico, el cabello revuelto, que dentro de unos días empezaría a perder, como los árboles las hojas en otoño.

Ese cuerpo femenino, que hasta días atrás había sido fuente de placeres profundos, ahora alojaba un cáncer que él sabía fulminante. Se sintió culpable al comprobar que aquella misma mujer, otrora de resultar tan agradable, en dichas condiciones desgraciadas le producía una espantosa animadversión.

Contrariando sus vergonzosos sentimientos egoístas, se acercó para besarla en la frente: después de todo, era cuestión de meses, un año a lo sumo.

—¿Por qué no me dijiste que te mudarías?

—Querida…, me pareció lógico. No puedo atenderte tal como lo necesitas. Una enfermera era la mejor opción. Te he buscado lo mejor.

—Pero quería que estuviéramos juntos.

—Yo no soy para eso, lo sabes bien. Hago lo que puedo. Estoy permanentemente atento a tu estado de salud. Y vengo seguido. Ten en cuenta que tú permaneces dormida casi todo el tiempo.

—No era necesario que te fueras a otro departamento. Dentro de unos días voy a estar mejor y vamos a poder dormir juntos.

—Coty —inclinándose hacia ella, le tomó las manos—, no estás tomando conciencia de algo. Tu salud está muy comprometida.

—¡Mentira! Lo que pasa es que eres un viejo verde que no te aguantas ni una noche, y seguro que esa nueva secretaria tuya me está supliendo en todo —exclamó, ahogada en llanto.

—¡¿Y qué?! —replicó él, incapaz de mantener su serenidad ante el reclamo—. ¿Acaso no me conoces así? ¿Acaso no sacaste partido de esta forma de ser para lograr que me separara de mi familia? ¡Cuántas veces mi propia hija estuvo internada, luchando contra la muerte, mientras tú me instabas a joder en lugar de atenderla! Tú te

aprovechaste de mi maldad; sacaste partido de mi debilidad. —Enervado, se levantó—. Porque si yo fuera el tipo de hombre que tú necesitas en estos momentos, no me habría alejado de mi familia, especialmente de mis hijos. ¿Qué pretendes? ¿Que me quede a tu lado cuidándote? ¿Que te sea fiel? Si eso no lo hice con los míos, ¿por qué lo haría contigo?

En lugar de darse por satisfecho, Alfredo continuó hablando con creciente rabia, como si exteriorizara algo atravesado en la garganta:

—Sacaste provecho de mis defectos. Mejor aún, tú misma te encargaste de alimentarlos. ¿Qué pretendes ahora? ¿Qué me comporte como un «hombre bueno»? No. —La señaló con el índice —. No, no, no. No se equivoque, «señora mía». Por más enferma que estés, hay cosas que no te las voy a permitir. No tengo por qué aguantar tu carácter podrido, no estamos casados como para que te deba fidelidad, y no eres responsabilidad mía. Agradece que te doy la ayuda que necesitas, porque si no fuera por mí, en estos momentos te estarías muriendo en algún hospital, a merced de nadie.

—¡Maldito! —gritó Constanza como pudo, intentando en vano levantarse—. ¡Espera a que me ponga bien y verás lo cruel que puede ser mi venganza! Verás cómo me tiro a tus mejores amigos y los hago gozar mientras que tú estarás aburrido con alguna de esas putas insulsas. Me vas a suplicar que vuelva contigo.

—¡Por favor, Constanza! No tienes armas.

—Vas a ver, grandísimo hijo de puta, ¡cómo te destruyo a ti y a tu querida familia!

—¡Pero si te estás muriendo! —exclamó, imposibilitado de refrenar su cólera. Al instante se arrepintió—. Bueno, no… Coty… es que me haces salir de las casillas. Te harías un favor muy grande si no lo hicieras tan difícil con tu carácter.

Pero la frase, que por involuntaria precisamente expresaba la verdad sentida por el médico, paralizó de terror el corazón de la mujer.

—No voy a morir —replicó tenuemente.

—Claro que no… —Incómodo con la situación que su imprudencia había creado, Alfredo agregó—: Voy a hablar con Hortensia, a ver si se comunicó con Muñoz.

—No voy a morir. No. No voy a morir —repetía para sí la enferma —. Voy a salir a flote y me voy a vengar de ti.

Pero una voz interna —intuición, tal vez— parecía decirle otra cosa.

—Voy a salir. Siempre consigo lo que quiero. Voy a salir.

Repitiendo esta afirmación, letánicamente, Alfredo la encontró así cuando intentó tranquilizarla y despedirse de ella. Frustrado en su intento, salió acongojado.

VI. La doncella y el dragón

Alfredo apenas se dejaba ver. Sin embargo, no dejaba de proveerla del cuidado médico necesario.

Saturada de fastidio, malestar, soledad y pánico, Constanza se hacía una paciente literalmente insoportable, hasta el punto de que

Hortensia ni siquiera consideró continuar con el empleo cuando el doctor Palacios le propuso duplicarle el sueldo.

La antigua secretaria pasó la primera quimio con el cuerpo rayando la puerta de la muerte. Le costó enormemente recuperarse. El cáncer carcomía las células vitales de su biología, y la soledad roía las fibras íntimas de su alma taciturna. Acostumbrada a reacciones violentas y agresivas con las cuales canalizaba su interna angustia existencial, la enfermera que en aquel entonces batió el récord de duración llegó a cuatro días.

No solo se mantenía a tres pasos de la muerte, sino también del desquiciamiento.

Alfredo, cuyo espíritu vital abrevaba en su natural las aguas del egoísmo, sorteaba a duras penas su deseo de abandonarla en esas condiciones. Algo de conciencia humana tenía, pero toda su contextura psíquica, endeble como un junco a merced del huracán, le impedía contenerla afectivamente.

—Coty —le explicó en una de sus ralas visitas, cuando ella aún se encontraba en la clínica reponiéndose de la segunda sesión de quimioterapia—, si no colaboras, es imposible que te ayudemos.

—Si es eso lo que quieres, déjame nomás.

Si lo dijo sin gritar, casi balbuciendo, no se debió a la ausencia de ira —en Constanza, la ira nunca estaba ausente—, sino a la debilidad de su respiración.

—La verdad es que vas a terminar por conseguirlo.

—Eres cruel, Alfredo. Te aprovechas de mí porque estoy débil.

—Constanza, yo no tengo la culpa de tu enfermedad.

—¿Por qué Muñoz no me cura?

—Porque tu enfermedad no tiene cura. Agradece que hoy estás viva.

Compelida por las circunstancias, Constanza prometió no importunar tanto a las enfermeras.

El cuarto de la clínica lo compartía con dos enfermas más. Ambas estaban acompañadas por alguien. En los horarios de visita, Constanza observaba, a través de sus húmedos ojos, cómo se sucedían las personas que acudían al encuentro de las otras convalecientes.

Inesperadamente vio un rostro conocido. Como una niña perdida, rompió en involuntario llanto, pues, en su desesperación, ansiaba tanto esa compañía como al aire que respiraba. Mas no sabía cómo pedirla. Siempre ordenó, nunca pidió favores: ahora se daba cuenta de que no estaba en condiciones de obligar a nadie, pero… no sabía otros modales.

Por su lado, el rostro familiar también la reconoció. Traía un ramo de flores para la paciente de su lado izquierdo, a quien depositó un suave beso y saludó con cariño. A Constanza solo le dirigió una formal mirada de saludo lejano.

—Alguien que me escuche, por favor —intentó decir, pero, a juzgar por el nulo efecto en nadie, no lo dijo.

Por primera vez, se deseó la muerte.

Entre las otras personas y ella había una profunda mediatez, al parecer, insuperable. Esa mediatez no solo se manifestaba ahora, sino siempre, en realidad: el mundo circundante y ella no giraban en el mismo plano de realidad.

—Alguien que me ayude.

Creyó haber dicho. Pero lo mismo que antes: no hubo reacción. ¿Acaso ella era un fantasma, un ser invisible, una nada con suficiente conciencia de sí como para sufrir y solo sufrir su suerte? ¿O era un cuerpo condenado a la incomunicación? Nunca había pensado necesitar tan radicalmente a ese «alguien» significativo como entonces.

Su mirada suplicante, salada en lágrimas, seguía el perfil del rostro conocido, que estaba decididamente absorto en el cuidado de su vecina y ni reparaba en ella. Es que no se lo merecía.

«Cada quien tiene la vida que construyó».

—¡Dios! ¡Piedad conmigo!

Nunca supo si pronunció efectivamente aquellos vocablos o no, pero, cuando abrió nuevamente los ojos en un acceso de dolor, la persona en cuestión estaba a su lado.

—No… No…

No sabía cómo pedirle, cómo suplicarle que tan solo permaneciera a su lado, al menos para sentir un calor humano junto al suyo.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. ¿Necesitas algo? ¿A la enfermera?

Pero ella solo lo miraba, ahogada en llanto.

—Está bien… —Con un poco más de confianza, se acercó y posó despacio su palma sobre la frente ardida—. ¿Dónde te duele?

—Todo.

En realidad, no lo dijo, solo consiguió dibujarlo con sus labios resecos.

—¡Ey! ¡Campeona! —susurró, adoptando un tono familiar—. Tienes mucha fuerza.

—No.

—Sí, solo que no la sabes usar a tu favor.

—Ayúdame.

—Cuenta con eso. ¿Qué necesitas?

—No sé.

Necesitaba algo… Algo así como un refugio donde cobijarse de sus angustias, un sitio donde sentirse segura, una presencia humana para abrigar su soledad, un abrazo para fortalecerse y una voz que la animara. Algo…, cariño, mimo, contacto humano y gratis. Algo. Amor tal vez.

El hombre sonrió, quizás entendiéndolo, quizás no; pero lo cierto fue que acercó una silla al lecho, tomó la mano de la convaleciente y se sentó a su lado.

—Yo pasé por esto, por eso sé lo que necesitas. Me voy a quedar acá un rato, charlando. Tú no te esfuerces por seguirme, y si te viene sueño, duerme. Solo escucha. No sé si lo sabrás: soy escritor, escribo en varios géneros, pero lo que más me gusta es inventar cuentos. Te voy a contar el primero que escribí, que seguramente no leíste, porque no eres el tipo de persona a la que le gusta la literatura. Y si te hubiese gustado, seguro que tampoco lo hubieses leído, sencillamente porque no lo publiqué. Es un cuento infantil, pues lo escribí cuando tenía diez años. El cuento comienza así: era el año 1913…

Luego de algunas acciones del relato, consiguió que Constanza se calmara. Ella quedó, durante los minutos en que Rafael corría la ficción, absorta en observarlo: los ojos, los gestos y las diversas muecas que realizaban sus labios al hablar. Lo juzgó atractivo.

De pronto tomó conciencia de que habían transcurrido cerca de diez minutos en los que no había pensado en el dolor. Notó, asimismo, que sobre su ser estaba flotando un cierto remanso de bienestar.

—La doncella le dijo al dragón… —La voz masculina era envolvente, magnética, melodiosa al desmenuzar el cuento—… Y el pobre guardián de la noche…

La mujer volvió a concentrarse en el dragón y en el guardián de la noche. Cuando el escritor hizo referencia al amor entre la doncella y el dragón, entrecerró sus ojos, suspiró con timidez y notó que el gesto del narrador se había tornado más sugerente, como una invitación a sumergirse de lleno en ese sentimiento universalmente deseado entre sus dos personajes de invención.

Al llegar a la escena final, notablemente preparada, en la que el dragón juraba fidelidad eterna a la doncella, venciendo la resistencia del guardián de la noche, ingresó abruptamente en la representación mental de la enferma un fantasma vestido de blanco. El intruso quebró toda ilusión con su voz propia y su independencia del relato del novelista.

—¿Cómo estás, Constanza?

A esta le costó dejar de mirar al narrador para dirigirse al médico.

—Quiero irme a casa.

—Eso hay que verlo.

—¿Cómo le va, doctor? —saludó el escritor, levantándose.

—No tan bien como a ti. Constanza, este es el paciente del que te hablé. Él se recuperó de un cuadro complicado como el tuyo. Se llama Rafael Campos. Es escritor y es también nuestro milagro.

Imperceptiblemente, el aludido sonrió.

—Bueno —comentó—. Creo que ya es hora de irme. Si quieres saber la segunda parte del dragón y la princesa, llámame. Te dejo el número de mi celular. Llama cuando quieras, soy soltero, así que tengo tiempo disponible.

Escribió en un papel y lo dejó en la mesa de luz de Constanza. Se despidió con educación del médico y luego se dirigió a la paciente que en principio había venido a ver. Al cabo de unos minutos, se retiró.

—Palacios me dijo que tus cosas estarían listas para mañana al mediodía. Por entonces, te podrás ir.

—¿Cuánto tiempo de vida tengo? —preguntó, tratando de asumir la realidad de su mal por primera vez.

—Meses…, tal vez un año. Depende. Las quimios están dando buenos resultados, eso nos da un poco más de posibilidades.

—Y hasta que sea el final…, ¿me puedo sentir un poco mejor?

—Sí. Pero para eso es necesaria cierta disciplina de vida. Rafael nos apoyó con su disciplina, por eso lo logramos con él. Cierto que, en su caso, cuando la mejoría se nos hizo evidente, fue muy llamativo.

—¿Y de qué se trata esa «disciplina»?

—Francamente, no lo sé. Tiene mucho que ver con sus creencias, probablemente con la psiquis. Creemos que se trata de actitudes positivas, las cuales posiblemente liberan enzimas benéficas que predisponen el cuerpo a la cura. La ciencia no lo ha explorado todo aún.

La vida, su vida, a merced de la ciencia. A merced de las enzimas. A merced de un cuerpo resultante de un conglomerado de

células enfermas y disfuncionales. A merced de las actitudes, de la psiquis o de las creencias. A merced de Muñoz, Palacios y la enfermera. A merced de Rafael y su disciplina.

A merced de la vida que se extingue o de la muerte que cobra densidad. A merced de la quimio, que le asaba los órganos a fuego lento, de la cirugía y de los infinitos tubos que entraban y salían por los orificios de su cuerpo. A merced de lo que nunca quiso depender: poderosas fuerzas y supraestructuras que trascienden la frontera del sí mismo.

Eso, para ella, era como estar a merced del guardián de la noche, tal como la frágil doncella.

O a merced del enamorado dragón.

VII. La disciplina de Rafael

Las flores, románticos símbolos de amor perfumado y de la vida policromática, le resultaban preanuncios de un desenlace cada vez más inminente. Por eso, Constanza odiaba que se las regalasen. Alfredo le daba a diario, con su florido obsequio matutino, sobrada ocasión de odio, agravada por el hecho de que él, en persona, casi no aparecía.

A las nueve de aquella noche tan fría de junio, Patricia, la nueva enfermera, atendió el portero e hizo entrar al escritor Rafael Campos. Por suerte, él no traía flores.

Constanza estaba recostada en el sillón, que a esas alturas devenía en lecho de convaleciente. Lo esperaba con cierta ansiedad.

Ella misma, venciendo el orgullo que le impedía saberse débil y necesitada, lo había llamado al mediodía.

Rafael se acercó y la saludó con un beso fugaz en la mejilla. El cuerpo de Constanza, antaño vibrante como una onda sonora, convivía con una agonía feroz. Su belleza estructural era solo un recuerdo, alejado cada vez más luego del continuo desflorar del cabello, la evaporación de su masa corpórea y el color macilento de su cadavérico rostro.

—Gracias por venir —contestó ella al amable saludo.

Él se sentó frente a ella. No supo si por lo atractivo de su porte viril, si por la voz magnética, si por el perfume agradable, por la sola presencia humana en esta lamentable circunstancia o por varias de estas cosas; su corazón empezó a recibir un remanso de paz extraña, casi como un descanso, un alivio… y algo más.

—De nada —replicó cuando ya estuvo acomodado—. Te traje esto. Es una tarjeta de música.

—Gracias…

Ella quería hablar, claro que sí: quería contarle mil cosas, sacarse mil dudas, expresarle mil sentimientos, pero el temor de ser ofensiva con el único ser que hasta el momento acudía a ella desinteresadamente la gravaba con mil barreras de silencio tenso.

—La música es buena —continuó él, intentando sortear la dificultad—, llena los espacios vacíos de la mente, que tiende a errar en la oscuridad.

—¿Siempre hablas así?

—No. Perdón. Es que vengo con la cabeza enchufada en la novela que ahora estoy escribiendo.

—Así que resultaste ser escritor. Y por lo visto tienes éxito.

—Por ahora, sí. El último libro va por la tercera edición. Eso significa que no soy ni pobre ni fracasado… —Sonrió, como para liberar de mala intención su sutil ironía—. Entonces, según tu convicción, ¿yo pienso lo que pienso por ser feo o imbécil?

—Lo siento… —dijo Constanza con voz imperceptible—. Creo que tengo un repelente para las relaciones humanas. Nací así. Heredé el mal carácter de mi madre. No puedo ser distinta; no sé cómo sacarme ese repelente de encima. Es mi condena. Te confieso que… no quiero ahuyentarte, y no sé cómo no hacerlo.

—¿No sabes qué hacer para retener una buena compañía?

—Bueno, sé qué hacer cuando me doy cuenta de que despierto deseo en un hombre y yo estoy con mi cuerpo en condiciones. Pero así, en una relación en la que «eso» no media, no sé qué hacer.

—Entiendo. Aquí, «eso» no es lo que media…

—Para mí es una situación extraña. Entiendo que no estoy en condiciones de despertar ningún deseo. Pero entonces, ¿por qué estás tú a mi lado, en lugar de estar disfrutando de alguna cita?

—Bueno, digamos que soy o lo suficientemente feo o imbécil (todavía no me has dicho) como para creer en algo que se llama empatía, amistad; amor, en definitiva.

—¿De verdad? Creo que nunca entenderé eso. Para mí, el amor es la gran mentira de la humanidad. ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Para qué sirve? Nunca lo sentí.

—Yo sí, intensamente. El amor está en medio de la humanidad que lucha por ser ella misma; está en cada persona, más o menos diluido en el mar de sus egoísmos y apetencias; está riñendo codo a codo con su competencia: la vanidad y el afán de dominio de los hombres. En forma pura, realmente está en muy pocas personas.

Pero está. Lo que pasa es que cada uno es un imán de lo mismo hacia los otros. El que agrede, atrae agresión, el que ama, atrae amor. El cariño atrae cariño, y el odio, odio. El ambicioso atrae a otro ambicioso y el estafador a otro estafador.

—Entonces, ¿por qué estás acá? Yo soy agresiva, y tú pareces bondadoso.

—En estos momentos no estás siendo agresiva…

—Pero sí interesada.

—Eso es otra cosa. Si no fuera porque crees que me necesitas, no me habrías llamado. No me estarías escuchando ni intentando vencer tu modo natural de comportarte. Pero bueno, digamos que… estoy pretendiendo revertir esta ley, pues Dios ofrece a todos sus oportunidades del cambio.

—¿Tienes algún interés en mí? ¿Quieres conseguir algo por lo cual inviertes estas horas que bien podrías pasar tranquilo en tu casa o divirtiéndote con tus amigos?

—Claro que tengo interés. Conocer y conversar con alguien siempre me resultó interesante. Siempre se aprende de los otros, de las relaciones humanas.

—¿Te parece interesante conversar conmigo? Yo no tengo nada bueno que decir, menos a un escritor.

—Toda persona es interesante. Además, tu agresividad no es más que una coraza externa: dentro de ti hay un corazón que seguramente es bueno, no puede ser de otro modo, y es lindo descubrirlo.

—¿Corazón? Eres realmente raro. Hablas raro, tal vez se te note siempre tu vena de escritor. Me da la impresión de que tu universo y el mío no son iguales.

—Al contrario: estamos en el mismo universo, solo que tú lo entiendes de un modo y yo de otro. Por eso resulta difícil interpretarnos. En realidad, yo te comprendo plenamente, comprendo tu postura y desde qué parada existencial me hablas. Entiendo que tu experiencia de vida te limita, porque todas nuestras ideas se fundan en algún tipo de experiencia. Si no has tenido la experiencia del amor… la misma palabra te suena vacía de contenido.

—¿Conoces el amor?

—Sí. Amé mucho a una mujer que me amó demasiado.

—¿Amaste? ¿Y qué pasó?

—Ella murió. Soy viudo desde hace siete años. Estuvimos casados cinco, no pudimos tener hijos, un accidente tonto se la llevó de mi lado. —Desvió la mirada hacia un punto invisible, donde podía escarbar en sus dolorosos recuerdos—. A su lado disfruté el amor que te llena el universo. Ese amor que te hace sentir único y satisfecho.

—Ya te dije, ese amor me suena irreal.

—Nosotros lo hicimos realidad. Al comienzo, cuando éramos jóvenes, soñábamos con ese amor ideal… como todos, creo. Lo ves en las películas, lo lees en las novelas, suspiras por él, te metes en el mundo intentando encontrarlo. El asunto es que, como es sueño, no existe más que dentro de uno. El paso del sueño y del ideal a lo real y concreto (y ese es el problema) no resulta mágico, no se da por el solo hecho de que se lo desee y se lo tenga en mente; se da cuando se lo amasa en ese aparente gris del día a día. Es verdad que el amor como tal no existe ya hecho: ¡hay que hacerlo! Existe como potencial dentro de nosotros, como fuerza primaria, como

aspiración, como necesidad, como ansiedad, como dolor. Se hace real en la medida en que se ama y se deja ser amado.

—Muchos entran en la vida de pareja con esa aspiración, y la mayoría no lo consigue.

—Quizás. Hay muchas cosas en juego, y no siempre resulta sencillo. Cada persona es un universo en sí misma. La vida de pareja supone ensamblarlos con algunos puntos de contacto, y no siempre se ensamblan para funcionar bien. A veces, armonizan mal y entran en disfunción uno y otro, y por ende la relación. Sin embargo, cuando el ensamble logra el «nosotros» es algo muy grande, pero hay que «laburarlo». No viene hecho. Es cosa de respeto, entendimiento, ceder, conceder y pedir. Todo un arte.

—¿Fuiste fiel?

—Lo fui.

—No sé si considerarte un héroe o un pelotudo. ¿Y si ella te hubiese engañado?

—Si eso hubiera pasado, por lo menos la que falló al contrato fue ella y no yo.

—¿La habrías perdonado?

—No sé. Quizás habría dependido de la significación de la otra relación en ella. La verdad es que no sé. En nuestro matrimonio, los celos no fueron un gran problema; más lo fue la compatibilidad de caracteres y, sobre todo, el aceptarnos cada uno con lo que tenía de bueno y de limitado. De novios nos habíamos idealizado mucho. Por eso los primeros años se nos amargaron con la desilusión de descubrir que ninguno de los dos era lo que el otro pensaba que era.

—¿Y cómo lo resolvieron?

—Elegirnos de nuevo todos los días, en cada oportunidad, momento a momento. Valorar la persona real con la cual te has unido, teniendo siempre al frente sus cualidades y, al fondo, sus defectos… Es un arte donde tu yo se construye a base de negociarlo, de ceder y conceder en algunos casos, y en otros, demandar y pedir.

—¿Cómo es eso de que «tu yo se construye»?

—Cada uno es artífice de sí mismo, cada uno se construye día a día a través de las decisiones que toma. Pero, una vez que hiciste de ti lo que querías, tienes que enfrentar las consecuencias, tienes que soportarlas, para bien o para mal. No toda construcción nos conviene, y muchas veces nos equivocamos de valores. En lugar de construirnos, nos destruimos. De allí las frustraciones, la sensación de estar fragmentados, entrampados, lastimados… No obstante, siempre se puede aprender de la experiencia y, luego, con las limitaciones del caso, volver a empezar. Si eres muy obstinado y cabeza dura, la vida va a tener que demostrarte muchas veces que tus ideas no sirven para hacerte feliz y que tienes que abrirte a algo nuevo, aventurarte a creer en lo que antes no creíste o desconocías, a buscar por otros rumbos.

—Pero tú dices que cada uno se construye a sí mismo y, sin embargo, la mayoría de las veces uno no consigue lo que quiere. Yo quería tener a Alfredo a mi lado, y no lo tengo.

—Y no depende de ti tenerlo. No se trata de llegar a los resultados. Se trata de lo que haces de ti en el proceso. No lograste tener a Alfredo, pero lograste ser una mujer ambiciosa, lograste ser una mujer atractiva, lograste ser una mujer seductora sexualmente hablando. Lo lograste.

—¿Y eso de qué me sirve? Ahora estoy con un cáncer que me lleva a la muerte y no puedo ser atractiva ni sexualmente apetecible. Ni siquiera tengo plata.

—Yo te diría que es tu momento de «rediseñarte».

—¡Con un cáncer dentro!

—El cáncer no es tu verdadero problema. En muchos casos, y no sé si en todos, la enfermedad es un grito existencial de auxilio dado por ti a ti misma. Evidentemente, tus verdaderos deseos, esos que provienen de lo más íntimo de tu alma, de tu espíritu, no son los deseos que dejaste que orientaran tu vida. De allí la frustración, de allí la soledad. Tienes que tener en cuenta que cada persona no es una cosa simple, lisa y llana. Es un complejo, tiene sus niveles, tiene sus partes y, en general, no están armonizadas. Tú has deseado ser una «vampiresa» desde un nivel, pero desde otro más profundo, no deseas eso. Y ese nivel, más profundo, seguramente te fue dando pistas que no escuchaste: habrás sentido depresión, frustración, soledad, inseguridad, angustia, y no le llevaste el apunte a todo eso. Entonces, como es el nivel profundo del ser el que lo comanda todo, hasta el propio cuerpo, no le quedó otra opción que explotar hacia adentro, y explotó en el cuerpo, en tu cuerpo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué yo soy culpable de mi enfermedad?

—Cuando Pamela murió, estábamos en un muy buen momento del matrimonio. Vibrábamos al unísono. Las tensiones habían disminuido, las peleas no eran tan frecuentes y gozábamos mucho de nuestra relación. Ella murió de un accidente, un accidente tonto me la arrebató y me sentí destrozado. Todo me recordaba a ella, y me parecía imposible sobrevivir. Mi deseo de muerte se materializó dos años después con el cáncer. Por entonces yo era un preso de las

circunstancias, dejaba que ellas me arrastraran a la deriva, no tenía rumbo ni ganas de tenerlo. Hasta que, en un momento dado, luego de una quimio, soñé que mi amada Pamela estaba desilusionada de mí a causa de mi renuncia a vivir. Entonces todo cambió. Deseé la vida, deseé reconstruirme a pesar del dolor, enfrenté con valor la realidad… Y allí vino ese «milagro» que el médico todavía está tratando de precisar.

—Sí que eres un tipo raro. Crees en los sueños, en los ideales, en la fuerza de uno para la salud… ¿Cuál es tu mundo?

—El mismo que el tuyo, solo que comprendido de forma diferente. Si someto mi caso a las explicaciones científicas, tanto médicas como psicológicas, me van a dar mil razones de lo que me pasa. Pero no es eso lo que me importa. Soñar con Pamela y creer en ese sueño me salvó. ¿Qué importa si soy raro? ¿Qué importa si doy relevancia a lo que otros no creen que la tenga? Sigo vivo, sigo vivo con un cáncer detenido en mi cuerpo y, lo más grande, sigo vivo creyendo en la vida a pesar del dolor. Me siento bien, bien conmigo mismo. ¿No crees que vale la pena animarse a tener fe?

—¿Fe en qué?

—En Dios, principalmente. Desde allí puedes fundamentar la fe en la vida, la fe en ti misma, en las fuerzas que Dios pone a tu disposición.

—¿Y cómo haces para creer? Nunca pienso en Dios. Y si llego a pensar, se me ocurre que no me iría tan bien.

—Dios es una realidad, por eso, más que escuchar sobre él, tienes que relacionarte, experimentarlo.

—¿Y cómo? ¿Dónde?

—En tu interior. La única peregrinación que necesitas para contactarte con Dios es ir a tu interior.

—¿Mi interior? ¡Es un quilombo mi interior!

—Aun así, él está dentro de ti, sufriendo contigo.

—¿Y nunca pensaste en la posibilidad de que no exista, que tu experiencia sea un engaño, una falacia, un juego de tu imaginación?

—Sí. Muchas veces me planteé esa posibilidad, sobre todo cuando las cosas no salían como yo esperaba. Pero, superando esos momentos, encuentro una armonía tan grande en mi vida, una coincidencia entre lo que creo, lo que quiero y las circunstancias, y, por otro lado, una densidad de realidad tan grande cuando siento que hablo con él… que la posibilidad de estar en un error no me inquieta.

—¿Y cómo descubriste todo esto? ¿Fue por tu enfermedad?

—No. Lo descubrí al lado de Pamela.

—Dime la verdad. ¿Te llegaste a curar por pensar así?

—Supongo que sí.

—Entonces yo me voy a morir. No puedo creer en ese mundo. Me gustaría, pero no puedo, porque me parece un cuento de hadas, tal como el del dragón y la princesa. Mi cáncer no tiene otro origen más que esas malditas células malignas. Si me curo, será gracias a la medicina. Lo real es lo que se ve y lo que se toca. Perdóname, pero no puedo creer en tu mundo.

—Está bien. Cada uno se construye o se destruye de acuerdo a lo que cree o no cree.

—Yo no me destruyo. Es el cáncer el que me destruye.

—Está bien —repitió—, respeto tu punto de vista, respeto tu opinión. De todas formas, aunque no sea más que por un minuto,

considera la posibilidad de pensar en lo que te dije. ¿Qué tienes que perder? ¿Por qué no lo consideras, al menos, por el efecto? Mira lo que conseguí en mi propia vida, mira lo que logré, mira el efecto de mis pensamientos en mí… y mírate tú. Considéralo, solo eso. En algún momento del día en que te sientas tranquila, escucha la música que te he traído y deja que los pensamientos fluyan. Entra dentro de ti. Piensa. Solo eso: piensa.

La enferma le dijo que sí, sabiendo que no lo haría. Decididamente, el mundo de Rafael no era su mundo. Prefería volver a creer en esas dolorosas sesiones de quimioterapia que le estaban barriendo la vida de las células del cuerpo; mas no podía negar que la presencia de ese hombre le resultaba interesante. Por algún motivo no resuelto, le agradaba su compañía, aún más, le atraía el efecto de esas palabras nuevas, a pesar de que para ella no representaran otra cosa más que lindas aspiraciones desustanciadas de realidad.

VIII. La atractiva locura

—No cortes, por favor. Si me muero ahora, quiero estar con alguien.

—Estoy contigo, Constanza, estoy contigo. Sigue hablando, lo que sea, estoy sacando el auto para ir allá.

—Me muero. Me muero. Todo está mal dentro de mí.

Y a juzgar por la voz apagada que intercalaba jadeos, suspiros y letras mal articuladas, Rafael intuyó que podía ser cierto. Siguió

comunicado por el celular, mientras encaminaba su auto al hospital donde la agonizante luchaba contra su última quimioterapia.

—Me venció. Tenías razón, me venció. Me voy a morir. Tengo miedo, mucho miedo… —Entrecortó un profundo aullido de dolor—. No quiero morir, pero tampoco quiero vivir así. Tengo miedo, mucho miedo. Todo está tan oscuro dentro de mí.

—Respira profundo. No luches contra el dolor: acéptalo. Hazlo parte tuyo. Estoy en la avenida Lucero, me falta poco para llegar, princesa. Dentro de unos minutos estoy allá.

—Mi cuerpo… Mi cuerpo… es un trapo apolillado, ya no sirve. Me duele todo, entero… Tal vez se esté vengando por mis cirugías, mis dietas, las lipoaspiraciones.

—El cuerpo es noble, Coty, el cuerpo nos ama.

—¿Y por qué no se cura?

—¿Y para qué quieres vivir?

—¡Ah! Qué buena pregunta. Ideal para este momento. —Otro retortijón de dolor le interrumpió la voz—. Si vivo, te juro que intentaré meterme en tu mundo.

—Empieza ahora. Coty, hazme caso. Dirige tu pensamiento a Dios.

—¿Porque me estoy muriendo?

—No. Al contrario… Es porque quieres vivir

—Dios, si existe, me va a mandar a la mierda.

—No. No te dejes llevar por ese pensamiento.

—¿Y cómo no me va a mandar a la mierda si nunca antes lo tuve en cuenta? Y si ahora pienso en él es solo porque lo necesito.

—Esos son razonamientos propios de nuestros egoísmos. Dios no razona así.

—¿Y qué le digo?

—Lo que quieres decirle. Llámalo en tu mente. Nómbralo.

Con los ojos hundidos en una vida que se extinguía, la agonizante miró fijamente a su cenit pintado de blanco. Intentó hacerlo, pero algo invisible y oscuro se tendía sobre su cuerpo sufriente, añadiéndole un pegajoso pesar al conjunto de males que de por sí sufría.

—No puedo —gimió—, no entiendo.

—Tranquila. Respira hondo y vuelve a intentarlo.

Obedeció. Sentía que trataba de levantar vuelo en medio de una tormenta en contra que mantenía sus alas plegadas y selladas al lado de su cuerpo inmóvil.

—Di… Di… Ay… os. Dios.

Del otro lado, Rafael escuchaba sus intentos.

—Di… Di… os. ¡Dios! —exclamó de pronto, percibiendo de inmediato una fuerza poderosa y fría que le quitó el manto oscuro cernido sobre ella.

Su lucha interior, quizás por la densidad de la misma, se materializaba, cobraba realidad de peso y de formas, hasta calor y color.

Eran dos titanes entablando una batalla dentro y fuera de ella. Un poder, el oscuro, la asfixiaba y entrampaba la psiquis en los abismos de la angustia y de la muerte, y, sobre todas las cosas, le enturbiaba los pensamientos, impidiéndole la claridad, la paz, la búsqueda de Dios y, por lo tanto, su búsqueda de sentido y consuelo. El otro se debatía por liberarla, desenredarla de la viscosa trama donde el anterior la tenía enclaustrada, limpiarle de confusión los pensamientos y serenar los sentimientos. Fundamentalmente, le

abría el camino interior hacia ese clamor existencial, ese clamor que surge del ser quebrado en su vacío, en su desesperanza. Ese grito que brota de la comprobación cierta del fracaso de cualquier otra fuerza a la que se le haya dado crédito: razón, convicción, inteligencia, belleza, juventud. Ese grito, salvador grito, humanizador grito: «¡En tus manos encomiendo mi vida!».

Muerte. Enfermedad. Vértigo existencial. Fracaso. Soledad aguda. Crisis. Oscuridad. Temibles horizontes donde el ser sorbe indefectiblemente el amargo zumo de la fragilidad y precariedad de la vida, donde descubrimos la máxima paradoja del difícil arte de ser humano.

Cargamos una sed de aguas recónditas, una ansiedad por lo que no está a nuestro alcance, un deseo no circunscripto en este mundo material. Por mucho que exprimamos la pulpa de la fortuna terrena, no encontramos en ella más que espejismos de felicidades fragmentadas y ficticias, necesariamente escurridizas, que luego devienen en aguijones de nuevas sedes, de creciente intensidad, a la vez que de decrecientes esperanzas de verse satisfechas. Y esto es así porque el hombre pertenece a dos mundos, o mejor dicho, a dos modalidades de realidad: material y espiritual. Experimenta en el cuerpo y en la materia las ansiedades propias del espíritu, que es, a su vez, un espíritu encarnado; es decir, que encuentra su verdad más allá de la materia, pero nunca sin ella, sino a través de ella.

La vida de Constanza se apagaba como una vela, pero en realidad nunca estuvo encendida. Toda su construcción fue espejismo de ese espíritu mal comprendido, mal buscado, mal discernido. A su ansiedad humana de amor la transformó en vanidad, creyendo que su belleza, su éxito y sus lujos podían

rodearla de las personas que ella quisiera; a su ansiedad de poder —poder para ser— la trasformó en competencia, envidia y rivalidad, creyendo que de ese modo se sentiría superior: teniendo lo que todos apetecen; a su posibilidad de libertad la estrechó en la construcción de un individuo objeto de consumo, creyendo que de ese modo se transformaría en una mujer importante y de renombre.

Consiguió ser lo que quería ser y de ahí sacó la conclusión: la vida es muy puta. Es una mierda, porque mierda es lo que sentía dentro. Su interior olía a mierda, y el cuerpo, siempre solidario con el alma, comenzó a comerse a sí mismo a través de esas degeneradas células malignas.

La vida de Constanza se apagaba como una vela. Mas no se había apagado del todo.

—Dios… —musitaron sus labios resecos, como estertores de un espíritu reseco también—. Me equivoqué, dame otra oportunidad.

Como manantial, un profundo alivio brotó de su esqueleto, y con vitales ráfagas la fue envolviendo poco a poco. Nunca había experimentado nada semejante, es más, ni creía posible sentir dicho estado de paz y armonía, a pesar del cuerpo expirando su ánima. Solo entonces dimensionó la magnitud de su antiguo malestar.

—He hecho daño —continuó en arrorró—. A mis padres, a mi hermana. He usado a la gente, he destruido familias, he sido una verdadera víbora maldita. Dame, Dios, otra oportunidad.

El alivio interno adquiría consistencia de reconciliación con su verdad, con su conciencia, con su yo. Esa fuerza misteriosa escurría entre sus invisibles dedos mucho odio acumulado en su corazón: odio a la vida, odio a las personas, odio a los exitosos, odio a los

ricos, odio a las mujeres que tenían una familia estable, odio a los que se sentían amados. Odio a sí misma, en definitiva.

Sí, ese oscuro rencor amargo, tan adosado a su propio ser, se disolvía como mugre en lavandina.

De pronto, todo era luz. Todo era bueno, hasta sus propios errores se transformaban en luz. Las heridas existenciales, fundamentalmente afectivas, trasmutaron en emanaciones de libertad y esperanza.

Deseó la vida. La deseó ya no por miedo a la muerte, ya no por puro instinto de conservación, sino por esperanza, por la simple alegría de vivir. Deseó la vida intensamente. Es decir, deseó la vida intensa, esa vida de vibraciones profundas, de verdades «reales», de emociones auténticas.

Una suerte de serpenteante escalofrío se escurrió a lo largo de todo su cuerpo: había recibido la orden de la recuperación, de curarse, de continuar respirando bajo este hermoso cielo azul.

Rafael la encontró con los ojos entrecerrados, húmedos y relajados. Supo que su amiga había atravesado las luminosas e intensas fronteras de la vida, y que su alma estaría vibrando en los místicos acordes de la sanación.

Él se acomodó a su lado, intentando una comunicación inmaterial que le hiciera compartir la experiencia íntima de Constanza. Algo le hizo traer al presente una sensación que le había quedado enterrada junto al cuerpo de su esposa fallecida. Reconoció aquella efervescencia de sentimientos, aquella embriaguez floreciente de deseos, aquel estado del alma que se torna arte y magia; es decir, belleza y amor.

Aparentemente, la mujer dormía, pero su ser íntimo percibía el dulce aroma de los sentimientos de él. Le pareció increíble, un hermoso sueño dibujado por su persona aún envuelta en su cuerpo decrépito.

Pero el cuerpo ya había recibido la orden de vivir.

IX. La verdadera salud

Ella tuvo miedo de necesitarlo demasiado, sin embargo, ese hombre que dormía a su lado reflejaba en sus rasgos una satisfacción intensa, por lo que intuyó la tan ansiada y temida reciprocidad estable.

Todo había sido distinto, muy distinto a lo que ella estaba acostumbrada. Ternura, pasión, deseo y satisfacción se habían combinado felizmente para formar una mágica trenza donde dos personas expresaban, con el deleitable lenguaje corporal, lo mucho que gozaban entregarse y recibirse así: ser a ser, sin palabras, al desnudo.

Los tibios ojos femeninos percibieron, a través del ventanal de su dormitorio, el hermoso colorido de la primavera. Sigilosamente se levantó, agradeciendo a su cuerpo la fuerza y la salud. Técnicamente no estaba del todo curada, pero ella ya sentía las fragantes ráfagas de alivio y bienestar.

Se sorprendió a sí misma preparando el desayuno para los dos. ¡Era tan fácil y, a la vez, tan difícil estar bien! No se trataba de hacer valer las «pequeñas cosas de todos los días», sino más bien de elevar el alma a un estado de sintonía tal con la vida que «las

pequeñas cosas de todos los días» devinieran en filtros por donde emergiera el intenso sabor del universo amante. Entonces, aquel magro desayuno de café con tostadas, vertido en la taza de un día cualquiera —lunes, tal vez—, de un mes cualquiera —digamos, septiembre—, de un año cualquiera… se convierte en una intemporal ventana hacia aquel estadio del ser donde no media ni el tiempo ni el espacio.

Constanza nunca se sintió tal bien, tan cerca del cielo, tan libre y brillante.

Cuando llevó servido el desayuno sobre una bandeja, su compañero ya estaba despierto.

—Hola, mi amor —la saludó al verla.

—Hola, querido.

Querido. Por fin quería a alguien, por fin tenía la impresión de hacerse cargo de otra humanidad diversa a la suya; por fin otra presencia viva y creadora se había ligado a la de ella para enriquecerla y adornarla. Por fin podía preocuparse de alguien distinto de sí misma, alguien que le produjera «alteridad» para sacarla de la egocéntrica «mismidad».

—¿Cómo te sientes hoy?

—Nueva, como nunca.

—Yo también. —Se estiró notablemente cómodo por toda la extensión de la cama de dos plazas, demostrando lo real de su afirmación—. Me siento gigante, afortunado, amplio…

La mujer se acercó, sentándose a su lado. Suavemente lo besó en sus labios y sintió ese mágico imán que precedía al roce con ese cuerpo amado.

—Me parece mentira —comentó—. Toda mi vida he sido una desgraciada, y me toca en suerte un hombre tan grande como tú. Siento que no te merezco.

—A mí también me parece mentira. ¡Qué gran mujer estaba escondida dentro de ti! Constanza, eres hermosa, por dentro y por fuera. Te quiero con alma y vida.

Se abrazaron fuertemente. El juego amante comenzó una vez más.

A ninguno de los dos le importó demasiado que el café quedara frío.

ALEJANDRA. La trepadora

I. La víctima

Los rombos quizás fueron hurtados de un inmenso e infinito tablero de ajedrez, perfumado en alcanfor y lavandina. De tanto fijar la vista, la frontera entre lo blanco y lo negro se diluía, adquiriendo una nerviosa movilidad aleatoria.

Estaba allí: a merced de las circunstancias. Como siempre.

Pensar que… en algún momento se creyó libre y con capacidad para disponer de sí. Una vez, recuerdo lejano y efímero…, tan consistente como un vaho o como la propia nada.

Por entonces, todo el mundo la culpaba. Era realmente la gran víctima, la gran atacada, la gran perdedora, pues esas mentes errantes de quienes la rodeaban le echaban la culpa de todo.

Ezequiel, su hijo menor, con apenas quince fragantes años, se complicaba cada vez más con la droga y la delincuencia. Si aún estaba vivo y libre —es decir, fuera de algún correccional— era gracias al dinero y a la influencia de su padre, el doctor Palacios.

Alfredo, aquel médico exitoso al que decidió ligar su futuro, resultó ser un mujeriego compulsivo. La trataba despectivamente, restregándole en la cara la verdad de su pasado: la verdad de que, sin el apellido Palacios, ella era, socialmente hablando, tan corriente como el agua de canilla. Lo aguantaba porque necesitaba de él, es

decir, de ese pasaporte al círculo de amistades que Alejandra siempre soñó. Pero ahora, el muy hijo de puta le pedía el divorcio. ¿Qué quedaría para ella?

Sí, todo el mundo la culpaba del desastre de su familia. ¿Pero qué error cometió ella? ¿Qué les hizo faltar? ¿Dónde estuvo su falla? En cambio, tenía que sufrir doblemente el fracaso rotundo de su familia y el peso de la culpa que todos echaban sobre sus hombros.

Roxana había reincidido por quinta vez en el intento del suicidio. Solo que, en esa ocasión, había llegado más lejos. La vida de su hija, arribada a los dieciocho, estaba suspendida en el pórtico de la muerte por un misterioso hilo de vida cerebral.

¡Y para colmo de males, esa monja inútil estaba parada a su lado como una estaca! La conocía apenas. Era la rectora del colegio de su hija, quien varias veces la había citado para culparla del comportamiento de la misma; como parte de todo ese mundo hostil, la culpaba. Por eso dejó de acudir a las citas escolares. Total, Alfredo era un as en las cuestiones de diplomacia. No le extrañaría nada que hubiese algo entre esa mujer de gris y su marido. Eso no le preocupaba mucho, la pobre tonta habría caído en las redes de su seducción mentirosa; le molestaba, en cambio, que la criticara, que la juzgara, que se metiese a opinar sobre su vida cuando de la vida no sabía nada. ¡Ah! Si pudiera cambiarle el lugar… Si pudiera darle su piel, sus hijos, su marido, su situación, para que esa estúpida supiera de qué se trata la vida. ¡Claro! Teniéndolo todo, seguro es muy fácil hablar. Hasta ella misma, de no tener la carga de sus dos hijos y de su marido que la sometía al ridículo, podría dar consejos sobre el modo adecuado de encarar la existencia.

De pronto, se encontró con que su mente realizaba pensamientos veloces que ni ella misma podía comprender. Las ideas afluían como borbotones de aguas infiltradas. Se sorprendió al comprobar lo ajena que estaba su propia voluntad al proceso de razonamiento, supuestamente suyo. No solo no sabía lo que pensaba, sino que ni siquiera era capaz de frenar dicha carrera; hasta llegó a sospechar que estaba pensando en un idioma desconocido.

Este afluir de movimiento mental derivó en un estado extraño de conciencia. Por un momento, confundió su sentido de la identidad. Sin poder relacionar nada, se escuchó nombrar por la monja. Y la escuchó decir algo, algo que retumbó en sus oídos, mas, al parecer, en los oídos de la conciencia.

II. El pintor detrás de la vidriera

Sus labios carmín imprimían la huella de una bocanada en el borde blanco del cigarrillo. Fumaba demasiado, con avidez, con desesperación.

El bar, como todas las mañanas, se nutría de desayunadores universitarios que hacían tiempo para comenzar su rutina. El ambiente se llenaba de un muestrario de temas exóticos, entendibles dentro del gueto de cada facultad.

Alejandra estaba a solas con su taza de café por la mitad. Como casi siempre: sola. A veces se le asociaba alguna que otra colega de la facultad, pero su norma, en el sentido más amplio y menos figurado de la palabra, era la soledad.

Daba clase de Historia del Arte en los claustros universitarios. No lo hacía bien ni con convicción, tampoco necesitaba el dinero, simplemente se trataba —y como todo en su vida— de una cuestión de prestigio. Todas las esposas de los amigos de Alfredo eran algo, hacían algo por «diversión».

Hacía mucho que la diversión no tocaba a su puerta. En realidad, nada resultaba divertido. Sus hijos andaban mal, Alfredo veleteaba con su secretaria, y esta, a diferencia de las anteriores, era realmente muy arpía. Como experta en estos asuntos, temía lo peor.

Cuando terminó la taza, el reloj denunciaba las nueve y treinta de la mañana. Aún tenía media hora. Pero su vida no necesitó más de treinta segundos para desfilar, año por año, frente a ella, dejándole el repugnante sabor del fracaso. Todos sus sueños estaban hechos trizas en la ribera de su alma.

¡Y eso que había empezado tan bien! Había conseguido lo que muy pocas consiguen. Nació en una familia de clase media baja, de la que se desprendió cuando pudo pagarse una pensión en el centro, con una ambición que la llevó a desear un futuro mejor para ella.

Ese estudiante de medicina, hijo de un Palacios Carrera, era muy prometedor. Al muchacho le gustaba parrandearse, le gustaba jugar con cualquiera, le gustaban, especialmente, las chicas liberales que no tenían familia. No fue difícil seducirlo, lo difícil era enredarlo, llegar al matrimonio con él.

Y lo logró, embarazo mediante. Necesitó astutamente representar el rol de desvalida ante la señora de Palacios Carrera, una mujer de pulido comportamiento social, muy afín a la religión, que sintió profundos escrúpulos ante la posibilidad del aborto: su

solución mágica fue obligar al hijo a «hacerse cargo» de su novia y del bebé.

De ese modo, Alejandra llegó al altar, lo que le significó un carnet de socio en el círculo al que siempre soñó pertenecer.

Disfrutó de vestidos diseñados por modistos extranjeros, zapatos importados, perfumes extravagantes, viajes por todos los rincones del mundo que se pusieran a la moda, chalets en extensos *country*, etc.

Pero como la vida «es muy puta», se la cobró despiadadamente.

¿Por qué le pasaba esto? Si Dios existía, ¿por qué se estaba vengando así de su fortuna? ¿Por qué no lo podía tener todo? ¿Por qué tenía que sufrir? ¿Por qué su mala suerte?

A través del amplio ventanal del bar podía distinguir la extensa explanada que rodeaba la ciudad universitaria. Siempre estaba recargada de gente, y entre las personas podían observarse diversos grupos de artesanos que ofrecían sus productos, a veces en puestos, y otras, simplemente en lonas tendidas sobre el suelo.

Alejandra siempre se había sentido atraída por el arte, especialmente por la pintura. Cuando ella pasaba por allí rumbo a la universidad, solía mirar de reojo estas muestras de arte callejero. Pero nunca se detenía: ella era una Palacios Carrera.

¿Por qué una Palacios Carrera no podía detenerse a mirar a su antojo lo que quisiera? Ni la propia Alejandra hubiera podido responder. Simplemente era una conducta imbécil y dominante.

Robándole al aire un suspiro, pagó y se encaminó hacia la Facultad de Bellas Artes.

Mientras se abría camino por el estrecho senderito que delimitaban dos filas de puestos callejeros, iba cavilando su mala

suerte.

En eso, el inconsciente se esfumó por un minuto de su control autoritario, y eso bastó para que fijara su atención en un retrato de mujer hábilmente delineado a lápiz. Era un rostro hermoso, de mirada casi mística, con los cabellos denunciando una fuerte brisa de frente, de gestos relajados y juguetones. Lo que le llamó la atención no fue tanto el arte puesto en el retrato, sino el rostro en sí mismo. Se parecía a alguien, alguien familiar, alguien sepultado en las telarañas de sus recuerdos olvidados. A punto de culminar con su minuto de autoexpresión, alguien la sacó de su ensimismamiento.

—Si quiere, la retrato.

Era un apuesto hombre que rozaba los cincuenta. La chispa de sus ojos delataba al artista que seguramente vivía dentro de ese amable varón. ¡Un minuto de libertad y ya sucedía un desastre: un vulgar artista callejero le estaba dirigiendo la palabra!

—No.

—¡Qué pena! Con esa cara tan bella, podría hacer una obra maestra…

El halago siempre gusta a la mujer, así provenga de un conductor de Ferrari o de un albañil de edificio en construcción. Lo único que varía es la respuesta al mismo.

—No tengo interés.

Aunque su expresión hubiera estado anémica de cortesía, el artista sonrió. Giró levemente la cabeza hacia su derecha, mostrando un delicado perfil que, a contraluz, Alejandra no pudo menos que estremecerse al observar.

—Gabriel, ¿a cuánto tienes esto? —le preguntó otra mujer emergida del montón.

—¿Eso? A veinte… —respondió con la misma amabilidad con la que se había dirigido a Alejandra—. Lo ha tallado mi hijo. Es exclusivo…

La conglomeración de gente fue poco a poco envolviendo y expulsando a Alejandra de las inmediaciones del puesto, mas ella no dejó de mirarlo. A sus cuarenta y siete años, recordó la efervescente sensación del sexo, sensación deliberadamente sepultada luego de su matrimonio y absolutamente instrumentalizada en los años juveniles. Ese cosquilleo era un subproducto hormonal del complejo físico humano. Ella lo había aprovechado para sus objetivos y, luego, supuestamente conseguidos, no había más que refrigerarlo para que no estorbara.

El problema es que al «refrigerarlo» se «refrigera» la vida, lisa y llanamente. Y la vida aúlla en estertores de vacíos existenciales, afectivos, en este caso. Sí, era tan lindo sentirse importante para alguien…

Sin embargo, el minuto de libertad había expirado. La señora Palacios Carrera se alejó con su majestuoso andar. Las cosquillas hormonales le dolían, sangrando años de inmovilidad.

III. Naufragio

Un cuerpo enfermo es un sepulcro viviente de un alma viviente; un alma enferma es un sepulcro viviente de un cuerpo viviente. Cuando la vida duele, la sensación de realidad se altera, de tal suerte que lo que acontece resulta increíble de algún modo. Así escuchaba Alejandra las palabras de su marido.

—Me voy de esta casa. ¿Entiendes, Alejandra? Me voy. Quiero el divorcio.

Aquel castillo construido día a día con tanto sacrificio, tanto riesgo, tanta negación a otras cosas se le estaba disgregando como sal en el agua. La inmediatez del abismo la atontaba.

—Alfredo…, no me puedes hacer esto. Nunca te hice «historias» con tus novias. ¿Por qué quieres divorciarte? ¿Qué poder ha tenido la puta de turno para que quieras vivir con ella?

—No es la «puta de turno». No es lo que estás pensando. Es que así no va más. ¿No te sientes harta de tanta mentira? Te casaste conmigo por interés. Tuviste a tus hijos para extorsionarme y no sabes ni siquiera ser madre. ¿No te das cuenta de lo que pasa en esta mierda de familia?

—¡Ah! Claro. Échame toda la culpa a mí. Yo me desvivo por darles a mis hijos lo que yo misma no tuve. ¿Por qué dices que soy mala madre? Nadie ve lo que sufro. Tú eres un mal marido, mal padre, ellos son malos hijos. Te revuelcas con cualquiera. Ellos no me hacen caso. Si les prohíbo salir, lo mismo salen. ¡No sé qué hacer! Y tú, en lugar de ayudarme, me echas la culpa. ¡Y ahora te quieres ir! ¡No entiendo! ¡No entiendo nada!

—No entiendes nada porque no te conviene. La psicóloga de Roxana te ha dicho mil veces que ella busca, en el suicidio, llamar la atención. Lo que necesita es cariño.

—¡Pero no se deja querer! No puedo conversar con ella. No hay forma, es cerrada. ¿Crees que no lo he intentado? Pero no puedo. Me aleja de su lado. Se encierra en su cuarto, se va con sus amigas, no me hace caso, y eso que le doy todos los gustos. ¡Ya quisiera yo haber tenido las oportunidades que tiene ella! No tiene que lavar los

platos, no tiene que esperar hasta el otro mes para comprarse algo, no tiene que avergonzarse, frente a sus compañeras, de la casa, del auto o de la ropa. Tiene todo de marca, todo lo que se usa, tiene acceso a lo que quiera y tiene empleadas que le cocinen y le laven. ¡No le falta nada! Si quiere llamar la atención, no entiendo qué es lo que reclama. No entiendo qué le falta.

—¡Amor, Alejandra! ¡Amor!

—Y sí la quiero… Pero convengamos que, con el puro amor, no se come, no se vive. Yo la amo, le doy todo lo que necesita.

—Pero es algo más que cosas. Es también tu preocupación por la escuela, por sus sentimientos, por su mundo interno… ¡Qué sé yo!

—Alfredo, no puedo con ella. Me odia y no sé por qué. Todo lo que hace es para vengarse de mí, para hacerme sufrir. Ella me odia. Igual que Ezequiel. Él tiene todo, todo, absolutamente todo lo que yo hubiese querido tener en su lugar… ¡y no sé por qué se muestra tan agresivo! Es chinchudo, malhumorado, yo le hablo y me gruñe. Siempre grita. No entiendo, no entiendo nada. ¡Y encima tú me quieres dejar sola con todo!

—De ellos no me voy a separar. El asunto es nuestro. No tiene sentido que sigamos con esta farsa.

—¡Pero Alfredo…! —gimió.

Estaba lisa y llanamente acorralada. No tenía argumento alguno a su favor. Que el matrimonio representaba una comedia era una verdad tan sentida y vívida que era imposible ponerla en duda.

—¿Por qué no podemos seguir así? —continuaba ella tras una cortina de lágrimas desesperadas—. Jode todo lo que quieras, pero no nos divorciemos…

—¡Qué poca dignidad tienes, Alejandra! Me das asco. ¿Qué crees que soy? ¿Una cosa que te sirve para tus objetivos? Sí, eso soy para ti. Eres un asco de mujer. Fría, calculadora, narcisista. ¿Y todavía no entiendes lo que pasa con tu vida? No tienes ni una fibra humana. Arpía materialista.

—¡Cállate! —chilló, profundamente ofendida—. ¡Cállate! Hipócrita. ¿Y qué eres tú? Un viejo verde que se alza a cualquiera. Desde una puta fina hasta una negrita barata. No dejas un plato sin probar.

—¡Me voy! —Ofuscado, salió de la habitación dando un violento portazo.

Se cerró la puerta. Se cerró la misma puerta que hacía diecisiete años había abierto con tanto esfuerzo, la puerta en la que Alejandra Flores devino en Alejandra de Palacios Carrera…

El divorcio le implicaría necesariamente cambiar de círculo, de amistades, de lugares. En realidad, no era eso lo más dramático, al fin y al cabo, dinero continuaría teniendo, quizás un poco menos, y los círculos sociales se abren y se cierran constantemente. El *quid* de la cuestión estaba paradigmáticamente metaforizado en la puerta.

Se cerró la puerta. Diecisiete años de angustia y sometimiento invertidos en el infierno del absurdo. Porque la buena vida de la señora Palacios Carrera tenía su altísimo costo: un marido ni amado ni amante, una familia irreal, la compulsión a las compras, el minucioso estudio de los comportamientos, las opciones basadas en las costumbres y no en el ser. Es decir, una larvada carga de frustraciones pequeñas en miras al cumplimiento de un gran objetivo existencial. Y ahora, herida tras la puerta cerrada, ese gran objetivo

también había naufragado; y al peso de ese naufragio se le iban sumando uno a uno los anteriores fracasos más pequeños.

Resultado: alienación.

Exánime, tendida como muerto sobre el lecho irrealmente «nupcial», gimió hasta consumir lo más ínfimo de sus energías. Luego tomó del bolso sus salvadoras pastillas relajantes y, al hilo, engulló cinco.

No descansó ni durmió: simplemente perdió la conciencia.

IV. El retrato

Cuando abrió los ojos, su ser no era más que un conjunto de automatismos que lograron sacarla de la cama, acicalarla frente al espejo, vestirla con sus vaporosas prendas y eyectarla de su casa para dejarla nuevamente en el bar enfrentado a la universidad.

Se sentía a años luz de distancia con respecto a todo lo que la rodeaba. Detrás de sus anteojos oscuros divisaba sin atención el bullicio reinante.

Al dirigirse a la facultad, su piloto automático sufrió una suerte de disfuncionalidad. Al parecer, el problema estaba radicado en el área hormonal, pues en ese preciso momento, como ayer, se sorprendió a sí misma conmovida interiormente ante la vista del pintor, cuyo nombre recordaba que era algo así como «Gabriel».

—¿Cuánto me cobras para retratarme? —inquirió a quemarropa al artista, que estaba por entonces abstraído en una conversación con la artesana de los tejidos, lindante a su puesto.

—¡Cómo le va, señora! —saludó cortésmente, volviéndose a ella —. Por retratarla, cincuenta pesos. Para hacer el cuadro, depende de la calidad que desee. Usted ayer estaba observando este. —Y le señaló aquel que había atraído la atención de la profesora de arte—. Para resaltar la belleza de su rostro, este tipo de marco es ideal. Si eligiera algo así, le saldría en total ciento cincuenta pesos.

—¡Ciento cincuenta pesos! —exclamó, según una muy mala, e igualmente muy arraigada, costumbre suya, pues el precio le pareció no solo justo, sino incluso inferior a la calidad artística del trabajo—. Por cien pesos compro muchas otras cosas más útiles.

—Pues bien…, cómprelas nomás —replicó, sin atisbo de ironía.

El lugar amenazaba con nutrirse de personas, por lo que, resignada, Alejandra se decidió por el retrato.

—Pero ahora no puedo —aclaró—, tengo que dar clases. Me desocupo como a eso de las once de la mañana. ¿Puede ser?

—Es buena hora también para mí. Para entonces, mi mujer llega a atender el puesto, y de esa forma podemos ir a un buen sitio donde retratarla.

«Mi mujer». Por algún misterioso motivo, la expresión le resultó agresiva. No obstante, sin despedirse, acudió a su rutina laboral.

La tarea docente le resultó, como siempre, un insufrible paso no solo lento, sino incluso, por átomos de tiempo, rayano a lo inmóvil, de tal suerte que se sintió en verdad aliviada cuando, a las once y cuarto, se encontró nuevamente frente al puesto del pintor. Una mujer («mi mujer») estaba al lado de él. Deliberadamente, Alejandra le negó cualquier atención: no reparó en ella, como si se tratara de un fantasma o de un ser incorpóreo e irreal.

—Aquí estoy —le dijo al hombre, nuevamente sin saludo ni introducción de cortesía social—. ¿Cómo hacemos?

—¿Prefiere algún paisaje de fondo especial?

—No tengo mucho tiempo, así que decide por lo más a mano.

El artista, sin dejar de conversarle, la dirigió entonces a la plaza situada en la cuadra próxima a la facultad.

—Usted tiene unos rasgos muy particulares. Parece una deidad emergida de la tierra. Le convendría estar rodeada de plantas, quizás de los jazmines que enredan la glorieta…

La plaza estaba atravesada por un estrecho sendero, rodeado de una serie de arcos esbeltos que se cubrían de una tupida enredadera, preñada de florecillas blancas cuya forma semejaba estrellas diminutas. Ellas sudaban un excelente aroma dulzón que embriagaba el ambiente ligeramente primaveral.

—Lo que sí, será necesario que se relaje un poco —le escuchó decir en medio de tanto discurso, mientras la invitaba, con un ligero gesto de la mano, a acomodarse en un anciano banco de piedra, emergido de la orilla del sendero—. Relaje sus expresiones, distienda los músculos de su frente…

Alejandra permanecía inusualmente muda. Con docilidad y, para su tamaña sorpresa, con agrado, se dejó acondicionar sus largos rizos negros por el artista, quien continuaba empecinado en armar su escena. Mientras Gabriel rociaba con pequeñas flores blancas la prolija cabellera de la mujer, no cejaba en su pedido.

—Distienda las cejas. La alegría da luz al rostro, es el mejor maquillaje. Entorne los ojos, deje libre al ángel de sus sueños… Déjese seducir por ese mundo infantil de la magia y el cuento de amor.

—Ese mundo…

—Sí, es un mundo irreal. Pero no importa, irreal y todo, cumple su función.

A pesar de ella misma, sonrió.

—Eso es —exclamó el hombre con cierto hálito de triunfo—. Esa sonrisa sienta a su cara como el agua en la sed. ¡Perfecto! No se mueva tanto, me va a tirar todas las flores que derramé entre sus cabellos.

—¡Más que pintor, pareces poeta!

—Y bueno, los artistas somos así. Podemos darnos ciertas libertades que otros no se conceden. La creación lo pone a uno en un cierto estado de… efervescencia. Como una embriaguez mística. —El pintor se sentó en el banco enfrentado al de ella y desplegó, delante de sí, su caballete—. Tal vez sea porque modelamos la masa amorfa de la realidad según indefinidas formas del mundo desiderativo y fantástico. Belleza, amor, pasión, esperanza… — Acomodó su bloc en el caballete, realizando una vistosa danza con su mano derecha frente a la hoja, tal vez como un ritual de inicio de su tarea.

Ese movimiento, que apenas le habría robado tres segundos al tiempo, sumergió la momificada alma de la profesora universitaria en una suerte de vago recuerdo, doloroso y gratificante a la vez. Las frágiles y arbitrarias puertas divisorias entre el presente, el pasado y el futuro se diluyeron en su corazón, y por espacio de esos momentos creyó estar viviendo algo ya vivido o algo por vivir, y que, de todas formas, le imprimió una notable lejanía con la realidad de sus preocupaciones. Ni Alfredo ni Roxana importaban; era como si nada le perteneciese. O, mejor dicho, lo que en ese singular instante

pareció pertenecerle fue algo realmente propio, como un amigo del pasado: una caricia, un beso, un abrazo… Algo. O alguien. Su conciencia acusaba recibir, como un lejano eco, una indefinible gratificación cuya forma concreta estaba desleída por una negación a la memoria. Negar la memoria es negar la identidad; sin embargo, la identidad busca surgir según infinidades de modos. Una punta, una brizna, un roce, un susurro de esa memoria afectiva estaba tímidamente asomando a la mente de Alejandra.

Recuerdo remoto y desleído…

—Su rostro está cada vez más hermoso. Por lo visto, está logrando relajarse.

Nuevamente, sus firmes labios masculinos dibujaron una extensa sonrisa. Cabello dorado, ojos verdes que resaltaban sobre una tez levemente tostada, cejas espesas y claras. Un par de arrugas surcaban débilmente ese rostro que parecía mágicamente armonizar la frescura de la juventud con la serena firmeza de la madurez. Una combinación nada despreciable. El sol se deslizaba por su singular perfil, acentuando el magnético aire que generaba en torno a sí, sobre todo pronunciado en su artística concentración sobre la obra. Su mirada de plata recorría las facciones de la bella señora para luego imprimirlas en el papel.

Entre ambos se entretejió una atmósfera densa de una concentración especial. Alejandra, poco a poco, fue permitiendo que esa sensación lejanamente conocida invadiera cada gota de su sangre. Algo, como si el inmaterial oído del alma recibiera los acordes de una melodía vagamente sabida, la hacía revivir sensaciones provenientes de un recuerdo milenario.

Él continuaba imbuido en su mundo, del cual, quizás, nunca salía. A los pocos minutos, su diestra mano transformó el insulso papel blanco en un rostro vivo, que sorprendió por esa misma vitalidad a la propia mujer. Sabía que aquellos eran efectivamente sus rasgos, pero no se hubiera reconocido jamás en ese semblante de belleza mística, serenidad en la mirada, dulzura en los labios apenas desplegados, pasión por la vida reflejada en su frente abierta. Ese retrato, su propio retrato, parecía querer hablarle.

—Eso está realmente lindo —exclamó, contrariando la habitual mala educación con la que se dirigía a quienes suponía por debajo de ella en la escala social.

—Gracias. El lunes lo tendrá listo, enmarcado y todo. Le dije que este cuadro luciría espectacular en la pared de su hogar.

—¿Hogar?

Había logrado, quizás por primera vez en muchos años, sentirse algo mejor con respecto a sí misma sin ayuda de fármacos, pero esta palabra, irónica para su situación, la retrotrajo a la realidad de su miserable vida.

—Es muy probable —continuó él, sin saber, desde luego, el efecto que había causado su inocente vocablo en el corazón de la improvisada modelo— que el lunes la atienda mi hijo. Él es un excelente escultor.

—Parece que la tuya es una familia de artistas.

—Sí, es una familia bastante particular.

Finalizando su labor, él fue acomodando ceremoniosamente todos sus utensilios. Plegó el caballete y, con sutileza, fue haciéndole entender a Alejandra, quien todavía seguía en pose, que la tarea ya había arribado a su fin.

Muy a su pesar, ella se incorporó.

—El lunes busco el retrato entonces —replicó—. Espero que cumplas con tu palabra y esté listo.

—De eso no tenga dudas. Acá le entrego mi tarjeta, por si quiere algún otro tipo de retrato. —Del bolsillo de su camisa, extrajo un cartoncillo rectangular color crema—. El jueves de la semana que viene, en el Palacio Ferreyra, realizo una exposición de mis cuadros.

—¿Una exposición? —replicó, profundamente anonadada. ¿Un artista callejero podría hacer una muestra y en semejante lugar?

—Soy un artista excéntrico, señora —aclaró, como si le hubiese leído el pensamiento—. Mis primeras exposiciones las realicé mendigando lugares, invitando gente que, de hecho, no podía pagar más de diez pesos la obra. Pintaba por encargo, cualquier cosa. Con mucho esfuerzo, a pulmón, gané una beca para especializarme en Italia. Allí adquirí cierta fama, a tal punto de que hubiese podido tranquilamente quedarme y vivir con mi familia en Europa, pero decidimos volver.

—¿Me estás hablando en serio? —Le pareció que Gabriel deliraba.

—Yo elijo vivir como más me guste. Pinto para todo público: desde hombres y mujeres de campo, rostros anónimos de ciudad, hasta celebridades de varias ramas: diplomáticos, artistas y personajes públicos. También diversifico enormemente el lugar de mis exposiciones, voy de lo popular a lo refinado. Eso sí, siempre con buen gusto. Vendo mis obras tanto en galerías famosas como en el puesto callejero.

—O tú deliras o estás loco.

—Si no entendiera su desconcierto, tendría que sentirme ofendido ante sus palabras. ¿No tengo talento, acaso? Usted misma lo ha dicho. No me avergüenzo en reconocer que he surgido de la nada, a pura fuerza de talento y voluntad. Provengo de una familia pobre: en mi infancia he sufrido hambre. Desde los doce años repartía mi tiempo entre el estudio, las artesanías y la venta callejera. La única ayuda que me dio la vida para lograr todo lo que logré fue una excelente mujer, que desde mi juventud está conmigo y me ha apoyado en todo. Ella también es artista, ¡pinta muy bien!, pero se ha dedicado más a la escultura. Igual que yo, ella surgió desde abajo: la peleamos juntos. Talento y esfuerzo. O mejor: esfuerzo y talento. Logramos abrirnos camino gracias a una férrea disciplina, pero, fundamentalmente, por el apoyo mutuo.

—No entiendo. Si consiguieron el prestigio como para exhibir y vender sus obras en galerías europeas…, ¿por qué tienen un simple puesto en la puerta de la facultad? Están a la intemperie, en medio de un público que poco puede apreciar el talento.

—Porque se aprende mucho de la inmediatez con la calle.

—¿Aprender qué? —replicó, francamente desconcertada—. Estar en la calle no ayuda al buen nombre. A este mundo no le importa la idoneidad: hay que conquistarse el renombre, la fama, para eso hay que actuar de un modo socialmente valorable.

—Yo no me guío por eso. Hago lo que me gusta. Si los demás no entienden mi modo de proceder, problema de ellos. En la calle aprendo mucho de la vida, y ese es el tema de mis cuadros. Por eso me sirve continuar como artista callejero.

—¿Cómo te puede gustar atender un puesto callejero, como si fueras un artista vulgar?

—Los gustos, las comodidades y lo que se disfruta en la vida siempre dependen de nuestra cabeza. La cultura nos modela los gustos, nos modela el paladar, nos modela lo que consideramos cómodo o incómodo. Aunque mi mujer y yo somos parte de una cultura y, de algún modo, nos debemos a ella, también nos sentimos libres. Somos libres de la sociedad de consumo. Eso nos permite comportarnos según nuestros propios objetivos, sin importarnos el «qué dirán». Por paradójico que resulte, lejos de percibir que perdemos oportunidades por nuestras elecciones de vida, precisamente es gracias a ellas que obtenemos nuestro éxito.

—¿El éxito? ¿Cuál éxito?

—¡Elegir la vida! Y, sobre todas las cosas, tener claridad sobre los propios deseos, para orientar hacia ellos nuestra elección.

—¡Claridad sobre los propios deseos! Nada más fácil. Los deseos están a la mano de cada uno. Basta cerrar los ojos y ya nuestra fantasía nos representa el objeto deseado.

—No, señora, no se engañe. Tomar conciencia de nuestros auténticos deseos es una tarea que puede llevarnos la vida entera. Las más de las veces, deseamos realizar un proyecto de vida marcadamente impuesto por la sociedad: ser «alguien», es decir, una persona que pueda consumir infinidad de productos, de todo tipo. Por eso, nuestra fantasía, que difícilmente es libre de esta imposición, representa los objetos «socialmente deseables» y no los que realmente necesitamos para el éxito individual de nuestras vidas.

—No te entiendo. Si de hecho vivimos inmersos en la sociedad y queremos ser «alguien» —acotó, demasiado dolida por las palabras del pintor —, ¿qué hay de malo? ¿No es lo lógico, acaso? Si quiero

tener todos los lujos que se me vengan en gana, ¿cuál es el problema? ¿Por qué no voy a disfrutar del fruto de mis esfuerzos?

—Usted tiene razón: no me entiende —respondió con paciencia, mientras iniciaba una marcha lenta hacia su querido puesto—. No juzgo a quienes no miran las cosas como las miro yo. El que disfruta la vida produciendo y consumiendo, que la disfrute nomás… El problema viene cuando no se la disfruta, cuando las cosas obtenidas no llenan la vida. Como en mi caso. Nunca quise renunciar a la idea de vivir del arte, de buscar lo bello de la vida, de vivir sintonizando las energías más profundas del universo: esa especie de éxtasis que me sumerge en el mundo de la creación artística. Era un excelente alumno, mis padres me instaban a que estudiase abogacía, pues tal vez en esa rama habría progresado como progresan todos, pero yo seguí con mi arte y mis ventas callejeras.

Mientras marchaban hacia la universidad, ella escuchaba el discurso que, por momentos, le parecía sumamente incomprensible, y por otros, le resultaba profundamente agresivo, sin ella misma comprender ni lo uno ni lo otro.

—Más allá del deseo de mis padres —continuó Gabriel—, más allá del deseo social que mide el progreso personal en la adquisición de la capacidad de consumo, me arriesgué a optar por lo que me dictaban mis propios deseos: pintar y hacerlo lo mejor posible. Y bueno, con mucho esfuerzo y disciplina, lo conseguí. Estoy satisfecho de mí y de mi vida, pero todo eso dependió de seguir el curso de aquellos deseos que me representaron más de adentro.

—Ese discurso me parece de conformistas. Detesto a los conformistas. Detesto a los que alaban el estado de pobreza como

una virtud. Me parece discurso de perdedores. ¿Qué sería de la vida si no tenemos ambición?

—La ambición y el deseo de progresar son los motores de nuestro impulso vital. Una vez que llegamos a un estado deseado, si no aspiramos al inmediato superior, nos viene el aburrimiento y, con él, la muerte. Lo que yo creo es que entender ese progreso y esa ambición únicamente en el plano del tener (como es lo que interesa, y por lo tanto fomenta, esta sociedad de consumo) hace que se dejen de lado otros aspectos que son fundamentalísimos para el éxito: la espiritualidad, la reflexión, la belleza, la gratuidad; y, por supuesto, el amor, la familia, los vínculos.

—¿Se puede saber qué entiendes por éxito?

—Y bueno, de hecho, que el éxito depende de los propios objetivos, y estos, a su vez, de los deseos. Yo deseo tres cosas: Dios, arte y amor. Elegí el arte, teniendo realmente poquísimas oportunidades de progresar en eso, sobre alguna carrera convencional; después, cuando ya tenía cierta fama, elegí crear aquello que realmente me representaba sobre las demandas del «mercado»; elegí el amor de una sola mujer, teniendo posibilidades de formar pareja por interés.

—¡Idiota! —exclamó, profundamente enervada. Por suerte, sus letras fueron moduladas lo suficientemente bajas como para no poder ingresar en los semicírculos concéntricos de las orejas del artista.

—Y sí… ¿Vio? En los ambientes refinados donde realizo algunas de mis exposiciones suelo encontrarme con mujeres ricachonas aburridas, que quieren vivir un idilio romántico con un bohemio como yo. Si hubiese querido hacer plata fácil, la hubiera hecho

nomás. Pero mi mujer vale oro. Ella ha estado conmigo literalmente en las buenas y en las malas. ¡Literal! Empezamos juntos, con mucha disciplina, invertíamos lo poco que ganábamos en cursos y talleres que nos hicieran crecer en lo nuestro. Un detalle: a ella siempre le gustaron los perfumes caros, y al comienzo de nuestra unión, si alguna vez teníamos como para adquirir alguno de esos, ella prefería dármelo a mí, para que comprara materiales más refinados con los cuales elevar la categoría de mis obras… Fue así hasta la beca. Nos fuimos a Europa y, en un comienzo, nos ajustábamos mucho con tal de lograr la superación en lo que hacíamos. Hasta que adquirimos cierta notoriedad… Entonces se nos fueron abriendo puertas insospechadas… y así. Por supuesto, cuando ya nos sentíamos algo más aliviados económicamente, lo primero que le compré fue el perfume de sus sueños. ¡Yo le debo lo que soy a ella! ¿Cómo podría engañarla? Sería una mierda de ser humano.

Alejandra sentía bramar la rabia dentro de todas y cada una de sus venas.

—Por eso no me despego de la calle —continuó relatando con ingenuidad, mientras arribaban al puesto—. Y lo disfruto. Aprendo mucho, y ese es el contenido principal de mi obra. Aprendo de la gente que viene y que va. Por eso pongo a mis hijos también allí: estudian lo suyo, se perfeccionan, pero lo mejor de cada uno siempre está en el interior. Por eso les enseño a aprender de la calle, de la gente, tanto de los pobres como de los ricos, de los aborígenes y de los europeos, de las mansiones y de las villas de emergencia.

Llegaron. Alejandra hervía de enervación, como si todo lo dicho por Gabriel fuese justamente en contra de ella. Efectivamente,

muchos la criticaban por cosas distintas; todo el mundo le echaba la culpa de su fracasado matrimonio, de los pésimos caminos que estaban transitando sus hijos… ¡Pero este pintor, sin nombrarla ni saber nada de ella, la había destrozado con su larvada crítica! Aunque no fueron palabras de él, pero, de pronto, se sintió una ricachona frívola, sin valores, sin espiritualidad, egoísta y vanidosa.

—El lunes vengo por el cuadro —replicó bruscamente—. Sigo pensando que ciento cincuenta pesos es una barbaridad. Pero bueno, ya está.

El hombre quedó sorprendido de cómo su modelo desapareció de allí, como si huyera del diablo. Pero, lamentablemente para la pobre Alejandra, el diablo estaba muy dentro de ella. Por más que se hubiera alejado de aquel sitio con la velocidad del rayo, nada pudo hacer para acallar las voces internas que clamaban por todos los rincones de su ser.

En un arrebato, cuando estaba abriendo la puerta de su auto, quiso convertir en añicos la tarjeta del artista, pero las negras letras que dibujaban el nombre la detuvieron en seco. Gabriel García. Gabriel García. Gabriel García. ¡Por Dios! ¿Sería una coincidencia? ¡Por Dios!

¡Qué vida puta! ¡Qué puta vida!

V. Un Gabriel García que no puede ser Gabriel García

El ocaso moría su sol en otro lúgubre —en este caso, oscuro al paroxismo— día de Alejandra. Su mansión de barrio privado, cada tanto surcada por alguna que otra servidumbre cumpliendo su mecánica tarea, figuraba desierta y helada, como si el vacío comunicacional entre sus miembros repercutiera físicamente en el ambiente.

Las pertenencias de Alfredo eran huellas tibias de un pasado reciente. Él ya se había ido. Sus cosas transpiraban ese tipo de presencia que hablan a gritos de una ausencia repentina: su guardarropa, su cuarto, su escritorio, su estudio, su computadora, su sillón favorito, su bar donde preparaba los tragos, su…

La abatida mujer se sentó frente al espejo. Aquel rostro reflejado en el cristal, siendo el mismo, era diametralmente opuesto al retratado por Gabriel: sus bellos y cuidados rasgos alojaban un gesto alienante, desagradable, gélido. No tuvo ánimo para acudir a su turno de masajista, ni siquiera para solicitarlo a domicilio.

Algo herrumbrado y fermentado circulaba en el interior de su alma: algo pesado y doloroso que, sabiendo perfectamente lo que era, quiso ignorarlo por completo. Por entonces, la cotidiana empresa de huir de sí le estaba costando demasiados esfuerzos. Para colmo de males, no lo lograba del todo.

Intentó ver su propio rostro en el espejo, como para decidir qué hacerse en el cabello en el día de mañana, pero no consiguió verse. Lo veía a él.

Sí, a él. Ese maldito pintor callejero. Quiso barajar su tarjeta para hacerla añicos, y en lugar de eso la depositó en la mesita de luz, bien a la vista. La figura de él le conmocionaba las entrañas. Sus palabras inundaban su ser de un informe sentimiento amalgamado

en admiración, odio, agresión, culpa, desprecio, rechazo y atracción. Mas el verdadero remate lo dio el haber leído el nombre y el apellido…, Gabriel García.

Gabriel García. Un apellido tan común como el de ella misma: Flores. Un pasado también común: la pobreza. Solo que a Alejandra esos argumentos de «ser libre frente a la sociedad de consumo» no le cuadraban bajo ningún punto. Ella, desde muy pequeña, sintió no tanto el hambre —pues, si vamos al caso, no lo pasó—, sino la vergüenza de no tener una mejor casa, mejores vestidos, mejores juguetes, mejor apellido. Por eso, su único afán fue progresar en la escala social… Y lo había conseguido. ¿Por qué cuernos sucedía todo lo otro?

Gabriel García no podía ser, bajo ningún punto de vista, Gabriel García. Debía quedarse tranquila: Gabriel García nunca llegaría a ser Gabriel García.

¡Para colmo de males! (parece que los males caen en un pozo sin fondo, de tal suerte que siempre cabe la posibilidad de que alguno más se sume), sí, para colmo de males, ese absurdo artista había ponderado a su mujer como si fuera un dios. Sería seguramente un cornudo. Lo más probable, para poder interpretar acabadamente el discurso de este pintor, era sospechar que el mismo deliraba. No debía tener ni un cospel en el bolsillo. Si realmente tuviera fama —plata, para decirlo propiamente—, no estaría vendiendo artesanías en un puesto callejero ni se tomaría la molestia de pintar por ciento cincuenta pesos. El tipo deliraba. Seguramente la exposición en el Palacio Ferreyra era también un delirio. O tal vez sus cuadros formarían parte de alguna colección municipal, de esos

emprendimientos estatales que quieren revalorizar autores autóctonos…

Como sea, no quería pensar más en ello. En realidad, no quería pensar en absolutamente nada más. Se preparó un baño de inmersión mientras refrescaba su lengua con un trago excesivamente largo. Como quien actúa un rito, se desmaquilló, se desvistió y se sumergió en las tibias burbujas de su jacuzzi. Su consciente comenzaba a adormecerse, sin embargo, paradójicamente, mientras más se adormecía, con mayor nitidez dibujaba en la pantalla del recuerdo vivo el rostro de él.

Gabriel García. De quien se tenía que quedar absolutamente tranquila, porque no podría ser Gabriel García. Bajo ningún punto de vista.

Luego del baño que pretendió ser regenerador, tomó —como parte del ritual— las cinco pastillas acostumbradas. Su cuerpo empezó a sentir la pesadez plomiza de los sedantes… No obstante, su mente continuó haciendo lo contrario a lo que necesitaba evitar: fabricar ideas. Mas la pesadez avanzaba y, por fin, los pensamientos se le hicieron confusos e impersonales; se movían de un lado a otro, como si giraran en falso. Bueno, casi siempre giraban en falso, solo que, en algún momento impreciso, pudo por fin no percibirlos.

VI. Señora de García

Jueves fue el mediodía en que el caballero la retrató tan diestramente. Lunes, el momento en que debía buscar su obra. Si los cálculos son universales y correctos, estaríamos de acuerdo en

que, entre ambas fechas, debieron transcurrir cuatro días. En la psicología destruida de la exesposa de Palacios, parecieron cuatro años.

A las ocho estuvo en el café acostumbrado; a las nueve menos cinco atravesó la explanada como alma en pena; a las nueve, en primer año de la facultad de arte; a la diez y media, conversaba animadamente sobre su próximo viaje a Egipto en la sala de profesores; a las once, en segundo año de la facultad… A las doce, ¡por fin las doce!, atravesó de vuelta la feria callejera. Entonces se dirigió al puesto en cuestión.

No había más que un muchacho detrás del mostrador, absorto en un libro. A juzgar por el limitado ángulo de visión que le ofrecía la distancia, pensó que no era muy parecido al padre. Cuando llegó donde él, este levantó instintivamente los ojos.

—¿En qué la puedo ayudar, señora?

El muchacho sonrió, y eso lo hizo muy distinto, pero, en realidad, el parecido era tan grande que la propia Alejandra no pudo menos que permanecer unos cuantos segundos congelada, sin posibilidad de reacción.

—Señora —insistió el mocito—, ¿se siente usted bien?

—Sí, solo que…, no importa. —Intentó recomponerse—. Mi hijo está enfermo y tú debes tener su misma edad. Es una tontería. Está bien.

—Lo siento. Deseo que su hijo se restablezca pronto.

—Sí, no es nada grave, pero ya ves cómo somos las madres.

—¡Exageradas! —exclamó con una ingenuidad pueril—. Todo lo exageran…

—Y bueno… —murmuró con un dejo de gusto ante la cierta queja del joven por su madre, esa misma mujer tan alabada por el propio marido: Gabriel García—. Pero yo soy una madre «piola»; entiendo muy bien a mis hijos y no les hago «historias» si quieren disfrutar del sexo, si toman por ahí un poco de más o si se les ocurre probar algo de droga… Lo de todo adolescente normal.

Él abrió desmesuradamente los ojos en señal de hondísima sorpresa.

—Sí —afirmó con un inconsciente deseo de sentirse superior, al menos en cuanto a madre, a la mujer de… Gabriel García, que, de hecho, no podía ser Gabriel García—. Yo no los fastidio con moralinas, porque sé y entiendo todo lo que es su mundo. Son adolescentes, es normal que se comporten así. Que aprovechen ahora la vida. Si no… ¿cuándo? ¡A disfrutar la vida, nomás! ¿Qué te parece?

—Yo no tomo ni me drogo, señora…

—¡Vamos! ¿Acaso me vas a hacer creer que solo estudias, haces deportes y por las noches duermes?

—Pues… sí —contestó, encogiendo los hombros.

—¿Qué? ¿Eres de aquellos «bochos» que tienen diez en todo, que reciben diplomas y la bandera?

—No. Me cuestan mucho las matemáticas. La de la bandera es mi hermana mayor.

—¡Qué hijos ejemplares! —replicó en un tono agresivo que, por suerte, el joven no captó—. Estudian, trabajan, no se drogan, no se emborrachan. ¿No te parece demasiado aburrido eso?

—A mí me gusta hacer artesanías, especialmente modelar con arcilla. Mire, esos maceteros son míos.

El adolescente señaló una hilera de ellos, de todas formas y tamaños, que se encontraban a la derecha de él.

—Ese me gusta —afirmó la mujer, señalando uno de dimensiones importantes.

—¡Qué viva! —exclamó, riendo tiernamente—. Ese lo hizo mi mamá.

Alejandra no sabía por qué, pero la continua referencia a esa mujer ausente («mi mujer», «mi mamá») hacía espesar la sangre dentro de sus venas. «Excelente esposa», «excelente madre». ¡No puede ser! ¡Todos fabulan y mienten!

—Bueno. Se me hace tarde. —Cambió bruscamente el tono de voz—. Solo venía a buscar el cuadro que me hizo tu papá.

—Ah, sí, ya me parecía que era usted.

Se bajó de su silla esbelta, y el espacio del puesto solo le posibilitó realizar dos pasos hacia atrás para llegar a un soberbio cuadro finamente enmarcado.

—¿Y por qué te pareció que era yo? —inquirió, como si se estuviera defendiendo de un ataque.

—Por el rostro… —contestó, con una verdadera obviedad que avergonzó a la pobre profesora—. ¡Mírelo! —Y lo giró hacia ella, maniobrándolo con sumo cuidado y con gran dificultad a causa de su peso.

«A mis amigas les voy a poder decir que pagué por él por lo menos unos cien dólares», pensó, y era su forma de decir que estaba realmente hermoso.

—¿Cuánto es?

—Ciento cincuenta pesos. Si le interesa el arte, el jueves hacemos una exposición en el Palacio Ferreyra. La nueva colección

de cuadros de mi papá son el centro, pero también hay cosas nuestras.

—¿Nuestras? ¿Qué más hay?

—Esculturas de mi mamá y un trabajo mío en reciclado de latas. Son cosas distintas de las que están acá. A la exposición llevamos lo más destacado.

—¿Solo hay obra de ustedes? ¿O se trata de una exposición compartida con otros artistas?

—Solo nuestra. A partir del jueves, que es la inauguración, va a estar toda la semana.

—Por lo visto tú eres el preferido, porque solo exponen una obra tuya. A tu hermana la dejaron fuera.

—Lo que pasa es que mi hermana mayor se ha inclinado por el canto lírico. Le encanta cantar y actuar. Ella hace una presentación para inaugurar la exposición. Las mellizas son todavía chicas, y por ahora se dedican a cosas más simples. El bebé, en cambio, solo hace macanas.

—¡Ah! La «familia perfecta». Todo lo hacen juntos. —Y le extendió un billete de cien y otro de cincuenta, como si estuviera dando una limosna.

El muchacho lo tomó mientras acercaba el cuadro. Sí, realmente era muy parecido y, a la vez, muy diferente.

—Dime tu nombre —inquirió Alejandra, con una sorna insospechada—, tal vez llegues a ser tan famoso como tu padre y voy a poder decir a los otros que yo te he conocido desde chico.

—Ezequiel. Ezequiel García.

Alejandra se sentía profundamente agredida con todo lo que sucedía. Gabriel García —que más valía no fuera Gabriel García— y

ese chico «ejemplar» con su «madre ejemplar» y su «familia ejemplar». Aún más, el chico «ejemplar» dedicado al estudio y al arte que, según él mismo, no tomaba ni se drogaba, compartía la tarea con sus padres…, se parecía cien por ciento a su propio hijo. ¡Y no contento con esto, hasta se llamaba como él!

—Y sí voy a ser famoso. Porque tengo talento.

Esa frase le sonó tan, pero tan conocida que pensó seriamente estar loca.

«No puede suceder esto. Es una ironía muy grande. Sencillamente, no puede ser», se decía en su interior mientras se dirigía al auto. Todo esto de los García parecía armado en su contra. Un marido fiel, hijos —cinco, según pudo colegir de las palabras del muchacho— dedicados a los asuntos familiares, nucleados a través del arte, libres de los parámetros sociales, que se dan el lujo de hacer lo que quieren sin importarles el qué dirán… Encima, esa mujer: adorada por su marido, respetada por su hijo… Esa mujer, escultora famosa… ¡y la terrible coincidencia de los nombres: Gabriel García y Ezequiel! ¡Faltaba que la mayor, la de los diplomas y la bandera de honor, se llamara Roxana! ¡Y todo por culpa de la señora de… García! Será muy admirada y amada como esposa y madre…, pero era García. ¡Qué mersa! Cargar toda la vida con ese apellido vulgar. Ella, Alejandra, era en cambio una Palacios Carrera, bueno, en realidad una ex Palacios Carrera. ¡Pero por lo menos no era una García! ¿A quién cuernos le puede importar que seas una buena esposa y una buena madre, que tengas éxito en lo tuyo y que lleves adelante una familia unida si tienes un apellido tan vulgar como «García»?

«Voy a ser famoso porque tengo talento», le habría dicho Gabriel García. Solo que ella no le creyó, porque le pareció que, por mucho talento, siendo un García no llegaría a ninguna parte. Tal vez lo amara…, pero ¿qué era ser la «señora de García»?

—¡Mierda! —exhaló aquellos tan sentidos vocablos al aire primaveral del interior de su auto—. ¡Yo quise ser la señora Palacios Carrera y lo fui! No me equivoqué.

Contradiciendo su discurso mental, estuvo llorando como una niña por más de dos horas.

Sí, la vida era muy puta. Puta vida.

VII. Despunta una asesina

El drama existencial, coagulado en drama psicológico, que estaba atravesando Alejandra la sumió en una especie de niebla intelectual que le impedía percibir las propias frases del pensamiento en forma clara. Actuaba gracias a una serie de actos reflejos que manipulaban el derrotero de sus angustiosos días. Acudía al centro de compras, al estilista, a la modista, a los paseos, al té con sus amigas… como si sus piernas quisieran transportarla más allá de ella misma. No solo eso: hablaba del proyecto de su viaje a Egipto, reía ante los cotilleos de siempre, repetía las mismas preguntas y las mismas respuestas que conformaban la «conversación» entre las personas de su círculo. De verla actuar, cualquiera diría que la vida sonreía con una injusta generosidad a esta mujer ambiciosa, frívola y calculadora.

La realidad íntima era otra, desde luego. Pero gracias a ese conglomerado de comportamientos adiestrados, podía conducirse

con relativa normalidad.

La tarde de ese jueves primaveral se enfrentó al espejo y se probó por lo menos cinco vestidos y dos trajes, sin terminar de decidirse por ninguno. Se midió, con sus respectivas carteras que hacían juego, alrededor de cuatro pares de zapatos y tres de sandalias. Realizó tres intentos de recogido diferente, revolviendo todo lo que tuviera que ver con sus accesorios, para por fin decidirse por un vestido rojo entallado; sandalias doradas, bordadas con hileras de piedritas brillantes; un recogido que, aunque no era de peluquería, asentaba la belleza de sus rasgos en modo majestuoso; aros y collar de perlas; cartera dorada, adornada con piedritas brillantes también, que hacía juego, desde luego, con su calzado.

El cuarto quedó tan revuelto como si los armarios hubieran vomitado todo lo que contenían. Se maquilló con una atención digna de una artista de teatro. Luego perfumó todo el perfil de su cuerpo y salió a combatir.

Aquella empresa de emperifollarse resultaba símil a la unción en aceite de los gladiadores antes de la pelea: un ritual preparatorio para la guerra.

Así vestida, Alejandra se sentía como para ganar. Llamó a su chofer y se hizo conducir, radiante como una reina, hacia su destino.

La seguridad que exudaba en su modo de obrar, de hablar y de dar órdenes distaba años luz con respecto a la confusión de sus pensamientos. Solo cuando estuvo ingresando al Palacio Ferreyra tomó remota conciencia de lo que hacía.

Una sola consigna era clara en su gelatinosa mente: si Gabriel García era Gabriel García, quería decirle en la cara que ella no se había equivocado al dejarlo. Haya llegado hasta donde haya llegado,

él es y será siempre un vulgar García, en cambio, ella había conseguido ser una Palacios Carrera. Si alguien habría perdido en esa, su propia elección, era él, no ella.

Por cierto, era un absurdo, pues aun cuando Gabriel García fuera efectivamente ese Gabriel García, no la había reconocido. Pero necesitaba decírselo; en realidad solo necesitaba decírselo a sí misma.

Ingresó al singular edificio con la impostura de una estrella, actuando según la inconsciente fantasía de que todo el mundo le abriría paso, admirando su exquisita belleza. Entrando por el enorme pórtico, unos mozos le ofrecieron trago.

Una música suave envolvía el ambiente finamente decorado. Pronto se dio cuenta de que su vestido no resaltaba para nada: casi un centenar de mujeres resplandecían, escondiendo sus desnudeces en soberbios trajes. El ambiente entremezclaba refinados aromas exóticos.

Para su enorme y desquiciada sorpresa, nadie parecía percatarse de ella: se sentía un fantasma deambulando por la tierra de los vivos sin ser visto ni percibido. A juzgar por lo que todos miraban, produciendo ese típico movimiento de comentarios, esos putos cuadros eran el centro de atención de los allí presentes.

La pareja anfitriona irradiaba esplendor desde la esquina, donde moría la larga hilera de cuadros que tenía a su derecha. Ellos, es decir, la pareja, ocupaban toda su atención.

Por fin podía verla a ella. Su rival. En realidad, dada la distancia y la cantidad de gente que los rodeaba, no podía distinguirla con nitidez. Se dio cuenta de que vestía de azul, un traje tres veces más sobrio que el suyo, pero que le sentaba de maravilla. Intuyó su

elegancia y hermosura, con lo cual incrementó en grado sumo el absurdo odio hacia esa mujer no conocida.

Acomodados como islotes fluctuantes en medio del inmenso salón, se hallaban esculturas varias de todo tamaño y formas. Las personas deambulaban desde los cuadros a las esculturas, desde las esculturas hacia los tragos, desde los tragos hacia la pareja feliz. Alejandra intentó asilarse en el ángulo donde menos gente había, lo más lejos posible de ellos. Girando a su izquierda, se encontró con una formación monumental hecha de latas de gaseosas que simulaba un hombre robotizado. Dando vueltas en torno a esta figura, dos mellicitas jugaban distraídamente.

Nuevamente arrojó una mirada hacia sus larvados enemigos. Entre las cabezas de los presentes, pudo observarlos —por una fracción de dos segundos— abrazados.

«Estoy loca, no debe ser». Pero, tal vez como una mala jugada de su recuerdo que casi no le traía a la memoria nada de su pasado, con claridad creciente fue dándose cuenta de que el estilo de los cuadros coincidía con el de ese lejano Gabriel García, su primer novio, con quien jugaba a sentirse mujer hasta que él le propuso matrimonio. Entonces ella le confesó que tenía otros planes para su vida, que aspiraba a un estatus social diferente, que de su mano jamás lograría dichos objetivos. Poco tiempo después, conoció a Palacios Carrera.

Por eso le parecía una macabra ironía de la vida volverse a encontrar con aquel pintor de la calle. En un principio no había reconocido ni siquiera cuando él refería trazos de su historia, a causa del mecanismo de negación sobre su origen; pero ahora, los recuerdos —al parecer libres del bloque que los reducía al olvido—

afluían a su representación mental con increíble facilidad. Gabriel García había llegado a prosperar.

Loco bohemio, romántico idealista, había conquistado un buen lugar en el mundo artístico. Había conseguido una mujer que lo apoyaba y a quien apoyar en su propio proceso: era padre feliz de cinco hijos y, por lo menos los mayores, eran chicos dedicados al estudio y al arte. Lindos, ricos, famosos, sonrientes… Eso sí: excéntricos.

Ella no se hubiera aguantado el «García», los años de pobreza ni mucho menos el entremezclarse con gentuza que no perteneciera a su clase. ¡Y ni hablar de, con dinero y todo, continuar en la vida de la calle, como cualquier vulgar!

Por más que lo intentara de millones de formas, no conseguía distinguir límpidamente los rasgos concretos de su rival. Tan solo la veía, entre brumas, cálidamente rodeada del brazo de su marido, sonriendo a la gente que se le acercaba, conversando animadamente con todos; la muy hija de puta se mostraba feliz y exitosa… a pesar de ser la «señora de García».

En un momento dado, la mujer en cuestión dejó de lado su estática posición. Avanzó, sin dejar de prodigar sonrisas a diestra y siniestra, hacia el centro, y realizó un ademán de querer hablar.

—Buenas noches a todos.

La música funcional mermó su caudal. Un encargado le acercó el micrófono inalámbrico. La artista, encogiéndose levemente de hombros, como quien se resigna a una formalidad que no considera necesaria, lo tomó.

—Buenas noches a todos —repitió con una dulce voz que llenó el ambiente—. Gracias, queridos amigos, por estar aquí presentes en

este momento tan especial, donde presentamos la nueva colección de cuadros de Gabriel García: un pintor, como ustedes saben, de gran renombre no solo en nuestro país, sino también en Europa. Las obras hablan por sí mismas, no necesitan de nuestras mediocres palabras. Matizando los variados temas de cada pintura, ustedes pueden encontrar algunas de mis esculturas. Es tradición en nosotros presentar nuestras obras en conjunto: por suerte, no nos hemos dedicado exactamente a lo mismo, si no, seríamos competidores.

El público elevó una delicada risotada, a la que Alejandra replicó con un malsano gesto de repugnancia.

—Además, por primera vez tenemos el honor de presentar un trabajo del joven artista Ezequiel García, de apenas quince años. —Sí, quince, no contento con reproducir sus rasgos, su nombre, también tenían la misma edad—. Ustedes disculparán que la escultura de este novel artista no coincida precisamente con el estilo de todo lo expuesto, pero es una obra notable y refleja, siguiendo una técnica diversa al matrimonio García, el tema que nos es característico: la valoración de la libertad del ser. La inclusión de esta obra en nuestra muestra se debe a… que se trata de nuestro hijo. —Nuevamente, una ligera cascada de risillas—. Y por si les parece que somos padres demasiado orgullosos de sus hijos, los invitamos a apreciar algunas piezas líricas interpretadas por la soprano Roxana García, acompañada por Ricardo Ramallo en el piano…

Ricardo Ramallo, por fin alguien que no es García.

Risas. Aplausos. Los azules ojos de la ex de Alfredo Palacios lanzaban llamaradas de fuego ardiente, pero en vano: nadie notaba su desubicada presencia.

Asomándose por la esquina donde aún permanecía Gabriel, apareció un muchacho vestido de elegante frac que se dirigió a un relumbrante piano de cola ubicada en la esquina adyacente. En medio de una lluvia de aplausos, los presentes se fueron nucleando alrededor de él. Luego de que abriera la tapa del piano y se sentara en el giratorio taburete, hizo su entrada, por el mismo rincón donde el pianista, una esbelta joven que, envuelta en un singular vestido color crema de corte estilo romano, parecía una diosa raptada del Olimpo. Ella reposó levemente su humanidad donde el piano, tomó el micrófono como si a ello estuviera acostumbrada y se dirigió al público con una seguridad inalterada.

—Buenas noches a todos. Comenzaremos por interpretar el aria…

El ambiente comenzó a vibrar, embrujado por los apasionantes sonidos del piano diestramente manipulado. La niña desplegó sus labios, dando lugar a una melodía diáfana, profunda, penetrante. Su voz era especial, no obstante, algún músico experto podría darse cuenta de que le faltaba algo de estudio. Mas ello no impidió que al auditorio estallase en aplausos de admiración, que colmaron todos los espacios del recinto.

La presentación musical continuó con otras dos piezas más para culminar con el Vivo por ella, cantado a dúo con el pianista.

Los nutridos aplausos hablaban de admiración, alabanza y reconocimiento. Ella saludó como toda una artista: desplegó sus brazos, inclinándose levemente. Luego se elevó y lanzó un beso simbólico al público. La lluvia de aplausos intensificó su caudal.

Alejandra implosionaba de odio por todas las células que conformaban su maltratado cuerpo. Ella no se había dedicado precisamente al arte, puesto que sus objetivos existenciales eran

muy diversos. Sin embargo, algo le recordaba con creces la frustración de esa área tan suya. De pequeña habría soñado, en la infinidad del tiempo que representa la infancia, esa situación, esa mismísima situación que estaba viviendo la tal… Roxana García.

Con todo el odio acumulado en sus venas, un odio de altísimo voltaje, capaz de revertir el sentido con el cual gira la tierra, no tuvo más remedio que tomar conciencia de la verdad.

La verdad, la dura, la durísima verdad, pero nunca una verdad tan verdadera… Alejandra Flores cometió un craso error cuando despreció a Gabriel García; Alejandra Flores cometió un craso error cuando desoyó la voz del artista que llevaba dentro; Alejandra Flores se equivocó cuando pensó que la única herramienta para progresar en la vida eran su belleza y su audacia para conseguir un buen partido; Alejandra Flores se equivocó al pensar que Alfredo Palacios, por el solo hecho de ser Palacios Carrera, por el solo hecho de ser rico y médico famoso, era un buen partido… Por eso sentía odio, odio, odio. Odio a esa mujer que muy bien podría ser ella.

Cegada por su mortal furia, observó cómo el padre, la madre y los hermanos de la joven se reunieron donde ella. Se abrazaron y saludaron, para luego dispersarse por toda la extensión de la sala.

«Familia feliz. Bah, puta vida. Seguramente fingen».

Su odio la confinó al rincón más oscuro del lugar, de tal suerte que permaneció anónima, auscultando todo como si se tratase de un ladrón o de un asesino. ¡Un asesino! ¡Qué fantástica idea! El odio no solo era grande, sino irracional. ¿Qué se creía esa miserable señora de García? ¿Disfrutaría todo lo que ella no tenía? No, todos ellos estaban demasiado felices, algo malo les tenía que suceder. Alejandra les deseó con toda el alma y de todo corazón el mal, la

destrucción. Ella sufría, no podía, por lo tanto, ver feliz a los demás, y menos si se trataba de la mujer del novio que ella despreció. De algún modo, estaba en su lugar. No, esa mujer no podía seguir con vida.

Salió de allí como una sombra. Sin átomo de sentido común, le pidió al chofer que la llevara nuevamente a la mansión. Fue a su dormitorio y buscó un par de guantes que colocó en la cartera. Luego se dirigió a su mesa de luz, de donde sacó las minúsculas llaves del escritorio del médico. Allí estaba, y por buena suerte que estaba aún, el arma de Alfredo. Alejandra no solo no sabía disparar, sino que incluso ignoraba totalmente de qué modo comprobar si estaba cargada, pero nada de eso tuvo en cuenta, dominada por un estado de odio ciego y rancio.

Esa vez, condujo su propio auto. Retornó al salón.

Con una muy buena estrella para llevar adelante su plan liberador, llegó sobre la hora de cierre. Nadie le había dirigido la palabra, por lo que permanecía en lo más oscuro del anonimato. Nadie de la familia la reconoció. Apenas quedaban una docena de personas en la exposición cuando ella resolvió esperarlos afuera.

Por fin, luego de muy largos y tensos minutos, los vio salir a los cinco, conversando animadamente. Gabriel llevaba un niño en sus brazos, mientras que las mellizas de, probablemente, doce años iban de la mano de su madre. Roxana y Ezequiel, más independientes, estaban detrás de ellos.

Divisó el espacioso auto donde los siete fueron acomodándose. Como no era una tarea sencilla, Alejandra tuvo tiempo de ir al suyo, encenderlo y acercarlo ligeramente al de los García, sin ser notada. Como si fuera cosa de película, los siguió. Las calles céntricas

distaban en demasía de estar desiertas, por lo que pasar desapercibida era relativamente fácil; no así seguirlos, pues los semáforos le jugaban una mala pasada.

Cerca de la avenida Rafael Núñez, más precisamente a la altura del nudo vial, los perdió definitivamente.

—¡Mierda! Esa puta de mierda no puede hoy acostarse en este mundo.

Ni siquiera la amante de Alfredo le había despertado esa suerte de necesidad de suprimir a su rival. A pesar de haberlos perdido de vista, continuó por la avenida rumbo a Argüello. En eso, cerca de una pizzería, divisó el auto. Se detuvo. Al cabo de algunos minutos vio salir a los adolescentes del local, portando unas cuantas cajas entre sus brazos.

—¡Es una mersa! No tiene estilo. ¿A quién se le ocurre comprar pizzas en una pizzería! ¡Tanta fama para no darse cuenta que tiene que pedir comida a domicilio! Pero eres mía y hoy vas a morir.

Los García continuaron su marcha sin notar que no solo eran seguidos por un inminente peligro, sino que eran criticados por todo lo que hacían o dejaban de hacer. Doblaron en una esquina de la avenida y se detuvieron a mitad de cuadra. Alejandra, en cambio, bien cerciorada sobre cuál era la casa, siguió de largo para detenerse en la vereda de enfrente, cerca de la esquina.

La desquiciada mujer no reparaba en que tal vez no tendría modo de ingresar a la casa; que, aunque ingresara, por más guantes que tuviera, llevaba la cara descubierta; ni siquiera reparaba en el detalle de huir del lugar en el afortunado caso de que pudiese, de alguna forma, llevar adelante sus planes asesinos. En cambio, sus

pensamientos la llevaban a defenestrar el pésimo gusto con que la familia se hacía de una casa sencilla en un barrio aún más sencillo.

—¡Es una mersa!

Cuando llegó al domicilio, la familia ya había ingresado. Efectivamente, sus planes eran de una muy difícil, por no decir imposible, realización. Pero bueno, esperaría; tal vez, cuando esa puta saliera por la mañana. Y si no, ¿acaso no tenía suficiente dinero como para encargar el asunto a alguien? Sí, ella no podría menos que arruinar la vida de esa enfermiza familia «perfecta».

Cavilando en los mil improbables modos de realizar su vergonzosa empresa, Alejandra vio de pronto encenderse la luz del jardín que estaba a la entrada del «dulce hogar» de los García. Para su grata sorpresa, salió ella, portando una tosca manguera en sus manos.

—Yo tengo jardinero, tengo un jardín verdadero y no esta miseria de yuyos amorfos que tienes tú —masculló en la penumbra mientras le apuntaba.

El dedo se le paralizó en el gatillo cuando apareció él, ayudando a su mujer en la tarea de regar las plantas. Como adolescentes recién descubriendo el sexo, se abrazaron y rieron traviesos.

—¡Mierda! —Y volvió a intentar apuntar contra la mujer.

Pero él jugaba con ella, le acariciaba los senos, le besaba en la boca, la tomaba por las caderas. Y reían encima. Cuando el agua comenzó a fluir de la manguera, él la tomó y comenzó a rociar a su mujer mientras esta protestaba dulcemente.

—No, Gabriel, si nos ven los vecinos…

—Qué mierda me importa.

Por fin ella pudo arrebatar el flujo de agua y lo bañó a él.

—¡Qué me dices ahora! ¿Te gusta?

Y continuaron riendo. No solo riendo, sino incrementando el número infinitamente elevado de voltios de odio en el alma de Alejandra.

—Voy a traer las batas para que no te resfríes —dijo él.

Por fin, el hombre se dirigió hacia el interior de la casa, cometiendo el gravísimo error de dejar sola a su mujer con una cercanísima amenaza de muerte.

Alejandra se regodeó con toda su alma. Desde el ángulo de oscuridad donde podía observarlo todo sin ser vista, nuevamente apuntó hacia su rival. Y apretó el gatillo. Un estallido quebró el dulce silencio del lugar. Lo primero que sintió tras el estruendo fue el cacofónico ladrido de centenares de perros. Cuando abrió los ojos, la vio.

La vio: ¿tirada, ensangrentada, muerta, moribunda, por lo menos? No. La vio claramente frente a sí, a pocos pasos, muy pocos…

—¡Alejandra Flores! —la llamó, para su sorpresa.

Intentó dispararle nuevamente.

—Es inútil. No puedes matar a un muerto.

—¿Qué quieres decirme, puta de mierda?

—La puta de mierda eres tú, no yo. Lo que quiero decirte es que no me puedes matar porque ya estoy muerta. Me mataste hace muchos años atrás. ¿Ves mi linda familia? ¿Ves que tengo un marido que me valora y me ama, hoy como ayer, mañana como hoy? ¿Ves que tengo hijos que me quieren y me hacen sentir orgullosa de ellos? ¿Ves que yo misma soy una artista reconocida, con brillo propio, que no dependo de un apellido o del reconocimiento

superficial de esta sociedad no más profunda? ¿Ves lo que conseguí? Pero claro, tú estabas enceguecida con tu resentimiento social de ser una Flores. ¡Como si fuera un pecado! Tu resentimiento te envenenó los ojos y perdiste la hermosa oportunidad de ser yo. No, claro, tú no querías sacrificarte, no querías seguir limpiando pisos, no querías vivir en una casa humilde. ¡Quisiste ser una gran señora! Pues ahora no eres más que una mierda. Toda tú eres un craso error: elegiste mal, mujer codiciosa. Creyendo en la promesa de libertad con las cuales la riqueza engaña tus sentidos, te llevaste la soga al cuello, te metiste en una jaula de oro. ¿Te sirve para algo? Sí, tú me has matado mucho antes. ¿Y valió la pena? Al matarme, te has matado.

—¿Quién eres tú para criticar mi vida? ¿Quién eres tú para juzgar si elegí bien o mal?

—Ven a la luz. Mira mi rostro.

Y la vio. Es decir…, se vio. Entonces lo entendió todo: esa mujer era ella misma, Alejandra Flores, la Alejandra Flores que habría sido si, en la encrucijada de la vida donde decidió que el camino señalado por el corazón no la llevaría sino a más pobreza y humillación social, hubiera optado diferente.

Ser alguien no es suficiente si ese alguien no corresponde a ser «sí mismo». Solo desde el ser sí mismo se puede amar y ser amado, se puede superar la tan frustrante y dolorosa sensación de soledad. Por eso, ella, Alejandra Flores de Palacios Carrera, estaba tan sola como una ameba…, si es que las amebas son capaces de percibir su soledad.

El rostro de su contrincante, es decir, su propio potencial rostro inexistente, comenzó a desleírse con trazos inconexos de oscuridad. La cabeza le giró alocadamente, al punto del desvanecimiento. Y fue

cayendo, efectivamente se sintió caer, caer y caer en el vacío, en la nada, en la más plena oscuridad reinante…

Tal vez gritó, o al menos gimió, pero nadie estaba para socorrerla. Cuando uno se encuentra con su propia verdad de frente, nadie ni nada nos puede ayudar a soportar el trago. Moría. Sus nervios morían uno a uno, apagándose en el sepulcro de un desmayo.

Cuando se recuperó, sus narices percibían vivamente el olor a lavandina limpia.

Y los rombos blancos y negros.

Infinitos, interminables. Lavandina y rombos blancos y negros. El hábito gris frente a ella… Si el mundo le seguía echando la culpa, sabía por demás de bien que tenía razón: la culpa era suya.

—¿Se siente bien, señora?

No supo ni le interesó saber quién le dirigía esa pregunta. Nada vio con claridad, pero, aun así, se dirigió a la sala de cuidados intensivos donde estaba su hija Roxana.

—Si Dios existe y si tú me escuchas, querida hija, a ambos les pido que me den otra oportunidad.

Salió. La conciencia de sí se le entremezclaba con sentires muy diversos y divergentes.

—Siempre hay otra oportunidad —escuchó.

El hábito gris estaba muy cerca de ella, tanto que, por momentos, se vio a sí misma dentro de él.

El olor a lavandina se disolvía gratamente. Pero el sueño continuaba.

MARTA. La resentida

I. Todo por unos mugrosos cien pesos

¡Como siempre, esas mierdas de patronas! ¿Qué podrían significar para ellas cien pesos? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Considerando la camionada de plata que tendrían —ellas, que hacen voto de pobreza—, cien pesos serían apenas como una moneda, una miserable e inservible moneda que muy bien podría perderse bajo la cama sin que nadie se diera cuenta.

Y ni siquiera se trataba de cien pertenecientes a esas ricachonas que la vida les servía en bandeja, sino que incluso se trataba de «sus» cien pesos. No solo no pedía un «obsequio», algo así como una suerte de limosna para el bolsillo de sus patronas, no solo no pedía un préstamo a pagar en partes, sino que lo único que pedía era un adelanto de su propio sueldo. Solo eso: un adelanto. Que para ellas no significaban nada; en cambio, para ella, disponer de esos en aquel preciso día representaba la diferencia entre tener y no tener energía eléctrica en su hogar.

Finalmente lo había conseguido, pero luego de un pésimo momento en que la rectora, Anabel, acudió a ella como una exhalación para comunicarle a quemarropa que aquella vieja mugrosa vestida de monja, Visitación, le negaba el adelanto.

¡Todo el mundo se le vino abajo! No solo por el inminente corte de luz, dada su boleta impagada, sino por no comprender el concepto de la negación. No había motivos para negar dicho dinero: era el no por el no, simplemente como demostración de poder. ¿De qué se tenían que privar esas monjas de mierda por esos putos cien pesos? De nada, absolutamente de nada. Era un no, un tajante no sin causa. Un no por puro capricho, sin miramientos, sin corazón. Un capricho para ellas, una fatalidad para la pobre portera.

Encima, no andaba muy bien de la vista. Tras los males que no le faltaban, hacía unos cuantos días notaba, con angustia creciente, que por momento se le nublaba todo el campo visual.

Cierto es que, luego de la respuesta de Visitación tan cobardemente dada a través de Anabel, la administradora le había entregado un sobre con aquellos miserables cien en cuestión. ¡Pero la humillación pasada! ¿Quién le quitaba aquella humillación de tener que pedir por favor y además agradecer, para gastar simplemente lo necesario para la vida?

¡Qué mal su vida! ¡Qué miserable vida la suya! Siempre sufriendo, siempre trabajando para no tener nada, siempre guiada bajo una estrella de perra suerte. Todo, todo, todo, todo… le había salido cruelmente mal. Desde pequeña tuvo que trabajar en casas de familia. No pudo estudiar, pues desde los siete trabajaba y trabajaba. Para colmo, el hombre con el que tuvo la fatal idea de unirse nunca le dio para más que dedicarse a la albañilería y atender un kiosco de mala muerte.

¡Qué mala suerte! Toda su vida penando. Y sola, siempre sola. Marta no sabía sino de pobreza, de incertidumbres sobre el futuro, de trabajo y más trabajo… ¡para no tener nada!

En cambio, sus patronas…

Trabajaba en el Colegio San Jorge hacía unos veintidós años; ya le faltaba poco para jubilarse. Todo su vivir en el trabajo fue invariablemente la misma situación, repetida día tras día: exigencias, retos por sus continuos olvidos, órdenes de acá y allá… y un sueldo de mala muerte. Nunca alcanzaba, nunca.

Pero lo peor, lo que a su alma realmente le resultaba del todo intolerable, era que sus «amas» hacían voto de pobreza. ¡Allí residía la burla! Las monjas hacían voto de pobreza, y era ella la que debía cumplirlo. Aún más: las monjas mandaban, ella obedecía; las monjas vivían rodeadas de seguridades, ella a la intemperie de la existencia; las monjas disfrutaban de un cierto lugar en la sociedad, ella era «doña nadie».

Increíblemente ridículo. Intolerablemente paradójico.

Enojada —en realidad, su estado natural era el enojo—, al finalizar su jornada de trabajo fue a esperar pacientemente en la parada del ómnibus. El suyo era de la línea del C6, cuya frecuencia real, a esa hora, oscilaba entre la media y tres cuartos de hora; podía suceder que se tratara de la hora entera, en caso de fallar alguno.

Pues lo que eventualmente puede suceder —pero que, por cierto, no sucede sino muy infrecuentemente— ¡sucede en el peor momento posible! Cuando uno tiene un día fatal, cuando sobrelleva un humor que hasta los demonios huyen, cuando atraviesa alguno de esos lapsos en que le parece que, si se sumerge en una pileta de hielo, esta a los pocos segundos entra en estado de ebullición…, las ocasionales circunstancias que pudieran hacer desencadenar algún que otro inconveniente, eventualmente, ¡suceden precisamente en

uno de esos días! Pareciera que el C6 hubiese tomado conocimiento del mal humor de Marta, y no solo llegó a la parada cerca de los cincuenta minutos de espera, sino que se descompuso a mitad de camino.

Menos mal que Marta no era precisamente una mentalista ni estaba dotada de un poder psíquico especial, de lo contrario, no hubiera dejado ni un auto vivo con todo lo que maldecía a cada persona que manejaba alguno de ellos y se le ocurría pasar por allí.

—¡Odio a los que tienen auto! —se decía—. ¡Los odio! Los tienen por ser ladrones, como ladronas son las monjas, que viven del trabajo de los pobres. ¿Cómo Dios no hace justicia y les quema todos los autos? ¡Qué injusticia!

Mientras que todos esos ricachones ladrones llegarían sin problema a sus hogares, ella debía estar allí, muerta de hambre, esperando el próximo colectivo, que seguramente demoraría una hora más. Lo cierto es que llegó a su casa cerca de las cuatro de la tarde.

Los nervios habían entrado en estado de cortocircuito. Cuando abrió la puerta de su domicilio, la penumbra de la galería de entrada la dejó notoriamente en un trance cegador. Su casa no era un rancho, como ella tan despectivamente lo llamaba, sino que se trataba de una construcción precaria de material, de paredes cubiertas de revoque rudimentario y contrapiso de cemento. Como todo es cuestión de perspectiva, la pobre casa, al comienzo de la vida matrimonial de Marta, representaba en verdad un rancho de chapas encimadas, que poco a poco, con el trabajo de ambos, había logrado avances siderales. Solo que Marta no lo veía de ese modo.

En el mismo frente, a la derecha de la puerta, don Heriberto atendía una pequeña despensa a través de la ventana.

Precisamente en aquella siesta fatal, el pobre Heriberto cometió un pecado tan grave que por poco el diablo lo cocina en su olla de fuego, utilizando, con muy buen provecho, el carácter ácido de doña Marta, que devino a la sazón en una suerte de maléfico «médium». El pecado fue estar durmiendo plácidamente la siesta cuando la pobre mujer no podía dar un paso más de fatiga.

—¿Te das cuenta de lo inútil que eres? —le gritó cuando, sin todavía terminar el tránsito por el pasillo, sintió el resoplido característico de la víctima de Morfeo en la habitación de ambos—. Yo vengo cayéndome a pedazos de cansancio: todo el día trabajando, yendo de acá para allá, renegando con esas putísimas monjas que por poco me niegan hasta el adelanto. Espero el ómnibus como dos horas y, en plena avenida, se rompe. Otras dos horas más de espera. Y mientras estoy al borde de la muerte con esta vida miserable, ¡tú duermes! ¿Te das cuenta que culpa tuya nunca hemos salido de la pobreza? A los sesenta años todavía tengo que andar trabajando, madrugando, tomando esos fríos que no sé de cómo no me han tirado para la tumba. ¡Y tú aquí! Toda la vida con ese kiosco tuyo que no tiene más que dos chicles. ¡Maldigo el momento en que me junté contigo! ¡Ay! Dios. ¿Por qué tanto sufrimiento?

Por su parte, Heriberto estaba tan acostumbrado a estas escenas que, resignado, volteó para el otro lado de la cama y prosiguió con su agradable labor de dormir.

Sin dejar de gimotear, la portera continuó avanzando por el pasillo hasta que este acabó. Y precisamente por no dejar de

gimotear, no cobró conciencia inmediata de que sus pupilas nunca se calibraron para recibir la tenue luz del lugar. Cuando sus pies no detectaron a tiempo el escalón que señalaba el fin del pasillo y se enredaron entre sí, dejándola caer sin miramientos, se dio cuenta de que sus ojos continuaban en esa ceguera supuestamente pasajera…

El grito emergió de aquella garganta amasado de dolor, rabia, impotencia, pánico y desesperación.

—¡Heriberto! ¡Heriberto! ¡Heriberto!

El pobre hombre fue repentinamente sacudido de su siesta y acudió lo más pronto que pudo donde la mujer, que, aún desplomada en el piso, continuaba produciendo su mar de angustias y resentimientos.

—¿Por qué toda mi vida sufriendo? ¡Me duele la cadera! Ay. Ay. Ay. ¡No veo nada! ¡Nada! ¡Nada! Ay. ¿Qué va ser de mí?

—Cálmate, Marta. —Intentó consolarla, mientras enviaba la mayor cantidad de energía a sus músculos—. Vas a ver que pronto estarás bien.

—¿Bien? ¡Pero si nunca en la vida estuve bien! No tuve ni dos putos minutos de felicidad. ¡No conozco la alegría! ¡No conozco lo que es vivir bien, ni por un día! Todo en mi vida ha sido dolor, dolor y dolor. ¡Qué castigo la vida mía! ¡Ay! ¡Qué castigo!

—Bueno, vieja. Trata de ayudarme un poco. No pierdas tantas fuerzas en llorar, porque así no puedo levantarte.

—¡Ay, qué maldición! —continuó, haciendo caso omiso a la sensata advertencia del hombre—. Todo me sale al revés. Ahora lo que falta es que me quede ciega. ¡Qué puta vida! ¡Qué vida tan puta! ¡Ay! ¡Ay!

Por puro poder de perseverancia, finalmente don Heriberto, sudando y temblando profusamente, consiguió erguir el corto, aunque regordete, cuerpo de Marta. Y, a duras penas también, logró acomodarla en una silla de su diminuta cocina.

—¿Qué te duele, gordi? —preguntó Heriberto, con un dejo de dulzura, seriamente preocupado—. ¿Quieres que llame a la ambulancia?

—Ay. Viejo, no veo nada. ¡No veo nada! ¡Ay de mí, miserable de mí! Debe ser la maldición de esa mierda de superiora que siempre me reta por estar leyendo revistas… Ay de mí. ¿Por qué algunos lo tienen todo y otros no tienen nada? Ay. Ay.

—Ya, deja de pensar así. ¿Y por qué piensas que es la maldición de la superiora?

—Visitación siempre me reta porque dice que paso el tiempo leyendo revistas.

—¡Pero viejita! Si tú no sabes leer…

Evidentemente, el don podría saber mucho sobre el mercadito que manejaba, mucho de plomería y albañilería, pero excesivamente escasos eran sus conocimientos sobre psicología en general, menos aún psicología femenina, y ni hablar sobre psicología de doña Marta. Ingenuamente fue a tocar, sin anestesia, en el nervio vivo de su dolor, y con un dedo preñado de sal. Ante estas palabras, la doña expandió al infinito su gama de insultos y lamentos.

—¡Me hago que leo revistas para que nadie se dé cuenta de que no sé leer! La revista es fácil, tiene muchas fotos y te puedes dar cuenta rápido de lo que se trata. Nadie sospecha que no sé leer. ¡Mira si será de puta la vida! ¡Puta mi madre, ay…, una santa sufrida como yo! Que Dios la tenga en la gloria y no se acuerde del daño

que me hizo al mandarme a trabajar como sirvienta, marcando así mi destino. Ay. Si me hubiera mandado a estudiar, qué distinta sería mi vida. Ay. Ay.

Por su parte, hastiado ya de escucharla, Heriberto tomó el teléfono y llamó a la ambulancia. Al cabo de media hora el médico la encontró devanando su larga, larguísima, quizás ilimitada, madeja de pesares, maldiciones y lamentos.

La portaron al hospital.

Al cabo de dos intensas horas, donde permaneció sin descanso devanando su interminable rosario de pesares, se encontró sentada detrás de un complicado aparato a la altura de su rostro, por medio del cual un jovencillo mediquillo de aquel cuartillo del hospital le estaba auscultando el interior de sus ojos.

Ella permanecía ensimismada en su mundo de gimo.

—¡Ay, Dios! —decía, mientras obedecía a duras penas las indicaciones del oftalmólogo—. No veo nada, nada, nada. Todo es oscuro. ¡Ay, Dios! Esto me pasa por ser pobre, porque a los ricos no les pasa. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

—Mire hacia la izquierda… Ahora a la derecha… Arriba… Abajo… Hacia la esquina derecha arriba, derecha abajo… —El profesional continuaba su labor, haciendo, al parecer, caso omiso a las lacerantes palabras de la portera—. Eso es. Vamos al otro ojo: hacia la izquierda…

—¿Qué tengo, doctor? ¿Qué tengo? ¡Ay! Seguro que esto me pasa por trabajar mucho, ¡toda la vida trabajando! ¿Usted lo puede creer? Toda mi vida trabajando como un burro. Porque el burro de mi marido tiene un almacén de mala muerte y a duras penas saca

para los impuestos. Todo lo demás corre por mi cuenta. ¡Ay, qué vida! ¡Qué vida la mía!

El oculista le retiró el equipo de sus ojos. Mirándola de frente, le rozó levemente la mejilla.

—¿Cuál es su nombre, señora?

—Marta Francisca Jiménez.

—¿Tiene usted un trabajo insano?

—¡Verá usted si no! Soy portera en el Colegio San Jorge, llevo trabajando allí veintidós años. Mire, es de no creer: las monjas que son mis patronas me tratan pésimo, me mandonean todo el tiempo, me hacen estar las ocho horas en un cuartito miserable, helado en invierno, un horno en verano, y no me dan ni un vaso de agua. Tengo que atender miles de llamados, abrir y cerrar la puerta cada dos minutos, encima preguntar a la gente quiénes son y qué quieren. Si hago entrar a alguien que a ellas no les gusta, me retan. Si me olvido alguno de los millones de mandados que me encomiendan, me retan, si sirvo el té frío al obispo, a los curas, a los inspectores que cada tanto van a visitarlas, me retan… Cada minuto que paso allí me estreso como si estuviera encerrada en una jaula con cien víboras que en cualquier momento me pueden atacar. ¡Eso no es vida, don médico, no es vida!

—Necesito preguntarle cómo es la casa donde usted vive.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que usted quiere saber precisamente?

—Cuál es su rutina, cómo es el ambiente donde vive, qué contactos tiene… Usted tiene un daño severo en su área de visión, y se trata de un desgaste crónico, por lo tanto, le pregunto para saber cuál puede ser la causa del desgaste de sus ojos.

—Si es por eso, mi casa es oscura, llena de humedad. Mire, en la cocina ni se puede estar del olor a humedad. Es una lucha con el revoque de las paredes, se nos caen cada dos por tres; cuando llueve, el techo deja pasar más agua que si estuviéramos a la intemperie. Lo peor es que, como está la luz tan cara, casi no la prendemos, quizás por ese motivo forcé mucho la vista para coser y para tejer.

—Ya veo… ya veo… ¿Quiénes viven con usted?

—Ese burro que creo está por allá. —Y señaló con exactitud el lugar donde percibía la presencia de calumniado don Heriberto—. Que, si vamos al caso, no es nada mío, porque el muy tozudo nunca quiso casarse. Desde hace treinta años estamos juntos y tenemos dos hijos. Con gran sacrificio los hice estudiar, y ahora están recibidos los dos gracias a mí: Teresita es maestra y vive en Santa Fe, Oscar es ingeniero, de esos que arreglan cosas eléctricas, y él vive con su mujer en un departamento cerca del centro. Pero cómo será de ingrata la vida que ninguno de estos dos se acuerda de nosotros. Parece que les da vergüenza tener padres pobres. Claro, como ellos ahora tienen un poco más, ya no se acuerdan de nosotros, ya no se acuerdan a costilla de quién han podido ser alguien. ¡Ay! ¡Todo me ha salido al revés! ¡Todo! ¡Todo!

—Ajá… —El mediquillo se mesaba levemente la barba en un claro gesto reflexivo—. ¿Y cómo es un día suyo?

—¡Antes del alba ya tengo que estar levantada, don médico! Usted no sabe los fríos que tomo cuando voy a esperar el puto colectivo que no viene sino cuando se le ocurre. Soy la primera que llega al colegio. A las seis y media de la mañana tengo que pasar el lampazo por la portería. ¡Sí, como usted lo escucha, don! Yo, una

vieja de sesenta años, tiene que pasar el lampazo en medio del hielo de la mañana, mientras ellas apenas si se están levantando para rezar. ¡Ay, qué vida la mía! ¡Qué puta vida! A las siete abro la portería y ahí tengo que estar como una estaca mirando a todas esas niñas ricachonas que bajan de sus lujosos autos, de sus pomposas camionetas cuatro por cuatro. ¡Ay! Ellas vienen con calefacción mientras que yo me congelo las piernas. Y después siete horas de corrido en ese cuartucho de mala muerte. La gente viene y va todo el tiempo. Esas monjas son unas discriminadoras: únicamente aquellas mujeres a las que se les cae la piel de perfumes caros y los hombres bien vestidos son los que les permiten entrar. En cambio, a los pobres, al que va a pedir trabajo o ayuda para algo, apenas los atienden. Así, yendo y viniendo por todos lados, haciendo una cosa y otra, termino con un dolor de rodilla que mejor ni le cuento. Vieja y renga como soy, a las dos y media tengo que salir a esperar el colectivo. Cuando por fin puedo llegar a casa, el susodicho —y torciendo levemente los labios hacia el aludido, agregó— está durmiendo a pata suelta. Yo me tengo que hacer la comida, tengo que lavar la casa, por fin puedo acostarme dos minutos, y luego «meta que dale» con el trabajo: lavar la ropa, planchar, arreglar cosas… ¡No se acaba! ¡Los motivos para lamentarse no se acaban!

—No me caben dudas. Marta, a más de las penalidades de todos los días, ¿hoy le sucedió algo que le haya hecho pasar nervios? Quiero decir, más de lo habitual

—Y bueno… Necesitaba unos sesenta pesos para pagar la boleta de la luz, que si no la pago mañana me la cortan. Antes de ayer pedí un adelanto de sueldo a la superiora. Esta mañana me mandó a decir que no a través de la hermana rectora.

—Es decir, que usted debe estar nerviosa porque le van a cortar la luz.

—A decir verdad, después de que la monja me dijera que la superiora me negaba el adelanto, me llamó por el interno la administradora del colegio y me dijo que pasara a buscar un sobre con cien pesos de parte de la hermana Anabel, la rectora.

—Es decir que usted resolvió el problema de la luz.

—¡Sí, pero mire a qué precio! Por más que después me lo hayan dado, me da bronca cómo me tratan: como a un perro. ¿Qué creen que soy? Yo no pido limosnas; no me respetan, don médico, no me respetan. Eso me revienta de odio. Odio. Odio. Ellas supuestamente hacen votos de pobreza, pero en realidad tienen plata hasta para usar de papel higiénico. ¡Si usted viera el auto que se compraron hace pocos meses! Un azul espectacular, nuevito. Van cambiando los autos cada dos o tres años. Tienen casas de descanso, tienen empleadas, no solo para el colegio, sino para la casa de ellas también: tienen quien les limpie, les cocine, les atienda el teléfono y la puerta. Cada una anda con su celular, zapatillas de marca ¡y comida! ¡De la mejor! Calefacción central, aire acondicionado. ¡No saben lo que es sufrir! ¡Por Dios, no lo saben!

Si Marta hubiese podido percibir a través de sus ojos, no habría podido negar la belleza masculina del «mediquillo». El joven tendría alrededor de treinta años, vestía chaqueta y un pantalón verde claro, zapatillas blancas; sus cabellos rubios se tendían como una canasta de rulos sobre el rostro más bien cuadrangular, ligeramente alargado en la barbilla. Amplias cejas rubias enmarcaban sendos ojos grandes, redondos y azules grisáceos, nariz recta, labios gruesos y amplios. Una timorata «chivita» le cubría ralamente la barbilla.

—Bueno… —sentenció el doctor al fin—. Marta, lo que usted tiene es serio…

—¡Ay! No me diga, don. ¡No me diga! —Y comenzó a lloriquear nuevamente—. ¿Voy a quedar ciega, acaso?

—Eso depende de usted. Se lo digo de otro modo: puede volver a ver, si usted realmente se empeña, puede volver a ver… Pero va a necesitar mucha paciencia, mucha constancia y, sobre todo, mucha fuerza de voluntad.

—¡Y dinero, seguramente, dinero, dinero! ¡Todo es plata en la vida! Por eso el que no la tiene no puede con nada. ¡Ay, qué vida tan puta, que puta vida!

—Su problema se llama «oscuridad crónica».

—¿Qué? —exclamó instintivamente, incrédula—. ¿De dónde sacó ese nombre?

—Es una enfermedad mucho más común de lo que se piensa… Desgraciadamente, demasiado común. Solo que no en todos se manifiesta como una ceguera física; la mayoría solo sufre de una ceguera mental. Cuando una persona tiene esta enfermedad, no ve nada, sino apenas bultos negros, siempre amenazantes; confunde las cosas, no distingue lo bueno de lo malo, sigue el curso de pensamientos oscuros y, por lo tanto, en la vida se les oscurece todo. A usted no solo se le oscureció la forma de ver la vida, sino la vista misma: es un caso extremo. Lo que produce este mal es un virus muy contagioso llamado resentimiento. Doña, usted arrastra un resentimiento que no solo no le está permitiendo ver la luz del sol, sino que, incluso, no le permite ver nada bueno de la realidad.

—¡Pero si nunca me pasó nada bueno! ¡¿Qué quiere?! ¿Que lo invente, acaso? Además, no creo que eso de «oscuridad crónica»

sea realmente una enfermedad. Usted debe ser un residente, ¡claro! ¡A los pobres siempre nos dan lo peor! Usted no sabe nada, entonces me inventa una enfermedad. ¡Váyase al diablo usted y los pensamientos oscuros! Seguramente su padre tiene plata, por eso lo aprobaron de médico.

—Doña Marta…, para usted todo se resuelve con plata.

—Obvio —exclamó, sinceramente confundida por el reproche del médico—. Si uno tiene plata ya no tiene problemas para nada. La plata lo resuelve todo.

—Usted critica a las monjas por gustar de la plata, pero por lo visto, Marta, a usted la plata no le disgusta para nada… Su problema es justamente que no la tiene. O por lo menos, cree no tenerla.

—¡¿Cómo que creo no tenerla?! ¿Usted me está tomando el pelo? Si la tuviera, no estaría acá escuchando sus tonterías. Y mire, si no me atiende otro médico, le voy a hacer juicio por mala práctica. ¡Faltaba más! ¿Qué me viene con asuntos de psicología? «Pensamientos oscuros». ¡Qué pensamientos ni la mierda! ¡Estoy ciega y usted viene a hablarme como un libro de autoayuda! ¡Viejo, llévame de acá, porque este pendejo no sabe ni una mierda!

Se incorporó violentamente.

—Pero, vieja —protestó Heriberto, impotente—, si eso dice el doctor, así ha de ser. Él sabe más que tú.

—¡Qué va a saber más que yo! Este apenas ayer le sacaron la teta. Es un niño. ¡Qué vergüenza de país, le dan el título a cualquiera! ¡Vamos, viejo, vamos!

Sin más remedio, el pobre hombre, obedientemente, acudió a guiarla como lazarillo.

—Tiene varios centros oftalmológicos muy buenos en la ciudad —afirmó el despreciado profesional—. Consulte con cualquiera. Por las dudas que lo necesite, le dejo mis datos: Ignacio Salas, atiendo también en un consultorio privado en la calle San Martín al 500.

—Me importa un bledo. ¡Váyase usted al diablo!

Salió como entró: insultando.

II. Oscuridad crónica

El resentimiento acumulado día tras día, año tras año, a lo largo y ancho y alto de su sexagenaria biografía le subía efervescente desde el estómago a la garganta, desde la garganta hasta la boca y desde la boca hasta la punta de la lengua. Desde allí se expandía por todo su derredor en forma de insultos, amenazas y agrias expresiones soeces.

La oscuridad era envolvente. Heriberto le marcó el número en el teléfono para que ella diera aviso a sus «ricachonas patronas» que no podría ir a cumplir la tarea a causa de su ceguera. Como era de esperarse, la atendió la propia Visitación.

—¿Cómo que no puede venir? ¿Qué le pasa ahora?

—No veo, madrecita, no veo. Ayer me fui al hospital a hacerme ver, pero me atendió un médico de medio pelo que me dijo una estupidez. Saqué turno para esta tarde en el centro oftalmológico Santa Lucía.

—Usted sacó varias carpetas médicas a lo largo del año…

—Y bueno, ¿qué quiere que haga? ¿Acaso yo me invento la enfermedad? Cuando sepa bien qué tengo y cuál es el tratamiento,

me comunico con usted.

—¡Por supuesto! ¡Es su deber! Hasta luego.

Luego de que cortara la comunicación, Marta no dejó ni santo conocido o desconocido que no maldijo… Para colmo de males, como a eso de las diez entró Heriberto a la casa acompañado de un hombre, médico, a juzgar por la vestimenta.

—Marta, las hermanitas mandaron un médico. ¿Viste que en el fondo son buenas?

La mujer profirió una risa burlona y grotesca. El doctor se incomodó.

—En realidad, señor… —comenzó a balbucir el profesional, algo enrojecido—. Soy de salud ocupacional.

—¿Y eso?

—Las monjas han mandado a este doctor para estar seguras de que yo no miento, y que no me estoy haciendo la enferma —respondió ácidamente la mujer—. Pase, señor médico. Pase. Véame bien, muy bien, y después cuénteles a esas patroncitas la verdad de cómo estoy.

—¿Qué le anda pasando, señora?

—¿Qué no ve? Usted está más ciego que yo. ¡No veo!

—¿Me permite la silla, así la reviso?

—Heriberto —ordenó ella—, acomoda al doctor.

Él tendió una silla frente a la ciega. El médico colocó el maletín sobre la mesa y de él extrajo una planilla sobre la que comenzó a llenar.

—Nombre…

—Marta Francisca.

Luego de un intercambio cuasimonosilábico de preguntas y respuestas, el visitador le pidió que le explicara su consulta al médico de guardia del día anterior. En primer término, Marta habló del pobre oftalmólogo tan mal como le dieron sus conocimientos lingüísticos. Luego empezó a relatarle cómo la había revisado y las preguntas que le había hecho, para finalizar con el ridículo diagnóstico de «oscuridad crónica».

—Señora, aunque la oftalmología no es mi especialidad, le aseguro que esa enfermedad existe. Acá hay un muy buen especialista dedicado a su cura. El mejor. Lo sé porque tengo una cuñada que de repente se quedó ciega, como usted, y le recomendaron a este médico. Y la verdad es que la sacó adelante en menos de tres meses.

—¿Tres meses? ¡Es una barbaridad de tiempo!

—No tanto si usted se fija en que la curó sin cirugía, solo con unas gotas. No le quedó secuela. Ahora ve como si nunca le hubiera pasado nada.

—¿Y cobra muy caro?

—Bueno, creo que la consulta es un poco saladita. Pero acepta obra social. Las gotas las prepara él, para cada persona según su necesidad. El costo de estas creo que va incluido en la consulta.

—¿Entonces usted me dice que esa enfermedad rara existe?

—¡Uy, sí! Y es muy común. Pero no a todos les toma la vista por completo.

—¿Y usted sabe el nombre del médico?

—Sinceramente, no. Tendría que preguntarle a mi cuñada.

—¿Podría llamarla usted ahora? Use nuestro teléfono. Heriberto, por favor, dale el teléfono.

El buen hombre obedeció, pues para él la obediencia a su mujer era una cuestión de supervivencia, y le arrimó el inalámbrico. El enviado de las monjas consultó la agenda de su celular y marcó el número en el auricular del teléfono. Cuando fue atendido, y luego de una diminuta conversación familiar, cortó la comunicación. Con cierto aire de orgullosa solemnidad por estar a punto de entregar un dato de capital importancia, dibujó los sonidos que se expandieron por el denso ambiente, calando hondo en la mente de la mujer: Ignacio Salas, calle San Martín al 507, segundo piso, consultorio A.

Mayor precisión, imposible.

III. Visiones sin sentido

Un nuevo día negro, totalmente negro, se abría en la existencia de la pobre portera del colegio San Jorge. Negro, todo continuaba tan negro que no había siquiera distinción entre día y noche. Absoluta ceguera. Radical ceguera.

Pues la ciega no solo era ciega por no vidente, sino fundamentalmente por obstinada. No contento con el dato que tan oportunamente le había brindado el médico laboral, esa tarde acudió de igual modo a la clínica oftalmológica según lo tenía previsto. ¿Resultado? El mismo diagnóstico, mismo consejo. Y la misma recomendación: consultar con el súper especialista en el tema: el doctor Ignacio Salas.

Testaruda y ciega, no lo era sin embargo tanto como para llegar a la estupidez. Sin más remedio, debió hacer caso omiso a su orgullo y pidió turno con el célebre oculista.

—Buenas tardes, señora Marta —saludó este al ver ingresar a la singular pareja en su consultorio—. ¡Qué gusto verla!

—Lamentablemente no puedo decir lo mismo —replicó ella sin pretender cortesía—, por dos motivos: porque no puedo verlo y porque usted no me agrada.

Sin intimidarse, la ayudó a asentar su regordeta humanidad femenina detrás del sofisticado aparato, apropiado a la especialidad del doctor Ignacio.

—Arriba… Abajo… Derecha… ¿Algún cambio? El otro ojito, por favor… A la esquina derecha abajo, ahora arriba… ¿Sigue sin percibir nada de luz?

—Nada, nada, nada.

—¿Nada de nada?

—¡Nada! ¿No lo oye, acaso? Yo seré ciega, pero usted parece sordo.

—Le pregunto porque a veces hay mejoría; algunos, en medio de la absoluta oscuridad, pueden de pronto percibir un destello de luz.

—Le digo que no veo «nada de nada». —Y enfatizó tanto aquel juego de palabras que, si el médico no era sordo, por poco queda así después del agudo chillido de la mujer.

—¡Ay, Marta, por favor! —La voz queda de Heriberto pareció un susurro de infante.

—No se preocupe, señor, estoy acostumbrado. Las personas que padecen este mal suelen tener el mismo tipo de carácter que su mujer.

—¿Qué? ¿La enfermedad le produce ese carácter? —preguntó sorprendido el hombre, con un dejo de esperanza.

—Más bien, al revés.

—¡Uy! —acotó el maltratado marido, pensando seguramente que, si fuera por eso, su señora no retornaría a la visión nunca jamás.

—No hay nada imposible, Marta… —Le retiró los aparatos, giró en su silla y tomó un frasco de gotas en medio de una colección de semejantes, que se hallaban en una vitrina abierta—. Su problema no radica solo en los ojos, sino fundamentalmente en el cerebro. Mejor dicho, en la mente. Por algún motivo, su mente no está adaptada a ver… la realidad.

—¿Qué quiere decir con eso? ¡A ver, señor doctor, si me lo explica como para que lo entienda! Que soy pobre, pero no sonsa.

—No hace falta que se defienda de nada, señora Marta, yo no la estoy atacando. No todo el mundo la ataca a usted. ¿Ve? A eso precisamente me refiero: usted ve negra a la realidad, siempre en su contra, siempre mide lo que le falta. Desconfía de todos.

—¿Y cómo no? Soy pobre.

—¡Doña! ¡Qué tiene que ver!

—Que a los pobres nadie los respeta. Por lo tanto, nadie me respeta.

—Nuevamente, usted me ha dado el ejemplo que necesita para comprender la raíz de su mal. ¿Quién le ha dicho que absolutamente todos los seres humanos valoramos a las personas por la cantidad de riquezas que poseen?

—Es que… es así. Por la plata baila el mono.

—Pues no. Por lo menos no en todos los casos. No niego que esta sociedad consumista intente modelarnos como imbéciles sedientos perpetuos de… cosas, productos, banalidades. Hay cosas necesarias que mejoran la calidad de vida, pero hay cosas que son superfluas. Tener una casa de material, con techos que no se llueven

y paredes sin humedad; una casa cómoda, limpia y de buen gusto, es calidad de vida… Tener una mansión de oro, si es que la hubiera, es superficialidad. Yo no critico a quien tiene lo que quiere, pero si para tener algo que resulte llamativo a los demás esa persona tiene que invertir su salud y desgastarse en otros ámbitos de la vida, diría que es una estupidez. La vida, la salud, la familia y el propio ser son ámbitos muchos más importantes que el dinero. El dinero debe servir al hombre, y no el hombre al dinero.

—¡Bah!

—Le voy a colocar estas gotitas en ambos ojos, y usted me irá diciendo qué es lo que ve.

—¿Con estas gotas solas va a bastar para que vuelva a ver?

—No es tan sencillo. La recuperación total de la vista es progresiva. Tal vez va a necesitar varias sesiones, depende de la voluntad que le ponga usted misma.

Con sutileza, colocó dos gotas que resultaron ardientes en los secos ojos de la portera. Incrédula sobre el poder de la supuesta medicina, no se sorprendió cuando luego de la colocación continuó en la más absoluta oscuridad.

—Ya me parecía —expresó al instante—, sigo sin ver nada de nada.

—Cierre los ojos para que las gotas puedan ingresar correctamente.

Con una triste sonrisa rellena de sorna, obedeció. Al cabo de contados segundos, sus pupilas, inútiles hasta el momento, comenzaron a dibujar una luz tenue en el centro de la visión. Posteriormente, esa luz posibilitó recortar brumosos bultos de entre las penumbras. Esos bultos fueron ganando nitidez y color hasta

que, finalmente, se desplegó, ante la mirada atónita de la mujer, la visión.

Por sentido común, hubiera esperado observar el rostro del oftalmólogo.

—No puede ser…

—Dígame lo que ve.

Reconocía la voz del médico como si esta emergiera en off del ambiente. Comenzaba a ver como si estuviera detrás de la pantalla de un televisor, solo que ese televisor abarcaba todo el campo de visión. Frente a sí se desplegaba un salobre paisaje semiárido surcado por un cansado camino de tierra polvorienta que rajaba abruptamente el viejo y espinoso verdor de un monte. A lo lejos del camino pudo distinguir un grupo de niños de piel marrón correteando por el mismo.

—Veo niños semidesnudos en medio de un camino de no sé qué lugar.

—¿Cómo son los niños?

—¿Qué sé yo? Parecen indiecitos.

—Aborígenes. Eso es. ¿Qué hacen esos niños?

—Juegan. Se ríen. Cantan.

—¿Tienen algún juguete?

—Pues… sí y no. Es decir, juguete lo que se dice juguete; no. Pero juegan con cosas. No sé, parece que son cosas del lugar que encuentran a su paso.

Mientras andaban, los niños de la absurda visión se toparon con un árbol tan grueso como viejo y se treparon diestramente a él, haciendo acrobacia de rama en rama. Era una visión simpática, pues el árbol, adornado de niños traviesos, parecía sonreír.

—¿Qué más hacen esos niños? —preguntó el profesional.

—Están trepados a un árbol. Veo que algunos trabajan también. Aprenden a pescar, recogen frutos del monte, cazan pajaritos.

—¿Qué ve en sus rostros?

—A la mayoría se los ve felices, ingenuos, juguetones. Algunos parecen tristes.

—¿Por qué esa tristeza?

—No sé.

—¿Será porque no tienen juguetes?

—No debe ser por eso. Ninguno tiene juguetes.

—¿Será porque trabajan?

—Tampoco debe ser por eso, todos, alegres o tristes, trabajan. Debe depender de otra cosa.

Como si el camino produjera la gente, un grupo de aproximadamente diez mujeres de diversas edades se fue congregando a su vera para luego caminar, entre risotadas y con una meta incierta, hacia adelante. Estas mujeres, ataviadas con largas faldas de recargados colores, avanzaban descalzas, portando entre sus manos gruesos hilos de vegetal procesado, ya convertidos en ovillos de coloraciones singulares. El calor envolvía el ambiente y tornaba al aire difícil de respirar. Marta lo percibió con una intensidad desconocida hasta el momento: ella pasaba calor a orillas de la calle mientras aguardaba el inefable colectivo, pero nunca lo había sentido con tanto rigor como en su «visión» de cinco sentidos. Ellas, ignorando que de algún modo eran observadas por alguien, se detuvieron en una diminuta construcción de barro y paja, se sentaron alrededor de un centenario árbol y comenzaron a trabajar con diestra mano en sus tejidos.

—Dígame, Marta, lo que ve.

—Ahora veo un grupo de mujeres. De todas las edades: bien pueden estar representadas tres generaciones. Están tejiendo debajo de un ombú. Ríen y conversan mientras tanto.

—¿Por qué ríen?

—No tengo idea. Es común que cualquier grupo de gente que se junta converse y ría. Es una forma de hacer frente a lo duro de la vida.

—Eso que usted dice, Marta, es muy cierto. El humor sirve para desdramatizar las contrariedades de la vida. ¿Usted alguna vez utilizó esa gran capacidad que tenemos todos los seres humanos del buen humor?

—¿Yo? ¡Por los motivos que tengo para estar de buen humor!

—¿Estas mujeres tienen mejores motivos que los suyos para reír?

—¿Yo qué sé?

—¿Tienen plata?

—No parece.

—¿Trabajan?

—Sí, a pleno sol. Pero ellas están acostumbradas. Es su vida, su cultura. No conocen otra cosa. Además, ellas son ellas y yo soy yo. No me importa que haya gente que sufra más que yo. Pero se me hace insoportable la idea de que haya personas que estén mejor que yo. Eso es lo que no soporto.

—Nuevamente, usted tiene razón, señora Marta. Si el orden del poseer, tan propio y necesario para el desarrollo de nuestra persona, fuera solo en vistas a la calidad de vida, las cuestiones relativas a la pobreza y a la riqueza serían mucho más simples. El problema es que, para nosotros, el poseer va de la mano de una valoración social

de los otros hacia nosotros, y de nosotros hacia nosotros mismos. Usted, con su estilo de vida, con su capacidad adquisitiva, pertenecería a una clase privilegiada dentro de ese grupo de mujeres; pero aquí es pobre, al menos si se compara con los que tienen más que usted.

—¿Qué quiere decir?

—En su caso le diría que usted es pobre porque se siente pobre. Sobrelleva un matrimonio infeliz porque se siente infeliz al lado de ese hombre que la acompaña fielmente. Su trabajo no le satisface porque se siente internamente insatisfecha consigo misma. Su problema está dentro. Usted es su propio problema.

—¡Oiga! Yo no estoy acá para que me venga a dar sermones.

—Señora. ¿Usted quiere volver a ver?

—Sí, pero no estas estupideces. Quiero ver la realidad.

—Justamente lo que ve es la realidad. No es ciertamente la realidad que le interesa, pero es la realidad que sucede. La que usted no ve, por eso está literalmente ciega. Si quiere ver nuevamente, debería pensar en lo que le digo. Su sensación de infelicidad está anclada en sus resentimientos. Si usted, en lugar de perder energías en la envidia hacia los que tienen aquello que usted considera que le falta, se hubiese propuesto progresar fundamentalmente en su propia persona, en estos momentos no sé si tendría más o menos plata, pero, por cierto, sería una mujer distinta, consciente de su dignidad. Sería, fundamentalmente, una mujer orgullosa de sí misma.

—¿Y para qué me sirve todo eso? Con ese orgullo no se come.

—Usted tiene un trabajo que le da de comer. Con este orgullo, es verdad que no se come, pero es lo imprescindible para sentirse feliz

con uno mismo. Eso es básico. Señora, si realmente la felicidad fuera concomitante con la plata, los más ricos serían más felices y los más pobres deberían suicidarse. Sin embargo, el índice de suicidios no nos muestra una relación directa entre estas cosas. Usted ve: hay niños felices y otros no; hay mujeres felices y otras no; hay hombres felices y otros no. Tanto la alegría como la tristeza son transversales a cualquier cultura, cualquier edad, cualquier sexo, cualquier religión, cualquier posición social, cualquier actividad… Porque la alegría y la tristeza dependen de una ecuación compleja entre las propias expectativas de la vida y lo que la vida nos ofrece realmente. Todo depende de nuestro modo de ver y de enfrentar las situaciones. Siempre hay distancia entre nuestros deseos y lo que la vida nos ofrece, porque, si no la hubiera, no tendría propósito vivir: allí sí que nos suicidaríamos todos en masa. Esa vida sin desafíos ni dificultades, que muchos tienen por deseable, es literalmente inhumana. Lo propio del hombre es la lucha, la conquista, la pelea… que implican la superación de uno mismo.

»El veneno del resentimiento, noble señora, anula las fuerzas para esa pelea. En lugar de emplear nuestra inteligencia y nuestro esfuerzo en prosperar, nos hace perder el tiempo en envidias, rabias, odios que no conducen sino a la propia destrucción. A la ceguera. Ese es su problema, doña Marta. Le ruego que piense detenidamente en estas cosas, trate de ver lo bueno de la vida, lo bueno que tiene su casa, su trabajo… ¡y su propio marido! Fundamentalmente, vea lo bueno que usted lleva dentro de sí. Descubra su fuerza, su energía y su capacidad. Esas son las herramientas que le permitirán conducir la vida hacia donde usted

realmente quiera. Inténtelo; nada pierde. Si no me cree, por lo menos intente por usted misma, y verá si tengo o no razón.

Una densa mudez reinó en los amargos labios de la portera. Esta vez no insultó, mas no porque ganas le faltaran, sino porque simplemente sus labios se sellaron en un duro gesto de hondo rechazo existencial hacia aquellas palabras. Contrariando su costumbre, nada dijo. En cambio, pensó en no volver al consultorio nunca jamás.

IV. Una insólita chispa de luz

Heriberto trataba de convencerla. Treinta años de convivencia desautorizaban por completo su esperanza de poder lograrlo. No obstante, lo intentaba, quizás por un ciego instinto a realizar las conductas debidas, aun cuando estuvieran condenadas al fracaso.

—Vamos, Marta, ya te han dicho varios que él es el único que puede devolverte la vista.

—¡Bah! No estoy como para ver y escuchar estupideces.

Contrariando lo que hubiese sido lógico que sucediera, la mujer finalmente accedió, muy a su pesar.

—Está bien, vamos —sentenció al fin—. Pero es la última vez. A ver si por fin tú también te das cuenta de cómo son las cosas y me das la razón.

Quejas por el egreso dificultoso de la casa. Quejas por el ingreso aún más problemático al taxi. Quejas por lo mal que manejó el profesional del volante. Quejas por la demora en llegar a destino. Quejas por el precio del viaje. Quejas…

—¡Y usted encima me cobra cincuenta pesos la consulta! —espectó al oftalmólogo, cuando, al llegar, el profesional le dio amablemente la bienvenida—. Cincuenta antes y cincuenta ahora hacen cien. ¡Cien pesos para escuchar tonterías! Vine exclusivamente porque el testarudo de mi marido (que, dicho sea de paso, no es propiamente mi marido porque no quiso casarse conmigo), bueno, quiero decir que vine porque ese sujeto me lo pidió. Y quiero que él se convenza de que este tratamiento no llega a ninguna parte.

—Si tan cara la parece la consulta, entonces apoye usted, con su esfuerzo de inteligencia y voluntad, al tratamiento, de modo de hacerlo lo más pronto posible. Si hace caso a mis sugerencias, quizás esta podría ser la última sesión.

—¿Qué me quiere decir? ¿Se refiere que hoy mismo podría ver?

—Mientras usted se resista a realizar las tareas que le pido, el tratamiento es inútil. En cambio, si usted me hace caso, recuperaría la visión con mucha prontitud.

—¡Qué fácil lo suyo! Si no le resulta su tratamiento, usted le echa la culpa al pobre ciego, ¿no?

—Entonces, crea en mí, crea en lo que le digo. De ese modo, si no se cura, usted tendrá la plena seguridad de que, entonces sí, es el propio tratamiento el que no funciona.

—¡Bah! Comience nomás.

Como la consulta anterior, el doctor Ignacio extrajo el frasquito de gotas, minuciosamente seleccionado, y le colocó dos o tres en cada ojo.

—¿Ve algo?

Iba a decir «nada de nada», pero la visión de un punto luminoso frente a sí enmudeció su apesadumbrada lengua. El punto fue engrosando su volumen, como una bola de fuego que, girando, creció hasta abarcar todo el campo visual.

—¡Marta! —Escuchaba una voz conocida, emanando de su visión aún no esclarecida—. ¿Otra vez olvidó este recado?

La reconoció antes de verla efectivamente. Ante sus ojos se desplegó el odioso cuarto color celeste claro donde todos los días padecía su trabajo. Ella se vio sentada detrás del escritorio, interpelada sin remedio por la gruesa figura imposible de gris de la superiora: Visitación.

—¡Vieja puta y mil veces puta! Aunque no es puta por puta, pues, si fuera puta de las putas, tal vez no sería tan puta en el aspecto en que es puta. Si me olvidé el recado es porque usted y todas de las suyas me mandan mil cosas a la vez. ¡Y todo me lo piden para ya!

Así contestó Marta, sin explicar al médico qué estaba viendo; aún más, sin experimentar sorpresa alguna por la «visión virtual», porque, como fuera que se diera la visión de Visitación, aprovecharía para insultarla de arriba abajo, desquitándose de tanta rabia contenida. Total, sabía que la «vieja puta» no estaba realmente con ella.

De su campo de visión salieron aquellos ciento y tantos centímetros de diámetro que representarían la silueta de Visitación, y al rato ingresó alguien un poco más ligero, ataviado de igual hábito.

—¿Y ahora usted qué? ¿Se va hacer la buenita conmigo, como siempre? La he visto ayer saliendo muy oronda con el auto nuevo.

¡Vergüenza debería darle! Todavía no entiendo su voto de pobreza. ¡Yo no he hecho ningún voto y soy…, pero ni hablar…, mucho más pobre que usted! Es decir, yo sí que soy pobre. ¡A ver! ¿Por qué mejor no toma mi vida si quiere ser pobre?

—Doña Marta… —Por algún motivo inexplicable, se conmocionó al escuchar la voz de la joven Anabel—. Me he enterado de que usted tiene un serio problema de visión.

—Ah, ya me lo imagino, y quiere saber si es cierto. Seguramente esa vieja amargada de Visitación le pidió que venga a ver si es cierto. Pues es cierto, y no me estoy haciendo la enferma. ¡Estoy ciega! Y encima este médico de mierda me cobra cincuenta pesos la consulta.

—Créame, usted está en muy buenas manos. Yo también me hago tratar con él, al parecer tengo el mismo diagnóstico que usted, solo que a mí todavía no me llegó a tanto como para quedar ciega. Mas si no hago el tratamiento, terminaré también sin ver «nada de nada».

—¡Bah! Para mí todas estas cosas son mentiras. Entonces, si no vino para asegurarse de que estoy realmente enferma, ¿para qué lo hizo? ¡Ya sé! Será para quedar bien. Sí, usted tiene otro modo con respecto a su superiora. Ella es dura y se muestra dura. Usted, en cambio, engaña. Se hace la dulce, se hace la buenita, la que le preocupan las personas. Pues yo sé muy bien que usted no siente nada por nadie. Solo finge, porque ese es su rol.

—¡Marta! ¿Por qué me insulta? A usted nada le viene bien. Si va al hospital, que el médico que la atiende, como atiende a los pobres, no sirve. Si viene a consultorio privado, que el médico es un ladrón y

le cobra de más. Que si pregunto cómo está, finjo; si no pregunto, soy una insensible. Sí que está ciega, está realmente muy ciega.

—Ahora es usted la que me insulta a mí. Siempre lo hacen. Creen que por tener plata pueden tener el derecho de insultarme.

—Usted me ha insultado primero. ¿Cuál es su derecho para hacerlo? ¿El ser pobre le da derecho para insultarme, acaso?

—¡Usted nació en cuna de oro mientras yo chupaba la teta flaca de mi madre!

—¿Y qué culpa tengo yo de eso?

—¡Usted no sabe lo que es el dolor!

—¿Qué le hace pensar eso?

—¡El que tiene plata no tiene motivos para sufrir!

—El que piensa así, sea rico o pobre, sufre de más. Sufre lo que sufre usted: ceguera.

—¡Muy lindo habla! Usted jamás estuvo en la piel de una persona pobre. Jamás estuvo en mi propia piel. Desde su posición es muy fácil dar consejos. Venga a vivir mi vida y así me podrá decir algo que valga la pena.

—Marta, aunque usted no lo crea, en eso estoy. Pues… ¿no le dije acaso que yo padezco su mismo mal? Pero confío en el doctor Ignacio. Él tiene razón, nuestra enfermedad, nuestra ceguera, procede del alma.

—¡Usted se reconoce enferma del alma! —La portera se sentía tan embargada de extrañeza frente a esta confesión que tenía la impresión de estar bajo el cruel efecto de un alucinógeno—. ¿Usted? ¿Usted que se dedica a dar consejos a todo el mundo?

—Bueno…, no me resulta fácil reconocerlo.

—Ustedes, las monjas, siempre se muestran perfectas: fuertes, impasibles, seguras. Siempre saben qué hacer, siempre saben qué decir, y… se creen que siempre tienen la razón. ¡Se las saben todas! Ustedes piensan que tienen derecho a juzgar y a corregir a todo el mundo, pero nunca admiten que nadie les diga nada.

—¡Basta, doña Marta! —cortó Anabel, apenas disimulando su fastidio—. Desde que estoy aquí ni me ha invitado a sentar, en cambio, me ha insultado de pies a cabeza. ¡Usted no es más que un atado de resentimientos!

—¡Y usted un atado de mentiras!

—¿Yo un atado de mentiras? ¡Hago todo lo que puedo! ¡Doy lo mejor de mí! Usted solo ve lo malo. A ver…, concretamente, ¿qué mentiras digo?

—La escucho enseñar palabras muy bonitas del amor, pero usted vive encerrada en esa burbuja que la protege de todas las angustias de la vida. No tiene marido, no tiene hijos; no tiene de qué preocuparse. Si está enferma, tiene a su disposición los mejores médicos. No tiene que luchar por la comida de todos los días: tiene cocinera y empleada que le limpie la casa. Tiene auto y un rol social de privilegio.

—¡Y bueno! Si le parece tan fantástico, ¿por qué no se ha hecho monja usted? ¡¿Para qué se casó y tuvo hijos si no quería preocuparse por nadie?! ¿Qué le hace pensar que yo no tengo problemas? ¿Qué le hace pensar que todo para mí es fácil? ¿Realmente usted cree que es tan liberador no tener vínculos de sangre de los cuales hacerse cargo? ¿Cree que los autos, el rol social, las empleadas y la comida segura pueden llegar a suplir la ausencia de pareja que la ame y de unos hijos a quienes entregar la

vida? Por más que usted diga y envidie, en el fondo sabe perfectamente que no cambiaría su vida por la mía. Pues, por mi parte, hay momentos en que desearía estar lavando pisos en lugar de enfrentarme con los problemas del colegio y con los problemas internos de nuestra vida. ¿Cree que es cómoda mi posición social? Todos nos miran, todos nos juzgan. ¡Y siempre hacemos las cosas mal! «Que si tenemos cosas, porque las tenemos; que si no tenemos, porque no tenemos; que si contratamos empleados, porque somos ricas; que si no las contratamos, porque no damos trabajo». Llega a ser muy fastidioso. Para su información: yo no cobro sueldo por lo que hago, y mis bienes no son propios. Mi tiempo está totalmente cubierto por el trabajo. Enseño valores que el mundo de hoy tiene olvidados y necesito recordárselo. Por eso he renunciado a una familia propia. No digo que haga siempre las cosas perfectas, pero… ¿todo es malo?

Milagrosamente, Marta quedó por sendos minutos con la voz muerta en su garganta.

—¿Usted sufre? —preguntó al fin, con un matiz diverso a su costumbre.

—Sí —respondió, no sin confusión, la interpelada.

—¿Y por qué siempre dice que es feliz?

—Porque debería serlo. Se supone que yo debo demostrar con mi vida que Dios vale la pena.

—De todos modos, nadie le ha pedido a usted que se tome esa molestia. En cambio, yo sufro porque no me queda otra.

El silencio se tornó hondo, envolvente, denso, pletórico de palabras condensadas aguardando por ser oídas. La fiera indómita que bramaba en el interior de la portera parecía haberse sosegado;

el «súper yo» que imponía a Anabel un porte en el gesto y una frase en los labios se había minimizado de tal manera que la pobre se encontraba desnuda interiormente, avergonzada de sí misma, impotente, confusa.

De pronto, Marta, para su gran sorpresa, vio algo verdaderamente inaudito: los ojos cafés de la monja brillaban en silenciosas lágrimas saladas.

—¿Hermana Anabel? ¿Usted llora?

El sonido percibido se mantuvo fronterizo entre un «sí» y un suspiro amargo de dolor hirviente.

—Lo que no entiendo es… si usted sufre, ¿por qué no cambia de vida? —continuó la vidente de virtualidades, en algo que semejó un intento de ofrecer consuelo—. Todavía es joven. A mí no me queda otra que seguir pensando en mis desgracias, pero usted… es inteligente, es linda, culta…

—Lo que pasa, Marta —respondió Anabel, con el llanto cortando las vocales—, es que no estoy segura si lo que necesito es cambiar de opción de vida o cambiar más adentro. Es decir, la forma de pensar, de ver las cosas… Cambiar de perspectivas. Quizás esté en el lugar correcto, pero no del modo correcto. ¿De qué me serviría cambiar de ropa, cambiar de casa, cambiar de familia, cambiar de trabajo… si yo no cambio por dentro? Tengo un corazón mezquino que lo único que sabe es dar vueltas alrededor de mis problemas, tengo el alma entrampada entre la mediocridad, las frustraciones y las culpas, tengo la mente embotada de solo aceptar las ideas que coinciden con las mías. ¿Acaso hay alguien de afuera que me ata a esto? No, mi prisión es interna.

—Bueno, no sé qué decirle. Ustedes son las que saben todo.

—Intente, Marta. —La voz, que resultó en off con respecto a la visión interna de la paciente, procedía del médico, que al parecer era testigo auditivo de las palabras de la señora—. Confíe en sí misma, usted tiene dentro de sí la capacidad para decir algo que a otros haga bien.

—No —protestó ella—. No sé nada de esas cosas. No sé nada de nada de la vida. Siempre eché la culpa de mi infelicidad a la plata. Mejor dicho: a la ausencia de plata. Y usted, hermana, ¿a quién le echa la culpa de su infelicidad?

—¡¿A quién más?! ¡A Dios!

—¡Vaya! Mire, hermanita, como le dije, no sé nada de nada, pero lo que observo es que todos los que no somos felices necesitamos echarle la culpa a algo o alguien: no importa si la tiene o no. La cosa es tener algo de qué quejarse, tener una explicación que distraiga la mente de la verdad fundamental. La verdad fundamental es que los únicos culpables de nuestra infelicidad somos nosotros mismos, que no supimos hacer nada mejor por nosotros. No luchamos o no luchamos lo suficiente. No hemos tenido valor. Yo bien pude seguir estudiando; me costaba. Es verdad que mi madre me mandó a trabajar desde pequeña, pero si hubiera insistido, si lo hubiera hecho de adolescente… No sé, si en lugar de tratar de disimularlo por vergüenza hubiera hecho frente a la realidad y me hubiera esforzado… Pero, no sé por qué, uno se achica, no cree en sí mismo, mata sus sueños y sus esperanzas, se deja convencer por lo más seguro, se evita el riesgo. Y así uno se queda, ¿vio?

—Tiene usted mucha razón. Nos quedamos a mitad de camino. La vida que yo elegí tiene sentido desde una experiencia vital de encuentro con Jesús, de la iluminación del Evangelio y del deseo

interior de dar vida a los hermanos que, viviendo físicamente, arrastran el alma seca. ¡Y es tan difícil permanecer en esa perspectiva! Las fuerzas en contra son tantas y tan grandes que uno termina por ceder, desecha la pulpa del fruto y se queda con la cáscara. ¡Entonces se llora de hambre! No. La culpa de mi infelicidad no es Dios, sino al revés, la ausencia de Dios…

—¿Usted con ausencia de Dios? ¿Cómo puede ser? ¿No vive acaso rezando?

—El vestido, las costumbres, el trabajo… son la cáscara, doña. ¡Son solo cáscara! Hábitos, ritos, costumbres, comportamientos. Ninguna vida humana, si quiere seguir siendo tal, puede reducirse a eso. Se necesita ir al centro, se necesita a aquella o aquellas personas de quienes hacerse cargo, de quienes responsabilizarse. Y usted las tiene: tiene marido y tiene hijos. ¿Cómo puede sentirse pobre con respecto a mí? Yo sí que soy verdaderamente pobre, y no en el sentido que debería serlo. Tengo la pobreza que Dios rechaza: no tengo nadie de quién hacerme cargo verdaderamente.

—¿Y usted cree que es lindo hacerse cargo de otros? ¿Cree que es maravilloso tener un marido que no sirve para nada e hijos que olvidan todos los desvelos que uno ha sufrido día a día por ellos?

—¿Por qué desprecia a su gente? Sin dudas que le darán dolor de cabeza. Pero, si no tiene a nadie, duele no solo la cabeza: duele el alma, la vida, las entrañas.

—No sé por qué los desprecio en realidad. Tal vez este doctorcito tenga razón y mi ceguera venga de antes. Nada bueno he visto ni de mí, ni de mi vida, ni de la gente que me rodea. Siempre me he enfocado en mirar un único aspecto: la plata. Y ese vacío de visión profunda se fue llenando de resentimientos y frustraciones.

—Eso pasa, doña, eso pasa. Esos radicales vacíos existenciales se van llenando de amargura, de rencores, de broncas. ¡Somos tan ciegos en realidad! Usted siempre se ha considerado pobre y, sin embargo, me doy cuenta de que es inmensamente rica.

—¿Por tener marido e hijo?

—No. Por ser usted misma. Por sus palabras que me han hecho tanto bien.

—¡No puede ser, hermanita! Es este médico que me ha hecho hablar nomás. Yo no podría decir nada que valga la pena… Si ni siquiera sé leer…

—¿No sabe leer, doña? Mire, nunca lo habíamos notado. Si siempre estaba…

—¡Con las revistas! Es para disimular nomás. No soy irresponsable en mi trabajo, nada más que por nada en el mundo quería que se notara que no sé leer ni escribir. ¡Por eso nunca anoté los recados! Usted no sabe lo que es vivir sin entender los letreros, los carteles, las indicaciones… Es casi no poder comunicarse.

—¡Pero Marta! Eso tiene solución. Cualquier edad es buena para aprender a leer y escribir. Yo misma le puedo enseñar.

—¿Verdad, hermana? ¿Verdad, querido doctorcito? ¿Ustedes creen que yo puedo aprender, a los sesenta años, a leer y escribir como si tuviera seis años?

—Claro… —La voz masculina brotaba serena de la garganta de Ignacio.

De repente, la visión de Marta se tornó oscura, difusa; el juvenil rostro de la hermana Anabel se diluía en manchas informes; su angustia creció cuando todo empezó a oscurecerse nuevamente.

—¡No! ¡Quiero ver! ¡Quiero ver, aunque sea esto… que no sé lo que es! —gimió.

Sin embargo, la oscuridad no se tornó densa; por el contrario, los costados del campo visual comenzaron a llenarse de luz. Luz, luz celeste, luz que permitió identificar las paredes atestadas de cuadros y diplomas del doctor Salas.

En el centro ya no había más Anabel. Ahora pudo distinguir la bonachona mirada del especialista, quien le sonreía satisfecho.

—¿No le dije acaso que recuperaría la vista?

—Gracias, doctor… Y mire, disculpe por las molestias que le causé. ¿Qué sé yo? Son los nervios, la angustia…

Marta giró su cabeza hacia la derecha. Allí estaba, estoicamente de pie, cerca del marco de la puerta, la fiel figura de aquel hombre que la acompañaba en las malas y en las aún más malas, llamado don Heriberto. Era panzón, arrugado y mal afeitado. No obstante, dentro de él continuaba estando lo que alguna vez fue.

Y, tal vez, seguirá siendo.

Se despidió del doctor Ignacio Salas. Por fin algo le había salido bien.

Lástima que la promesa de la hermana Anabel de enseñarle a leer hubiera sido virtual. Pero tal vez… si intentara pedir ayuda… quizás lo lograría.

No es por la plata que baila el mono. El mono baila porque tiene piernas y talento.

Pensó que volvería a soñar, pero en lugar de eso, la conciencia fue cobrando nitidez.

RETORNO A ANABEL

—¡Anabel!

Por algún motivo, ella permanecía mirándose tontamente al espejo. ¿Quién era aquella mujer que se reflejaba en ese cristal? Su razón le decía que ella misma, mas… no se reconocía realmente. ¿Esa era ella? ¿Así era ella? ¿Así se veía ella a sí misma o así la verían los demás? ¿Qué imagen reflejaba en las pupilas de las personas a su alrededor, que la reconocían como la «hermana Anabel»?

De pronto, recordó que se había visto a sí misma a través de los cristales de Marta.

—Anabel.

¿Era suyo ese rostro triste, ligeramente regordete y aureolado perpetuamente por ese velo gris? ¿Por qué no podía reconocerse?

—¡Anabel! ¿Hasta cuándo habrá que esperarte?

Si gran dificultad tenía la interpelada de reconocerse frente al espejo, reconocer esa voz seca y avinagrada que pronunciaba su nombre era una cuestión harto sencilla: se trataba de Visitación.

—Hace cinco minutos que te estamos esperando con la madre provincial.

Su intensa experiencia interior le hacía perder por completo el sentido del tiempo. A duras penas recordó que tenía una reunión

con ambas superioras para hablar sobre la situación tensa de su relación con la de la casa.

—Voy.

La joven religiosa cuestionada ingresó a la sala de reuniones. Todos los ambientes del convento nadaban en delicadeza, pulcritud y buen gusto. Los antiquísimos sillones brillaban en su madera envejecida y en su tapizado colorido; el vidrio de la mesita se hallaba imposible de traslúcido; el jarrón de flores que hacía de centro de mesa permanecía pletórico de grandes rosas color amarillo, diestramente organizadas.

Gabriela y su superiora inmediata estaban ya acomodadas en el sillón, enfrentadas a una silla vacía, al parecer destinada a ella. Aun cuando no fuera la consciente intención, aquella disposición de lugares bien parecía una dramatización sobre un juicio donde habría acusadores y acusado.

Mecánicamente, sin pensar en nada en realidad, Anabel ocupó su sitio. Ni siquiera tomó real conciencia de la situación hasta que oyó a la madre provincial interrogarla sobre el dinero que le había prestado a Marta, contrariando la expresa voluntad de la superiora: en ese solo acto había quebrantado tanto su voto de pobreza como de obediencia. La superiora era la que debía disponer del dinero, era la que debía conceder el permiso para gastarlo de este o de otro modo, o no gastarlo en absoluto. Anabel, por su voto de obediencia, se había comprometido a adherir a la voluntad de Dios a través de la voluntad de la superiora, y por su voto de pobreza debía negarse de disponer del dinero como si fuera suyo.

—Gabriela —le respondió la acusada—, ¿por qué me juzgas a mí y dejas de lado el juicio sobre si la decisión de Visitación de negar el

adelanto de sueldo a Marta es justo o no?

—Porque eso ella lo tiene que responder frente a Dios. El asunto es que tú, objetivamente, faltaste a tus votos.

—¡Ay, Gabriela! Ese voto de pobreza que nunca jamás nadie nos lo entiende.

—No hay nada extraño en eso: la gente no entiende ninguno de nuestros votos. El de castidad tampoco. Después de todo, Jesús fue criticado por muchos.

—Si los que nos criticaran fuesen los ricos, por sentirse interpelados por nuestro testimonio real y sincero de encontrar en la austeridad, en la solidaridad con el prójimo y en el compartir los bienes armando fraternidades una profunda alegría y una profunda libertad, te creería que estamos recibiendo las críticas justamente por ser discípulas de Jesús. Pero no, las críticas vienen precisamente porque no damos testimonio de austeridad. ¿Qué diablos importa si pido permiso o no? El asunto es que, con o sin permiso, nuestra pobreza es solo una palabra fantasma: no tiene realidad.

—¿No te dije, Gabriela, que ella cree saber más que nosotras? Un estilo de vida que lleva miles de años de existencia, ella quiere ponerlo patas para arriba. Sinceramente no sé lo que quiere inventar —acotó Visitación.

—Tenemos una sociedad que destruye a sus miembros bajo el yugo del consumismo. Si la ciencia está logrando erradicar las enfermedades, el tipo de vida moderno está estableciendo otras. El mensaje de Jesús sobre la pobreza es un mensaje liberador tanto para ricos como para pobres. En medio de un mundo oprimido por las injusticias, por el consumo desenfrenado, por la producción de banalidades, por el exacerbamiento del individualismo y de los

resentimientos sociales, nuestra forma comunitaria y visible de vivir la relación con los bienes debería revestirse de un auténtico profetismo. Con nuestro modo de vida, deberíamos decir que la mayor riqueza de las personas reside dentro de nuestra propia piel, que solo es posible progresar en la vida atendiendo a todos nuestros niveles, no solo al económico; que intercambiamos bienes como medio de un intercambio fraternal más hondo, en donde prima el reconocimiento mutuo por la dignidad humana.

—Anabel —terció la provincial—, cuando hiciste los votos bien sabías que este es el modo en que nosotros vivimos los consejos evangélicos. Sabías que la pobreza implicaba renunciar a la posesión personal de bienes y depender de la disposición de tu superiora para tus necesidades. Es decir, sabías que, si tu superiora había negado el dinero a la portera, tú no tenías ningún derecho de otorgárselo. Si quieres que la pobreza signifique otra cosa, si a ti el espíritu te indica otro modo genial de vivir la pobreza, pues… debes fundar tu propia congregación.

Anabel se sintió profundamente dolida por la ironía.

Mas su dolor era aún más hondo.

—Entiendo… Yo soy la que está desubicada.

Y más hondo.

La conversación continuó. Gabriela le estaba hablando intensamente. Por su parte, la rectora ni siquiera tenía concentración para preguntarse si sus interlocutoras notarían su total enajenación con respecto a la situación.

A juzgar por los resultados, ambas superioras pensaron que el silencio de Anabel reflejaba cierto arrepentimiento. Una y otra

entretejieron un sinnúmero de consejos y amonestaciones, que fueron ganando en pacificidad y hasta en cierta dulzura.

Gabriela dio el cierre al camuflado diálogo, diciendo que ese tema del dinero dado a Marta estaría zanjado por ahora, pero que sería menester referirse, en otra reunión, a algo realmente más candente y quizás a la madre de todos los problemas referidos a Visitación y Anabel: la ausencia de entendimiento mutuo. Para ello, la citó al día siguiente.

La noche caía sobre las espaldas de la fría ciudad. Anabel pensó que el sueño la llevaría nuevamente hacia alguna otra biografía. En cambio, despertó como si nada.

No obstante, de modo diverso al anterior, entraría en la sexta mujer.

VISITACIÓN. La observante religiosa

La situación era compleja y bien desfavorable, tanto para Anabel como para su superiora. Gabriela las había citado a las cuatro de la tarde. A ambas mujeres, que por razón de las circunstancias debían vivir juntas, les era menester resolver los grandes agujeros negros que minaban la comunicación entre ellas.

Por separado, tanto Visitación como Anabel se habían quejado con la provincial la una de la otra; y ambas, como ocurre casi siempre, tenían una cuota de razón y otra de susceptibilidad. La conciencia religiosa, tanto de la una como de la otra, les impedía odiarse con tranquilidad y les impedía desearse el mal, pero los sentimientos se les sublevaban, ocasionándoles un terrible peso de culpa cada vez que comprobaban lo mucho que se aborrecían, y lo poco que podían disimularlo.

Frente a frente, Anabel y Visitación permanecían sentadas en medio de una angustiosa falta de palabras, la cual debía, protocolarmente, romper la mediación de Gabriela. Paradójicamente —y esto era quizás lo único en que coincidían ese par de monjas en cuestión—, para evitar mirarse a los ojos rozaban, cada una desde su lado, el florero que adornaba el centro del cuadrangular escritorio.

—Las he citado juntas —comenzó a hablar Gabriela, tragándose el temor certero ante la incertidumbre del resultado de la reunión— porque me parece que hay cosas que deberían hablar entre ustedes y que, justamente, las pone tan mal una contra la otra, porque ambas se encierran en esa incomunicación que es fatal a toda relación humana.

—La hermana Anabel —dijo Visitación, sin levantar siquiera una pestaña de donde había tenazmente fijado sus pupilas— nunca me dice las cosas. Ella sabe dónde encontrarme si quiere decirme algo. De todo lo que hace, me tengo que enterar por un tercero. No me rinde cuenta de sus actos y, además, me desautoriza no cumpliendo con mis órdenes.

—Las veces que intenté hablar con Visitación me fue muy mal, pues no sabe escuchar. —Y la actitud de la aludida no había variado tampoco—. Se queda siempre con su idea y, lamentablemente, esa idea no siempre es la mejor. No convenía para el colegio que hubiese tomado a mis espaldas a esa profesora. No convenía que le negase el anticipo de sueldo a la portera. Yo no obedezco sus órdenes cuando son injustas.

—Pero soy la superiora. Mis órdenes no tienen por qué ser cuestionadas.

—Aun cuando seas la superiora no tienes la certeza de que todo lo que se te ocurra en tu cabeza es lo que Dios quiere que hagas. Para que tus órdenes sean válidas, tienes que escuchar, consultar, informarte, saber…

—Lo hago. Pero si tú no me dices nada, yo no te voy a andar rogando. Además, lo que más grave me parece es que frente a mis narices hayas estado noviando con el doctor Palacios.

Sin duda, Visitación se informaba, en eso tenía razón. Lamentablemente de mala fuente y con mala intención.

—Yo no he noviado con nadie.

—¡Vamos! Si me contaron que se dieron un beso en tu rectoría.

—Eso es mentira. ¿Ves, Gabriela? Ella confía más en ese séquito de chusmas que tiene en el colegio que en mí. Así hace para controlarnos. ¿Eso es ejercer la autoridad como corresponde?

—¡Qué habilidad la tuya para irte de las ramas! Anabel, fuiste infiel a tu voto de castidad, y tienes la osadía de acusarme por estas cosas que no son más que nimiedades.

—¡Nimiedades! ¿Cómo sabes que ante Dios es más falta haberse enamorado de un hombre que haberse enamorado del poder humano? Después de todo, no procedí mal. Y tú sí. Estás totalmente rendida al amor de tu poder.

—¡Ejerzo mi poder como un servicio!

—Ah, ¿sí? ¿Como un servicio a quién? ¿A la congregación? ¿A la comunidad? ¿A la gente que tenemos en el colegio? Si realmente lo ejercieras como un servicio no se sentiría ese peso insoportable de tu control, el miedo a tus órdenes desubicadas. En otras palabras, no se te sentiría como una carga, sino como un alivio.

—Nadie, salvo tú, me ha dicho que se sienta así conmigo. Lo que a ti te pasa es que a toda costa querrías estar en mi lugar. A ti te gustaría ser la superiora, y en cada cosa que hago lo noto: te parezco estúpida, te parezco lenta, te parezco poco idónea para ocupar este cargo; y por ende, tú te sientes inteligente, rápida, competente. En cada palabra que digo, seguramente piensas: «Yo lo haría mejor, vieja tonta». ¡Tonta! ¡Tonta! Y vuelvo al tema que me parece gravísimo, y aún más grave con lo que acabas de decir: te

has enamorado, has estado noviando con el padre de una alumna, así sea mentira lo que me contaron que te besaste con él, pero si la gente sabe es porque algo de cierto hay. Y eso, ¿ni siquiera te parece grave?

—Más grave me parece llegar a vieja como tú, con el corazón más seco que una pasa de uva.

—¡Anabel! —intervino la provincial—. Ese es un juicio muy duro que estás haciendo. No creo que sea constructivo utilizar ese modo de dialogar.

—Ella también me juzga, y bien duramente. Me está tratando de puta.

—¡Qué son esas palabras! —amonestó Visitación—. ¿Ves, Gabriela, que esta chica no tiene nada de espíritu religioso? Para mí que deberían buscar un buen modo de ayudarla.

—¡Castíguenme! ¿Eso es lo que estás pidiendo? ¡Castíguenme! Coqueteo con un hombre, cuestiono y desobedezco la autoridad religiosa, uso malas palabras al hablar. ¡Soy una condenada! ¿Y quién te ha dicho que tú, purita como un ángel, que jamás te enamoraste, pero tampoco jamás amaste; que jamás dijiste una mala palabra, pero tampoco jamás una dulce y cariñosa; que jamás desobedeciste lo que se pedía de ti, pero tampoco jamás te comprometiste con la verdad… eres mejor que yo?

—¡Anabel! —volvió a intervenir la provincial.

—¡Esta mocosa es intolerable! —exclamó la damnificada, dando un puñetazo en la mesa—. Con ella no se puede. Exijo que te la lleves de acá. No la quiero más en mi comunidad.

—Visitación, esa decisión no te corresponde a ti —contestó Gabriela—. Les pido a las dos que dejen de juzgarse y atacarse en la

forma que lo están haciendo. Recuerden que el señor nos pide no juzgar a nadie.

—¡Pero debemos combatir el pecado, no podemos ser tolerantes con él! A mí, una religiosa que ha manchado la santidad de su hábito coqueteando con un hombre me da asco. Y me extraña que no tomen medidas serias con respecto a ella.

—¿Así que te doy asco? —replicó la aludida.

—Y ni siquiera muestras arrepentimiento. Ojalá tuviera la decencia de implorar el perdón y buscar los medios para purificarse.

—¿Así que te doy asco? Mira tú, yo pensé que más bien te daría «envidia».

—¡Insolente!

—Sí, envidia. Es tan fácil camuflar el deseo no asumido como asco. ¿Nunca deseaste tener relaciones sexuales con un hombre?

—¡Anabel! —chillaron las dos.

—Claro…, me hacen callar. Es comprensible, pues digo una verdad que no quieren escuchar.

—¿Quién te crees que eres para darnos lecciones? —amonestó Visitación.

Gabriela, ante la palpable realidad de que todo se le había ido demasiado lejos, habíase sumergido en un silencio nervioso. Visitación no cesaba de injuriar y condenar a la joven Anabel. Y fue esta la que, de pronto, cambió el rumbo de la situación.

Alzó por primera vez la mirada hacia la esquiva de su superiora y la penetró, dejando a un lado la inquina virulenta de sus sentimientos. En la pupila de esos renegridos ojos inertes pareció dibujarse el contorno de sendos pensamientos oscuros.

«Los pensamientos, en los pensamientos está toda la verdad». Pensamientos oscuros, vida oscura, sentimientos oscuros, alma oscura, mente oscura.

Pensamientos:

«Dios me ama porque soy pura. Dios me ama porque siempre obro conforme a lo que de mí se espera. Dios me ama porque nunca entregué mi corazón más que a él. Dios me ama porque siempre he cumplido la ley de la Iglesia. Dios me ama porque ya he extirpado de mí todo deseo, toda sensación, todo sentimiento que pudiera apartarme de él».

En el alma de Visitación anidaban, a no dudarlo, muy buenas intenciones. Entonces, ¿por qué era un alma muerta? Si en su vida no hubo afecto alguno que la distrajera de Dios, ¿por qué no dejó que la luz entrara dentro de sí?

La cuestión capital era precisar cuál era ese Dios de Visitación, tan vanidoso que, aun sabiendo el sacrificio cruento de esa existencia casi inhumana, no la había recompensado con la luz, con la plenitud. Cierto que Visitación esperaba conseguir la anhelada felicidad en la eternidad… Pero ¿y si esa eternidad no fuera otra cosa más que la prolongación eterna del estado del alma que tiene cada sujeto durante su vida? ¿Qué pasaría si Visitación, en el momento de su muerte, simplemente se encontrara prolongando la oscuridad que en esos momentos cargaba dentro?

La infelicidad es un síntoma, síntoma de que se ha errado el camino. Nadie, ni Visitación, ni Faviana, ni Constanza, ni Mariana, ni Alejandra, ni Marta, ni nadie de nadie debería acomodarse al estado de infelicidad. Porque este es siempre síntoma de la enfermedad del espíritu, y esta enfermedad no solo lleva a la muerte, sino que

prolonga la muerte consciente más allá de las fronteras de la vida terrena.

Visitación se había entregado al dios equivocado. Su dios era un padre defectuoso, paternalista, cuya autoridad reñía con la libertad del hombre, cuyo objetivo era el sacrificio de los goces y placeres de la vida, que no quería que sus hijos disfrutaran otra cosa que no fuera él mismo, que desconfiaba perpetuamente de nuestros actos y encontraba pecado por todos lados, que le interesaba ser glorificado y mejor si era a costa del dolor humano. Era el dios cuya santidad consiste en la «incontaminación», un dios maniqueo que, por un lado, crea todas las cosas y luego las odia, convirtiéndolas en su enemigo; crea la naturaleza humana y luego la destruye con sus leyes. Un dios que pide ser amado, pero que muestra un rostro inmisericorde siempre dispuesto a castigar, un dios creador de una vida y de un amor asociados a la muerte y a la claudicación del yo. Un dios que se complace en ver a sus fieles de rodillas pidiendo perdón y clemencia. Un dios que causa la enfermedad, la muerte y la pena de los hombres. Y encima, pide amor.

Pensamientos oscuros. Un dios oscuro.

Dios no es este dios. Dios ama el ser humano, ama todo lo humano; es más, lo verdaderamente humano es divino y, mientras más humano, más divino.

Visitación no actuaba así por maldad pura. Su error, craso error, consistió en no liberar el espíritu para dejar que este volara al Dios que es. Una religión sin libertad de espíritu no solo hace a la persona «menos buena», sino que literalmente la mata, pues la entrampa, poniéndole escrúpulos en su conciencia y «verdades» incuestionables en la cabeza. Se cierran todas las puertas de la

libertad interior. Y Dios, el padre bueno y amante, ya no puede entrar.

Con Visitación, seis mujeres habían pasado por el rostro de Anabel, y esta última fue la única para quien no encontró redención, pues las murallas estaban demasiado altas y sólidas; no podía romperlas sin romper la escasa integridad de la pobre mujer.

No era cuestión de seguir afligiéndola más: demasiado tenía la pobre vieja consigo misma. Tal vez el cariño fraternal lograra aflojar un poco sus defensas y permitir el paso de la luz. Visitación corría un serio riesgo. Muy serio.

Cuando la pobre Gabriela había agotado todo el santoral, invocándolo para que arreglase la situación, hubo pensado que fue obra del último (que ya no se acordaba quién era), cuando vio iluminarse el rostro de Anabel.

—Visitación —pronunció esta última, en suaves acordes que contrastaron violentamente con la vehemencia de la nombrada—. Visitación… Gabriela tiene razón, no debí decir lo que dije.

La calló como por arte de magia. Es más, logró que, por primera vez, ella la mirara a los ojos.

—Hago mal de no hablar. Hago mal de no decirte las cosas como las pienso, de simplemente actuar por mi encargo. No tengo ningún interés en ser la superiora de esta casa, ni siento que tú seas inútil para esto. Lo que pasa es que pensamos diferente, y eso no es malo. Por eso te pido perdón por mis groserías, pero también te pido que me escuches antes de que tomes una determinación. No sé más que tú, sabemos cosas distintas y por eso debemos confrontarlas.

La aludida parpadeaba sin dar crédito ni a sus oídos ni a sus ojos…

—Gabriela, entendería que decidieras mi partida de este lugar —aseguró Anabel—. Aquí se enredaron mucho las cosas para mí. Pero la vida se les enreda a todos, y no es conveniente huir. Yo no quiero huir, quiero enfrentar.

—¿Te sientes en condiciones? —contestó esta—. Te percibo muy cambiante. No hace más de una semana, casi te escapas de acá como si se tratase de una cárcel. ¿No crees que necesitas otro ambiente para decantar la experiencia y luego poder enfrentar lo que tienes que enfrentar?

—Me siento incapaz de acompañarla en este proceso —confesó la superiora.

—Yo quedo en disponibilidad. Sé que, de todas formas, completaré lo que debo vivir.

¿De qué estaría hablando?

Del séptimo. Del séptimo rostro. Otra mujer aguardaba ser explorada.

Otra mujer. La última.

ROXANA. La suicida

Si su cuerpo pendía como pluma al viento entre la vida y la muerte, era porque su alma habitaba en las regiones de la nada. Nunca había estado en otro sitio, pues nunca se había sentido viva.

Un profundo vacío la circundaba desde que había pisado este común suelo redondo y gigante llamado Tierra. Ninguna voz la nombraba: ninguna que le dijera quién era en realidad. Tanto era así que tuvo la impresión de nunca haber recibido el ser. Un fantasma con carne humana. Tiempo sin historia. Existencia sin esencia. Voz sin palabras. Cúmulo de genes sin identidad. Pasado sin memoria, futuro sin proyecto, presente sin conciencia. Sangre sin ánima, ojos sin mirada.

Su corazón latía solo gracias a una sola intención: que «ella» se diera cuenta de que existía. Ella. Ella. La maldita ella.

Su mente vivía divagando, como el fantástico Holandés Errante, por las turbias aguas del sinsentido, pero la mayoría de aquellas divagaciones estaban orientadas a representar el rostro terso de su madre sumergido en angustia y culpa sin fin. «¡Que llore! ¡Que sufra! ¡Que se eche la culpa ante lo irremediable toda su vida!».

Su madre: el «ella» que debía darse cuenta de que su propia hija, de nombre Roxana, existía. O al menos, que había existido. Y lo «irremediable» no era otra cosa más que la propia muerte.

Era la representación mental favorita y atrayente: la sala velatoria, las flores ahogadas en un penetrante olor a pino, el ambiente enrarecido por el dolor y la incomprensión, y todo ese desfile de lánguidos rostros compungidos que se reunían atónitos para despedir a alguien que no sabían si aún estaba o no, si se había ido o en algún momento retornaría, si su alma gravitaba en algún lado o definitivamente se había hecho nada.

Y entre ese mar informe de rostros se figuraba con especial delectación el de Alejandra, su madre. Examinaba, en su imaginación, los ojos maternos hundidos en congoja y el pecho quebrantado en una culpa que no la abandonaría jamás.

«Si en mi vida nadie se dio cuenta de mí, que de pronto tomen conciencia de Roxana cuando todo sea demasiado tarde».

Y ese demasiado tarde, para la joven, era la muerte.

Ella misma era un tema ausente para sí. Roxana jamás gastó medio nanosegundo ni medio infinitésimo pensamiento en cuestionarse qué le pasaría luego de engullir compulsivamente ese frasco de pastillas vencidas. Suponía que, como las otras veces, en las que tal vez no había sido la cantidad suficiente, simplemente dormiría.

Dormiría. Dormiría sin despertar jamás. Nunca. Definitivamente.

Dormiría, dejaría de respirar… y ya. Punto final. Fin. Se acabó para siempre.

Las otras veces, al despertar, simplemente había abierto los ojos y no se acordaba nada de nada. Esta vez, la única diferencia era que… no despertaría.

Preparó las cartas. Se bañó. Se maquilló. Se perfumó. Se vistió de azul como para una fiesta.

Al modo de actuación para un ritual religioso, llevó a su pieza un gran vaso con agua fresca, se sentó frente a su toilette, tomó el frasco —por mucho tiempo celosamente guardado y escondido— y comenzó a tragar las amargas pelotillas informes de medicación, devenidas, dada las condiciones, en mortal veneno. El efecto de las mismas sería su pasaporte a la nada.

Un extraño sentimiento de orgullo de sí misma evitaba que el miedo detuviese tan fatal decisión. Sí, orgullo, orgullo de sentirse valiente, de haber tomado en su corta vida, por lo menos, una decisión trascendente.

Aunque se tratara de la decisión de no vivir.

Su mente estaba lúcida y despejada. Era una verdadera decisión humana: pensada, elaborada, querida, acariciada, planificada. Ahora, degustaba a solas la escena como un artista cuando exhibe su cuadro.

Cada pastilla que descendía a su esófago le doraba la psiquis de una carga extra de adrenalina, y eso le producía un morboso placer.

Una. Otra. Otra. Otra… De a una… caían como diabólicas cuentas de un rosario.

El cuerpo protestó la ingesta, produciéndole un intenso vahído. Su cabeza dio vueltas, una y otra vez, hasta finalmente desenroscarse del cuello.

Llegó la pesadez esperada.

Ahora comenzaba la función.

* * *

Diez… Nueve… ¡Oh, no! ¡Otra vez la resucitación! Un dolor imposible de agudo, en lo que recordaba, era su pecho… Ocho… Siete… ¡No! ¡No quiere volver! ¡Que la conciencia siga muerta! Seis… Cinco… Otro dolor intolerable. Quiso gritar a voz en cuello que la dejaran en paz. Cuatro… Tres… Irremediablemente, sentía que su conciencia despertaba nuevamente… Dos… ¡No! ¡La puta vida de nuevo no! ¡Otra vez la odiosa puta vida…! Uno.

El dolor imposible, y no solo imposible, sino incluso interminable.

—Se va.

Escuchaba, sin ver más que manchas informes.

—Entró en coma profundo. No hay nada que hacer. Muerte cerebral.

¿Qué muerte ni qué ocho cuartos? Su cerebro estaba vivo. ¿De qué otro modo podría estar escuchando y sintiendo? Para protestar su vida, quiso gritar con toda su fuerza. No obstante, por mucho que lo intentara, no consiguió identificar su propia voz.

—Vamos a tener que dejarla conectada al respirador. No queda otra que esperar. Solo Dios puede saber cuánto tiempo permanecerá en vida vegetativa.

¿Qué vida vegetativa ni la mierda? Ella escuchaba todo. Entendía absolutamente todo. Incluso creyó sentir el movimiento de su cuerpo transportado a través de la camilla hacia vaya saber qué lugar.

La máxima impotencia. El clímax de su vida fantasmal. Ella percibía todo lo sucedido a su alrededor, pero en cambio no podía comunicarse en absoluto. Su conciencia no tenía modo de hacerse sentir.

Se desesperó intensamente. Como nunca. Algo había muy diferente con respecto a las otras veces.

* * *

Como quien da vuelta una página, su conciencia se perdió de la voz de los médicos, del hospital y de su supuesta vida vegetativa. Casi podría decirse que algo la arrancó de allí y la puso en el borde de una infinita escalera descendente.

—Baja. Baja.

Una voz indefinible. Ni la de los médicos ni la propia.

Percibió que la conciencia pura, es decir, su situación actual, ahora carente de cuerpo, tenía la facultad de moverse a voluntad. Podía, por lo tanto, permanecer allí, cuyo lugar era absolutamente irreconocible, o descender uno a uno esos peldaños, rumbo… ¿a dónde? ¿Cuál podría ser ese rumbo?

—¿La muerte definitiva? —preguntó ella.

—Correcto. Es el dormir sin fin.

Comenzó a descender los peldaños. En la medida que lo realizaba, esa puta conciencia que debía aniquilar se embotaba poco a poco, en la misma medida en que iba bajando los peldaños.

—Arrorró, mi niño, arrorró, mi sol…

Se iba, se iba, se iba… como quien se duerme.

—Arrorró, pedazo de mi corazón.

Bajaba, bajaba y bajaba. El sopor se hacía por demás de intenso.

El consciente, ¡por fin!, se extinguía. ¡El fin! ¡Por fin el fin!

Bajaba y bajaba… El límite… Cruzar el delgado límite entre el ser y la nada. Tal como cuando nació, donde en algún impreciso

momento se dejó de ser nada para ser… ¿Ser qué cosa? Una absurda autoconciencia sufriente.

—Arrorró, pedazo de mi corazón.

Figuradamente, se sintió apoyando débilmente el talón (o lo que fuera de él en este estado no corpóreo) en dicha línea imaginaria.

¡Y por fin la nada!

—Arrorró.

Violentamente, un golpe la sacudió. ¿Estarían nuevamente intentando revivirla? No. De nuevo, el arrorró… Volvió a pisar la línea.

Bajar. Irse. Dormir. La nada.

¡Otro golpe! Esta vez sin arrorró. ¿Estarían intentando revivirla? Pero ya había pisado la línea. Cuando se dio cuenta de que el sopor se evaporaba una vez más de su psiquis, comenzó a temer por su suerte. Pensó que morir era más sencillo.

Intentó gritar, pero ya no tenía voz.

La conciencia de sí retornaba a ella a borbotones, y entonces tuvo la impresión de ser solo un cúmulo de sentimientos intensos, inconexos, incoherentes y contradictorios.

Sentimientos. Solo sentimientos. Los mismos que había almacenado a lo largo de su corta existencia, pero esta vez percibidos en una magnitud diferente, pues estaban totalizados y ya no era posible, bajo ningún aspecto, huir de ellos. Antes, cuando percibía los sentimientos a través de su cuerpo de carne, podía evadirlos, podía drogarlos, podía distraerse con otros estímulos sensoriales: la televisión, el alcohol, el sexo, el sueño… Pero este cuerpo incorpóreo… Este cuerpo —¿sentimental?— no tenía posibilidades de evasión. No podía no sentir.

Sentir amplificado, totalizado, en progreso creciente, magnificado y llevado al extremo, continuamente estirado en un fin que no llegaba nunca. Toda la angustia, las náuseas por la vida, las broncas, el desasosiego, las culpas… ¡Y no poder dejarlas de sentir! Extrañó todos los alivios de su vida sensorial: música a volúmenes ensordecedores, para que las vibraciones sonoras adormecieran los nervios; salir con las amigas para mofarse de todo el mundo; ir al gimnasio y descargar tensiones; hacer el papel de rebelde para experimentar su vanidoso poder… Mas, en estas circunstancias, ¡nada! ¡No podía realizar ninguna acción para desligarse del pesado fardo de sus sentimientos doloridos!

Era pura angustia, angustia propia… y nada más que eso.

Allí cobró conciencia de la espesa oscuridad que la envolvía. Allí cobró conciencia de que estaba absolutamente sola e incomunicada. Allí cobró conciencia de que no había salida. Y ni siquiera la muerte era salida. A juzgar por los resultados, la muerte había representado, más bien, una «entrada».

¿Entonces? ¿Siempre así? ¿Así? ¿Siempre?

Algo vivo, correoso, alargado y grueso, cuya textura era símil a la de un ofidio, se le enredó entre los pies, dejándola inmóvil.

Quiso gritar, pero no tenía voz.

Angustia, oleadas de angustias siempre crecientes. La vida como un peso, una maldición. Frustraciones imposibles de no degustar amargamente. Resentimientos. El malestar interior que le ardía desde los talones hasta la punta de sus cabellos.

Pánico. Unas pesadas aguas plomizas comenzaban a surgir del piso, y la espantosa sensación de ese contacto hediondo le iba

subiendo de los tobillos a la rodilla; de la rodilla a los muslos; de los muslos a la cintura; de la cintura…

Intentó salir, pero la cosa caliente que se le había enredado en los pies la hizo desistir de ello. Entonces, su conciencia fue algo más que sentimientos puros.

* * *

Pensamientos puros. Puros pensamientos. En la realidad del cuerpo físico, los pensamientos son operaciones mentales, relativamente débiles, que necesitan todo un proceso interno y externo para materializarse, objetivarse y salir del sujeto. En esta esfera, los pensamientos son la realidad, se objetivan sin dificultad alguna.

Estaba, entonces, a merced de su propio pensamiento, es decir, de los pensamientos que la embargaron durante su triste trayectoria por la vida.

«A mí nadie me quiere».

Soledad absoluta.

«Odio a mi madre, a mi padre y a mi hermano».

Inmediatamente, los tres se presentaron allí con gruesas cadenas en las manos. Movidos de risas espectrales, comenzaron a descargar su furia, azotándola con ellas.

El dolor carnal es duro, pero, tarde o temprano, cede y se lo puede anestesiar. En cambio, el dolor del espíritu es abarcativo, totalizante, imposible de mitigar. Indeciblemente agudo.

«Odio a todo el mundo».

Y todo el mundo se le vino encima para escarnecerla.

Angustia. Soledad. Dolor… Infinitos. Ya no había límites, no había raya, no había fondo, no había tope.

«Soy mala, por eso nadie me quiere».

Entonces, su propio yo se fragmentó y se enfrentó a sí misma con indecible odio, con indecible saña, con indecible deseo de autodestrucción. Era lo peor, aunque, por más peor que fuera, nunca era lo último.

Lo feo, todo lo feo que guardaba dentro de su mente, cobraba densidad existente y se venía contra ella.

«Es mi castigo eterno por haberme suicidado». Un estado de miseria absoluta. Y no había escapatoria.

Pero no, no era castigo. Era simplemente la consecuencia de todos los pensamientos y sentimientos que había almacenado a lo largo de su vida. Como quien dice, lo sufrido era solo el resultado final de su propia autoconstrucción, que, en dicho caso, sería más propio llamar «autodestrucción». Ni más ni menos: aquello era, inmortalizado, el mundo espiritual que tejió en torno a sí durante sus diecisiete años.

Pero para entonces… el tiempo se había suspendido.

* * *

—Roxana —escuchó una voz lejana.

¡Pero había tantos sonidos ululantes alrededor de ella!

—Roxana —volvió a distinguir, entre miles de espectrales gemidos, su nombre propio.

Se concentró en dicha voz, intentando extraerla de aquel cacofónico concierto.

—Toma la luz —continuó la voz.

Fueron menester ingentes esfuerzos para centrar su atención en este átomo de paz en medio de la oceánica angustia. Mas, en efecto, al cabo de un atemporal tiempo prolongado, pudo divisar frente a sí, como suspendida en la nada oscura, una chispa de luz. Entonces reconoció la voz: era la de su abuela del alma. La muy piadosa abuela Blanca, madre de su papá, que rezó tantos rosarios como le dio el tiempo en su existencia terrenal. La voz era apenas un recuerdo, algo surgido desde el fondo de su atormentada conciencia, pues la Abu había fallecido cuando ella apenas pisaba los diez años. No obstante, en la medida en que más se esforzara en ello, la palabra cariñosa de su cercana pariente acudía a su mente con notable nitidez.

Intentó asir la chispa.

—¡No! —Un grito, o más que eso: un alarido—. Ni se te ocurra tomar la luz. Eso te llevaría al juicio implacable de Dios, y él te destrozará por lo que has hecho. Tú lo odias, él te odia. Tu lugar está acá. Esta es la pena que mereces.

Surgieron del ambiente un sinfín de imágenes inconexas y espectrales, que ella reconoció como fragmentos emanados de su destrozada memoria. Eran momentos acusadores, donde se le recordaba que, durante su corta vida, se había portado muy mal con Dios.

—A ti, Dios no te importa nada —amonestó su rectora, cuando la descubrieron llevando bebida blanca al retiro.

—¿Acaso no sabes que el suicidio es un pecado? Es rechazar un gran regalo de Dios, que es la vida —continuaba la monja, esta vez, luego del segundo intento.

La culpa y el temor a la ira divina la hicieron desistir de su decisión de tomar la luz.

—Roxana. —Nuevamente, las reconfortantes palabras de su abuela—. Si quieres dejar de sufrir, toma la luz. Dios es misericordia.

Se aferró desesperadamente a esta posibilidad.

—De acuerdo —dijo—, no quiero sufrir más. Voy a buscar la misericordia de Dios.

Los reptiles que tenía anudados en sus tobillos, a modo de repulsivos grilletes, se atornillaron aún más a ellos. Necesitó reafirmar más de una vez su decisión para no sucumbir al espanto.

—¡Abuela Blanca! ¡Ayúdame!

Inmediatamente, sintió que la chispa pasó a posarse dentro de sus pensamientos. Escuchó a su querida familiar recitando un rosario. Sin embargo, la culpa y el miedo aún la hostigaban.

—Si vas a Dios, él te condenará. Es terrible, vengativo y justiciero. No deja pasar nada…

Mas la luz ya estaba dentro de sus pensamientos.

—Yo no sabía lo que hacía —se dijo—, si bien me hablaban de la misericordia de Dios, nunca me la mostraron. No la conocí. Cuando lo vea, le voy a explicar mi proceder y pediré perdón.

Las reptiles cuerdas intentaron entrampar con mayor firmeza sus piernas, hasta el punto de hacer tambalear su estabilidad. El pánico de no poder desasirse nunca de esta cruel situación le aguijoneó su pecho. Por momentos, percibió que su situación empeoraba.

Entonces la voz de las tinieblas se trocó en miel y seducción.

—¿Ves? La luz te hace daño. Te hace sufrir. Te prometemos tratarte muy bien si niegas la luz. Este es tu lugar, confórmate a él. No es tan mala la oscuridad como parece.

—¡Jamás! —exclamó con firmeza la voz de su abuela—. Ya te metiste muchas veces en lugares que te destruyen. No pactes con la oscuridad, pues es mentirosa por esencia. ¿Acaso puede cumplir lo que promete? La oscuridad acusa a Dios, miente con respecto a él. Y cuando logra que las personas actúen contra su conciencia, las acusa, las mata en las garras de la culpa, de tal forma que esa misma culpa actúa como un murallón que separa la conciencia de su propia redención. Roxana, no te resignes a esta miserable situación. Dios siempre tiene la capacidad de sanar nuestras heridas, incluso las mortales y las aparentemente sin retorno. Para Dios nada es imposible. Pero depende de tu decisión, querida nietita mía.

—¡Quiero la luz! ¡Acepto la luz! Pero ayúdame, abuela, a mantener esta decisión, porque me siento muy débil y mi mente no es clara.

Como si las palabras tuviesen un poder singular —en realidad, lo tienen—, pronto divisó, con un profundo alivio, que su derredor iba radicalmente cambiando. Los espectros y las voces infernales decrecían en realidad. Por el contrario, una intensa luminosidad azul como el cristalino del cielo comenzó a bañar el ambiente, saturándolo de una refrescante presencia protectora que irradiaba paz y serenidad. En un punto, se sintió libre del odioso grillete que hasta el momento le había sujetado los tobillos.

—Pídele a la luz azul que te envuelva —instruyó la voz de la piadosa mujer.

Roxana obedeció. Entonces, la azulinidad invadió todo su ser: mente y corazón, en la misma medida en que dominaba toda la oscuridad ya vencida. Se sintió protegida, fuerte, segura. Por primera vez en su corta existencia, tuvo la sensación de la total

ausencia de temor: por fin podía saber lo que significaba no estar amenazada en absoluto por absolutamente nada. Confianza total en la misma vida.

La hostilidad cesó por completo. La luz azul le produjo una intensa liberación interior. Era como si todas las fuerzas vitales de su persona de pronto resurgieran con inusitada intensidad. Fue una sensación extraña, completamente lejana a todo lo que había sido su experiencia en el tiempo.

Era sabor a libertad. Libertad pura. Libertad ilimitada. Libertad de todas sus potencias humanas desplegadas en un sinfín de posibilidades. Libertad: por fin libertad. Esa que ella buscó, como la busca todo el mundo en general, en la ausencia de normas, en la suelta del capricho informe, en llevar bebida al retiro y tomarse las pastillas para morir. Pero no. La libertad era algo tan distinto que, por lo mismo, le resultaba imponderable. Era, antes que nada, una sensación de profunda ampliación del yo, y de un yo —como nunca — hermoso, deseable, querido.

Sintió que se elevaba. Una elevación singular, quizás una elevación sobre sí misma, porque, de hecho, así como no había tiempo, tampoco había espacio.

Unos anillos violetas comenzaron a rodearla, girando velozmente a su alrededor. Sucedió que, en su alma, se fue gestando una acción totalmente impensable para ella: la reconciliación. Reconciliación consigo misma, reconciliación con su historia. Lo que ella más odiaba de sí y de su «suerte» se había trocado, gracias al poder de esa reconciliación honda, en poder y riqueza personal. Por primera vez se sintió con posibilidades de dar, de comunicar algo valioso de sí misma a los demás. Su historia, sus heridas, sus pesadillas y

malos recuerdos se transformaban, bajo el dedo de esta luz violeta, en experiencias altamente sanadoras, en heridas de consolación, en fuentes de alegría y vida.

En medio de esta oleada de beatitud, llegó un haz dorado a posarse frente a sus pies, como tendiéndole un puente. Ella, literalmente, penetró el haz luminoso y se sintió tan leve como un soplo. Impulsada por una fuerza proveniente de su fuero interno, dio un salto esperanzador a través del cual comenzó a volar. El dorado caía sobre ella como una llovizna que no mojaba y, al penetrarla, le dejaba una profunda pasión por la vida y por lo bello. Percibía la belleza pura, sin formas concretas: la belleza en sí misma. Con más propiedad, podría decirse que la belleza resplandecía desde dentro de ella, y por eso era capaz de percibirla en su fuero externo. Era, además, una belleza preñada de presencias: la sentía como música, como arte, como armonía, como la lindeza singular de un rostro sonriente, como la carita de un niño descubriendo un querido juguete detrás del envoltorio, como la mirada de los enamorados, como las manos del anciano que animan al joven, y las del joven que sostienen al anciano. Como el amor, en definitiva.

Comprendió que la belleza estaba dentro de cada uno, dentro de la propia vida, dentro de las propias circunstancias, dentro de la cotidianeidad. Tan dentro de ella, que se necesitaba estar muy atentos para descubrirla. Ese cúmulo de presencias, de pronto, se concentró en una sola que lo podía abarcar todo. Se trataba de una presencia personal que le ofrecía un ilimitado horizonte donde desplegar, libremente, toda la riqueza de su ser.

La presencia era contenedora, no invasiva, diáfana, libre y liberadora, cercana y amante. Aunque era concreta, no se

concretaba: podía verse, olerse, respirarse, saborearse, escucharse. La conciencia del yo se engrandecía ante el baño dorado, adquiriendo un poder nuevo; y a la vez que se ampliaba, quedaba profundamente clara su propia identidad. Roxana era bella, y era bella precisamente por ser Roxana: única e irrepetible.

En su marcha ascendente por el túnel dorado, se encontró con otra oferta de luz. Era de color entre rosa y naranja. Tomaba forma de una esfera que alegremente giraba sobre su propio eje, delante de sus ojos.

—Envuélveme —solicitó ella.

Entonces, el globo incandescente se agigantó y terminó estallando en un festival de colores. Aquellas luces no eran solo luces: todas parecían presencias personales, hasta se les podía identificar cierto carácter en ellas.

Este rosa anaranjado era alegre, juguetón y bondadoso. Cuando lo invadió todo, Roxana se sintió de inmediato afectivamente cerca de sí misma y de todos. De todos y de todo. Una especie de comunión intrapersonal, interpersonal, inclusiva, exclusiva y a la vez cósmica. Amor a sus padres, tan débiles y oscuros que necesitarían más que ella de aquellas luces; amor a su hermano, atrapado también en las garras de la muerte afectiva por ignorar la vida; amor a sus amigos y amigas, que se dejaban guiar por erráticos conceptos sobre la existencia. Amor a la creación. Amor al yo.

Amor y comunión. Percibió también millones de presencias humanas dispuestas a ayudarla, muchas presencias que la sostenían, entre ellas especialmente la de su abuela, que tanto había rezado a lo largo de su vida por cada uno de sus hijos y nietos. Y no había sido en vano.

Roxana entendió por qué la soledad duele tanto. La soledad duele porque es la completa oscuridad, porque es el absurdo.

Si bien la vida humana tiene necesarios y saludables raptos de soledad, en los que cada ser toma las decisiones más importantes sobre sí mismo para ubicarse existencialmente con o contra Dios, con o contra sí mismo, con o contra los otros, con o contra las leyes de la vida…, la soledad del vacío absoluto —nadie me quiere, yo no quiero a nadie— es la oscuridad a pleno.

Y nada más ajeno a la verdad.

Toda vida humana, nazca en las condiciones que nazca, está rodeada de amor: el amor de Dios Padre y Madre a la vez, el amor del hermano y amigo Jesús, el amor del Espíritu, autor, en definitiva, de toda vida.

Entonces: ¿por qué tanto sufrimiento en la Tierra? ¿Por qué tantas personas reñidas con su propio existir? ¿Por qué tantas lágrimas a solas y a oscuras? ¿Por qué tantos corazones destrozados?

Porque la Tierra, marcada por el límite —no absoluto— del espacio y del tiempo, pertenece al dominio del hombre, y el poder de Dios actúa, fundamentalmente, como una invitación. Cada hombre que rechaza la luz hace entrar en sí las tinieblas y, a través de él, estas se difunden hacia los demás. Por el contrario, quien acepta la luz no solo ilumina su propia vida, sino que contagia a otros con dicha luz. No hay espacio para la neutralidad.

En la historia humana se establece una necesaria batalla entre la luz y la oscuridad, donde ningún sujeto, por insignificante que parezca —aun si fuera una hormiga en un océano de personalidades —, es neutro. Todos optan, consciente o inconscientemente, por

algún ejército: el de las tinieblas o el de la luz. Ejércitos no delimitados ni definidos, sino «eternos convivientes combatiéndose», que atraviesan cada cultura, cada país, cada sistema, cada ideología, cada religión, cada raza, cada estructura, cada ámbito donde el hombre se despliega. Demonizar una porción social —raza, cultura, religión, país, ideología, etc.— y sacralizar otra es una continua tentación de miopía espiritual. Los ángeles y los demonios están combatiendo dentro de todo, y en cada situación humana.

Roxana, en su estadio fuera del tiempo, se sintió plenamente unida y preocupada por la suerte de la humanidad entera, en sentido abarcativo, pero no genérico.

Entre todas las presencias amigables, distinguió una absolutamente pendiente de ella. Algo así como su guía personal.

—¿Estoy muerta? —le preguntó.

—Aún no. Tienes un cuerpo que te ama con locura. A pesar de que tú hayas intentado minar su salud y arrancarlo de la vida, te sigue esperando.

—¿Mi cuerpo me ama?

—¡Claro! El cuerpo de cada persona es su servidor más fiel e incondicional. Pero no siempre el «señor» le devuelve la misma nobleza. El cuerpo obedece los deseos íntimos del alma. El alma ama la vida, y el cuerpo le responde otorgándole fuerza y juventud; el alma quiere morir y el cuerpo enferma. Desde luego, no es una regla general, pues el cuerpo tiene su ciclo y, en un momento dado, debe entregarse a la muerte. Pero al tuyo todavía le falta rato para eso. Él sabe que, muy en el fondo, quieres vivir, por eso mantiene alguna de sus funciones vitales, esperándote. Ahora que descubres tus motivos para vivir en la Tierra, te invitamos a volver a él.

—¿Y para estar en este lugar debo esperar mi muerte definitiva?

—No. Puedes, y es lo que conviene, vivir en el mundo físico y aquí al mismo tiempo. Porque los mundos que has conocido no son delimitados, sino que son diferentes dimensiones de una misma realidad. Depende de la intensidad de vida en la que elijas vibrar. Si quieres vibrar en esta plenitud que descubres ahora… deberás luchar constantemente, pues las tinieblas intentarán poseerte nuevamente. Pero la oración de tu abuela Blanca, aun cuando la realizara muchos años antes de lo que te ha ocurrido, te ha salvado y te fortalecerá en el combate. La fe es un poder sin igual. Lástima que los hombres estén tan cerrados a descubrirla.

—Acepto el desafío. Quiero volver. ¿Cómo lo hago?

En eso, una potente luz naranja la rodeó… y de pronto, casi sin transición, sintió que penetraba pesadamente en su propio cuerpo agonizante.

—Gracias, cuerpo —le dijo cuando aún no estaba del todo dentro.

A sus oídos, al parecer realmente a sus oídos corporales, le llegaba una confusa sopa de voces y de palabras. No supo en sí las frases, pero lo que sí supo fue que se trataba de la milenaria batalla entre la luz y la oscuridad.

—Santa María, madre de Dios… —pudo distinguir al fin, poniendo término a la confusión.

—Salga de acá. —Era una voz masculina—. En terapia no se puede estar. ¿Qué se cree? ¿Qué por ser monja puede hacer lo que se le ocurra? Vaya a rezar a la iglesia, nosotros acá hacemos algo útil.

Aunque no reconoció la voz que recitaba el avemaría, entendió que alguien la estaba beneficiando con su plegaria. «No, no la dejen irse», quiso decir, pero las palabras quedaron entrampadas entre sus mustias cuerdas vocales.

Un intenso color verde revivificante estaba envolviendo su corporeidad. Volvió a tener la sensación del cuerpo: al principio, como si fuera plomo fundido, luego, como invadido por un trabajador hormiguero rojo, hasta que pudo definir mejor las sensaciones.

Abrió muy grandes los ojos. Comprendió la diferencia entre la visión intuitiva y la visión sensorial. Roxana las tenía ahora a ambas.

Divisó los aparatos, el techo blanquecino, las paredes interminables; pero también vio la luz verde que aún rodeaba toda la extensión de su amortiguado cuerpo.

El respirador artificial le quemaba la garganta. Con paciencia, se llevó la mano derecha donde su boca. Cuando entendió, a través del tacto, el sentido de las vendas, comenzó a desprendérselas, tolerando el intenso dolor cutáneo.

Escupió la boquilla y al instante el aparato comenzó a chillar. Ya sin mucha paciencia, se liberó de las decenas de sensores ligados a su cabeza y a su pecho, cuyos monitores también comenzaron a quejarse, elevando al ambiente un poderoso y agudo silbido.

El verde continuaba recubriéndola. Respiró profundamente, por sí misma, y se incorporó sobre la cama con cierta dificultad. Al pararse sobre sus talones, sintió un mareo momentáneo y comprobó que su cuerpo le pedía una energía nueva. A los pocos segundos vio entrar a cuatro personas en tropel, secundadas por su padre. La miraron desfigurados, como si ella se tratara de un espectro.

—Tengo hambre —les dijo como si se hubiera levantado de la siesta.

—Roxana —exclamó su padre—. ¿Estás bien?

El desconcierto del doctor Palacios era tan fuerte que se encontraba allí como una estatua. Se hubiera esperado un abrazo, pero Alfredo, aun cuando lo deseara, no era capaz de darlo. De algún modo, la culpa lo tenía petrificado. Roxana lo sabía y lo comprendía plenamente.

—Sí, papá, solo que con hambre. También necesito ropa… Y tengo una duda… ¿Había alguien rezando hoy al lado de mi cama?

—¿Hoy? No que yo sepa. El otro día entró por un rato tu rectora. Entró sola, no sé si rezó o no.

—Ah… Bueno… ¿Para cuándo la comida?

ANABEL. Definitivamente Anabel

Lunes. Nuevamente, como un giro más de la interminable rueda que se mueve en falso, otro lunes amanecía en la vida de Anabel.

La madrugada hacía presagiar un día impensablemente frío, plomizo y gris como la angustia misma. Cuando chilló el despertador, se levantó sabiendo que el día iba a ser muy, pero muy largo. Su cálculo del tiempo se había distorsionado: le parecía que, desde la situación generada en su intento de huida con Alfredo hasta la fecha, había transcurrido al menos un siglo, lo que en realidad había ocurrido hacía poco menos de una miserable semana atrás.

Como de costumbre, llegó tarde a la oración de la mañana. Al tomar su lugar en el interior del pequeño oratorio, aspiró aquel hálito cúltico que emanaba del recinto sacro.

Entornó los ojos y, por la pantalla errática de su mente, desfilaron los rostros… Los siete rostros que, de algún modo, habían marcado el suyo actual. ¡Cuánto había aprendido de cada uno de ellos! En verdad, el jardinero —sea quien fuere este personaje— había tenido razón: una prostituta, una hierática solterona, una ambiciosa secretaria, una materialista esposa, una resentida portera, una adolescente suicida, una monja víctima de un sistema religioso arcaico… De todas ellas había encontrado la respuesta clave a su inquietante búsqueda existencial.

Las heridas humanas hablan de Dios, y Dios habla de plenitud humana. Porque los conceptos sobre la divinidad son concomitantes con lo que se piensa sobre la humanidad. Un dios —o, mejor dicho, una religión que lo transmite— que no ayude a humanizar sus propios fieles es un dios falso, un dios opresor, un dios narcisista: es un dios construido desde la proyección de los defectos humanos. En cambio, un dios cuya presencia cierta opera dentro de la vida de las personas, ayudándolas a «humanizarse» —ciertamente, eso y no otra cosa es la redención—, es el concepto sobre lo divino que tiene mayores posibilidades de estar más cerca de Dios como realidad absoluta.

Las hermanas religiosas, a una voz, lo nombraban en repetidas oportunidades: «Te pedimos, señor, que…». Ese «señor» debía tener, necesariamente, una connotación particular en la conciencia de cada una de ellas, pero estaría fundamentalmente ligado a un concepto cultural y religioso sobre la divinidad. Para alguna de ellas, sería un amigo; para otras, un juez; para alguna sería su fuente de alegría; para otras, su fuente de temor.

Solo la experiencia personal con la divinidad podía ir acercando —deconstruyendo y reconstruyendo— la propia imagen de Dios a la del Dios real que, si es infinito, nunca se podrá conocer plenamente. Pero, para dicha experiencia, es imprescindible una absoluta libertad de espíritu.

Una religiosidad auténticamente vivida produce hombres y mujeres plenamente sí mismos —no alienados—, amantes de la belleza de la vida, sabios para discernir los acontecimientos, realistas y, a la vez, entusiasmados por el proyecto de un mundo mejor, que manejan su vida con una indefinible, pero cierta, libertad de espíritu.

«Amén», dijeron todas las hermanas mientras cerraban sus breviarios, y luego se retiraron del lugar sagrado. Pero los rostros que el suyo había portado —aun desfigurados por las hondas heridas existenciales— eran también, o quizás más, sagrados que aquellos elementos de culto. Pues, aun cuando lastimado por el pecado, lo más parecido a Dios en este mundo es el propio hombre.

Anabel también dijo «Amén». Cerró su breviario, salió la última de todas y apagó la luz. El día no había aclarado todavía.

—Anabel —expresó la madre Gabriela—, deja todas las cosas listas del colegio. Toma una licencia hasta fin de año en el cargo. Visitación te va a reemplazar. A las cinco de la tarde, nos reunimos contigo para resolver definitivamente esta cuestión.

Con un clima anímico similar al de un velorio, el desayuno se presentó tenazmente silencioso, a pesar de los ingentes esfuerzos que hiciera Gabriela por mantener algo de conversación. Sabiendo la cuestionada religiosa que la principal fuente de tensión reinante era ella misma, terminó velozmente su café negro, portó su pocillo y lo lavó en la cocina. Luego partió en dirección al colegio. Tenía una mañana: para todo.

Al cruzar el gélido patio, Marta, la portera, le salió al encuentro a toda carrera.

—Hermana Anabel —exclamó con una inusual voz de alarma—, yo no quería que pasara por esto. ¡Voy a hablar con la madre superiora y le devuelvo el dinero, como sea! Yo no quería que el préstamo le costara el puesto.

La rectora sonrió. De algún modo, ya se había filtrado al colegio la noticia de que ella sería desplazada de sus funciones.

—Marta, mi licencia no tiene nada que ver con el tema del adelanto de sueldo. Quédese tranquila, usted no tiene nada que ver.

Aquel rostro moreno, surcado de amarguras —que Anabel llegó a sentir como propio— se distendió notablemente. La religiosa centró su atención en los ojos de la empleada: unas diminutas telillas blanquecinas rodeaban sus pupilas.

—¿Usted usa anteojos? No sé por qué, pero me da la impresión de que usted a veces fuerza la vista.

—Sufro muchos dolores de cabeza y, por momentos, se me nubla la vista, hermana. Pero esa es la presión. ¡Ay, Dios! Si usted supiera todo lo que sufro…

—Hágase ver, doña Marta, no sea que esos dolores de cabeza y problemas en la vista sea cosa de los mismos ojos.

—¡Es que no tengo plata, hermana! Para usted es fácil; pero se imagina…, los buenos médicos cobran caro. Los de los hospitales no sirven para nada. ¡Ay, Dios! Al que es pobre le suceden todas las desgracias…

—Le voy a recomendar un buen especialista. Yo le voy a hablar para que no le cobre, doña. Y… bueno… No sé si realmente es así y, si se lo digo y no lo es, usted se va a ofender.

—¿De qué habla? ¡Por Dios me asusta! ¿Desde cuándo los patrones se cuidan de no ofender la dignidad de sus empleados?

—¡Ay, Marta! No caben dudas de que usted es usted.

Una tautología, ciertamente. Pero Anabel se sorprendió de haberla sentido con tanta realidad que podía, perfectamente, interiorizarse de los sentimientos de la portera, como si los viera a través de un traslúcido cristal. Con habilidad, la joven religiosa fue dirigiendo la conversación hasta llegar al tema que se había

propuesto, el cual representaba la herida fundamental de la sesentona mujer. Con delicadeza quirúrgica, logró que ella confesara su triste limitación de no saber leer.

—Nadie más que yo lo ha notado, Marta. Pero eso no es ninguna vergüenza. Usted ha tenido que trabajar desde muy niña.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Usted misma lo ha dicho millones de veces. Es realmente admirable cómo ha logrado salir adelante, a pesar de todo… Sin embargo, quería decirle que nunca es tarde para aprender. Usted puede lograrlo porque es una mujer inteligente y perseverante. Puede lograr lo que se proponga. Carina es una hermana sencilla y discreta, seguro que con gusto le enseña a leer y escribir.

—Pero… yo no tengo plata para pagarle.

—Marta, usted está demasiado convencida de que solo la plata mueve al mundo, y no es así. La gratuidad también está presente. Carina lo hará con gusto, sin cobrarle, por el puro placer de hacerlo. Su recompensa será que usted pueda, por fin y luego de tantos años de desearlo, leer las revistas que mira.

Marta había comenzado a llorar silenciosamente. Anabel posó su mano en el hombro de la portera.

—Nunca me lo dijeron. Por el contrario, ustedes siempre me marcaron mis errores.

Aquel patio, cuya penumbra se estaba poco a poco disolviendo, empezó a nutrirse de niñas, por lo que fue difícil continuar allí la conversación entre ambas, tan cargada de sentires. Instintivamente, la portera dirigió sus pasos hacia su lugar de trabajo, sin darse cuenta de que la monja había susurrado algo antes de acudir, ella

también, a su oficina. Ese susurro había sido una inaudible petición de perdón que Marta no habría podido escuchar.

Luego del izamiento de bandera, Anabel se sentó en su silla giratoria. Antes de abrir la agenda de trabajo, se presentó su secretaria. El semblante de la buena mujer denunciaba un sentimiento de pesar.

—¿Así que Visitación logró que la despidieran?

—No, Elvira, no es eso. Por ahora voy a tomar una licencia hasta fin de año. —dijo, y viendo acrecentar la congoja de su subalterna, agregó—: Por favor, no hablemos más de esto. —Endulzó sus palabras con una leve sonrisa—. ¿Alguna novedad en este tiempo que estuve ausente?

—Sí, la profesora nueva no se presentó a su clase. Llamamos al teléfono que ella nos había dado y no responde nadie. No sabemos lo que le ha pasado. Tanto hizo por el cargo y al final no se presenta. Tenía que venir el jueves.

—La semana pasada estuve medio perdida, pero creo que algo vi en las noticias sobre un accidente de moto y me pareció ver su nombre en la pantalla. Capaz que solo sean ideas mías, pero si realmente se trata de ella, está absolutamente sola y nadie habría podido avisarnos. ¿Puedes investigar, por las dudas? Busca en las noticias de la semana pasada. Se trata de un accidente en las rutas de Córdoba, en uno de los cruces. Si no me equivoco, sucedió el mismo lunes, o martes, tal vez. —Al ver asomar una sorpresa incómoda en los gestos de Elvira, se decidió a cambiar de tema—. Lo que es más urgente es el asunto de mis papeles. Dame lo que tengo que llenar para pedir la licencia.

—Con todo el dolor del alma, ya se lo traigo.

Salió. Sin perder un minuto, pues no podía tomarse semejante lujo, Anabel se comunicó por el interno con la secretaria del primario. Pidió información sobre el domicilio de Rosa, la tutora de la pequeña Jenny. Cuando se lo dieron, avisó a la secretaria que se iba a realizar trámites bancarios y, sigilosamente, se dirigió donde la dirección indicada.

Para su sorpresa, todo era tal cual lo había «vivido» en su sueño de ser Faviana. Mas no había mucho tiempo para detenerse en dichas nimiedades: para todo tenía apenas horas. Rosa tampoco alcanzó a reaccionar acabadamente cuando vio frente a sí a esa mujer totalmente vestida de gris, la cual preguntó por Faviana.

—No está —le contestó, sin saber si le hablaba a una mujer real o a un fantasma emanado de su propia fantasía.

—Hablé con ella el lunes pasado por el asunto de unas cuotas atrasadas. Pero no vengo por ese motivo. Rosa, ¿me permite que hablemos unos minutos? ¿Puedo pasar a su casa?

La venerable mujer quiso protestar, pero para entonces la monja ya había entrado a su casa como si la conociera al dedillo. Tampoco pudo explicarse satisfactoriamente cómo es que ella la trataba de ese modo tan familiar.

Por su parte, Anabel resintió la sensación de protección que despertaba dicho lugar en Faviana. Deseó los mates almibarados de la noble señora, pero no se animó a pedirlos.

—Necesito que le diga a Faviana, por favor, que me perdone por las tonterías que le dije. Y que, aunque le parezca extraño, comprendo perfectamente su situación. Pero si quiere volver a empezar, en otro lugar, de hecho, puede hacerlo. Voy a tomar una licencia en mi cargo, y lo más probable es que deba irme a vivir a

otra provincia. Le voy a avisar cuando sepa dónde. De algún modo, le voy a pagar el pasaje y la estancia, y le voy a conseguir trabajo. Dígale que confíe en mí, yo la voy a ayudar en todo. Especialmente dígale que Tigre no es todopoderoso, y que es posible liberarse de él.

Rosa abría desmesuradamente sus ojos y parpadeaba tontamente, en clara señal de una imbatible perplejidad.

—Por favor, Rosa, no deje de decirle todo esto. ¿De acuerdo?

En menos de diez minutos, Anabel emprendió el regreso. La pobre señora continuaba preguntándose sobre la realidad de lo que acababa de ver y de escuchar.

De allí, Anabel se fue a la clínica donde estaría, todavía en la débil divisoria entre la vida y la muerte, la joven Roxana. Cuando apenas hubo ingresado por el enorme portón vidriado de la entrada, divisó a Alfredo hablando con su secretaria. El médico, de espaldas a la monja, dio un cuarto de giro sobre sus talones y, sin llegar a divisarla, se encaminó hacia la Unidad de Cuidados Intensivos. Por su parte, Constanza avanzaba hacia la salida, es decir, exactamente hacia donde estaba Anabel.

Según su costumbre, la diminuta mujer no reparó en la religiosa sino hasta cuando esta le preguntó por el estado de Roxana.

—¿Qué le importa? —fue la respuesta, que contrariamente a lo esperable, hizo sonreír a la religiosa—. ¿Y qué le causa tanta gracia? —añadió desorientada.

—¡Mierda! Quiero decir, te olvidaste de esa palabra: «¡Qué mierda le importa!». «¡Qué mierda le causa tanta gracia!». Así es la frase tal cual la pensaste.

—Usted no está bien de la cabeza. Deje de rezar tanto… que le hace mal.

—Y a ti lo que no te hace bien es desgastar tu valiosa vida sumando relaciones que te lastiman y que no te llenan el corazón.

—Usted habla desde su mundo podrido de valores que no son la realidad. Yo vivo con mis pies bien puestitos en la tierra.

—Y te sientes una triunfadora. En el supuesto caso de encontrarte en alguna pelea donde sientas que tus fuerzas se menguan…, pues intenta abrir un poco tus horizontes y tomar en consideración lo que ahora desprecias. Date la oportunidad de vivir con intensidad y, fundamentalmente, de amar y ser amada.

—¡Basta de estupideces! Lo que menos necesito ahora es un sermón. Roxana sigue igual, todo el mundo espera que «se corte».

Con su característico andar, montado los pies sobre sendos tacones de aguja, Constanza se alejó. Anabel, por el contrario, avanzó. En la antesala de la Unidad de Cuidados Intensivos divisó a Alejandra, cuyo rostro, aún más demacrado que la semana pasada, expresaba su indecible angustia.

—¿Cómo está su hija? —le preguntó, deteniéndose frente a ella.

—Es irreversible. Se trata de solo esperar el momento.

La mirada mustia de la profesora penetró el corazón de la religiosa. Resintió aquella angustia, aquella incomprensión de lo que ocurría en torno a sí, aquella sensación de haber conseguido todo lo que quiso en la vida al mismo tiempo en que todo le fracasaba sin misericordia.

—Nada hay irreversible. Ni siquiera las malas decisiones. —Y la miró con profundidad—. Todos, alguna vez, tomamos una decisión errada que cambia totalmente el rumbo de nuestras vidas, y la

enreda de sobremanera. Pero… si nos atrevemos a sincerarnos con esta verdad, las posibilidades de reordenar nuestras vidas se abren. En fin, ahora no tome en cuenta estas palabras, porque la suerte de Roxana ocupa su mente, pero tampoco las olvide… Después lo entenderá. Voy adentro a rezar por la niña.

—No la van a dejar, los médicos son muy estrictos.

—Ya sé. Entro precisamente para que me echen.

Al ingresar a la sala, tomó la muñeca de la chica y percibió su oscuro infierno. «Dios te salve, María». Comenzó una oración sincera y sentida… Antes del quinto avemaría, entró el médico también.

—Usted no puede estar acá. ¿Cree que por ser monja puede hacer lo que se le antoja? Vaya a rezar a la iglesia, que nosotros hacemos algo que es útil.

Sus ojos recorrieron el perfil dormido de Roxana. Giró sobre sus talones, mas en su mente la oración continuó.

Cuando retornó al colegio, a duras penas tuvo tiempo para ordenar algo sus papeles. Antes del mediodía, Carina hizo su aparición por su oficina.

—¿Cómo estás? La semana pasada te la pasaste durmiendo…

—Sí…, durmiendo. Carina, supongo que hoy me dirán que me trasladan de aquí. Quiero darte algunos encargos. ¿Puede ser?

—¡Por supuesto!

—Lo primero: Marta, la portera, no sabe leer.

—¡Pero si ve revistas todo el tiempo!

—Justamente por eso: disimula. Ve las figuritas, pero no sabe leer. Tampoco escribir, simplemente por eso no anota los recados que le damos. Ella siente vergüenza de no saber leer ni escribir. Yo la descubrí… de casualidad. Quería enseñarle yo misma, pero si me

voy, lo que es muy seguro, no lo voy a poder hacer. No te enganches con el discurso resentido de Marta. Por el contrario, incentívala a que crea en sí misma, a que piense en su propio progreso en lugar de centrar su atención en todo lo material que no ha podido conseguir. ¿Está?

—Sí… —respondió la joven religiosa, sin atreverse a preguntar de dónde había sacado todo eso.

—Otra cosa. Por si yo no puedo hacerlo, pregunta a la señorita del jardín que te indique la hija de Faviana.

—¡La prostituta que vamos a echar!

—Ya lo hice, ya la eché. Le dije que el año que viene no recibiríamos a su niña. Bueno, a ella dale, en un papelito, mi dirección y teléfono.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Para que se comunique conmigo. Tú hazlo, ¿sí? Y la otra cosa… ¡ah! Espera. —Tomó el teléfono—. ¿Elvira? ¿Nada con las noticias? Bueno, bueno… No te preocupes… Sigue buscando. —Colgó—. La que iba a ser profesora de lengua en el colegio, Mariana Martínez…

—Sí, la que habló con Visitación y que luego no se presentó a trabajar…

—Estoy más que segura de que le ha pasado algo malo. Por eso le pedí a Elvira que buscara en los medios, a ver si salía alguna noticia con respecto a ella. La pobre todavía no ha tenido tiempo de hacerlo. No creo poder hacerlo yo misma esta tarde. Por favor, busca tú también… y si sale algo, no dejes de visitarla.

—¿Visitarla? ¿Y por qué?

—Porque sufre. No se necesita ningún otro motivo. Nuestra vida religiosa solo tiene sentido si ese amor real y sincero por el que

sufre se transforma para nosotros en un «instinto natural». Mariana Martínez te necesita.

En la reunión de las cinco, breve como un avemaría, le comunicaron que sería destinada a una comunidad en el interior del Chaco. Viajaría lo más pronto posible para no ocasionar mayores comentarios entre la gente del colegio.

Quedaba pendiente un asunto fundamental. En el impreciso límite entre la tarde y la noche, cuando la religiosa comenzaba a organizar sus pertenencias para el traslado, Carina ingresó a su habitación para avisarle que tenía visitas en la sala de recibo. Sin imaginar mucho de quién se trataría, acudió al lugar indicado. Su sorpresa fue no solo grande, sino por demás de emotivamente confusa, cuando vio el firme porte de Emmanuel sentado en uno de los antiquísimos sillones. Él se incorporó, como lanzado por un resorte, al verla.

—¡Emmanuel! ¡Qué sorpresa! —exclamó ella.

Se saludaron, con cierto embarazo, sorteando la dificultad de realizar un gesto entre cálido, formal e íntimo. Fue un indefinible abrazo a medio camino o un palmeo con intensidad de cariño. Se sentaron con rapidez, uno frente a otro, intentando parecer lo más natural posible.

—Me acabo de enterar de que te trasladan. Y… algunas cosas más que se dicen. Ya sabes, algunas de las familias que traen a sus hijas al colegio son parroquianas, y cuentan cosas. Por supuesto, no sé si será verdad, pero si lo relaciono con lo que estuvimos hablando la semana pasada… Bueno, me preocupé. —Desvió la mirada, suponiendo que, de ese modo, Anabel se sentiría menos incómoda

—. Se comenta que estás en relación con el padre de una estudiante del colegio, que son amantes. ¿Es así?

—¿Y tú qué crees?

—Me dijiste que estabas enamorada y que un hombre te había propuesto una relación.

—Entre eso y tener un amante hay una grandísima diferencia. El padre de esta alumna es, efectivamente, el que me propuso una relación, y casi acepto su oferta de alquilarme una cabaña en Brasil para salir de acá y estar… Hasta organizar nuevamente mi vida. Pero no era la idea exactamente irme con él.

—¡Ay! ¡Anabel! ¡No seas ingenua! —exclamó vivamente—. Te alquila un lugar para que pases un tiempo, ¿qué tipo de compensación imaginas que te pedirá a cambio? En la gente común, no existe el amor platónico. ¡Y menos si están enamorados realmente!

—Bueno…, no me fui con él y no estoy enamorada de él —aclaró, dolida por el reto—. Entre ese hombre y yo no ha pasado ni pasará nada. Me di cuenta a tiempo de que él no sería, precisamente, el tipo de hombre capaz de sostener un vínculo de amistad desinteresado.

Él la miró con cierta solemnidad, reforzando la calificación de «ingenua» con la que había adjetivado a la pobre monja. Al cabo de unos segundos, suspiró, indicando que daría otro giro a su conversación.

—Pero el lunes me dijiste que te sentías infeliz siendo religiosa, porque te habías enamorado.

—Tal vez me expresé mal. Te dije que me sentía infeliz, y que eso me hacía dudar sobre si tengo vocación o no. Pero la duda es mucho

más profunda. Lo que me cuestiono es si no tengo vocación o estoy viviendo mal mi vida religiosa (que, de hecho, seguro que sí: me falta espiritualidad, me falta compromiso con los demás), o si la propia vida religiosa ya no es representativa y, en lugar de ayudar a las personas a servir mejor a Dios, las termina destruyendo. Y creo que realmente hay un poco de verdad en cada una de estas cuestiones. Aunque no lo creas, en esta semana que todo se me ha venido encima, descubrí mucha luz. Me duele el alma por todos lados…, pero tengo paz. Por lo menos, ahora sé algo fundamental. Dios quiere mi bien, mi libertad, mi sanación, mi plenitud como persona y como mujer. Si en la vida religiosa no me siento plena, es porque mi vocación es otra. Pero si Dios confirma que este es mi lugar, a pesar de las mil Visitaciones que tuviera que soportar, aquí estaré. Si no es mi lugar, alguno será el mío realmente. Algún terrenito estará esperando que eche mis raíces para darme crecimiento, sostén, alimento y el espacio suficiente para florecer.

—Pero…, ¿estás enamorada o no?

—¿Por qué vuelves a lo mismo? No sé, Emmanuel. Realmente no lo sé. Ridículo, ¿verdad? Siento mucha soledad, mucho frío a mi alrededor. Es verdad que vivo rodeada de personas, es verdad que hay hermanas que quiero y que, de algún modo, me contienen. Pero esta soledad es de algo distinto. Creo que tiene que ver con el sentirme elegida para ser especial, por alguien especial.

—¿Y este hombre es especial para ti?

—Sí, por supuesto. No me es nada indiferente. Me atrae, disfruto de conversar con él. Pero no soy especial para él —pronunció esta frase con una serena firmeza, admirando el modo en que podía ser capaz de ocultar su profundo dolor, enterrado entre las capas más

nucleares de su ser—. Sea monja o no… No me corresponde. Y está bien que así sea.

—¿Acaso es… de nuestros círculos? O sea, ¿algún consagrado?

—¡No sigas! No importa.

—Entonces, en definitiva, no se trata del padre de esta alumna, no se trata de quien te propuso una relación. Es alguien que amas… en el silencio de tu corazón.

—El silencio del corazón tiene cosas que solo Dios ve.

—Pero a veces Dios comparte algo de esa visión a otros. A veces, nos da algunos indicios… A pesar de lo celosamente que podamos disimular esos secretitos, a veces, quizás, como una corazonada, podemos intuir algo. Y el secreto está allí, sigue siendo secreto, pero tal vez compartido… de algún modo. Dios siempre está en el amor, ¿no crees?

—Da lo mismo. Yo no soy elegida por él. No soy correspondida. Si Dios me muestra algo de la intimidad del corazón de este sujeto, me doy cuenta de que allí yo no estoy.

—¿Y por qué estás tan segura? Tal vez hace lo mismo que tú: amarte en silencio, en la intimidad de su corazón. Esa que solo Dios ve.

—Mi corazonada siempre me ha dicho… que no siente nada por mí.

—Y quizás él mismo no se hubiera dado cuenta del todo de lo que realmente siente por ti, sino hasta cuando pensó que tu corazón no le pertenecía. Por alguna conversación con ella, pudo temer que su corazonada le mentía y que tu amor se direccionaba hacia otro hombre. Lo que… al parecer, fue un error… Entonces, volvió a creer en su corazonada… ¿Qué me dices?

Los labios de la mujer se sellaron en una muda respuesta, imposibilitada de hallar las palabras exactas que pudieran expresarse. Sin saber cómo, se vio de pronto rodeada de un magnético abrazo.

—Emmanuel. Esto es para otra historia. Aquí debemos cerrar esta. Si nos estorba la conciencia de nuestra vocación, la vivencia de la religión y un confuso ideal de relación, vamos a hacer algo que no nos conviene ni a ti ni a mí. Este amor, si es amor… es para otra historia.

Se despidieron, con un gran esfuerzo de voluntad y autodominio, manteniendo la formalidad con que siempre se habían tratado. El dolor se teñía de serena esperanza, como un «no» prolongado en un tímido «quizás».

—¿Seguiremos en contacto? —le preguntó él.

—Si nos hace bien…

Anabel contuvo a duras penas las lágrimas, mas, en la soledad de su cuarto, las derramó libremente. El amanecer la encontró desvelada. Cuando nadie se había levantado todavía, se dirigió al cuadro del Jesús al que le había arrojado el saco.

—Tienes un rostro hermoso y atractivo —le dijo—. ¡Estás tan cerca del hombre, de cada hombre y mujer, de la humanidad y de lo humano en sí mismo! ¡Y tanto necesitamos de la presencia de ese Dios del que nos hablas! Ilumina mi camino, pues mi deseo es, simplemente, nada más y nada menos, que decir esta verdad.

Aquel lunes no había sido un lunes más: fue verdaderamente un auténtico tiempo, un tiempo radical donde la rueda, por fin, no había girado en vano.

FIN

emporio
ediciones

Table of Contents

Siete rostros para una mujer
Legales
ANABEL. La mujer
- I. Lunes
- II. Propuesta indecente
- III Juicio arbitrario
- IV. Ni siquiera puede ser buena
- V. La llamada que no debió realizar
- VI. Matar a Dios
- VII. ¿Dios ha muerto?
- VIII. El ojo de la tormenta
- IX. Vivir entre el absurdo y el vacío
- X. El acuerdo

MARIANA. La solterona
- I. Inmovilidad de cuerpo y alma
- II. Ironías de la puta vida
- III. Vahídos de la conciencia
- IV. Don Cosme
- V. El pequeño salvavidas
- VI. Metamorfosis

FAVIANA. La prostituta
- I. Aprieto
- II. Tigre: temido salvador
- III. Bajo el control de Tigre
- IV. Sopores de alta fiebre
- V. La realidad del sueño
- VI. Pesadilla
- VII. Feliz locura
- VIII. Buscando verdad
- IX. Artesana de su propia realidad

CONSTANZA. La amante
- I. ¡Carácter! ¿Eh?

II. Un discurso insufrible
III. El valor de sus conquistas
IV. Lo más doloroso del posoperatorio
V. El muy «hijo de puta»
VI. La doncella y el dragón
VII. La disciplina de Rafael
VIII. La atractiva locura
IX. La verdadera salud
ALEJANDRA. La trepadora
I. La víctima
II. El pintor detrás de la vidriera
III. Naufragio
IV. El retrato
V. Un Gabriel García que no puede ser Gabriel García
VI. Señora de García
VII. Despunta una asesina
MARTA. La resentida
I. Todo por unos mugrosos cien pesos
II. Oscuridad crónica
III. Visiones sin sentido
IV. Una insólita chispa de luz
RETORNO A ANABEL
VISITACIÓN. La observante religiosa
ROXANA. La suicida
ANABEL. Definitivamente Anabel